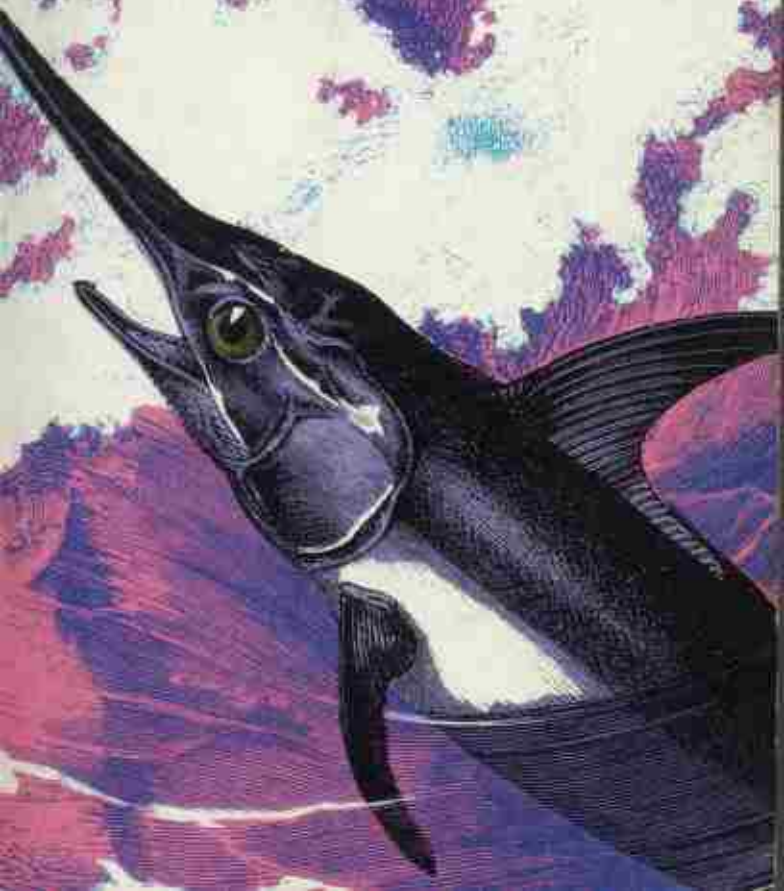


Los **JET** de Plaza & Janés

El emperador Frederick Forsyth



EL EMPERADOR

Frederick Forsyth



EL EMPERADOR

—Y hay otra cosa —dijo Mrs. Murgatroyd.

A su lado, en el taxi, su marido disimuló un ligero suspiro. Con Mrs. Murgatroyd, siempre había otra cosa. Por muy bien que marchase todo, Edna Murgatroyd no podía vivir sin un acompañamiento de quejas continuas, sin una letanía de lamentaciones. En una palabra, incordiaba sin cesar.

En el asiento junto al conductor, Higgins, el joven ejecutivo de la oficina central que había sido seleccionado para las vacaciones de una semana a costa del Banco, por ser «el recién llegado más prometedor» del año, guardaba silencio. Era el encargado de la sección de cambio de divisas; un joven animoso al que habían conocido en el aeropuerto de Heathrow hacía veinticuatro horas y cuyo entusiasmo natural había menguado gradualmente ante los ex abruptos de Mrs. Murgatroyd.

El conductor criollo, rebosante de sonrisas y de amabilidad cuando habían tomado el taxi hacía unos minutos para dirigirse al hotel, había captado también el humor de la pasajera y había optado también por callarse. Aunque su lengua nativa era el francés criollo, comprendía perfectamente el inglés. A fin de cuentas, Mauricio había sido antes colonia británica durante ciento cincuenta años.

Edna Murgatroyd siguió rezongando, fuente inagotable de autoconmiseración y de enojo. Murgatroyd miraba por la ventanilla, mientras el aeropuerto de Plaisance desaparecía detrás de ellos y rodaban por la carretera que conducía a Mahebourg, antigua capital francesa de la isla, y a los arruinados fuertes donde los galos habían esperado defenderla contra la flota británica en 1810.

Murgatroyd miraba fijamente a través de la ventanilla, fascinado por lo que veía. Estaba resuelto a disfrutar hasta el máximo de estas vacaciones de una semana en una isla tropical, primera aventura verdadera de su vida. Antes de emprender el viaje, se había tragado dos gruesas guías de Mauricio y había estudiado la isla de Norte a Sur en un mapa a gran escala.

Cruzaron una aldea, donde empezaban los campos de caña de azúcar. En las entradas de las casitas de campo a orillas de la carretera, vio indios, chinos y negros, y *mestizos* criollos, viviendo unos al lado de los otros. Templos hindúes y santuarios budistas se alzaban a pocos metros de una iglesia católica, carretera abajo. Sus libros le habían informado de que Mauricio era una mezcla racial de media docena de grupos étnicos principales y cuatro grandes religiones, pero nunca había visto una cosa semejante, al menos viviendo en santa compañía.

Cruzaron más aldeas, pobres y, desde luego, sucias; pero los lugareños sonreían y les saludaban con la mano. Murgatroyd correspondía a su saludo. Cuatro gallinitas flacas se apartaron aleteando al acercarse el taxi, librándose por milímetros de la muerte, y, al mirar él hacia atrás, vio que estaban de nuevo en la carretera, picoteando en el polvo una comida al parecer inverosímil. El coche redujo la marcha en un recodo. Un muchachito tamil, en camisa, salió de una choza, se plantó junto a la cuneta y arremangó aquella prenda hasta la cintura. Debajo, no llevaba nada. Se puso a hacer pipí en la carretera, al pasar el taxi. Sujetándose la camisa con una mano, saludó con la otra. Mrs. Murgatroyd lanzó un bufido.

—¡Qué asco! —exclamó. Se inclinó hacia delante y tocó el hombro del conductor—. ¿Por qué no lo hace en el retrete? —preguntó.

El chofer echó la cabeza atrás y se echó a reír. Después volvió la cara para contestarle. El vehículo siguió dos curvas por control remoto.

—*Pas de toilette, Madame* —contestó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó ella.

—Al parecer, la carretera es el retrete —explicó Higgins.

Ella sonrió por la nariz.

—Miren —señaló Higgins—. El mar. A su derecha, mientras rodaban un trecho junto a un risco escarpado, el océano Indico se extendió hasta el horizonte, límpido y azul bajo el sol de la mañana. A media milla de la costa, había una blanca faja de espuma sobre el gran arrecife que resguarda Mauricio de unas aguas más furiosas. Más acá del arrecife, pudieron ver la laguna, agua mansa de un

verde muy pálido y tan clara que los racimos de coral eran fácilmente visibles a una profundidad de seis metros. Después, el taxi volvió a meterse entre los campos de caña. Al cabo de cincuenta minutos, cruzaron la aldea de pescadores de Trou d'Eau Douce. El chofer señaló hacia delante.

—*Hôtel* —dijo—, *dix minutes*.

—Gracias a Dios —bufó Mrs. Murgatroyd—. No puedo aguantar más este traqueteo.

Entraron en el paseo, entre pulidos campos de césped salpicados de palmeras. Higgins se volvió, sonriendo.

—Esto está muy lejos de Ponder's End —dijo. Murgatroyd sonrió a su vez.

—Ciertamente —convino.

Y no era que tuviese motivos para estar descontento del suburbio de Ponder's End, Londres, donde era director de sucursal del Banco. Una instalación de industria ligera había iniciado sus actividades hacía seis meses, y, cediendo a una inspiración, Murgatroyd se había dirigido a la dirección y a los trabajadores y les había propuesto que, para reducir el riesgo de robo de los salarios, pagasen las semanas de los obreros igual que los sueldos de los ejecutivos: mediante cheques. Para sorpresa suya, la mayoría se había mostrado de acuerdo, y varios cientos de nuevas cuentas corrientes se habían abierto en su sucursal. Este logro había despertado la atención de la oficina central y alguien había lanzado la idea de un plan de incentivos para el personal de las sucursales y de provincias. Él había ganado el premio correspondiente al primer año, y este premio consistía en una semana en Mauricio, con los gastos pagados por el Banco.

El taxi se detuvo al fin delante de los arcos de la gran entrada del «*Hôtel St. Geran*», y dos mozos se apresuraron a recoger las maletas del portaequipajes y de la baca del coche. Mrs. Murgatroyd se apeó inmediatamente. Aunque sólo en dos ocasiones se había aventurado al este del estuario del Támesis —generalmente pasaban las vacaciones con su hermana en Bognor—, empezó inmediatamente a arengar a los mozos como si estuviese acostumbrada a tener la mitad del Reino a su disposición personal.

Seguidos de los mozos y del equipaje, cruzaron los tres el portal con arcos y penetraron en el fresco vestíbulo abovedado. Mrs. Murgatroyd marchaba en cabeza, luciendo su vestido estampado con motivos florales; Higgins llevaba prendas tropicales de color crema, y Murgatroyd un serio traje gris. A la izquierda, estaba la mesa de recepción, a cargo de un empleado indio que les dio la bienvenida sonriendo. Higgins tomó la iniciativa.

—Mr. y Mrs. Murgatroyd —dijo—. Yo soy Mr. Higgins.

El empleado consultó la lista de reservas.

—Sí, muy bien —dijo.

Murgatroyd miró a su alrededor. El vestíbulo era de piedra local, toscamente labrada, y muy majestuoso. A gran altura, unas vigas de madera oscura sostenían el techo. El vestíbulo se extendía hasta una columnata al fondo, y otras columnas sostenían los lados, a través de los cuales entraba una fresca brisa. Por el otro extremo llegaba el resplandor del sol tropical y el ruido de chapoteo y de gritos propio de una piscina en plena utilización. En mitad del vestíbulo, a la izquierda, una escalera de piedra llevaba a lo que debía ser el piso superior del ala destinada a dormitorios. A nivel del suelo, otro arco conducía a las habitaciones de la planta baja.

Un joven inglés rubio, de camisa almidonada y pantalón de color pastel, emergió de un despacho situado detrás de recepción.

—Buenos días —dijo, sonriendo—. Soy Paúl Jones, gerente del hotel.

—Higgins —dijo éste—. Le presento a los señores Murgatroyd.

—Sean bien venidos —dijo Jones—. Ahora me ocuparé de sus habitaciones.

Desde el fondo del vestíbulo, un tipo larguirucho avanzó en su dirección. Sus flacas piernas emergían de unos shorts de dril, y una camisa con flores estampadas revoloteaba a su alrededor. Iba descalzo, sonreía beatíficamente y llevaba un bote de cerveza en una de sus manazas. Se detuvo a pocos metros de Murgatroyd y le miró fijamente.

—Hola. ¿Recién llegados? —inquirió, con perceptible acento australiano. Murgatroyd se sorprendió.

—Pues..., sí —dijo.

—¿Cómo se llama? —preguntó el australiano, sin la menor ceremonia.

—Murgatroyd —contestó el director bancario—. Roger Murgatroyd.

El australiano asintió con la cabeza, grabando en su mente la información.

—¿De dónde? —preguntó.

Murgatroyd lo interpretó mal. Pensó que el hombre quería decir: «¿De dónde es usted?»

—De Midland —dijo.

El australiano se llevó el bote a los labios y apuró la cerveza. Eructó.

—¿Quién es él? —preguntó.

—Higgins —respondió Murgatroyd—. De la Casa Central.

El australiano sonrió satisfecho. Pestañeó varias veces para enfocar la mirada.

—Esto me gusta —dijo—. Murgatroyd de Midland, y Higgins de la Casa Central.

Mientras tanto, Paúl Jones había advertido la presencia del australiano y salido de detrás del mostrador. Asió al larguirucho de un codo y se alejó con él por el vestíbulo.

—Vamos, vamos, Mr. Foster. Si vuelve usted al bar, podré atender debidamente a los nuevos huéspedes...

Foster se dejó llevar por aquel hombre de modales suaves pero firmes. Al alejarse, agitó amigablemente la mano.

—Que lo pase bien, Murgatroyd —gritó. Paúl Jones volvió junto a ellos.

—Ese hombre está borracho —dijo Mrs. Murgatroyd, con helada desaprobación.

—*Está* de vacaciones, querida —repuso Murgatroyd.

—Esto no es una excusa —dijo Mrs. Murgatroyd—. ¿Quién es?

—Harry Foster —respondió Jones—. De Perth.

—No habla como un escocés —repuso Mrs. Murgatroyd.

—Perth, Australia —dijo Jones—. Permitan que les muestre sus habitaciones.

Murgatroyd se asomó entusiasmado al balcón de su dormitorio del primer piso. Debajo de él, un pequeño prado de césped descendía hasta una franja de brillante arena blanca sobre la cual las palmeras dibujaban sombras al ser agitadas por la brisa. Una docena de redondas sombrillas de paja ofrecían una protección más eficaz. La tibia laguna lamía el borde de la playa. Más allá, era de un verde translúcido, y más allá, parecía azul. A quinientos metros, se distinguía el arrecife coronado de espuma.

Un joven del color de la caoba y de cabellos que parecían de paja hacía *windsurfing* a unos cien metros de la orilla. Plantado sobre la pequeña tabla, captaba una ráfaga de viento, se inclinaba hacia afuera para contrarrestar el tirón de la vela y se deslizaba sobre la superficie del agua sin esfuerzo aparente. Dos chiquillos morenos, de cabellos y ojos negros, se arrojaban agua y chillaban junto a la orilla. Un europeo maduro y barrigudo salió trabajosamente del agua con su calzado de aletas y llevando a rastras las gafas y el tubo para respirar.

—¡Jesús! —gritó con acento sudafricano a una mujer que se hallaba a la sombra—. ¡Qué cantidad de peces hay ahí! Es increíble.

A la derecha de Murgatroyd, junto al cuerpo principal del edificio, hombres y mujeres envueltos en telas del país se dirigían al bar de la piscina para tomar un aperitivo helado antes del almuerzo.

—Vayamos a nadar un poco —sugirió Murgatroyd.

—Podríamos ir más pronto si me ayudases a deshacer las maletas —dijo su esposa.

—Déjalo para después. Sólo necesitamos los trajes de baño hasta después del almuerzo.

—De ninguna manera —replicó Mrs. Murgatroyd—. No permitiré que te presentes en el comedor como un indígena. Aquí están tus shorts y tu camisa.

Murgatroyd asimiló en dos días el ritmo de las vacaciones en los trópicos, al menos hasta donde le era permitido. Se levantaba temprano, como siempre, pero, en vez de contemplar a través de los visillos el panorama de las calles mojadas por la lluvia, se sentaba en el balcón y observaba cómo se elevaba el sol sobre el océano Indico, allende el arrecife, haciendo que el agua oscura y mansa brillase súbitamente como una lámina de cristal hecha añicos. A las siete, salía a tomar el baño de la mañana, dejando a Edna Murgatroyd recostada en las almohadas, sin haberse quitado aún los bigudíes, y quejándose de la lentitud con que servían el desayuno, cosa que, en realidad, hacían con asombrosa rapidez.

Pasaba una hora en el agua tibia y, en una ocasión, llegó a nadar casi doscientos metros mar adentro, sorprendiéndose de su propia audacia. No era buen nadador, pero estaba aprendiendo rápidamente. Por fortuna, su esposa, no presencié tal hazaña, pues estaba convencida de que la laguna estaba infestada de tiburones y barracudas, y nada habría podido persuadirla de que tales depredadores no podían cruzar el arrecife y de que la charca era tan segura como la piscina.

Tomaba el desayuno en la terraza de la piscina y, a semejanza de los otros huéspedes, comía melón y mangos y papayas con los cereales, desdeñando los huevos y el tocino, a pesar de que habría podido pedirlos. A aquella hora, la mayoría de los hombres llevaban calzón de baño y camisa de playa, y las mujeres, ligeras camisas o túnicas de algodón sobre sus bikinis. Murgatroyd seguía fiel a los shorts de dril hasta la rodilla y a las camisas de tenis que había traído de Inglaterra. Su esposa se reunía con él bajo «su» sombrilla de paja, momentos antes de las diez, para empezar una larga serie de peticiones de bebidas sin alcohol y de aplicaciones de aceite, a pesar de que apenas se exponía nunca a los rayos del sol.

Ocasionalmente, sumergía su cuerpo sonrosado en la piscina del hotel —que rodeaba el bar en una especie de isla sombreada—, protegiéndose la permanente con un gorro de baño escarolado, y nadaba lentamente varios metros y volvía a salir.

Higgins, que se sentía solo, tardó poco en incorporarse a un grupo de ingleses mucho más jóvenes, por lo que apenas le veían. Se consideraba buen nadador, y se equipó en la «boutique» del hotel, adquiriendo, entre otras cosas, un sombrero de paja de ala ancha, parecido al que llevaba Hemingway en una foto que había visto una vez. Pasaba el día en calzón de baño y camisa, y, para la cena, se ponía, como los demás, unos pantalones de color pastel y camisa de safari con bolsillos sobre el pecho y charreteras en los hombros. Después de cenar, se iba al casino o a la discoteca. Murgatroyd se preguntaba cómo serían éstos.

Desgraciadamente, Harry Foster no había guardado para sí su sentido del humor. Para los sudafricanos, australianos y británicos que constituían el grueso de la clientela, Murgatroyd de Midland llegó a ser muy conocido, mientras Higgins se esforzaba en hacer olvidar su título de la Casa Central precisamente asimilándolo. Sin pretenderlo, Murgatroyd se hizo popular. Al llegar a la terraza para el desayuno, con sus shorts largos y sus zapatillas con suelas de goma, provocaba bastantes sonrisas y alegres saludos de «Buenos días, Murgatroyd».

En ocasiones, se tropezaba con el inventor de su título. Harry Foster pasaba por su lado, envuelto en su nube personal, y le saludaba con la mano izquierda, pues la derecha parecía abrirla únicamente para dejar su bote de cerveza y cerrarla de nuevo para agarrar otro. Cada vez, el genial australiano sonreía afectuosamente, levantaba la mano libre y decía: «Que lo pase bien, Murgatroyd.»

La tercera mañana, Murgatroyd salió del agua, habiendo tomado el baño de después del desayuno, se sentó debajo de la sombrilla de paja, apoyando la espalda en el soporte central, y empezó a examinarse. El sol estaba ya bastante alto y empezaba a hacer mucho calor, aunque sólo eran las nueve y media. Contempló su cuerpo, que, a pesar de todas sus precauciones y de las advertencias de su esposa, empezaba a tomar el color de una langosta. Envidió a los que podían adquirir un tono tostado en breve tiempo. Sabía que la solución estaba en conservar este tono una vez adquirido, en vez de volver al blanco marmóreo entre cada vacación y la siguiente. Pero esto era inútil en Bognor, pensó. Sus tres últimas vacaciones sólo le habían ofrecido cantidades variables de lluvia y

de nubes grises.

Sus piernas emergían de su calzón de baño de tartán, delgadas y velludas, como ramas de espino alargadas. Su barriga era redonda, y flaccidos los músculos del pecho. Años de estar sentado detrás de una mesa habían ensanchado sus posaderas, y sus cabellos se aclaraban. Conservaba todos sus dientes y llevaba gafas sólo para leer, principalmente informes de la compañía y cuentas bancarias.

Llegó del agua el zumbido de un motor y, al levantar la cabeza, vio una pequeña lancha rápida que adquiriría velocidad. Arrastraba una cuerda, al extremo de la cual se bamboleaba una cabeza sobre el agua. Mientras observaba, la cuerda se tensó y, entre un remolino de espuma, surgió la figura bronceada del esquiador acuático, que era un joven huésped del hotel. Éste utilizaba un solo esquí, colocando un pie delante del otro, y un surtidor de espuma se elevó tras él al adquirir velocidad detrás de la lancha. El timonel hizo girar la rueda y el esquiador describió un gran arco, pasando cerca de la playa por delante de Murgatroyd. Con los músculos contraídos, tensos los muslos contra los embates de la estela de la embarcación, aquel hombre parecía tallado en roble. El ruido de su risa triunfal despertó ecos sobre el agua al alejarse de nuevo a toda velocidad. Murgatroyd observó y envidió a aquel joven.

Él tenía cincuenta años, se dijo, y era bajo, barrigón, y no estaba en buena forma, a pesar de las tardes de verano pasadas en el club de tenis. Sólo faltaban cuatro días para el domingo, y entonces, tomaría de nuevo el avión y no volvería nunca. Probablemente, pasaría otros diez años en Ponder's End y se retiraría, seguramente, a Bognor.

Miró a su alrededor y vio una jovencita que venía caminando por la playa, desde la izquierda. La cortesía hubiese debido impedirle mirarla con fijeza, pero no pudo evitarlo. Andaba descalza, con la gracia cimbreante de las chicas de la isla. Su cutis tenía un fuerte color dorado, sin ayuda de aceites o lociones. Llevaba un paño blanco de algodón, con un dibujo escarlata, anudado debajo del brazo izquierdo. Le llegaba justo debajo de las caderas. Murgatroyd presumió que debía llevar algo debajo de aquello. Una ráfaga de viento apretó la tela sobre su cuerpo, revelando por un segundo los firmes y jóvenes senos y la estrecha cintura. Después, el céfiro se extinguió y la ropa pendió de nuevo recta.

Murgatroyd vio que era una criolla pálida, de ojos grandes y negros, pómulos salientes y lustrosos cabellos negros que caían en ondas sobre su espalda. Al pasar por delante de él, se volvió para dirigir una amplia y feliz sonrisa a alguien. Esto pilló por sorpresa a Murgatroyd. No sabía que hubiese alguien cerca de él. Miró vivamente a su alrededor, para ver a quién había sonreído la muchacha. Allí no había nadie. Cuando se volvió de cara al mar, la joven sonrió de nuevo, brillando sus dientes blancos bajo el sol de la mañana. Estaba seguro de que no les habían presentado. En tal caso, la sonrisa tenía que ser espontánea. A un desconocido. Murgatroyd se quitó las gafas de sol y sonrió a su vez.

—Buenos días —dijo.

—*Bonjour, m'sieu* —respondió la chica, y siguió su camino.

Murgatroyd la observó mientras se alejaba. Los negros cabellos le llegaban hasta las caderas, que oscilaban ligeramente bajo el blanco algodón.

—Será mejor que dejes de pensar en esas cosas —dijo una voz a su espalda.

Había llegado Mrs. Murgatroyd. También ésta contempló a la chica.

—Una buena pieza —admiró, acomodándose en la sombra.

Diez minutos más tarde, él la miró. Estaba enfrascada en la lectura de otra novela romántica de una autora popular, de las que había traído una buena provisión. Murgatroyd volvió a contemplar el mar y se preguntó, como había hecho tantas veces, por qué tenía ella una afición tan insaciable por las novelas románticas y un desprecio tan grande por la realidad. Su matrimonio no había estado marcado por la pasión amorosa, ni siquiera en los primeros tiempos, antes de que ella le dijese que desaprobaba «aquello» y que estaba equivocado si pensaba que había necesidad de continuarlo. Desde entonces, durante más de veinte años, se había visto como preso en un matrimonio sin amor, cuyo tedio sofocante sólo se animaba ocasionalmente en períodos de franca antipatía.

En una ocasión, había oído, en los vestuarios del club de tenis, que un socio le decía a otro que «hubiese tenido que azotarla hacía años». De momento, se había enfadado y había estado a punto de

salir de detrás de los armarios para reprenderle. Pero se había contenido, reconociendo que aquel tipo tenía probablemente razón. Lo malo estaba en que él era incapaz de azotar a nadie y que ella no era persona capaz de mejorar con los azotes. Él había sido siempre, incluso de joven, un hombre de modales suaves, y, aunque podía dirigir un Banco, su debilidad en casa había degenerado en pasividad y después en sumisión. La carga de sus pensamientos íntimos se desahogó en forma de ronco suspiro.

Edna Murgatroyd le miró por encima de sus gafas.

—Si tienes gases —le dijo—, deberías tomar una tableta.

El viernes por la noche, Higgins se acercó a él en el vestíbulo, donde estaba esperando a que su mujer saliese del lavabo de señoras.

—Tengo que hablarle... a solas —susurró Higgins, torciendo la boca con un disimulo capaz de llamar la atención en varias millas a la redonda.

—Ya —dijo Murgatroyd—. ¿No puede hacerlo aquí?

—No —gruñó Higgins, mirando hacia un helecho—. Su esposa puede salir en cualquier momento. Sígame.

Echó a andar con estudiada indiferencia, dio varios pasos en el jardín, se ocultó detrás de un árbol, apoyó la espalda en el tronco y esperó. Murgatroyd le siguió.

—¿De qué se trata? —preguntó éste, al reunirse con Higgins en la oscuridad de la vegetación.

Higgins miró hacia el vestíbulo iluminado, más allá de la arcada, para asegurarse de que la media naranja de Murgatroyd no les había seguido.

—Una partida de pesca —explicó—. ¿Lo ha hecho alguna vez?

—No, desde luego que no —contestó Murgatroyd.

—Yo tampoco. Pero me gustaría. Sólo una vez. Por probar. Escuche: tres hombres de negocios de Johannesburgo alquilaron una barca para mañana por la mañana. Por lo visto, no pueden salir. Por consiguiente, la barca está disponible, y por la mitad del precio, porque habían dado paga y señal. ¿Qué me dice? ¿Vamos a tomarla?

Murgatroyd se sorprendió de que se lo preguntase.

—¿Por qué no va con un par de compañeros de su grupo? —inquirió.

Higgins se encogió de hombros.

—Todos ellos quieren pasar el último día con sus amiguitas, y las chicas no quieren ir. Vamos, Murgatroyd, ¿por qué no hacemos la prueba?

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Murgatroyd.

—Normalmente, cien dólares americanos por cabeza —dijo Higgins—, pero, como la mitad está pagada, sólo serán cincuenta dólares cada uno.

—¿Por unas pocas horas? Son veinticinco libras.

—Veintiséis libras y setenta y cinco peniques —precisó automáticamente Higgins, que por algo estaba en la sección de cambio de moneda extranjera.

Murgatroyd calculó. Contando el taxi para ir al aeropuerto y los diversos gastos para llegar a Ponder's End, le quedaría poco más de aquella cantidad. El sobrante sería destinado por Edna Murgatroyd a comprar artículos libres de impuestos y regalos para su hermana de Bognor. Meneó la cabeza.

—Edna no estaría de acuerdo —dijo.

—No se lo diga.

—¿Que no se lo diga? La idea le escandalizó.

—Exactamente —insistió Higgins. Se acercó más, y Murgatroyd advirtió que su aliento olía a ponche—. No diga nada. Ella le echará después una bronca; pero se la echará de todos modos.

Piénselo. Probablemente, no volveremos nunca aquí. Probablemente, no volveremos a ver el océano Índico. Entonces, ¿por qué no hacerlo?

—Bueno, no sé...

—Sólo una mañana, en el mar abierto y en una pequeña barca. Con el viento agitando nuestros cabellos, y echándole el sedal a los bonitos, a los atunes y quizás a algún pez sierra. Al menos, será una aventura para recordarla en Londres.

Murgatroyd se irguió. Pensó en el joven del esquí, deslizándose sobre la laguna.

—Lo haré —dijo—. Trato hecho. ¿Cuándo salimos?

Sacó la cartera, arrancó tres cheques de viajero de 10 libras, dejando sólo dos en el talonario, firmó al pie de aquéllos y los entregó a Higgins.

—Muy temprano —murmuró Higgins, guardándose los cheques—. Tenemos que levantarnos a las cuatro, para salir de aquí a las cuatro y media. Estaremos en el puerto a las cinco. Partiremos de allí a las seis menos cuarto y llegaremos a la zona de pesca poco antes de las siete. Es la hora mejor; cuando amanece. Nos acompañará el encargado de actividades deportivas, que es muy entendido en pesca. Nos encontraremos en el vestíbulo principal a las cuatro y media.

Volvió al hotel y se dirigió al bar. Murgatroyd le siguió, pasmado por su propia audacia, y encontró a su mujer, que le esperaba enfurruñada. La acompañó al comedor.

Murgatroyd apenas si durmió en toda la noche. Aunque tenía un pequeño despertador, no se atrevió a montarlo, por miedo de que despertase a su esposa al dispararse. Tampoco podía exponerse a dormir más de la cuenta y que Higgins llamase a la puerta de la habitación a las cuatro y media. Dio varias cabezadas, hasta que vio que las manecillas fluorescentes se acercaban a las cuatro. Más allá de las cortinas, era aún noche cerrada.

Se deslizó sin ruido fuera de la cama y miró a Mrs. Murgatroyd. Ésta yacía boca arriba, como de costumbre, respirando ruidosamente, con su arsenal de bigudíes sujeto por una redecilla. Colocó cuidadosamente el pijama sobre la cama y se puso los calzoncillos. Cogió los zapatos con suela de goma, los shorts y la camisa, salió sin hacer ruido y volvió a cerrar la puerta. En el corredor a oscuras, se puso el resto de sus prendas y se estremeció al sentir un frío inesperado.

En el vestíbulo, encontró a Higgins y a su guía, un sudafricano alto y huesudo, llamado Andre Kilian, que era quien cuidaba de todas las actividades deportivas de los huéspedes. Kilian observó su ropa.

—En el mar hace frío antes de la aurora —dijo— y, después, un calor abrasador. El sol puede achicharrarle ahí fuera. ¿No ha traído unos pantalones largos y una blusa con mangas?

—No pensaba que... —dijo Murgatroyd—. No, no lo he traído.

Pero no se atrevía a volver a su habitación.

—Yo tengo uno de sobra —dijo Kilian, alargándole un pulóver—. Marchémonos ya.

Rodaron durante quince minutos entre los oscuros campos, dejando atrás unas chozas donde un solo destello de luz indicó que alguien estaba ya despierto. Después siguieron la carretera principal hasta el pequeño puerto de Trou D'Eau Douce, Hoyo de Agua Dulce, bautizado con este nombre por algún capitán francés de lejanos tiempos que debió encontrar un manantial de agua potable en este sitio. Las casas del pueblo estaban cerradas y a oscuras, pero Murgatroyd pudo distinguir, en el muelle, la forma de una barca amarrada y otras formas que trabajaban a bordo a la luz de unas antorchas. Los viajeros se acercaron al embarcadero de madera y Kilian sacó un frasco de café caliente de la guantera del coche y lo pasó a sus acompañantes. Desde luego, fue muy bien recibido.

El sudafricano se apeó del coche y avanzó por el embarcadero hasta la barca. Retazos de una conversación en voz baja, en francés criollo, llegaron hasta el automóvil. Es extraño que la gente hable siempre en voz baja en la oscuridad que precede al amanecer.

Volvió al cabo de diez minutos. Ahora se veía una franja pálida en el horizonte oriental, y unas cuantas nubes bajas e inmóviles brillaban débilmente allí. El agua era distinguible por su propio brillo, y los perfiles del embarcadero, de la barca y de los hombres eran cada vez más claros.

—Ya podemos llevar el equipo a bordo —dijo Kilian.

Sacó del portaequipajes del coche una nevera portátil que más tarde les proporcionaría cerveza fresca, y, entre él y Higgins, la llevaron al embarcadero. Murgatroyd cargó con los paquetes del almuerzo y otros dos frascos de café.

La embarcación no era uno de esos modelos nuevos y lujosos de fibra de plástico, sino una vieja y ancha barca con el casco de madera y la cubierta de tablas. Tenía una pequeña cabina hacia la proa, que parecía atestada de útiles diversos. A estribor de la puerta de la cabina, había un solo asiento acolchonado sobre un alto soporte, frente a la rueda del timón y los controles básicos. Esta zona estaba cubierta. La zona de popa era descubierta y había en ella un banco a lo largo de cada costado. En la popa había un solo sillón giratorio, como los que se usan en los despachos de la ciudad, salvo que éste estaba fijo en la cubierta y provisto de correas sueltas parecidas a unos arneses.

A ambos lados de la cubierta de popa se alzaban sendas horquetas inclinadas hacia fuera, como antenas. Murgatroyd pensó al principio que eran cañas de pescar, pero después se enteró de que eran horquillas destinadas a mantener los sedales exteriores apartados de los interiores, evitando así que se enredasen.

Un viejo estaba sentado en la silla del patrón, apoyada una mano en la rueda y observando en silencio los últimos preparativos. Kilian metió la caja de las cervezas debajo de unos de los bancos e hizo un ademán a los otros para que se sentasen. Un muchacho, apenas en la adolescencia, soltó la amarra de popa y la arrojó sobre la cubierta. Un lugareño, desde las tablas del pequeño muelle, hizo lo propio con la amarra de proa y empujó la barca para apartarla del embarcadero. El viejo puso el motor en marcha, y se produjo un sordo zumbido bajo los pies de los pasajeros. La barca giró lentamente hacia la laguna.

El sol ascendía ahora rápidamente; se hallaba justo bajo la línea del horizonte, y su luz se extendía hacia el Oeste sobre el agua. Murgatroyd podía ver claramente las casas del pueblo a lo largo de la orilla, y volutas de humo elevándose en el aire, al preparar las mujeres el café del desayuno. En pocos minutos, se desvanecieron las últimas estrellas, el cielo se tino de un azul claro y destellos de brillante luz surcaron el agua. De pronto, una garra, procedente de ninguna parte y que no iba a parte alguna, arañó la superficie de la laguna y la luz se rompió en añicos de plata. Fue sólo un momento. Después volvió la calma total, rota únicamente por la larga estela de la barca, desde su popa hasta el embarcadero que se alejaba. Murgatroyd miró por encima de la borda y pudo distinguir masas de coral a cuatro brazas de profundidad.

—A propósito —dijo Kilian—, permitan que les presente. —Con la creciente luz, su voz se había hecho más fuerte—. Esta barca se llama *Avant*, que en francés significa Adelante. Es vieja pero sólida como una roca, y ha pescado no pocos peces en su vida. El patrón es Monsieur Patient, y éste es su nieto Jean-Paul.

El viejo se volvió y movió la cabeza saludando a los pasajeros. No dijo nada. Vestía una tosca camisa azul y pantalones, de los que pendían dos nudosos pies. Su cara era morena y curtida, como tallada en vieja madera de nogal, y la cubría con una gorra raída. Contemplaba el mar con ojos rodeados de arrugas, fruto de toda una vida de mirar el agua brillante.

—Monsieur Patient lleva pescando en estas aguas desde que era chico, al menos desde hace sesenta años —dijo Kilian—. Ni siquiera él sabe exactamente cuántos, y nadie en el pueblo puede recordarlo. Conoce el mar y conoce los peces. Éste es el secreto del buen pescador.

Higgins sacó una cámara de la funda que llevaba colgada del hombro.

—Quisiera tomar una foto —dijo.

—Yo esperaré unos minutos —repuso Kilian—. Y agárrense bien. Cruzaremos el arrecife dentro de un momento.

Murgatroyd miró hacia delante, al arrecife que se acercaba. Visto desde el balcón de su hotel, parecía una rompiente suave como una pluma y la espuma era como leche derramada. De cerca, podía oír el bramido de las olas del océano al lanzarse contra los picos de coral, rompiéndose como rasgadas por afilados cuchillos debajo de la superficie. Y no veía ninguna interrupción en la franja blanca.

Justo antes de llegar a la espuma, el viejo Patient hizo girar bruscamente la rueda hacia la

derecha, y el *Avant* se colocó en posición paralela a la franja de espuma y a unos 20 metros de ella. Entonces vio Murgatroyd el canal. Discurría entre dos bancos de coral que dejaban entre ellos una angosta abertura. Cinco minutos más tarde, estaban en el canal, con rompientes a la derecha y a la izquierda, avanzando paralelamente a la costa en dirección Este, a lo largo de media milla. La *Avant* se balanceaba y cabeceaba a impulso del oleaje.

Murgatroyd miró hacia abajo. Había rompientes a ambos lados, pero, en el suyo, podía ver, al retirarse la espuma, los corales a una distancia de tres metros; frágiles y delicados a la vista, pero afilados como navajas al tacto. Una rozadura, y podían despellejar a un hombre o a una barca con desdeñosa facilidad. El patrón parecía no mirar. Seguía sentado, con una mano en la rueda y la otra en la palanca del acelerador, fija la vista hacia delante, a través del parabrisas, como si recibiese señales de un faro sólo visible para él en el horizonte en blanco. De vez en cuando, movía la rueda o daba gas, y la *Avant* se apartaba tranquilamente de algún nuevo peligro. Murgatroyd sólo vio tres de ellos, deslizándose impotentes ante sus ojos.

Sesenta segundos que parecieron una eternidad, y se acabó la cosa. A la derecha, continuaba el arrecife; pero, a la izquierda, había terminado. Estaban fuera del canal. El patrón hizo girar de nuevo la rueda y la *Avant* puso proa al mar abierto. Y se hallaron de pronto en el temible océano Índico. Murgatroyd se dio cuenta de que aquello no era un paseo en barca para timoratos, y confió en no hacer el ridículo.

—Bueno, Murgatroyd, ¿ha visto ese maldito coral? —inquirió Higgins. Kilian hizo un guiño.

—Todo un espectáculo, ¿no? ¿Un poco de café?

—Después de eso, preferiría algo más fuerte —dijo Higgins.

—Nosotros pensamos en todo —dijo Kilian—. Aquí hay brandy.

Destapó el segundo frasco.

El muchacho empezó en seguida a preparar las cañas. Sacó cuatro de ellas de la cabina; cañas resistentes de fibra de vidrio, de unos dos metros de longitud y con la parte inferior revestida de corcho para agarrarlas mejor. Cada una de ellas estaba provista de un enorme carrete con 800 metros de hilo de nylon de un solo filamento. Las conteras eran de sólido metal y tenían una ranura para encajarlas en las abrazaderas de la barca y evitar que se torciesen. Encajó cada una en su sitio y las afianzó con acolladores y pernos para que no saltasen por la borda.

El primer arco del borde del sol asomó sobre el océano y vertió sus rayos sobre las olas. En pocos minutos, el agua oscura adquirió un fuerte tono azul índigo, que se volvió más claro y verdoso a medida que se elevaba el sol.

Murgatroyd se apercebó contra los saltos y el balanceo de la barca, mientras trataba de tomar su café, y observó fascinado los preparativos del muchacho. De una caja grande, sacó hilos de acero de longitudes diversas, y eligió diferentes señuelos. Algunos parecían pequeños calamares rosados o verdes de caucho blando; había plumas de pollo rojas y blancas, y brillantes cucharillas y señuelos giratorios, destinados a centellear en el agua y llamar la atención de los depredadores al acecho. También había unos pesos gruesos, en forma de cigarro y todos ellos con un clip para sujetarlos al sedal.

El chico preguntó algo en criollo a su abuelo, y el viejo le respondió con unos gruñidos. El muchacho escogió dos pequeños calamares, una pluma y una cucharilla. Cada señuelo tenía un alambre de acero de unos 25 cm. sobresaliendo de un extremo y un anzuelo único o triple en el otro. El chico fijó el clip del señuelo en un hilo de acero más largo, y el otro extremo de éste en el sedal de una caña. También colocó un peso de plomo, para que el señuelo se mantuviese justo por debajo de la superficie al deslizarse en el agua. Kilian explicó la finalidad de los señuelos que se empleaban.

—La cucharilla giratoria —dijo— es buena para las barracudas errantes. El calamar y la pluma atraen a los bonitos, las doradas e incluso los grandes atunes.

Monsieur Patient cambió súbitamente de rumbo, y todos se irguieron para ver la razón. Nada se percibía en el horizonte, frente a ellos. Sesenta segundos más tarde, descubrieron lo que el hombre había visto antes. En el lejano horizonte, varias aves marinas revoloteaban sobre el mar y se lanzaban en picado, como pequeñas motas a tal distancia.

—Golondrinas de mar —dijo Kilian—. Han descubierto un banco de pececillos y se sumergen para cazarlos.

—¿Nos interesan los peces pequeños? —preguntó Higgins.

—No —respondió Kilian—, pero interesan a otros peces más grandes. Las aves nos indican la presencia de aquéllos. Y los bonitos, y también los atunes, gustan de cazar las sardinetas.

El patrón se volvió e hizo una señal con la cabeza al chico, que empezó a lanzar los sedales preparados a la estela de la embarcación. Al saltar cada uno de ellos sobre la espuma, el muchacho soltaba un resorte del carrete correspondiente y éste rodaba libremente. La corriente arrastraba el señuelo, el plomo y el alambre de acero entre la espuma, hasta que desaparecían completamente. El chico dejaba que se deslizase el sedal hasta que comprendía que el señuelo estaba a más de 30 metros de la barca. Entonces, fijaba de nuevo el carrete. En alguna parte, detrás de nosotros, el señuelo y el anzuelo se deslizaban regularmente debajo de la superficie, como lo haría un pez veloz.

Había dos cañas fijadas en el borde de popa de la barca, una en el ángulo de la izquierda, y la otra, en el de la derecha. Las otras dos estaban fijadas en sus soportes, más arriba, en los lados de la cubierta de popa. Sus sedales estaban enganchados en grandes perchas, sujetas a su vez a unas cuerdas que subían a lo largo de las horquetas. El muchacho arrojó los señuelos al mar e hizo subir las perchas hasta la punta de las horquetas. La inclinación de éstas haría que los sedales exteriores no se enredasen con los interiores y se deslizasen paralelamente a éstos. Si un pez picaba, soltaría el sedal de la percha y el tirón pasaría directamente del carrete a la caña y al pez.

—¿Han pescado ustedes alguna vez? —preguntó Kilian. Murgatroyd y Higgins negaron con la cabeza y aquél prosiguió—: Entonces, será mejor que les explique lo que pasa cuando un pez muerde el anzuelo. Mejor dicho, un poco después. Vengan y verán.

El sudafricano se sentó en la silla del pescador y tomó una de las cañas.

—Cuando muerde el pez, el sedal sufre un brusco tirón y el carrete, al rodar, emite un chirrido agudo. Es el aviso. Cuando ocurre esto, la persona a quien le toca el turno se sienta aquí, y Jean-Paul o yo le entregamos la caña. ¿O.K.?

Los ingleses asintieron con la cabeza.

—Entonces, toma la caña y coloca la contrera en este hueco, entre los muslos. Después, la sujetas en este acolador del asiento. Así, si es arrancada de sus manos, no perdemos una caña muy cara con todos sus accesorios. Ahora, miren esto...

Kilian señaló una rueda dentada de metal, que sobresalía del lado del tambor del carrete.

—Es la rueda reguladora —explicó Killian—. En este momento, está preparada para una tensión muy débil, digamos de dos kilos; así, cuando muerde el pez, el sedal se desliza, el rodete gira, y los chasquidos de la ruedecilla son tan rápidos que parecen un chirrido. Cuando está usted preparado, y debe procurar hacerlo aprisa, porque, cuanto más tarde en ello, más sedal tendrá que recuperar después, cuando esté preparado, digo, tiene que adelantar despacio el cierre de control, de esta manera. Al pararse el carrete, dejará de desenrollarse el sedal. Y entonces será la barca quien tire del pez, en vez de ser el pez quien tire del sedal.

»Después, hay que enrollar hilo. Agarrar el corcho con la izquierda, y enrollar. Si la presa es muy pesada, hay que agarrar la caña con ambas manos y tirar hacia atrás hasta que quede vertical. Después, bajar la mano derecha para seguir enrollando, bajando entretanto la caña hacia la popa. Esto hace que el sedal se enrolle más fácilmente. Luego, se re pite la operación. Sujetar la caña con ambas manos, tirar hacia atrás, aflojar hacia delante, enrollando al mismo tiempo. Al cabo de un rato, verá que la presa surge de la espuma debajo de la popa. Entonces, el muchacho la enganchará y la izará a bordo.

—¿Para qué son esas marcas en el seguro deslizante y en la cubierta metálica del tambor? —preguntó Higgins.

—Indican el máximo posible de tensión —respondió Kilian—. Estos sedales se rompen bajo una tensión de setenta kilos. Si están mojados, hay que deducir un diez por ciento. Para mayor seguridad, el carrete está marcado de manera que, cuando coinciden esas señales, el regulador sólo soltará sedal cuando haya una tracción de 50 kilos en el otro extremo. Pero, al aguantar 50 kilos durante mucho

rato, y más si se enrolla hilo al mismo tiempo, se corre el peligro de que le arranquen a uno los brazos; por consiguiente, creo que no debemos ocuparnos de esto.

—Pero, ¿qué pasa si pillamos una presa grande? —insistió Higgins.

—Entonces —dijo Kilian—, lo único que puede hacerse es tratar de fatigarla. Es cuando empieza la verdadera lucha. Hay que soltar hilo, cobrarlo, volver a soltarlo, y así sucesivamente, hasta que el pez está tan cansado que no puede seguir tirando. Pero ya trataremos de esto si llega el momento.

Apenas había acabado de decir esto cuando la *Avant* se encontró entre las golondrinas de mar, después de haber cubierto tres millas en treinta minutos. Monsieur Patient redujo la marcha y empezaron a navegar sobre el invisible banco de peces. Las pequeñas aves, con incansable gracia, trazaban círculos a 6 metros sobre el agua, bajas las cabezas, rígidas las alas, hasta que sus ojos penetrantes descubrían algún brillo en las abultadas olas. Entonces recogían las alas y se dejaban caer, con el afilado pico por delante, y se sumergían en la ola. Un segundo más tarde, el mismo pájaro emergía con una astilla de plata en el pico y la engullía inmediatamente. Su búsqueda era tan incansable como su energía.

—Murgatroyd —dijo Higgins—, creo que deberíamos decidir quién prueba el primero. Echémoslo a suertes.

Sacó una rupia de Mauricio del bolsillo. La echaron al aire, y ganó Higgins. Pocos segundos después, una de las cañas interiores se agitó violentamente y el sedal se puso tirante. El carrete emitió un zumbido que se convirtió en chirrido.

—¡Ya es mío! —gritó Higgins, entusiasmado, saltando sobre el sillón.

Jean-Paul le pasó la caña. El rodete giraba todavía, pero más despacio, y Higgins metió de golpe la contera en el soporte. Sujetó la caña en el acollador y empezó a cerrar el resorte. El sedal deslizante se detuvo casi inmediatamente. Se dobló la punta de la caña. Agarrando ésta con la mano izquierda, Higgins empezó a cobrar hilo con la derecha. La caña se dobló un poco más, pero él siguió enrollando.

—Siento sus tirones en el hilo —balbuceó Higgins.

Siguió enrollando. El sedal no oponía resistencia, y Jean-Paul se inclinó sobre la popa. Agarrando el hilo con la mano, izó un pez rígido de plata y lo dejó caer en la barca.

—Un bonito de unos dos kilos —dijo Kilian. El muchacho tomó unas tenacillas y desprendió el anzuelo de la boca del bonito. Murgatroyd vio que, sobre el vientre plateado, tenía unas rayas de un azul negruzco, como las caballas. Higgins pareció desilusionado. La nube de golondrinas de mar quedó a popa, al salir ellos del banco de pececillos. Eran poco más de las ocho y la cubierta empezaba a calentarse, pero el calor era agradable. Monsieur Patient hizo describir un lento semicírculo a la *Avant*, para volver al banco y a las golondrinas delatoras, mientras su nieto arrojaba al agua el anzuelo y su señuelo en forma de pequeño calamar, para otro intento.

—Podríamos comérmolo esta noche —dijo Higgins.

—El bonito se emplea de cebo —dijo Kilian—. Los indígenas hacen sopa con ellos, pero no saben muy bien.

Dieron otra vuelta sobre el banco de peces, y hubo un segundo tirón. Murgatroyd tomó la caña, vivamente excitado. Era la primera vez que hacía esto, y quizá no volvería a hacerlo nunca. Cuando agarró la caña por la parte revestida de corcho, pudo sentir las sacudidas del pez como si estuviera junto a él, a pesar de que se hallaba a 200 metros de distancia. Empujó lentamente el seguro hacia delante y el sedal se inmovilizó. La punta de la caña se dobló hacia el mar. Con el brazo izquierdo tenso, aguantó el tirón y se sorprendió al ver la fuerza que tenía que hacer para ello.

Contrajo los músculos de aquel brazo y empezó a hacer girar metódicamente la manivela del carrete con la mano derecha. La fuerza de tracción del otro extremo le admiraba. Quizás era uno grande, pensó, o incluso muy grande. Aquello era emocionante. Imposible saber que clase de gigante de las profundidades se debatía en la estela de la barca. Y si no era tal cosa, como el bonito de Higgins, el próximo podía ser un monstruo. Siguió dándole despacio a la manivela, sintiendo que jadeaba a causa del esfuerzo. Cuando el pez estuvo a veinte metros de la embarcación, pareció ceder y el sedal se enrolló sin esfuerzo. Pensó que había perdido su presa, pero no, el pez estaba allí. Dio un

último tirón al llegar bajo la popa, y se acabó. Jean-Paul lo enganchó y lo subió a la barca. Era otro bonito, pero más grande, de unos 5 kilos.

—Es magnífico, ¿no? —dijo Higgins, muy excitado.

Murgatroyd asintió con la cabeza y sonrió. Tendría algo que contar en Ponder's End. En el timón, el viejo Patient puso rumbo a un sector en que el agua era de un azul intenso, a varias millas delante de ellos. Observó a su nieto, que desenganchaba el anzuelo de la boca del bonito, y dijo algo al muchacho. Éste desprendió el señuelo y el alambre de acero y los depositó en la caja de los aparejos. Plantó la caña en su oquedad, y el pequeño clip de acero de la punta de aquélla osciló libremente. Después, dio unos pasos y asió la rueda del timón. Su abuelo le dijo algo y señaló a través del cristal. El chico asintió con la cabeza.

—¿No vamos a emplear esa caña? —preguntó Higgins.

—Monsieur Patient debe tener otra idea —dijo Kilian—. Dejémosle hacer. Él sabe lo que se lleva entre manos.

El viejo caminó fácilmente sobre la oscilante cubierta, se acercó al sitio donde estaban ellos y, sin decir palabra, se sentó con las piernas cruzadas junto al imbornal, eligió el bonito más pequeño y empezó a prepararlo para cebo. El pescadito estaba duro como un palo, rígidas las aletas en forma de media luna en la cola, entreabierta la boca, fijos los ojos negros y menudos, que miraban sin ver.

Monsieur Patient sacó de la caja de los aparejos un gran anzuelo de un solo garfio y en cuya espiga se hallaban firmemente sujetos un alambre de acero de 45 centímetros y una afilada púa de acero de 30 centímetros, parecida a una aguja de hacer calceta. Introdujo la púa en el orificio anal del pescado y empujó hasta que la punta ensangrentada salió por la boca del bonito. Sujetó el alambre de acero al otro extremo de la púa y, con unas tenacillas, tiró de la aguja y del alambre, haciéndolos pasar por el cuerpo del pescado, hasta que el alambre colgó de la boca de aquél.

Después, el viejo hundió profundamente la espiga del anzuelo en el vientre del bonito, de manera que desapareció en él, salvo la curva y la afilada punta con su garfio. Éstos sobresalían rígidos hacia fuera y hacia abajo en la base de la cola, con la punta hacia delante. Sacó el resto del alambre de la boca del pescado, hasta que quedó tirante.

A continuación, tomó una aguja mucho más pequeña, no mayor de las que usan las amas de casa para coser los calcetines del marido, y un metro de hilo torcido de algodón. La aleta dorsal y las dos ventrales del bonito estaban planas. El viejo pasó el hilo de algodón por la espina principal de la aleta dorsal, le dio varias vueltas y, después, hizo pasar la aguja por un músculo de detrás de la cabeza del pescado. Así, al tirar del hilo, se levantó la aleta, con la serie de espinas y membranas que le dan estabilidad vertical en el agua. Hizo lo propio con las dos aletas ventrales y, por último, cerró la boca del bonito con unas cuantas puntadas pequeñas y limpias.

Cuando hubo terminado, el bonito tenía casi el mismo aspecto que cuando estaba vivo. Sus tres aletas estaban desplegadas en perfecta simetría, para impedir que se ladease o diese vueltas. La cola vertical mantendría la dirección al ser arrastrado el bonito a gran velocidad. La boca cerrada evitaría la turbulencia y las burbujas. Sólo el hilo de acero entre sus cerrados labios y el cruel anzuelo colgando de su cola delataban su condición de cebo. Por último, el viejo pescador sujetó los centímetros de alambre de la boca del bonito al segundo alambre que pendía de la punta de la caña y lanzó el nuevo cebo al océano. Todavía con los ojos abiertos, el bonito osciló dos veces sobre la estela y fue sumergido por el plomo, para empezar su último viaje submarino. El hombre dejó que se alejase 70 m, más allá de los otros señuelos, antes de fijar de nuevo la caña y volver a su silla de mando. El agua había trocado su color azul grisáceo por un brillante azul verdoso.

Diez minutos más tarde. Higgins hizo otra presa, esta vez con el señuelo giratorio. Estuvo tirando y aflojando durante más de diez minutos. Fuese lo que fuere, el pez luchaba desesperadamente por liberarse. Dada la fuerza de sus tirones, todos pensaron que podía ser un atún de buen tamaño; pero, cuando lo izaron a bordo, vieron que se trataba de un pez de un metro de largo, de cuerpo fino y delgado, y que tenía doradas las aletas y la parte superior del cuerpo.

—Un dorado —dijo Kilian—. Buena pesca. Esos bichos se defienden muy bien. Y son sabrosos. Pediremos al cocinero del «St. Geran» que lo prepare para la cena.

Higgins estaba colorado y entusiasmado.

—Tuve la impresión de estar tirando de un camión que se daba a la fuga —jadeó.

El muchacho ajustó de nuevo el señuelo y volvió a echarlo al agua.

El mar se estaba encrespando. Murgatroyd se agarró a uno de los soportes de un tejadillo colocado sobre la parte anterior de la cubierta, para ver mejor. La *Avant* cabeceaba ahora fuertemente entre las grandes olas. Al descender, contemplaban grandes muros de agua por todos lados, masas movedizas cuya lustrosa superficie ocultaba la fuerza enorme acumulada en ellas. Y al subir, podían ver crestas de espuma que se extendían muchas millas y, hacia el Oeste, la borrosa costa de Mauricio en el horizonte.

Las olas venían del Este, una tras otra, como apretadas filas de soldados gigantes y verdes que marchasen sobre la isla, para morir bajo la artillería del arrecife. Murgatroyd se sorprendió al ver que no sentía mareo, pues, en una ocasión, se había mareado en el ferry que hacia la travesía de Dover a Boulogne. Pero aquél era un barco grande, que batía las olas para abrirse paso, y donde los pasajeros tenían que respirar olores de aceite, de grasa de la cocina, de humo y de otras cosas. La pequeña *Avant* no luchaba contra el mar; se dejaba llevar por él, cediendo para elevarse de nuevo.

Murgatroyd contemplaba fijamente el agua y sentía ese temor lindante con el miedo, que suele acompañar a los hombres en los barcos pequeños. Una embarcación puede parecer soberbia, majestuosa, lujosa y segura, en las aguas tranquilas de un puerto de moda, y ser admirada por la gente como muestra de la riqueza de su propietario. Pero, en alta mar, es hermana del desvencijado carguero, del oxidado vapor voladero; una cosita llena de costurones y de ensambladuras, una débil cascara de nuez midiendo su mísera fuerza contra un poder inimaginable, un frágil juguete en la palma de la mano de un gigante. Incluso rodeado de los otros cuatro, Murgatroyd sentía su propia insignificancia y la impertinente pequeñez de la barca, y esa impresión de soledad que produce el mar. Sólo los que han viajado por mar o por aire, o a través de grandes nevadas o sobre las arenas del desierto, conocen este sentimiento. Son escenarios inmensos, despiadados, pero el más terrible de todos es el mar, porque se *mueve*. Poco después de las nueve, Monsieur Patient murmuró algo, sin dirigirse a nadie en particular.

—*Y'a quelque chose* —dijo—. *Nous suit.*

—¿Qué ha dicho? —preguntó Higgins.

—Ha dicho que hay algo por ahí. —indicó Kilian—. Algo que nos sigue.

Higgins miró fijamente a su alrededor. No vio nada; sólo agua.

Kilian se encogió de hombros.

—Es como cuando usted percibe a primera vista que hay un error en una columna de números. Cuestión de instinto.

El viejo redujo la marcha y la *Avant* se deslizó más despacio, hasta que pareció que se paraba. El balanceo y los cabeceos parecieron aumentar al reducirse la velocidad. Higgins tragó varias veces, al llenarse su boca de saliva. A las nueve y cuarto, una caña se dobló bruscamente y el hilo empezó a desenrollarse, no muy de prisa pero continuamente, y el rodillo empezó a chascar como una matraca.

—Para usted —dijo Kilian, sacando la caña de su agujero y plantándola en el sillón del pescador.

Murgatroyd salió de la sombra y se sentó en el sillón. Sujetó la contera de la caña en su sitio y agarró fuertemente el asidero de corcho con la mano izquierda. El rodete, un gran «Penn Senator» que parecía un barrilillo de cerveza, seguía rodando vivamente. El hombre empezó a cerrar el mecanismo de control.

Aumentó la tensión sobre su banco y la caña se arqueó. Pero el sedal siguió deslizándose.

—Apriete —dijo Kilian—, o él se llevará todo el hilo.

El director de Banco contrajo el bíceps y apretó más el freno. La punta de la caña se inclinó más y más, hasta quedar al nivel de sus ojos. El sedal redujo la velocidad, pero volvió a deslizarse. Kilian se inclinó para observar el control. Las marcas de los anillos interior y exterior estaban casi frente a frente.

—Ese truhán está ejerciendo una tensión de cuarenta kilos —dijo—. Tendrá que apretar un poco más.

A Murgatroyd empezaba a dolerle el brazo, y sus dedos se ponían rígidos sobre el asidero de corcho. Hizo girar el control hasta que las dos marcas gemelas coincidieron exactamente.

—Basta —dijo Kilian—. Esto representa 100 kilos. El límite. Sujete fuerte la caña con ambas manos.

Con un sentimiento de alivio, Murgatroyd llevó la otra mano a la caña, sujetó ésta con ambas, apoyó las suelas de sus zapatos en el peto de popa, tensó los músculos de los muslos y de las pantorrillas y se echó atrás. No ocurrió nada. La parte inferior de la caña estaba vertical entre sus muslos, mientras que la punta señalaba la estela. Y el sedal seguía deslizándose, despacio pero continuamente. La reserva de hilo del tambor menguaba ante sus ojos.

—¡Jesús! —exclamó Kilian—. Es un pez gordo. Está tirando a más de 50, como si nada. Aguante, hombre.

Su acento sudafricano se hacía más pronunciado con la excitación. Murgatroyd tensó de nuevo las piernas, cerró los dedos con fuerza, contrajo las muñecas, los antebrazos y los bíceps, encogió los hombros, bajó la cabeza y siguió aguantando. Nadie le había pedido, hasta entonces, que aguantase una tensión de 50 kilos. Al cabo de tres minutos, el carrete' dejó al fin de girar. Fuese lo que fuese lo que estaba allá abajo, se había llevado 600 metros de sedal.

—Será mejor que le pongamos las correas —dijo Kilian.

Pasó una correa sobre cada hombro de Murgatroyd. Rodeó su cintura con otras dos y levantó otra, más ancha, entre los muslos. Sujetó las cinco con una hebilla central, sobre la panza, y las puso bien prietas. Esto aliviaba un poco las piernas, pero las correas se hincaban delante de los hombros, sobre la camisa de algodón. Por primera vez, advirtió Murgatroyd lo fuerte que era allí el sol. La parte superior de sus muslos desnudos empezó a escocerle.

El viejo Patient se había vuelto, sujetando la rueda con una sola mano. Había observado desde el principio el deslizamiento del sedal. Dijo, simplemente:

—Pez espada.

—Está usted de suerte —dijo Kilian—. Parece que ha enganchado un pez espada.

—¿Es bueno? —preguntó Higgins, que había palidecido.

—Es el rey de la pesca deportiva —contestó Kilian—. Hay hombres ricos que vienen aquí todos los años y gastan montones de dinero en el deporte, y nunca pescan un pez espada. Pero luchará, como nunca vio usted luchar en la vida.

Aunque el sedal había dejado de deslizarse y el pez nadaba detrás de la barca, éste no había cesado de tirar. La punta de la caña seguía arqueada sobre la estela. El pez ejercía una tensión de 35 a 45 kilos.

Los cuatro hombres observaban en silencio, mientras Murgatroyd seguía aguantando. Durante cinco minutos, sujetó con fuerza la caña; el sudor brotaba de su frente y de sus mejillas y rodaba en gotas hasta el mentón. Después, la punta de la caña se alzó poco a poco, al aumentar el pez su velocidad para aflojar la tensión del anzuelo en su boca. Kilian se agachó junto a Murgatroyd y empezó a darle instrucciones, como un profesor de aviación a su discípulo antes del primer vuelo a solas.

—Enrolle ahora —dijo—, despacio pero con firmeza. Reduzca la tensión a 40 kilos; en beneficio de usted, no de él. Cuando dé un tirón, cosa que hará, déjele marchar y ponga el control a 50. No trate de cobrar hilo mientras esté luchando; rompería el sedal como si fuese de algodón. En cambio, si nada en dirección a la barca, enrolle lo más aprisa que pueda. No deje nunca que el hilo se afloje, o tratará de escupir el anzuelo.

Murgatroyd hizo lo que el otro le decía. Consiguió enrollar 50 metros de hilo antes de que el pez diese un tirón. Cuando lo hizo, casi arrancó la caña de las manos del hombre. Murgatroyd tuvo el tiempo justo de llevar la otra mano al asidero y sujetar la caña con ambos brazos. El pez arrastró otros 100 metros de sedal antes de detenerse en su carrera y empezar de nuevo a seguir la barca.

—Hasta ahora, se ha llevado seiscientos cincuenta metros de hilo —dijo Kilian—. Y sólo tiene usted ochocientos.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó entre dientes Murgatroyd.

El sedal se aflojó y el hombre volvió a enrollar.

—Rezar —dijo Kilian—. Si la tensión pasa de 50 kilos, no podrá retenerle. Y si se agota todo el hilo del tambor, lo romperá sencillamente.

—Hace mucho calor —dijo Murgatroyd. Kilian miró sus shorts y su camisa.

—Se va a asar —dijo—. Espere un momento. Se quitó sus propios pantalones deportivos y deslizó sucesivamente ambas perneras sobre las perneras de Murgatroyd. Después, tiró del pantalón lo más arriba que pudo. Las correas impedían que llegase a la cintura de Murgatroyd, pero, al menos, sus piernas y sus muslos estaban cubiertos. El alivio fue inmediato. Kilian sacó de la cabina un suéter de mangas largas. Olía a sudor y a pescado.

—Voy a pasarle esto por la cabeza —dijo—, pero no se lo podrá poner si no soltamos las correas durante unos segundos. Esperemos que el pez no arranque en estos instantes.

Tuvieron suerte. Kilian soltó las dos correas de los hombros y tiró del suéter hasta la cintura de Murgatroyd. Después, volvió a sujetar aquéllas. El pez seguía a la barca; el sedal estaba tirante, pero la tensión no era muy fuerte. Gracias al suéter, los brazos dejaron de dolerle a Murgatroyd. Kilian se volvió en redondo. Desde su asiento, el viejo Patient le alargaba su sombrero de ala ancha. Kilian lo puso sobre la cabeza de Murgatroyd. La franja de sombra protegía sus ojos y era un nuevo alivio, pero la piel de su cara estaba ya roja e irritada. El reflejo del sol sobre el mar puede quemar más que el propio sol.

Murgatroyd aprovechó la pasividad del pez espada. Había cobrado cien metros, aunque los dedos le dolían a cada vuelta de la manivela, pues todavía había una tensión de 20 kilos en el sedal, cuando el pez tiró de nuevo. Recobró sus cien metros en treinta segundos, y la tensión volvió a subir a 50 kilos. Murgatroyd encorvó los hombros y aguantó. Las correas parecían morderle la carne donde le tocaban. Eran las diez de la mañana.

En la hora siguiente, empezó a saber lo que era el dolor. Tenía los dedos agarrotados. Le dolían las muñecas, y los antebrazos enviaban espasmos hasta sus hombros. Los bíceps estaban contraídos, y los hombros, lastimados. A pesar de los pantalones y del suéter, el sol empezaba a tostar de nuevo su piel. Tres veces, en aquella hora, cobró cien metros de sedal, y otras tantas veces los recuperó el pez con sus tirones.

—No creo que pueda aguantar mucho más —dijo, apretando los dientes.

Kilian estaba en pie a su lado, con una lata abierta de cerveza helada en la mano. Él llevaba ahora las piernas descubiertas, pero oscurecidas por años de exposición al sol. No parecían dolerle.

—Aguante, hombre. La batalla consiste en esto. Él tiene la fuerza, usted los aparejos y la astucia. Aparte de esto, es cuestión de aguante; el suyo contra el de él.

Poco después de las doce, el pez espada se dejó ver por vez primera. Murgatroyd lo había acercado a 500 metros. La barca se mantuvo un segundo en la cresta de una ola. Allá abajo, el pez emergió en el costado de una hondonada de agua verde, y Murgatroyd se quedó boquiabierto. El afilado pico de aguja de la mandíbula superior apuntó al cielo; debajo, la mandíbula inferior colgaba abierta. Por encima y detrás de los ojos, la aleta dorsal, parecida a la cresta de un gallo, estaba desplegada y erecta. Su cuerpo resplandecía y, al retirarse la ola de la que había surgido, pareció aguantarse de pie, sobre su cola en media luna. El corpachón se estremeció, como si caminase sobre la cola. Por un instante estuvo allí, mirándoles fijamente sobre la espuma. Después, cayó hacia atrás, engullido por otra pared movable, y se hundió en su oscuro mundo. El viejo Patient fue el primero en romper el silencio.

—*C'est l'Empereur* —dijo. Kilian giró en redondo.

—*Vous êtes sure?* —preguntó. El viejo asintió con la cabeza.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Higgins. Murgatroyd contemplaba fijamente el sitio donde había desaparecido el pez. Después, poco a poco y con firmeza, empezó a enrollar de nuevo.

—Es un pez conocido en estos parajes —dijo Kilian—. Si es realmente él, y no sé que el viejo se haya equivocado nunca, es un pez espada azul, considerado como el que tiene el récord del mundo, con 600 kilos, y esto quiere decir que debe ser viejo y astuto. Le llaman *el Emperador*. Es como una leyenda para los pescadores.

—Pero, ¿cómo pueden conocer un pez particular? —inquirió Higgins—. Todos parecen iguales.

—Éste fue atrapado dos veces —dijo Kilian—. Y las dos veces se escapó. Pero la segunda vez estaba cerca de la barca, frente a la Riviére Noire. Vieron que el primer anzuelo colgaba de su boca. Entonces rompió el sedal en el último momento y se llevó otro anzuelo consigo. Cada vez que fue enganchado, se irguió sobre la cola y todos pudieron verle bien. Incluso hubo uno que le fotografió cuando estaba en el aire, y por esto le conocen. Yo no podría identificarle a quinientos metros de distancia, pero Patient, a pesar de sus años, tiene ojos de lince.

A mediodía, Murgatroyd parecía viejo y enfermo. Estaba sentado, inclinado sobre su caña, en un mundo exclusivo de él, solo con su dolor y con una determinación interior como no había sentido jamás. Las palmas de ambas manos rezumaban agua de las ampollas reventadas, y las correas mojadas de sudor se hincaban cruelmente en los tostados hombros. Pero él agachaba la cabeza y hacía girar el rodete.

A veces se enrollaba fácilmente el hilo, como si el pez se tomase también un rato de descanso. Cuando cesaba la tensión del sedal, Murgatroyd sentía un alivio tan exquisito que más tarde no podría describir. Pero, cuando la caña se doblaba y tenía que contraer de nuevo los doloridos músculos para luchar contra el pez, el dolor era algo inimaginable.

—Mire, amigo, está usted hecho polvo. Lleva tres horas en esto, y no está lo bastante preparado. No hace falta que se mate. Si necesita ayuda o un poco de descanso, sólo tiene que decirlo.

Murgatroyd sacudió la cabeza. Tenía los labios agrietados por el sol y el agua salada.

—Ese pez es mío —dijo—. Déjeme en paz. La batalla prosiguió, mientras el sol martillaba la cubierta. El viejo Patient seguía encaramado en su alto asiento como un viejo corvejón castaño, con una mano en la rueda del timón, manteniendo el motor justo por encima del punto muerto, con la cabeza vuelta para observar la estela y descubrir cualquier señal de *el Emperador*. Jean-Paul, que había ya recogido y guardado las otras cañas, estaba acurrucado a la sombra del cobertizo. A nadie le interesaba ya el bonito, y los sedales inútiles sólo hubiesen servido de estorbo. Higgins había sucumbido al fin a la marea y estaba sentado con la cabeza gacha sobre un cubo en el que había devuelto los bocadillos que había tomado para el almuerzo y dos latas de cerveza. Killian, sentado delante de él, daba cuenta de su quinta cerveza fría. De vez en cuando, echaba una mirada al doblado espantapájaros, con su sombrero indígena, en el sillón giratorio, y escuchaba el susurro estridente del sedal al enrollarse o el desesperante zumbido del mismo al ceder de nuevo.

El pez espada estaba a 300 metros cuando apareció por segunda vez. Ahora, la barca estaba en un seno entre dos olas, y *el Emperador* rompió la superficie de cara a ellos. Emergió en un salto sorprendente, sacudiendo el agua de su espalda. El arco descrito al saltar el pez hizo que el sedal se aflojase de pronto. Killian se puso en seguida en pie.

—Recoja hilo —gritó—, o escupirá el anzuelo. Los cansados dedos de Murgatroyd dieron vueltas a la manivela del tambor para tensar el sedal. Lo consiguió por poco. El hilo se puso tirante al sumergirse el pez. Murgatroyd había ganado 50 metros. Pero el pez los recobró. En la quieta y oscura profundidad, a varias brazas de las olas y del sol, el gran cazador pelágico, con un instinto fruto de millones de años de evolución, reaccionó al tirón de su enemigo y se sumergió, aguantando la tensión en el ángulo de su huesuda boca.

En su sillón, el pequeño director de Banco se apercebía de nuevo, apretó los doloridos dedos alrededor del asidero de corcho, sintió que las correas desgarraban sus hombros como finos alambres, pero siguió aguantando. Observó que el todavía mojado sedal de nylon se hundía, braza tras braza, ante sus ojos. Había perdido ya cincuenta metros, y el pez seguía sumergiéndose.

—Tendrá que volverse y subir de nuevo —dijo Kilian, mirando por encima del hombro de Murgatroyd—. Entonces será el momento de darle a la manivela.

Se inclinó para mirar aquella cara roja como un ladrillo y que se estaba desollando. Dos lágrimas brotaron de los ojos medio cerrados y rodaron por las flácidas mejillas de Murgatroyd. El sudafricano apoyó amablemente una mano en su hombro.

—Escuche —dijo—, ya no puede más. ¿Por qué no me deja el sitio durante una horita? Después podrá encargarse de la última parte, cuando él esté cerca y a punto de rendirse.

Murgatroyd observó el sedal, que ahora se deslizaba más despacio. Abrió la boca para hablar.

Pero se abrió también una grieta de su labio, y un hilillo de sangre resbaló hasta su mentón. El asidero de corcho se había vuelto escurridizo, a causa de la sangre de las palmas de las manos.

—El pez es mío —gruñó—. Mío. Kilian se irguió.

—Está bien, señor inglés, el pez es suyo —admitió.

Eran las dos de la tarde. El sol se había adueñado de la popa de la *Avant*, martillándola como si fuese un yunque. *El Emperador* dejó de sumergirse y la tensión del sedal bajó a 20 kilos. Murgatroyd empezó a tirar de nuevo.

Una hora más tarde, el pez espada saltó fuera del agua por última vez. Estaba sólo a 100 metros de distancia. Su salto hizo que Kilian y el muchacho corriesen a la barandilla para observarlo. Se mantuvo suspendido sobre la espuma durante dos segundos, sacudiendo la cabeza de un lado a otro como un perro, para librarse del anzuelo que le acercaba inexorablemente a sus enemigos. De un ángulo de su boca, pendía un hilo de acero que brilló bajo la luz del sol.

Después, aquella masa de carne cayó con un chasquido y se hundió en el mar.

—¡Es él! —exclamó Kilian, aterrado—. Es *el Emperador*. Pesa al menos seiscientos kilos, mide seis metros desde el pico hasta la cola, y su espada puede atravesar un madero de 25 cm. si se mueve a su velocidad de cuarenta nudos por hora. ¡Qué animal!

Se volvió a Monsieur Patient.

—Vous avez vu?

El viejo asintió con la cabeza.

—*Que pensez vous? Il va venir vite?*

—*Deux heures encore* —dijo el viejo—. *Mais il est fatigué.*

Kilian se agachó junto a Murgatroyd.

—El viejo dice que ahora está cansado —dijo—. Pero que puede seguir luchando durante un par de horas. ¿Quiere usted continuar?

Murgatroyd contemplaba fijamente el sitio donde se había hundido el pez. El cansancio enturbiaba su visión, y todo su cuerpo estaba dolorido. Punzadas de agudo dolor recorrían su hombro derecho, donde había sufrido una distensión muscular. Nunca había puesto a prueba sus últimas reservas de fuerza de voluntad; por consiguiente, no sabía cuánta le quedaba. Pero asintió con la cabeza. El sedal estaba inmóvil; la caña, arqueada. *El Emperador* tiraba, pero a menos de 50 kilos. El banquero siguió sentado, aguantando.

Durante otros noventa minutos, continuó la lucha entre el hombre de Ponder's End y el gran pez espada. Cuatro veces arrancó éste, cobrando hilo, pero sus escapadas eran cada vez más cortas, porque los esfuerzos anteriores habían debilitado su fuerza primitiva. Y cuatro veces le obligó el dolorido Murgatroyd a retroceder, ganando unos pocos metros en cada ocasión. Su agotamiento le estaba acercando al delirio. Los músculos de las pantorrillas y de los muslos fluctuaban locamente, como bombillas antes de fundirse. Su visión se hacía más confusa. A las cuatro y media, llevaba siete horas y media luchando, cosa que nadie se habría atrevido a pedir a un hombre entrenado. Sólo era cuestión de tiempo, y no podía durar. Uno de los dos tenía que reventar.

A las cinco menos veinte, se aflojó el sedal. Esto pilló a Murgatroyd por sorpresa. Después, empezó a recoger hilo. El sedal entraba fácilmente. El peso seguía allí, pero pasivamente. Habían cesado las sacudidas. Kilian oyó los rítmicos chasquidos del carrete y salió de la sombra donde estaba. Miró por encima de la popa.

—Ya viene —gritó—. Llega *el Emperador*.

El mar se había calmado al caer la tarde. Las crestas espumosas habían sido sustituidas por un manso oleaje. Jean-Paul y Higgins, que todavía estaba mareado pero ya no vomitaba, se acercaron para observar. Monsieur Patient paró el motor y fijó la rueda del timón. Después, bajó de su taburete y se reunió con los demás. El grupo observó en silencio el agua, a popa.

Algo rompió la superficie del mar, algo que rodaba y se balanceaba, pero que se acercaba a la barca remolcado por el hilo de nylon. La aleta dorsal sobresalió un momento, pero cayó hacia un lado.

El largo pico apuntó hacia lo alto y volvió a hundirse bajo la superficie.

A veinte metros de distancia, pudieron ver perfectamente el cuerpo enorme de *el Emperador*. A menos de que quedase un resto de violencia en sus huesos y tendones, no volvería a tratar de liberarse. Se había rendido. Cuando estuvo a seis metros, el alambre de acero subió hacia la punta de la caña. Kilian se puso un guante de cuero grueso y lo agarró. Lo desprendió con la mano. Todos se habían olvidado de Murgatroyd, derrumbado en su sillón.

Murgatroyd soltó la caña por primera vez en ocho horas, y ésta cayó sobre la barandilla de popa. Poco a poco y dolorosamente, el hombre soltó las correas, que quedaron colgando del sillón. Cargó su peso sobre los pies y trató de levantarse. Pero sus pantorrillas y sus muslos estaban demasiado débiles y cayó junto al imbornal, al lado de la dorada muerta. Los otros cuatro estaban asomados a la barandilla, mirando lo que oscilaba bajo la popa. Jean-Paul se plantó de un salto sobre aquélla, enarbolando un grueso garfio. Murgatroyd miró hacia arriba y vio al muchacho plantado allí, blandiendo el gancho sobre su cabeza.

Su voz fue un ronco aullido más que un grito.

—¡No!

El muchacho se detuvo y miró hacia abajo. Murgatroyd estaba de manos y rodillas en el suelo, mirando la caja de los aparejos. Había, encima, un par de alicates. Los asió con el índice y el pulgar de la mano izquierda y los puso en la palma de su magullada derecha. Poco a poco, cerró los dedos. Apoyándose en la mano libre, se levantó y se asomó a la popa.

El Emperador estaba exactamente debajo de él, agotado, casi a punto de morir. El enorme cuerpo yacía atravesado en la estela, de costado, con la boca entreabierta. Colgando de un ángulo de ésta, veíase la huella de acero de una lucha anterior con los pescadores, todavía brillante porque era nueva. De la mandíbula inferior sobresalía otro anzuelo, ya orientado. Kilian tenía en la mano el alambre de acero conectado con el tercer anzuelo, el suyo, que estaba profundamente clavado en el cartílago del labio superior. Sólo se veía parte de la espiga.

Las olas resbalaban sucesivamente sobre el cuerpo azul negruzco del pez espada. Desde una distancia de 60 cm., el pez miraba fijamente a Murgatroyd con un ojo jaspeado y redondo como un platillo. Todavía estaba vivo, pero no tenía fuerza para seguir luchando. El sedal, sostenido por Kilian, estaba tirante. Murgatroyd se inclinó despacio, alargando la mano derecha hacia la boca del pez.

—Ya le acariciará más tarde, hombre —dijo Kilian—, cuando le hayamos subido.

Murgatroyd colocó deliberadamente las puntas de los alicates a ambos lados del alambre de acero, en el punto en que se unía a la espiga del anzuelo. Apretó. De la palma de su mano, brotó sangre que cayó sobre la cabeza del pez. Volvió a apretar, y el alambre de acero se partió.

—¿Qué está haciendo? —gritó Higgins—. Se escapará.

El Emperador miró a Murgatroyd, en el momento en que otra ola pasaba sobre él. Sacudió la vieja y cansada cabeza y sumergió el largo pico en el agua fría. La ola siguiente le hizo rodar panza arriba, y la cabeza se hundió más. A la izquierda, su cola grande, en forma de media luna, se alzó y cayó, golpeando cansadamente el agua. Al establecer contacto, se agitó dos veces y empujó el cuerpo hacia delante y hacia abajo. La cola fue lo último que vieron, trabajando a pesar de la fatiga, empujando al pez espada debajo de las olas, hacia la fría oscuridad de su mundo.

—¡Por mil diablos! —exclamó Kilian. Murgatroyd trató de levantarse, pero había afluido demasiada sangre a su cabeza. El cielo giró despacio, en un enorme círculo, y anocheció rápidamente. La cubierta subió, golpeándole primero en las rodillas y después en la cara. Murgatroyd se desmayó.

El sol estaba suspendido sobre las montañas de Mauricio, hacia el Oeste.

Cuando la *Avant* cruzó la laguna, de vuelta a casa, hacía una hora que se había puesto el sol, y Murgatroyd se había despertado. Durante el trayecto, Kilian le había retirado los pantalones y el suéter, para que el aire fresco del anochecer aliviase los tostados miembros. Murgatroyd había bebido tres botes seguidos de cerveza y estaba sentado en un banco, encorvados los hombros y sumergidas las manos en un cubo lleno de agua salada. Ni siquiera se dio cuenta de que la barca atracaba junto al embarcadero de madera y de que Jean-Paul echaba a correr en dirección al pueblo.

El viejo Monsieur Patient paró el motor y se aseguró de que las amarras estaban bien sujetas.

Arrojó el bonito grande y la dorada sobre el muelle y guardó los aparejos y los señuelos. Kilian subió la nevera al embarcadero y saltó de nuevo a la barca.

—Es hora de largarnos —dijo.

Murgatroyd se puso trabajosamente en pie y Kilian le ayudó a desembarcar. El borde de sus shorts le llegaba a las rodillas y su camisa ondeaba a su alrededor, negra de sudor que se había secado. Sus zapatos deportivos boqueaban. Numerosos lugareños se habían alineado en el embarcadero, por lo cual tuvieron los pescadores que pasar en fila india. Higgins se había adelantado.

El primero de la fila era Monsieur Patient. Murgatroyd habría querido estrecharle la mano, pero las suyas le dolían demasiado. Saludó con la cabeza al patrón y sonrió.

—*Merci* —dijo.

El viejo, que había recobrado su sombrero, se descubrió.

—*Salut, Maître* —respondió.

Murgatroyd avanzó despacio sobre las tablas. Todos los aldeanos inclinaban la cabeza y le decían:

«*Salut, Maître.*» Llegaron al extremo del embarcadero y pisaron la gravilla de la calle del pueblo. Había allí multitud de lugareños agrupados alrededor del coche. «*Salut, salut, salut, Maître*», decían en tono respetuoso.

Higgins estaba guardando la ropa sobrante y la caja vacía del almuerzo. Higgins metió la nevera en el portaequipajes y cerró éste. Se acercó a la portezuela de atrás, junto a la cual esperaba Murgatroyd.

—¿Qué están diciendo? —murmuró éste.

—Le saludan —dijo Higgins—. Le llaman maestro pescador.

—¿Por *el Emperador*?

—Éste es una leyenda en estos parajes.

—¿Porque pesqué a *el Emperador*? Kilian rió en voz baja.

—No, señor inglés; porque le devolvió la vida. Subieron al coche; Murgatroyd, en la parte de atrás, donde se arrellanó en los cojines, con las manos ardientes dobladas sobre los muslos. Kilian se puso al volante y Higgins se sentó a su lado.

—Parece, Murgatroyd —dijo Higgins—, que esa gente le toma por un fenómeno.

Murgatroyd miró a través de la ventanilla todas aquellas caras morenas y sonrientes, y los niños que agitaban las manos.

—Antes de volver al hotel —dijo Kilian—, deberíamos pasar por el hospital de Flacq, para que el médico le echase un vistazo.

El joven médico indio pidió a Murgatroyd que se desnudase y frunció el ceño, con preocupación. Las nalgas estaban en carne viva, debido al rozamiento con el asiento del sillón de pescador. Oscuras equimosis surcaban sus hombros y su espalda, en los sitios donde le habían apretado las correas. Los brazos, los muslos y las piernas aparecían rojos y quemados por el sol, y la cara estaba congestionada por el calor. Las palmas de ambas manos parecían bistés crudos.

—¡Dios mío! —exclamó el médico—. Esto requerirá algún tiempo.

—¿Le parece que venga a buscarle dentro de un par de horas? —preguntó Kilian.

—No es necesario —dijo el médico—. El «Hôtel St. Geran» me pillará casi de camino en mi regreso a casa. Yo mismo llevaré a este caballero.

Eran las diez de la noche cuando Murgatroyd cruzó la puerta principal del «St. Geran» y entró en el iluminado vestíbulo. Le acompañaba el médico. Uno de los huéspedes le vio entrar y corrió al comedor para avisar a los que cenaban tarde. La noticia había circulado en el bar de la piscina. Hubo un fuerte rumor de sillas y chasquidos de cubiertos. Una multitud apareció al cabo de unos momentos

en la esquina y avanzó por el vestíbulo. Pero se detuvo a medio camino.

Era una visión extraña. Los brazos y las piernas de Murgatroyd aparecían fuertemente untados con loción de calamina que, al secarse, había tomado un color blanquecino de yeso. Ambas manos estaban vendadas como las de una momia. La cara era de un rojo de ladrillo y brillaba a causa de la crema que le habían aplicado. Los cabellos formaban un halo fantástico sobre su cabeza, y los shorts caqui le llegaban aún a las rodillas. Parecía un negativo fotográfico. Poco a poco, avanzó hacia la multitud, que se apartó para dejarle pasar.

—Buena hazaña, viejo —dijo alguien.

—Estupendo, estupendo —dijo otro. Ni pensar en estrecharle la mano. Algunos pretendieron darle unas palmadas en la espalda al pasar él, pero el médico se lo impidió. Otros levantaron sus copas, brindando por él. Murgatroyd llegó al pie de la escalera que llevaba al piso superior y empezó a subir los peldaños.

En aquel momento, Mrs. Murgatroyd salió del salón de peluquería, atraída por el ruido provocado por el regreso de su marido. Había pasado el día en un acceso de furor, desde que, a media mañana, intrigada por su ausencia del lugar acostumbrado de la playa, había ido en su busca y se había enterado de su, escapada. Tenía el semblante enrojecido, aunque más por la ira que por el sol. Su permanente de última hora había quedado incompleta y varios rulos sobresalían de su cráneo como baterías de Katiuskas.

—Murgatroyd —tronó, llamándole por su apellido como siempre que se enojaba—, ¿a dónde vas?

Murgatroyd se volvió en el descansillo y miró hacia abajo, a su mujer y a la muchedumbre. Killian diría más tarde a sus colegas que tenía una extraña mirada en los ojos. Todos guardaron silencio.

—¿Y qué *aspecto* crees *tú* que tienes? —gritó, furiosa, Edna Murgatroyd.

Entonces, el director de Banco hizo algo que no había hecho en su vida. Gritó:

—¡A callar...!

Edna Murgatroyd se quedó boquiabierta, como el pez espada, pero con menos dignidad que éste.

—Durante veinticinco años, Edna —dijo Murgatroyd con voz pausada—, has estado amenazándome con marcharte a vivir con tu hermana en Bognor. Te encantará saber que ya no voy a detenerte. Porque mañana no regresaré contigo. Voy a quedarme aquí, en esta isla.

La multitud le contempló, pasmada.

—No te quedarás desamparada —dijo Murgatroyd—. Te cederé nuestra casa y mis ahorros. *Tomaré* los fondos acumulados de mi pensión y aumentaré con ellos mi ya importante seguro de vida.

Harry Foster, que estaba bebiendo una lata de cerveza, se atragantó. Higgins se estremeció.

—No puede usted abandonar Londres, viejo. No tendría con qué vivir.

—Vaya si puedo —dijo el director de sucursal de Banco—. Mi decisión está tomada, y no voy a volverme atrás. Estaba pensando en todo esto en el hospital, cuando entró Monsieur Patient para ver cómo estaba. E hicimos un trato... Él me venderá su barca, y todavía me quedará lo suficiente para adquirir una casucha en la playa. Él continuará como patrón y enviará a su nieto al colegio. Yo seré su ayudante en la barca y, durante dos años, él me enseñará todo lo referente al mar y a los peces. Después de esto, llevaré a los turistas a pescar y me ganaré la vida de esta manera.

El grupo de los que estaban allí de vacaciones seguía mirándole fijamente, presas todos ellos de un pasmado asombro.

Fue Higgins quien volvió a romper una vez más el silencio.

—Pero, Murgatroyd, viejo amigo, ¿qué me dice del Banco? ¿Qué me dice de «Ponder's End»?

—¿Y qué dices de mí? —aulló Edna Murgatroyd. Él reflexionó sobre cada pregunta.

—¡Al diablo con el Banco! —dijo al fin—. ¡Al diablo con «Ponder's End»! Y, señora, ¡al diablo contigo!

Dicho lo cual, dio media vuelta y subió los últimos peldaños. Una salva de aplausos resonó a su

espalda. Mientras se dirigía a su habitación por el pasillo, llegaron hasta él voces entusiastas de despedida:

—¡Así se hace, Murgatroyd!

NO HAY SERPIENTES EN IRLANDA

Por encima de la mesa, McQueen miró con cierto escepticismo al nuevo aspirante. Nunca había dado trabajo a hombres como aquél. Pero McQueen no carecía de sentimientos, y si el aspirante necesitaba dinero y estaba dispuesto a trabajar, no sería él quien se negase a darle una oportunidad.

—¿Sabe que es un trabajo muy duro? —inquirió, con su rudo acento de Belfast.

—Sí, señor —contestó el aspirante.

—Es un empleo temporal, ya sabe. Nada de preguntas, nada de reducciones. Trabajaré en el montón. ¿Sabe lo que eso significa?

—No, Mr. McQueen.

—Bueno, significa que le pagaré bien, pero en dinero efectivo. Sin que conste en parte alguna. ¿Comprendido?

Quería decir que no habría impuesto sobre la renta, ni contribuciones a deducir del salario. Habría podido añadir que tampoco habría seguros sociales, y que las normas de Higiene y Seguridad se ignorarían por completo. Un rápido provecho para todos era la consigna, con una buena tajada para él mismo, como contratista. El aspirante asintió con la cabeza para indicar que había «comprendido», aunque, en realidad, no había entendido nada. McQueen le miró, reflexivamente:

—¿Dice usted que es estudiante de Medicina del último curso, en Royal Victoria? —Otro asentimiento de cabeza—. ¿En vacaciones de verano?

Otro ademán de asentimiento. Saltaba a la vista que el aspirante era uno de esos estudiantes que necesitaba dinero, aparte y por encima de su asignación, para completar los estudios de Medicina. McQueen, sentado en su destartalada oficina de Bangor, al frente de un negocio más o menos clandestino como contratista de demoliciones, sin más activo que un maltrecho camión y una tonelada de martillos de segunda mano, se consideraba un *self-made man* y era acérrimo partidario de la ética de trabajo del Ulster protestante. Y no iba a dejar en la estacada a otro de los suyos, fuese cual fuese su aspecto.

—Está bien —dijo—, será mejor que se aloje aquí, en Bangor. No podría venir de Belfast y volver allí todos los días, sin retrasarse. Trabajamos desde las siete de la mañana hasta la puesta del sol. El pago es a destajo, pero bueno. Ahora bien, diga una palabra a las autoridades y perderá el empleo como dos y dos son cuatro. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Por favor, ¿cuándo y dónde debo empezar?

—El camión recoge a la brigada en el patio de la estación principal a las seis y media, cada mañana. Esté allí el lunes. El capataz es Big Billie Cameron. Le avisaré de que estará usted allí.

—Sí, Mr. McQueen.

—Una última pregunta —dijo McQueen, sosteniendo el lápiz—. ¿Cómo se llama?

—Harkishan Ram Lal —respondió el estudiante. McQueen miró su lápiz, la lista de nombres que tenía delante, y al estudiante.

—Le llamaremos Ram —dijo, y éste fue el nombre que anotó en la lista.

El estudiante salió al brillante sol de junio de Bangor, en la costa norte de County Down, Irlanda del Norte.

Aquella misma tarde de sábado encontró alojamiento barato en una destartalada pensión de la Railway View Street, corazón del barrio de pensiones de Bangor. Al menos, estaba cerca de la estación principal, de la que salía el camión de la empresa todas las mañanas después de salir el sol. Desde la triste ventana de su habitación podía ver el lado del apuntalado terraplén por el que entraban los trenes de Belfast en la estación.

Había tenido que hacer varios intentos para conseguir una habitación. La mayoría de las casas con el rótulo de «Habitaciones» sobre el portal parecían estar al completo cuando él llamaba a la puerta. Pero era cierto que una gran cantidad de trabajadores temporeros acudían a la ciudad en pleno verano. Y también era verdad que Mrs. McGurk era católica y por esto tenía aún habitaciones libres.

Pasó la mañana del domingo trayendo sus cosas de Belfast; sobre todo, libros de texto de Medicina. Por la tarde, se tumbó en la cama y pensó en la luz brillante y dura que caía sobre los pardos montes de su Punjab natal. Dentro de un año, obtendría su título de médico, y, después de otro año trabajando como interno, volvería a su país para combatir las enfermedades de su propio pueblo. Tal era su sueño. Calculaba que este verano podría ganar el dinero suficiente para llegar a los exámenes finales y que, después, gozaría de un salario apropiado.

El lunes por la mañana, se levantó al sonar el despertador a las seis menos cuarto, se layó con agua fría y llegó al patio de la estación momentos después de las seis. Tenía tiempo de sobra. Encontró un café que abría temprano y tomó dos tazas de té negro. Su único tentempié. El destartalado camión, conducido por uno de los de la brigada de demoliciones, llegó a las seis y cuarto, y una docena de hombres se agruparon a su alrededor. Harkishan Ram Lal no sabía si debía acercarse a ellos y presentarse, o esperar a distancia. Esperó.

A las seis y veinticinco, llegó el capataz en su propio coche, aparcó éste en una calle lateral y se acercó al camión. Llevaba en la mano la lista de McQueen. Miró a los doce hombres, les reconoció y asintió con la cabeza. El indio se aproximó. El capataz le miró fijamente.

—¿Eres el morenito contratado por Mr. McQueen? —preguntó.

Ram Lal se detuvo en seco.

—Harkishan Ram Lal —dijo—. Sí.

No hacía falta preguntar a qué debía su apodo Big Billie Cameron. Medía casi uno noventa, descalzo; pero ahora calzaba unas enormes botas claveteadas y de puntera reforzada con acero. Unos brazos como troncos de árboles pendían de sus enormes hombros, y una mata de cabellos castaños oscuros coronaba su cabeza. Dos ojos pequeños y malévolos observaron, entre unas pálidas pestañas, al delgado y nervudo indio. Saltaba a la vista que no le complacía su presencia. Escupió en el suelo.

—Bueno, sube al maldito camión —dijo. Para el trayecto hasta el lugar del trabajo, Cameron se sentó en la cabina, que no estaba separada de la caja del camión, donde los doce obreros ocuparon los bancos de madera de ambos lados. Ram Lal se sentó junto a la tabla del fondo, al lado de un hombre menudo e impasible, de brillantes ojos azules, que resultó llamarse Tommy Burns. Parecía simpático.

—¿De dónde eres? —preguntó con genuina curiosidad.

—De la India —respondió Ram Lal—. Punjab.

—¿Qué?

Ram Lal sonrió.

—El Punjab es una parte de la India —indicó. Burns reflexionó durante un rato. Al fin preguntó:

—¿Eres protestante o católico?

—Ninguna de ambas cosas —respondió Ram Lal, pacientemente—. Soy hindú.

—¿Quieres decir que no eres cristiano? —preguntó Burns, muy sorprendido.

—No. Yo profeso la religión hindú.

— ¡Eh! —dijo Burns a los demás—. Este hombre no es cristiano.

Pero no pareció escandalizado; sólo curioso, como un niño que hubiese tropezado con un nuevo e intrigante juguete. Cameron volvió la cabeza.

—Sí —gruñó—. Es un pagano.

La sonrisa se desvaneció en el semblante de Ram Lal. Éste se quedó mirando fijamente la lona del costado del camión. Ahora estaban ya bastante al sur de Bangor, rodando por la carretera en

dirección a Newtownards. Al cabo de un rato, Burns empezó a presentarle a los otros. Había un Craig, un Munroe, un Patterson, un Boyd y dos Brown. Ram Lal había estado en Belfast el tiempo suficiente para saber que aquellos apellidos eran de origen escocés, marbete de los duros presbiterianos que constituían la espina dorsal de la mayoría protestante en los Seis Condados. Aquellos hombres parecían amables y le saludaron con la cabeza.

—¿No traes la cesta del almuerzo, chico? —preguntó el viejo llamado Patterson.

—No —dijo Ram Lal—. Era demasiado temprano para pedirle a mi patrona que me preparase una.

—Tienes que almorzar —dijo Burns—, y también desayunar. El trabajo es duro.

—Compraré una cesta y mañana traeré comida —repuso Ram Lal.

Burns miró las botas ligeras y con suela de goma del indio.

—¿No habías hecho nunca esta clase de trabajo? —le preguntó.

Ram Lal meneó la cabeza.

—Necesitarás un par de botas pesadas. Para no estropear los pies, ¿sabes?

Ram Lal prometió comprar también un par de botas pesadas, si encontraba un almacén abierto por la noche. Cruzaron Newtownards y siguieron hacia el Sur por la A21, en dirección a la pequeña población de Comber. Craig miró a Ram Lal.

—¿Cuál es tu verdadero oficio? —preguntó.

—Estudio Medicina en la Royal Victoria de Belfast —explicó Ram Lal—. Espero terminar el año próximo.

Tommy Burns estaba entusiasmado.

—Entonces, eres casi un médico de verdad

—dijo—. ¡Eh, Big Billie! Si uno de nosotros sufre un accidente, el joven Ram podrá curarle. Big Billie lanzó un gruñido.

—Lo que es a mí, no me pondrá un dedo encima —dijo.

Esto impidió que siguiese la conversación hasta llegar a la obra. El conductor se había desviado al noroeste de Comber y, después de rodar dos millas por la carretera de Dundonaid, torció por un camino a la derecha hasta detenerse donde terminaban los árboles y podía verse el edificio a demoler.

Era una grande y vieja destilería de whisky, una ruina larga y desigual. Había sido una de las dos destilerías de aquellos parajes que habían producido antaño buen whisky irlandés; pero hacía años que la habían cerrado. Se alzaba junto al río Comber, que había alimentado su rueda hidráulica al fluir de Dundonaid hacia Comber, para verter sus aguas en Strangford Lough. La malta llegaba en carretas tiradas por caballos y los barriles de whisky salían por el mismo camino. El agua dulce que impulsaba las máquinas servía también para las tinas. Pero ahora hacía años que la destilería estaba abandonada y vacía.

Desde luego, los niños del lugar habían irrumpido en ella y encontrado un sitio ideal para jugar. Hasta que uno había resbalado y se había fracturado una pierna. Entonces, el concejo del Condado la había inspeccionado y declarado su estado ruinoso, y el dueño había recibido una orden tajante de demolición.

El hombre, vástago de una antigua familia de hacendados que había conocido tiempos mejores, quería gastar lo menos posible en la obra. Entonces había intervenido McQueen. La demolición podía hacerse más de prisa, pero a mayor coste, con maquinaria pesada; Big Billie y su equipo lo harían con mazas y palancas de hierro. McQueen había incluso cerrado un trato para vender las mejores vigas y los cientos de toneladas de ladrillos viejos a un constructor aprovechado. A fin de cuentas, los ricos actuales querían que sus nuevas casas tuviesen «estilo», o sea, que pareciesen viejas. Por esto preferían los ladrillos blanqueados por el sol y las vigas antiguas auténticas para adornar las nuevas-viejas casas «solariegas» de los ejecutivos importantes. McQueen haría su agosto.

—Bueno, chicos —dijo Big Billie, mientras el camión emprendía la vuelta a Bangor—. Ya hemos

llegado. Empezaremos con las tejas. Ya sabéis cómo hay que hacerlo.

El grupo de hombres se plantó al lado del montón de herramientas. Había grandes mazas con cabezas de 3 kilos; palancas de hierro de 2 m. de longitud y más de 2,5 cm. de grueso; barras de hierro de un metro de largo, con la punta encorvada y hendida, para arrancar clavos; martillos de mango corto y pesada cabeza, y varias clases de sierras. Las únicas medidas de seguridad eran los cinturones con ganchos y las largas cuerdas. Ram Lal contempló el edificio y tragó saliva. Tenía una altura de cuatro pisos, y él odiaba las alturas. Pero los andamiajes eran caros.

Uno de los hombres se dirigió al edificio sin que nadie se lo ordenase, agarró una puerta de tablas, la arrancó como si fuese un naípe y encendió una fogata. Otro trajo agua del río en una olla y la puso a hervir para hacer té. Todos tenían tazas esmaltadas, a excepción de Ram Lal. Éste tomó también nota de que tenía que comprar una taza. Iba a ser un trabajo entre polvo, que daría mucha sed. Tommy Burnsapuró su taza, volvió a llenarla y la ofreció a Ram Lal.

—¿Tenéis té en la India? —preguntó. Ram Lal tomó la taza. El té estaba previamente mezclado, era dulce y grisáceo. Lo aborreció.

Aquella primera mañana, trabajaron encaramados en el tejado. No había que conservar las tejas; por consiguiente, las arrancaban a mano y las arrojaban al suelo, lejos del río. Había una ordenanza que prohibía arrojar cascotes al río. Por esto tenían que hacerlo hacia el otro lado del edificio, sobre las altas hierbas, los matorrales, las retamas y las aulagas que cubrían la zona alrededor de la destilería. Los hombres estaban atados con cuerdas los unos a los otros, a fin de que, si uno se soltaba y empezaba a resbalar por el tejado, el más próximo a él pudiese sostenerle. A medida que quitaban las tejas, aparecían grandes boquetes entre las vigas. Debajo estaba el suelo de la planta superior, que había sido almacén de malta.

A las diez, bajaron por la desvencijada escalera interior para desayunar sobre la hierba con otra olla de té. Ram Lal no desayunó. A las dos, interrumpieron el trabajo para almorzar. Los hombres echaron mano a sus gordos bocadillos. Ram Lal se miró las manos. Tenían varios cortes y sangraban. Los músculos le dolían y tenía un hambre atroz. Tomó nota, mentalmente, de que debía comprar unos guantes gruesos de trabajo.

Tommy Burns sacó un bocadillo de su cesta.

—¿No tienes hambre, Ram? —preguntó—. Toma esto, a mí me sobra.

—¿Qué diablos vas a hacer? —preguntó Big Billie, sentado en el círculo, al otro lado de la fogata. Burns adoptó una actitud defensiva.

—Sólo le ofrecía un bocadillo al muchacho —dijo.

—Deja que el morenito traiga sus malditos bocadillos —replicó Cameron—. Cada cual a lo suyo.

Los hombres miraron sus cestas y siguieron comiendo en silencio. Era evidente que nadie se atrevía a discutir con Big Billie.

—Gracias, no tengo hambre —dijo Ram Lal a Burns.

Después se alejó y fue a sentarse junto al río, donde remojó sus inflamadas manos.

Al ponerse el sol, cuando llegó el camión para recogerles, la mitad de las tejas del extenso tejado habían desaparecido. Un día más, y empezarían con la armadura, aserrando y arrancando clavos.

El trabajo prosiguió durante toda la semana, y el antaño orgulloso edificio quedó despojado de sus cabrios, tablas y vigas, hasta que quedó vacío y abierto, con sus ventanas desnudas como ojos abiertos ante la perspectiva de la muerte inminente. Ram Lal no estaba acostumbrado a trabajos tan arduos. Le dolían continuamente los músculos y tenía las manos llenas de ampollas, pero seguía trabajando, porque necesitaba el dinero.

Había comprado una fiambrrera, una taza esmaltada, unas botas fuertes y un par de guantes gruesos, cosa, esta última, que nadie más utilizaba. Sus manos estaban curtidas, después de años de trabajar con ellas. Durante toda la semana, Big Billie Cameron le estuvo incordiando sin cesar, encargándole los trabajos más pesados y situándole, cuando se enteró de que temía las alturas, en los puntos más elevados. El punjabí se tragaba su ira, porque necesitaba el dinero. La crisis se produjo el sábado.

Todo el maderaje había desaparecido y estaban trabajando en la obra de albañilería. La manera más sencilla de derribar el edificio lejos del río habría sido colocar cargas explosivas en las esquinas de la pared lateral que daba al claro despejado. Pero no se podía pensar en la dinamita. Su empleo requería una licencia especial, sobre todo en Irlanda del Norte, y esto habría puesto sobre aviso al inspector fiscal. McQueen y toda su brigada habrían tenido que entregar una parte sustancial de sus ingresos, y McQueen, los seguros sociales. Por consiguiente, derribaban las paredes a pedazos de un metro cuadrado, manteniéndose peligrosamente en suelos inseguros, mientras las paredes que los sustentaban se agrietaban y crujían bajo los martillazos.

Durante el almuerzo, Cameron dio un par de vueltas alrededor del edificio y volvió al círculo de hombres sentados cerca del fuego. Empezó a explicar cómo derribarían un trozo considerable de la pared exterior, al nivel del tercer piso. Se volvió a Ram Lal.

—Quiero que subas allí arriba —dijo—. Cuando empiece a ceder, empújala hacia fuera con los pies.

Ram Lal contempló el trozo de pared en cuestión. Una grieta muy grande se abría hasta la base.

—Esa pared va a derrumbarse en el momento menos pensado —dijo, con voz pausada—. Cualquiera que se siente allá arriba, caerá con ella.

Cameron le miró fijamente, congestionado el semblante, rojo por la ira el blanco de los ojos.

—No quieras enseñarme mi oficio; límitate a cumplir mis órdenes, ¡negro estúpido!

Dio media vuelta y se alejó. Ram Lal se puso en pie. Cuando habló, el tono de su voz era cortante como el filo de una navaja.

—*Mister Camerún...*

Cameron se volvió, asombrado. Los hombres se quedaron boquiabiertos. Ram Lal se acercó despacio al enorme capataz.

—Pongamos una cosa en claro —dijo Ram Lal, y todos los que estaban en el claro pudieron oír claramente sus palabras—. Yo soy del Punjab, en el norte de la India. Además, soy kshatria, miembro de la casta de los guerreros. No tengo bastante dinero para pagar mis estudios de Medicina, pero mis antepasados eran soldados y príncipes, gobernantes y eruditos, hace dos mil años, cuando los suyos andaban a cuatro patas y envueltos en pieles. Por consiguiente, le ruego que deje de insultarme.

Big Billie Cameron miró con ceño al estudiante indio. El blanco de sus ojos era ahora de un rojo aún más intenso. Los otros obreros estaban pasmados.

—¿Ah, sí? —dijo Cameron, en voz muy baja—. ¿Conque éstas tenemos? Bueno, las cosas han cambiado un poco, negro bastardo. Y ahora, ¿qué me dices de esto?

Al pronunciar la última palabra, describió un arco con un brazo, abierta la mano, y la palma cayó sobre un lado de la cara de Ram Lal. El joven rodó por el suelo. Le zumbaron los oídos. Pero oyó a Tommy Bums que le decía:

—Estáte quieto, muchacho. Si te levantas, Big Billie te matará.

Ram Lal miró hacia arriba, bajo la luz del sol. El gigante se erguía sobre él, con los puños cerrados. Comprendió que no tenía posibilidad de luchar contra aquel hombrón del Ulster. Se sintió invadido por un sentimiento de vergüenza y de humillación. Sus antepasados habían cabalgado, lanza en ristre, espada en alto, sobre llanuras cien veces más extensas que los Seis Condados, y las habían conquistado.

Ram Lal cerró los ojos y yació inmóvil. Al cabo de unos segundos, oyó que el hombrón se alejaba. Los otros empezaron a hablar en voz baja. Apretó más los párpados, para contener lágrimas de vergüenza. En la oscuridad, vio las calcinadas llanuras del Punjab y hombres que cabalgaban sobre ellas; hombres orgullosos, fieros, de nariz aguileña, barbudos, ojinegros, tocados con turbantes; los guerreros del País de los Cinco Ríos.

Una vez, hacía de esto mucho tiempo, en los albores del mundo, Iskander de Macedonia había cabalgado sobre aquellos llanos, con sus ojos ardientes y voraces; Alejandro, el joven dios al que llamaban Magno y que, a los veinticinco años, había llorado porque ya no había más mundos que conquistar. Y estos jinetes eran descendientes de sus capitanes, y antepasados de Harkishan Ram Lal.

Éste yacía en el polvo mientras ellos pasaban por su lado y le miraban. Y, al pasar, cada uno de ellos le murmuraba una sola palabra: «Venganza.»

Ram Lal se incorporó en silencio. La suerte estaba echada. Había que hacer lo que había que hacer. Así pensaba su pueblo. Pasó el resto del día trabajando en silencio absoluto. No habló con nadie, y nadie le habló.

Aquella tarde, en su habitación, empezó los preparativos antes de que fuese noche cerrada. Quitó el cepillo y el peine del maltrecho tocador; quitó también el sucio mantelito y descolgó el espejo. Después tomó su libro hinduista y arrancó de él una página con la imagen de la gran diosa Shakti, la diosa del poder y la justicia. La clavó en la pared, sobre el tocador, convirtiendo éste en un altar.

Había comprado un ramo a una florista, delante de la estación, y había tejido una guirnalda con las flores. Colocó una taza medio llena de arena a un lado de la imagen, plantó en ella una vela y la encendió. Después sacó de su maleta un paño enrollado y extrajo de él media docena de pajuelas perfumadas. Tomó un jarrito barato y de cuello estrecho del estante de los libros, introdujo en él las pajuelas y las encendió también. El dulce y mareante olor del incienso empezó a llenar la habitación. Fuera, grandes nubes de tormenta llegaban del mar.

Una vez preparado el altar, se plantó delante de él, con la cabeza inclinada y la guirnalda entre los dedos, y empezó a rezar pidiendo inspiración. El primer trueno retumbó sobre Bangor. Ram Lal no rezó en moderno punjabí, sino en sánscrito antiguo.

—*Devi Shakti... Maa...* (Diosa Shakti... madre suprema...)

Retumbó de nuevo el trueno y cayeron los primeros goterones. Él arrancó una flor y la depositó delante de la imagen de Shakti.

—He sido gravemente ofendido. Pido venganza contra el malhechor...

Tomó una segunda flor y la colocó al lado de la primera.

Rezó durante una hora, mientras caía la lluvia. Ésta tamborileaba en el tejado, sobre su cabeza, y chorreaba en la ventana, detrás de él. Acabó de rezar cuando amainaba la tormenta. Necesitaba saber la forma que había de tomar el castigo. Necesitaba que la diosa le enviase una señal.

Las pajuelas se habían agotado y su aroma flotaba espeso en la estancia. La vela se estaba acabando. Todas las flores yacían ahora sobre la superficie lacada del tocador, delante de la imagen. Shakti le miraba, impertérrita.

Ram Lal se volvió y se acercó a la ventana, para mirar al exterior. La lluvia había cesado, pero todo goteaba detrás del cristal. Mientras observaba, un chorrito de agua cayó del canalón de encima de la ventana y se deslizó sobre el sucio cristal, marcando un surco en la mugre. Debido a la suciedad, no corrió en línea recta, sino en ondulaciones y hacia un lado, y él lo siguió con la mirada hasta el rincón de la ventana. Cuando se detuvo, Ram Lal se volvió a mirar el rincón de su habitación donde su bata colgaba de un clavo.

Entonces advirtió que, durante la tormenta, el cordón de la bata se había deslizado y caído al suelo. Yacía enrollado, con uno de sus extremos oculto a la vista y el otro bien visible sobre la alfombra. De las doce borlitas, sólo dos estaban descubiertas y parecían una lengua bífida. El cordón de la bata tenía todo el aspecto de una serpiente enrollada en el rincón. Ram Lal comprendió. Al día siguiente, tomó el tren de Belfast para ir a ver al Sikh.

Ranjit Singh era también estudiante de Medicina, pero más afortunado que Ram Lal. Sus padres eran ricos y le enviaban una espléndida pensión. Recibió a Ram Lal en la bien amueblada habitación de su pensión.

—He tenido noticias de mi casa —dijo Ram Lal—. Mi padre se está muriendo.

—Lo siento —dijo Ranjit Singh—. Acepta mi condolencia.

—Él quiere verme. Soy su primogénito. Tendría que ir allá.

—Desde luego —afirmó Singh. El primogénito debía estar siempre junto al lecho de muerte de su padre.

—Se trata del pasaje en avión —explicó Ram Lal—. Estoy trabajando y gano un buen sueldo.

Pero no tengo bastante dinero. Si quieres prestarme lo que me falta, seguiré trabajando cuando regrese y te lo devolveré.

Los sikhs no son reacios a prestar dinero si el interés es justo y la devolución segura. Ranjit Singh prometió sacar el dinero del Banco el lunes por la mañana.

El domingo por la tarde, Ram Lal visitó a Mr. McQueen en su casa de Groomsport. El contratista estaba delante de su televisor, con una lata de cerveza al alcance de la mano. Era su manera predilecta de pasar la tarde del domingo. Pero redujo el volumen del aparato al anunciarle su esposa la visita de Ram Lal.

—Se trata de mi padre —dijo Ram Lal—. Se está muriendo.

—¡Oh! Lo siento mucho, chico —dijo McQueen.

—Quisiera ir a su lado. El primogénito debe estar con su padre en momentos como éste. Es costumbre en nuestro país.

Mr. McQueen tenía un hijo en Canadá, al que no había visto desde hacía siete años.

—Sí —dijo—, me parece lo adecuado.

—Me han prestado el dinero para el viaje en avión —dijo Ram Lal—. Si salgo mañana, podría estar de regreso a finales de la semana. Pero la cuestión es, Mr. McQueen, que necesito mi empleo más que nunca; para devolver el préstamo y para pagar mis estudios el próximo año. Si regreso antes de que termine la semana, ¿podrá reservarme mi empleo?

—Está bien —dijo el contratista—. No puedo pagarte los días que estés ausente. Ni reservarte el empleo otra semana. Pero, si estás de vuelta antes de que termine la próxima, podrás volver al trabajo. En las mismas condiciones, no lo olvides.

—Gracias —dijo Ram Lal—. Es usted muy amable.

Retuvo su habitación en Railway View Street, pero pasó la noche en su pensión de Belfast. El lunes por la mañana acompañó a Ranjit Singh al Banco, donde el sikh retiró el dinero necesario y lo entregó al hindú. Ram tomó un taxi hasta el aeropuerto de Aldergrove y, de allí, un avión del puente aéreo a Londres, donde adquirió un billete de clase económica para el primer vuelo a la India. Veinticuatro horas más tarde, aterrizaba bajo el calor sofocante de Bombay.

El miércoles encontró lo que buscaba en el atestado bazar de Grant Road Bridge. El Emporio de Peces Tropicales y Reptiles de Mr. Chatterjee estaba casi desierto cuando el joven estudiante, con su libro de texto de reptiles bajo el brazo, entró en el establecimiento. Encontró al viejo propietario sentado en el fondo de su tienda, en penumbra, rodeado de peceras y de jaulas de cristal donde dormitaban sus serpientes y lagartos.

Mr. Chatterjee estaba familiarizado con el mundo académico. Suministraba a varios centros médicos ejemplares destinados al estudio y la disección, y, en ocasiones, recibía lucrativos pedidos del extranjero. Asintió con la cabeza y su barba blanca, como buen conocedor, al explicarle el estudiante lo que buscaba.

—¡Oh, sí! —dijo el viejo comerciante gujerati—. Conozco esta serpiente. Y está usted de suerte. Tengo una, llegada hace pocos días de Rajputana.

Condujo a Ram Lal a su santuario privado, y los dos hombres contemplaron en silencio a la serpiente, a través del cristal de su nueva casa.

Echis carinatus, decía el libro de texto; pero, naturalmente, el libro había sido escrito por un inglés que empleaba la nomenclatura latina. Era la víbora escamosa, la más pequeña y mortífera de su especie.

Muy difundida, decía el libro de texto, podía encontrarse desde el África occidental, hacia el este y el noroeste, hasta el Irán, la India y el Pakistán. Muy adaptable, podía aclimatarse a casi todos los medios, desde las húmedas espesuras del oeste africano hasta los fríos montes del Irán en invierno, o hasta las tórridas colinas de la India.

Algo se agitó debajo de unas hojas que había en la jaula.

Según el libro de texto, su longitud variaba entre 25 y 35 cm., y era muy delgada. De color

aceitunado, un poco más pálido en algunos puntos, a veces difíciles de distinguir, y con una raya ondulada ligeramente más oscura en el lado del cuerpo. Animal nocturno en tiempo seco y cálido, se ocultaba durante el día para protegerse del calor.

Las hojas de la jaula se movieron de nuevo y apareció una cabeza diminuta.

Sumamente peligrosa de manejar, decía el libro de texto, había causado más muertes que la famosa cobra, debido principalmente a que su tamaño hacía que se la tocara fácilmente, sin querer, con la mano o con el pie. El autor del libro añadía una nota explicando que la pequeña pero mortal serpiente mencionada por Kipling en su maravilloso cuento *Rikki-Tikki-Tavy* era, casi con toda seguridad, no la Krait, que tiene casi 60 cm. de longitud, sino la víbora escamosa. Evidentemente, el autor estaba muy satisfecho de haber descubierto una inexactitud en el gran Kipling.

En la jaula, una pequeña lengua bífida y negra vibró, apuntando a los dos indios que estaban detrás del cristal.

El naturalista inglés, desaparecido hacía tiempo, terminaba su capítulo sobre la *Echis carinatus* diciendo que era muy despierta e irritable. Atacaba rápidamente y sin previo aviso. Los dientes eran tan pequeños que casi no dejaban señal; como dos punzadas de aguja. No causaba dolor, pero la muerte era casi inevitable y se producía entre dos y cuatro horas después, según la corpulencia de la víctima o el nivel de su estado físico en el momento de la mordedura y después de ésta. La causa de la muerte era invariablemente una hemorragia cerebral.

—¿Cuánto pide por ella? —murmuró Ram Lal.

El viejo gujerati extendió las manos en ademán deprecatorio.

—Es un ejemplar muy raro —dijo, compungido—, y difícil de obtener. Quinientas rupias.

Ram Lal cerró el trato en 350 rupias, y se llevó la serpiente en un tarro.

Para el viaje de vuelta a Londres, Ram Lal compró una caja de cigarros, la vació de su contenido y practicó veinte pequeños agujeros en la tapa, para la entrada de aire. Sabía que la pequeña víbora no necesitaría comida durante una semana y podía pasar dos o tres días sin agua. Podría respirar con poquísima cantidad de aire; por consiguiente, cerró la caja, con la víbora y sus hojas dentro de ella, y la envolvió en varias toallas que, gracias a su estructura esponjosa, contendrían aire suficiente incluso dentro de una maleta.

Había llegado con una bolsa de mano, pero compró una maleta barata de fibra y la llenó de ropa adquirida de segunda mano, colocando la caja de cigarros en medio de aquélla. Minutos antes de salir del «Hotel Bombay» en dirección al aeropuerto, cerró la maleta, la cual facturó en el «Boeing» que le llevaría a Londres. Su equipaje de mano fue registrado, pero no contenía nada de interés.

El jet de «Air India» aterrizó en Heathrow el viernes por la mañana, y Ram Lal se puso en la larga cola de indios que trataban de entrar en Gran Bretaña. Pudo demostrar que no era inmigrante, sino estudiante de Medicina, y le dejaron pasar rápidamente. Llegó al lugar de recogida de equipajes al salir las primeras maletas en la cinta, y vio que la suya estaba entre las dos primeras docenas. Se dirigió con ella al lavabo y allí sacó la caja de cigarros y la guardó en su bolsa de mano.

En la Aduana, se dirigió al sector de «Nada que Declarar», donde le detuvieron a pesar de todo; sin embargo, sólo registraron su maleta. El funcionario miró la bolsa que llevaba colgada del hombro y le dejó pasar. Ram Lal cruzó Heathrow en autobús, hasta el Edificio Número Uno, y tomó el avión del mediodía del puente aéreo a Belfast. Llegó a Bangor a la hora del té y, por fin, pudo examinar su mercancía.

Tomó la hoja de vidrio de encima de la mesita de noche, la deslizó cuidadosamente entre la tapa de la caja de cigarros y su letal contenido, y abrió aquélla. A través del cristal, vio la víbora que daba vueltas en el interior. Después, ésta se detuvo y le miró fijamente con sus negros e irritados ojillos. Ram Lal volvió a cerrar la caja, extrayendo rápidamente el cristal al dejar caer la tapa.

—Duerme, amiguita —dijo—, si es que vosotras dormís alguna vez. Por la mañana, tendrás que cumplir la orden de Shakti.

Antes de anochecer, compró un pequeño tarro de café, de esos que llevan la tapadera enroscada, y vació su contenido en un jarrito de porcelana de su habitación. Por la mañana, se puso sus gruesos guantes y trasladó la víbora de la caja al tarro. La enfurecida serpiente mordió una vez el

guante, pero esto no preocupó a Ram Lal; al mediodía, habría recobrado todo su veneno. Observó unos instantes a la serpiente, enroscada dentro del tarro de café, antes de apretar con fuerza la tapa e introducir el bote en su cesta del almuerzo. Después, se dirigió al camión que había de llevarle a la obra.

Big Billie Cameron tenía la costumbre de quitarse la chaqueta al llegar al lugar del trabajo y colgarla de un clavo o de una varilla. Ram Lal había observado que, durante el descanso para almorzar, el gigantesco capataz no dejaba nunca de acercarse a su chaqueta después de comer, para sacar la pipa y la bolsa del tabaco del bolsillo de la derecha. La rutina no variaba nunca. Después de fumar su pipa, el hombre vaciaba la cazoleta, se levantaba, decía «Bueno, muchachos, volvamos al trabajo», y metía de nuevo la pipa en el bolsillo de la chaqueta. Cuando se volvía, todo el mundo tenía que estar en pie.

El plan de Ram Lal era sencillo pero infalible. Durante la mañana, introduciría la serpiente en el bolsillo de la derecha de la chaqueta colgada. Después de comer, el iracundo Cameron se levantaría, iría en busca de su chaqueta y metería la mano en el bolsillo. Y la serpiente que él había traído desde el otro lado del mundo cumpliría la misión encomendada por Shakti. Sería la víbora, no Ram Lal, el verdugo del hombre del Ulster.

Cameron lanzaría un juramento y sacaría la mano del bolsillo, con la víbora colgando de su dedo, profundamente hincados los colmillos en la carne. Ram Lal daría un salto, arrancaría la serpiente, la echaría al suelo y le aplastaría la cabeza con la bota. El animal sería ya inofensivo, al haber descargado su veneno. Por último, Ram Lal, con un gesto de asco, arrojaría la víbora muerta al río Comber, que arrastraría la única prueba hasta el mar. Podrían sospechar de él, pero esto sería todo.

Poco después de las once, con la excusa de ir a buscar otra maza, Harkishan Ram Lal abrió la cesta del almuerzo, sacó el tarro de café, desenroscó la tapa y vertió el contenido en el bolsillo de la derecha de la chaqueta colgada. Antes de un minuto, volvía a estar en su puesto de trabajo; nadie había advertido nada.

Durante el almuerzo, tuvo que esforzarse para comer. Los hombres charlaban y bromeaban como siempre, mientras Big Billie despachaba el montón de enormes bocadillos que su mujer le había preparado. Ram Lal había cuidado de colocarse en un lugar del círculo próximo a la chaqueta. Comía sin ganas. El corazón palpitaba en su pecho, y su tensión crecía a cada instante.

Por fin, Bill Billie arrugó el papel que había envuelto su comida, lo arrojó al fuego y eructó. Se levantó con un gruñido y se acercó a su chaqueta. Ram Lal contuvo el aliento. Cameron hurgó en el bolsillo y sacó la pipa y la bolsa de tabaco. Empezó a llenar la cazoleta. Mientras lo hacía, advirtió que Ram Lal le estaba mirando.

—¿Qué miras? —preguntó, en tono agresivo.

—Nada —dijo Ram Lal y se volvió de cara al fuego.

Pero no podía estarse quieto. Se levantó y se estiró, volviéndose a medias. Por el rabillo del ojo, vio que Cameron dejaba de nuevo el tabaco en el bolsillo de la chaqueta y sacaba la mano con una caja de cerillas. El capataz encendió la pipa y chupó con satisfacción. Volvió junto al fuego.

Ram Lal se sentó de nuevo y contempló las llamas con incredulidad. «¿Por qué —se preguntó— le había hecho esto la gran Shakti?» La serpiente era su instrumento, traído por él en cumplimiento de su mandato. Pero ella lo había retenido, negándose a emplear el arma de su venganza. Se volvió y echó otra mirada a la chaqueta. En la parte baja del forro, sobre el dobladillo del lado izquierdo, algo se agitó y quedó inmóvil. Ram Lal cerró los ojos, impresionado. Un agujero, un pequeño agujero en el forro del bolsillo, había hecho fracasar su plan. Trabajó el resto de la tarde en un vértigo de indecisión y de angustia.

En el trayecto de regreso a Bangor, Bill Billie Cameron ocupó, como de costumbre, el asiento delantero del camión; pero, a causa del calor, se quitó su chaqueta, la dobló y la colocó encima de sus rodillas. Delante de la estación, Ram Lal vio que arrojaba la chaqueta plegada sobre el asiento posterior de su automóvil y se alejaba en él. Ram Lal alcanzó a Tommy Burns, que estaba esperando el autobús.

—Dime —le preguntó—, ¿tiene familia Mr. Cameron?

—Claro —contestó cándidamente el hombrecillo—. Tiene esposa y dos hijos.

—¿Vive lejos de aquí? —preguntó Ram Lal—. Como veo que va en automóvil...

—No muy lejos —respondió Burn—. En el barrio de Kilcooley. Creo que en Ganaway Gardens. ¿Vas a ir a visitarle?

—No, no —dijo Ram Lal—. Bueno, hasta el lunes. En su habitación, Ram Lal contempló fijamente la imagen de la diosa de la justicia.

—Yo no quise llevar la muerte a su esposa y sus hijos —le dijo—. Ellos no me han hecho absolutamente nada.

La diosa le miró desde lejos y no le respondió.

Harkisham Ram Lal pasó el resto del fin de semana en un mar de angustia. Aquella tarde se dirigió al barrio de viviendas de Kilcooley, junto a la carretera de circunvalación, y encontró Ganaway Gardens. Estaba a poca distancia de Owenroe Gardens y enfrente de Woburn Walk. En la esquina de Woburn Walk había una cabina telefónica, y allí esperó una hora, fingiendo telefonar, mientras observaba 'la corta calle al otro lado de la avenida. Le pareció ver a Big Billie Cameron en una de las ventanas, y tomó nota de la casa.

Vio que una adolescente salía de ella y se alejaba, para reunirse con unas amigas. Por un instante, sintió la tentación de acercarse a ella e informarla del demonio que dormía en la chaqueta de su padre; pero no se atrevió a hacerlo.

Poco antes del anochecer, salió de la casa una mujer que llevaba una cesta de la compra. La siguió hasta el centro comercial de Clondeboyne, que estaba abierto hasta muy tarde, en consideración a los que cobraban sus pagas en sábado. La mujer que él pensaba que era Mrs. Cameron entró en el supermercado «Stewarts», y el estudiante indio la siguió alrededor de las estanterías, tratando de armarse de valor y revelarle el peligro que acechaba en su casa. Pero tampoco se atrevió. A fin de cuentas, podía ser otra mujer, e incluso podía él haberse equivocado de casa. De ser así, le encerrarían, tomándole por loco.

Aquella noche durmió mal, hostigada su mente por visiones de la víbora escamosa saliendo de su escondite en el forro de la chaqueta para deslizarse, silenciosa y mortífera, entre los que dormían en la casa.

El domingo, volvió a rondar por Kilcooley e identificó sin lugar a dudas la casa de la familia Cameron. Vio claramente a Big Billie en el jardín de atrás. A media tarde, se dio cuenta de que estaba llamando la atención y comprendió que no tenía más alternativa que entrar en la casa y confesar lo que había hecho, o marcharse y dejarlo todo en manos de la diosa. La idea de enfrentarse con el terrible Cameron e informarle del peligro mortal en que había puesto a sus hijos era algo superior a sus fuerzas. Volvió a Railway View Street.

El lunes por la mañana, la familia Cameron se levantó a las seis menos cuarto. Era una mañana de agosto brillante y soleada. A las seis, los cuatro estaban desayunando en la pequeña cocina, en la parte de atrás de la casa; el hijo, la hija y la esposa, envueltos en sus batas, y Big Billie, con su ropa de trabajo. La chaqueta seguía colgada donde había estado todo el fin de semana, en un armario del pasillo.

Momentos después de las seis, Jenny, la hija, se levantó y se metió en la boca una tostada con mermelada.

—Voy a lavarme —dijo.

—Antes de esto, chica, trae mi chaqueta del armario —dijo su padre, que estaba comiendo un plato de cereales.

La muchacha reapareció a los pocos segundos con la chaqueta, sosteniéndola del cuello. La alargó a su padre. Éste casi no la miró.

—Cuélgala en la puerta —dijo,

La muchacha hizo lo que él le ordenaba, pero la chaqueta no tenía la tirilla para colgarla y el tirador de la puerta no estaba enmohecido, sino que era niquelado y liso. El padre levantó la cabeza cuando la chica iba a salir.

—¡Jenny! —gritó—. Recoge esa maldita chaqueta. Ninguno de los Cameron discutía con el cabeza

de familia. Jenny volvió atrás, recogió la chaqueta y la colgó mejor. Al hacerlo, una cosa delgada y oscura se escurrió de los pliegues y se deslizó hasta el rincón, con un susurro seco sobre el linóleo. La chica la miró, horrorizada.

—Papá, ¿qué llevabas en la chaqueta? Big Billie Cameron detuvo la cuchara a medio camino de su boca. Mrs. Cameron se apartó del hornillo. Bobby, el hijo de catorce años, interrumpió la operación de untar una tostada con mantequilla y se quedó mirando. La pequeña criatura yacía enroscada junto a la hilera de armarios, tensa, en actitud defensiva, respondiendo a las miradas y agitando velozmente la lengua.

—¡Que Dios nos ampare! ¡Es una serpiente! —exclamó Mrs. Cameron.

—No seas estúpida, mujer. ¿No sabes que en Irlanda no hay serpientes? —dijo su marido—. Esto lo sabe todo el mundo. ¿Qué es, Bobby?

Aunque tirano, dentro y fuera de su casa, Big Billie sentía un envidioso respeto por los conocimientos de su hijo menor, que era buen estudiante y había aprendido muchas cosas extrañas. El chico miró fijamente la serpiente a través de sus gafas de lechuza.

—Debe ser un gusano ciego, papá —dijo—. El curso pasado había varios en el colegio, para la clase de Biología. Los trajeron para disecarlos. Del otro lado del mar.

—No me parece un gusano —dijo su padre.

—En realidad, no es un gusano —dijo Bobby—. Es un lagarto sin patas.

—Entonces, ¿por qué le llaman gusano?

—No lo sé —dijo Bobby.

—Entonces, ¿para qué vas al colegio?

—¿Muerde? —preguntó, temerosa, Mrs. Cameron.

—No —dijo Bobby—. Es inofensivo.

—Mátalo —dijo Cameron, padre— y échalo al cubo de la basura.

Su hijo se levantó de la mesa, se quitó una zapatilla y la enarboló como un matamoscas. Avanzaba descalzo hacia el rincón, cuando su padre cambió de idea. Big Billie levantó la vista del plato y sonrió maliciosamente.

—Espera un momento; no te muevas, Bobby

—dijo—. Tengo una idea. Tráeme un tarro, mujer.

—¿Qué clase de tarro? —preguntó Mrs. Cameron.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Un tarro que tenga tapa.

Mrs. Cameron suspiró, se apartó de la serpiente al pasar y abrió un armario. Examinó sus cacharros.

—Aquí hay un tarro de jalea, que uso para guardar guisantes secos —dijo.

—Pon los guisantes en otro sitio y dame el tarro —ordenó Cameron.

Ella le entregó el recipiente.

—¿Qué vas a hacer, papá? —preguntó Bobby.

—Hay un morenito en la obra. Es pagano. Viene de un país donde abundan las serpientes. Voy a divertirme un poco con él. Le gastaré una pequeña broma. Dame aquel guante del horno, Jenny.

—No hace falta que te pongas un guante —dijo Bobby—. No muerde.

—No quiero tocar esa porquería —dijo Cameron.

—No es una porquería —replicó Bobby—. Son animales muy limpios.

—Eres un tonto, chico, a pesar de todos tus estudios. ¿No dice el Libro Sagrado «Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás el polvo...»? Sí, y más que polvo, digo yo. No quiero tocarlo con la mano.

Jenny pasó a su padre el guante del horno. Con el tarro destapado en la mano izquierda y protegida la derecha con el guante, Big Billie Cameron se acercó a la víbora. Poco a poco, bajó la mano derecha. Después, la dejó caer de prisa; pero la pequeña serpiente fue aún más rápida. Sus menudos colmillos se clavaron inofensivamente en el guante almohadillado, en el centro de la palma. Cameron no lo advirtió, porque sus propias manos se interponían en su campo visual. Un instante después, la serpiente estaba en el bote, y la tapa, cerrada. Observaron, a través del vidrio, sus furiosas contorsiones.

—No me gusta nada, aunque sea inofensivo —dijo Mrs. Cameron—. Te agradeceré que te lo lleses de casa.

—Lo haré inmediatamente —dijo su marido—, porque voy ya con retraso.

Metió el tarro en la bolsa, donde llevaba ya la fiambra, introdujo la pipa y el tabaco en el bolsillo de la derecha de su chaqueta, y se dirigió a su coche. Llegó al patio de la estación con cinco minutos de retraso, y se sorprendió al ver que el estudiante indio le miraba fijamente.

«Confío en que no tendrá dotes de adivino», pensó Big Billie, mientras rodaban en dirección a Newtownards y Comber.

A media mañana, toda la brigada estaba enterada de la broma preparada por Big Billie, el cual había amenazado con una paliza al que se atreviese a darle el soplo al «morenito». No era probable que lo hiciesen; sabiendo que aquel gusano era absolutamente inofensivo, incluso ellos pensaban que la cosa tendría gracia. Sólo Ram Lal trabajaba en la ignorancia, consumido por sus propios pensamientos y preocupaciones.

A la hora del almuerzo, hubiese debido sospechar algo. La tensión se palpaba en el ambiente. Los hombres estaban sentados en círculo alrededor del fuego, como de costumbre, pero la conversación era forzada, y, si no hubiese estado tan preocupado, habría advertido las sonrisas disimuladas y las miradas que echaban en su dirección. Pero no advirtió nada. Colocó su propia cesta del almuerzo entre las rodillas y la abrió. Enroscada entre los bocadillos y una manzana, con la cabeza echada atrás para morder, estaba la víbora.

El chillido del indio resonó en el claro, un momento antes que las carcajadas de los obreros. Inmediatamente, la cesta del almuerzo voló por el aire, lanzada por Ram Lal con toda su fuerza. Su contenido se desparramó en todas direcciones y aterrizó entre las altas hierbas, las retamas y las aulagas.

Ram Lal se había puesto en pie y no paraba de gritar. Los obreros se desternillaban de risa, y Big Billie más que nadie. No había reído tanto desde hacía meses.

—Es una serpiente —gritó Ram Lal—, una serpiente venenosa. Apartaos todos. Su mordedura es mortal.

Redoblaron las risas; los hombres no podían contenerse. La reacción de la víctima de la chanza sobrepasaba todo lo que habían esperado.

—Creedme, por favor. Es una serpiente, una serpiente mortal.

Big Billie tenía la cara congestionada. Enjugó las lágrimas que brotaban de sus ojos, sentado en el claro frente a Ram Lal, que seguía en pie mirando como un loco a su alrededor.

—Morenito ignorante —jadeó—, ¿acaso no lo sabes? No hay serpientes en Irlanda. ¿Lo comprendes? No hay ninguna.

Le dolían los costados de tanto reír, y se echó atrás sobre la hierba, apoyándose en las manos. No advirtió los dos colmillos, afilados como agujas, que se clavaron en una vena de la cara interna de su muñeca derecha.

La broma había terminado y los hombres hambrientos volvieron a su almuerzo. Harkishan Ram Lal se sentó de mala gana, mirando constantemente a su alrededor, con la taza de té al alcance de su mano, comiendo sólo con la izquierda, manteniéndose alejado de las altas hierbas. Después de almorzar, volvieron todos al trabajo. La vieja destilería estaba casi derruida, y la madera recuperable yacía, polvorienta, bajo el sol de agosto.

A las tres y media, Big Billie Cameron interrumpió su trabajo, se apoyó en el pico y se pasó una

mano por la frente. Humedeció con saliva una ligera hinchazón en la muñeca y volvió a su trabajo. Cinco minutos después, se irguió de nuevo.

—No me siento bien —dijo a Patterson, que estaba junto a él—. Voy a descansar un poco a la sombra.

Se sentó al pie de un árbol y, al cabo de un rato, apoyó la cabeza entre las manos. A las cuatro y cuarto, sin dejar de sujetarse la dolorida cabeza, sufrió una convulsión y cayó de costado. Pasaron varios minutos antes de que Tommy Burns lo advirtiese. Se acercó al capataz y llamó a Patterson.

—Big Billie está enfermo —gritó—. No me contesta.

Los otros interrumpieron su trabajo y se acercaron al árbol a cuya sombra yacía el capataz. Sus ojos ciegos estaban fijos en la hierba, a pocos centímetros de su cara. Patterson se inclinó sobre él. Durante sus largos años de trabajo había visto más de un muerto.

—Ram —dijo—, tú sabes, algo de Medicina. ¿Qué te parece?

Ram Lal no necesitaba examinar al capataz, pero lo hizo.

Cuando se levantó de nuevo, no dijo nada; pero Patterson comprendió.

—Quedaos todos aquí —dijo, asumiendo el mando—. Voy a telefonar para que venga una ambulancia y para avisar a McQueen.

Echó a andar por el camino, en dirección a la carretera principal. La ambulancia fue la primera en llegar, al cabo de media hora. Dio media vuelta en el camino, y dos hombres colocaron a Cameron en una camilla. Le llevaron a Newtownards General Hospital, que era el más cercano para casos de urgencia, pero ingresó cadáver. El preocupadísimo McQueen llegó treinta minutos después.

Como se ignoraban las causas de la muerte, había que practicar la autopsia, y así lo hizo el patólogo de la zona de North Down, en el depósito de cadáveres de Newtownards, donde había sido trasladado el cuerpo. Esto ocurría el martes. Por la noche, el informe del patólogo fue enviado a la oficina del instructor de North Down, en Belfast. Dicho informe no era nada extraordinario. El interfecto era un hombre de cuarenta y un años, de complexión robusta y sumamente vigoroso. Se observaban en el cadáver varios pequeños cortes y contusiones en las manos y en las muñecas, todos ellos propios de su oficio, y que nada tenían que ver con la causa de la muerte. Ésta había sido, sin lugar a dudas, una fuerte hemorragia cerebral, debida probablemente a un esfuerzo excesivo en un tiempo sumamente caluroso.

En vista de este informe, el instructor no habría celebrado normalmente una encuesta formal, dado que podía inscribirse la defunción por causas naturales en el Registro Civil de Bangor. Pero había algo que Harkishan Ram Lal no sabía.

Big Billie Cameron había sido miembro destacado de la junta de la ilegal Fuerza de Voluntarios del Ulster en Bangor, la más furiosa de las organizaciones paramilitares protestantes. La computadora de Lurgan, por la que pasaban todas las defunciones de la provincia del Ulster, por inocentes que fuesen, sacó a relucir este dato, y alguien de Lurgan cogió el teléfono y llamó a la Royal Ulster Constabulary de Castlereagh.

Desde allí, alguien llamó a la oficina del instructor en Belfast, y se ordenó una encuesta formal. En el Ulster, no basta con que la muerte sea accidental; hay que demostrar que es accidental. Al menos, así lo creen algunos. La encuesta se celebró, el miércoles, en el Ayuntamiento de Bangor. Esto significó un grave quebranto para McQueen, pues asistieron los inspectores del fisco. Y también lo hicieron dos hombres silenciosos de la tendencia más extrema del consejo de la Fuerza de Voluntarios del Ulster. Éstos se sentaron en el fondo de la sala. La mayoría de los trabajadores del difunto lo hicieron en los primeros bancos, cerca de Mrs. Cameron.

Sólo Patterson fue llamado para prestar declaración. A preguntas del instructor, relató los sucesos del lunes, y, como nadie le contradijo, no se llamó a ningún otro obrero, ni siquiera a Ram Lal. El instructor leyó en voz alta el dictamen del patólogo, que era bastante claro. Cuando hubo terminado, resumió el caso, antes de pronunciar su veredicto.

—El dictamen del patólogo es inequívoco. Mr. Patterson nos ha explicado lo acaecido durante la hora del almuerzo, la broma, quizás excesiva, gastada por el interfecto al estudiante indio. Parece ser que a Mr. Cameron le dio tal acceso de risa que llegó al borde de la apoplejía. El subsiguiente y arduo

trabajo, con el pico y la pala, bajo un sol abrasador, hizo lo demás, provocando la ruptura de un vaso importante del cerebro o, como observa el patólogo en un lenguaje más científico, una hemorragia cerebral. Este tribunal expresa su condolencia a la viuda y a los hijos, y declara que Mr. William Cameron falleció por causa accidental. En el prado que se extendía delante del Ayuntamiento de Bangor, McQueen habló a sus braceros.

—Voy a seros francos, muchachos —dijo—. Mantengo vuestros puestos de trabajo, pero tendré que deduciros los impuestos y todo lo demás, ya que los del fisco andarán detrás de mí. Mañana se celebrará el entierro; tendréis el día libre. Los que quieran seguir en el trabajo, pueden presentarse el viernes.

Harkishan Ram Lal no asistió al entierro. Mientras se celebraba éste en el cementerio de Bangor, tomó un taxi hacia Comber y pidió al conductor que le esperase en la carretera, mientras él emprendía a pie el camino. El chófer era de Bangor y había oído hablar de la muerte de Cameron.

—Quiere usted presentarle sus respetos en el lugar del accidente, ¿verdad? —dijo.

—En cierto modo, sí —respondió Ram Lal.

—¿Es una costumbre de su pueblo? —preguntó el conductor.

—Llámelo así, si quiere —contestó Ram Lal.

—Bueno, no diré que sea mejor o peor que lo que hacemos nosotros, que acompañarnos al muerto a su tumba —dijo el chófer, disponiéndose a leer el periódico mientras esperaba.

Harkishan Ram Lal echó a andar por el camino hasta llegar al claro y se plantó en el lugar donde había ardido la fogata. Miró a su alrededor: las altas hierbas, las retamas y las aulagas, sobre el suelo arenoso.

—*Sisha serp* —dijo, llamando a la oculta víbora—. ¡Oh, serpiente venenosa! ¿Puedes oírme? Has hecho ya lo que debías; por esto te traje de los montes de Rajputana. Pero estaba previsto que también tú tenías que morir. Yo mismo te habría matado, si todo se hubiese desarrollado según el plan trazado, y habría arrojado tu cuerpo muerto al río.

»¿Me escuchas, mortífero animal? Entonces, óyeme. Podrás vivir un poco más, pero después morirás, como mueren todas las cosas. Y morirás a solas, sin una hembra con la que aparearte, porque no hay serpientes en Irlanda.

La víbora escamosa no le oyó, o, si le oyó, no dio señales de haberle comprendido. En lo más hondo de su agujero en la cálida arena, bajo los pies de Ram Lal, estaba muy ocupada, completamente absorta en la realización del trabajo que le había encargado la Naturaleza.

En la base de la cola de las serpientes, hay dos placas superpuestas que cierran la cloaca. La víbora tenía la cola erecta y sacudía el cuerpo siguiendo un ritmo primitivo. Las placas se habían separado y, uno a uno, envueltos en su bolsa transparente, de unos milímetros de longitud, pero tan venenosos como sus antepasados, la serpiente, que era una hembra, echó doce hijitos al mundo.

HAY DÍAS NEFASTOS

El *St. Kilian*, bamboleante ferry procedente de El Havre, hundió la proa en otra ola y su casco como se acercó un poco más a Irlanda. En algún punto de la cubierta A, el chofer Liam Clarke se inclinó sobre la barandilla y miró al frente, para observar las bajas colinas de County Wexford que se iban acercando.

Dentro de veinte minutos, el ferry de la «Irish Continental Line» atracaría en el pequeño puerto de Rosslare, poniendo fin a otro trayecto europeo. Clarke consultó su reloj; eran las dos menos veinte de la tarde, y el hombre confiaba en estar con su familia en Dublín a la hora de la cena.

Una vez más, el barco llegaría puntualmente. Clarke se apartó de la barandilla, volvió al salón de pasajeros y agarró su maleta. No veía motivo para esperar más tiempo y bajó a la cubierta de los automóviles, tres pisos más abajo, donde su camión articulado esperaba con los otros. Todavía tardarían diez minutos en avisar a los que viajaban con vehículos, pero pensó que igual podía esperar en la cabina del suyo. La novedad de observar la maniobra del ferry hacía tiempo que había dejado de ser nueva para él; la página hípica del periódico irlandés que había comprado a bordo, aunque vieja de veinticuatro horas, era más interesante.

Subió a la caliente y cómoda cabina y se sentó a esperar que se abriesen las grandes puertas de la proa, por las que saldría al muelle de Rosslare. Sobre la visera del parabrisas, llevaba el fajo de documentos que habría de exhibir al pasar por la Aduana.

El *St. Kilian* dobló la punta del espolón del puerto cinco minutos antes de la hora, y las puertas se abrieron a las dos en punto. Había ya un ruido enorme en la cubierta inferior donde estaban los vehículos, porque los impacientes turistas ponían en marcha los motores mucho antes de lo necesario. Siempre hacían lo mismo. Cien tubos de escape vomitaban humo, aunque los camiones pesados estaban delante y eran los primeros en salir. A fin de cuentas, el tiempo es oro.

Clarke pulsó el botón de puesta en marcha y el motor de su enorme «Volvo» cobró vida. Era el tercero en la cola cuando dieron la orden de arrancar. Los otros dos camiones rodaron por la ruidosa rampa de acero hasta el muelle, entre el estruendo de los tubos de escape, y Clarke les siguió. En el relativo silencio de su cabina, oyó el silbido de los frenos hidráulicos al soltarse, y en seguida se halló sobre la rampa.

Debido al ruido de los otros motores y los chasquidos de las planchas de acero bajo sus ruedas, no oyó un seco crujido procedente de su propio camión, de algún sitio debajo y detrás de él. Salió pues del *St. Kilian*, recorrió 200 metros de muelle empedrado y se sumió de nuevo en la oscuridad, esta vez la del gran cobertizo abovedado de la Aduana. A través del parabrisas, vio a uno de los agentes que le indicaba el lugar donde debía colocarse, al lado de los camiones precedentes, y él siguió sus instrucciones. Cuando se hubo situado, paró el motor, cogió el fajo de papeles y saltó al suelo de cemento. Como viajero habitual, conocía a la mayoría de los funcionarios de la Aduana, pero no a éste. El hombre saludó con la cabeza y alargó la mano para asir los documentos. Después empezó a hojearlos.

Sólo tardó diez minutos en convencerse de que todo estaba en orden —licencia, seguro, manifiesto de la carga, comprobante de pago del impuesto, permisos, etcétera—, de que se habían cumplido todos los requisitos necesarios para el transporte de mercancías de un país a otro, incluso dentro del Mercado Común. Estaba a punto de devolverle todos los papeles a Clarke cuando algo le llamó la atención.

—¡Eh! ¿Qué diablos es eso? —preguntó. Clarke siguió la dirección de su mirada y vio, debajo de la sección de la cabina del camión, una mancha de aceite que se extendía continuamente. El aceite goteaba de alguna parte próxima al eje de atrás de la sección.

—¡Jesús! —exclamó, desesperado—. Parece de la caja del diferencial.

El aduanero llamó a un colega más antiguo, al que conocía Clarke, y los dos hombres se agacharon para ver de dónde salía el aceite. Se había derramado ya más de dos cuartillos y había que esperar que seguirían otros tres. El viejo aduanero se levantó.

—Con eso no irías muy lejos —dijo, y, dirigiéndose a su compañero más joven, añadió—: Haz

pasar a los otros rodeándolo.

Clarke se arrastró debajo del vehículo para observar más de cerca. Desde el motor, bajaba el árbol de transmisión que se introducía en la caja de acero del diferencial. Dentro de esta caja, la fuerza del árbol giratorio era transmitida lateralmente al eje posterior, empujando de este modo el camión hacia delante. Esto se realizaba mediante una compleja combinación de ruedas dentadas dentro de la caja, y las ruedas giraban permanentemente en un baño de aceite lubricante. Sin este aceite, las ruedas se agarrotarían dentro de muy poco. La parte delantera de la caja de acero se había rajado.

Sobre el eje había una placa articulada en la que descansaba la parte remolcada del camión, que era la de la carga. Clarke salió de debajo del vehículo.

—La rotura es completa —dijo—. Tendré que llamar a la oficina. ¿Puedo usar el teléfono?

El aduanero veterano señaló con la cabeza el despacho de paredes de cristal y se dirigió a examinar los otros camiones. Algunos conductores sacaron la cabeza de sus cabinas y dedicaron groseros comentarios a Clarke, mientras éste iba a telefonar.

Pero no había nadie en la oficina de Dublín. Era la hora del almuerzo. Clarke se quedó en el cobertizo de la Aduana, haciendo tiempo, mientras los últimos turismos salían para dirigirse al interior de la isla. A las tres, consiguió ponerse al habla con el director gerente de «Tara Transportation» y le explicó el problema. El hombre lanzó una maldición.

—Yo no puedo arreglar esto —dijo a Clarke—. Tendré que acudir a la agencia principal de «Volvo Trucks». Llámeme dentro de una hora.

A las cuatro, no había aún noticias, y a las cinco, los aduaneros dijeron que iban a cerrar, puesto que había llegado ya el último ferry del día, procedente de Fishguard. Clarke telefoneó de nuevo, para decir que pasaría la noche en Rosslare y volvería a llamar dentro de una hora. Uno de los aduaneros tuvo la amabilidad de llevarle a la ciudad y mostrarle una pensión donde podía dormir y desayunar. Clarke decidió pernoctar allí.

A las seis, los de la oficina le dijeron que tendrían la pieza de recambio a las nueve de la mañana siguiente y que la enviarían con un mecánico de la compañía en una furgoneta. El hombre se reuniría con él al mediodía. Clarke telefoneó a su esposa para decirle que llegaría con veinticuatro horas de retraso; después, tomó el té y se dirigió a un pub. En la Aduana, a tres millas de allí, el camión de «Tara», con sus colores distintivos verde y blanco, permanecía silencioso y solo, sobre un charco de aceite.

El día siguiente, Clarke se levantó tarde, a las nueve. Llamó a la oficina a las diez, y le dijeron que tenían la pieza de recambio y que la furgoneta saldría dentro de diez minutos. A las once, regresó al muelle, gracias a un voluntario que se avino a llevarle. La compañía cumplió puntualmente su palabra, y la furgoneta, conducida por el mecánico, rodó por el muelle y entró en el cobertizo de la Aduana a las doce. Clarke la estaba ya esperando.

El vivaracho mecánico se deslizó debajo del vehículo como un hurón, y Clarke oyó que rezongaba. Cuando volvió a salir, estaba ya pringado de aceite.

—La pieza delantera está partida —dijo, innecesariamente—. Completamente partida.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Clarke.

—Si me echa una mano, le sacaré del atolladero en una hora y media.

Tardaron un poco más. Primero, tuvieron que enjugar el charco de aceite, y cinco cuartillos no son grano de anís. Después, el mecánico cogió una pesada llave inglesa y desenroscó cuidadosamente los grandes tornillos que sujetaban la pieza delantera a la parte principal de la caja del diferencial. Hecho esto, retiró los dos semiejes y empezó a aflojar el árbol de transmisión. Clarke estaba sentado en el suelo, observándole, y, de vez en cuando, le pasaba la herramienta que pedía el mecánico. Los aduaneros les observaban a los dos. Nunca ocurre gran cosa en la Aduana, en los intermedios entre las llegadas de los barcos.

La pieza rota salió en pedazos poco antes de la una. Clarke empezaba a tener hambre y de buen grado habría ido a almorzar en el café de la carretera; pero el mecánico quería acabar de prisa. En el mar, el *St. Patrick*, hermano pequeño del *St. Killian*, se movía en el horizonte con rumbo a Rosslare.

El mecánico empezó a repetir la operación a la inversa.

Colocó la nueva pieza, fijó el árbol de transmisión y empalmó los semiejes. A la una y media, el *St. Patrick* era claramente visible en el mar para quien quisiese observarlo.

Uno de ellos era Murphy. Yacía de bruces sobre las secas hierbas, en lo alto de un terreno ligeramente elevado detrás del puerto, invisible para quien estuviese a más de cien metros de distancia. Más cerca, no había nadie. Con sus gemelos de campaña, seguía el movimiento del barco que se acercaba.

—Ahí está —dijo—. A la hora exacta. Brendan, un hombre vigoroso, tumbado a su lado entre las altas hierbas, lanzó un gruñido.

—¿Crees que resultará, Murphy? —preguntó.

—Claro que sí —dijo Murphy—. Lo he proyectado como una operación militar. No puede fallar.

Un delincuente más profesional habría dicho a Murphy, traficante de chatarra en general, y de coches «transformados» en particular, que se salía un poco de su terreno con esta operación; pero Murphy había gastado varios cientos de libras de su bolsillo en el montaje, y no estaba dispuesto a rajarse. Siguió observando el transbordador que se acercaba.

En' el cobertizo, el mecánico apretó el último tornillo de la pieza nueva, salió de debajo del camión, se levantó y se estiró.

—Ya está —dijo—. Ahora, echaremos cinco cuartillos de aceite y podrá salir pitando.

Desenroscó una pequeña tuerca en un lado de la caja del diferencial, mientras Clarke iba a buscar una lata de aceite y un embudo en la furgoneta. Fuera, el *St. Patrick* arrimó delicadamente la proa al muelle y fue amarrado. Se abrieron las puertas y descendió la rampa.

Murphy, sosteniendo firmemente los gemelos, observó el negro agujero en la proa del *St. Patrick*. El primer camión que salió era de color pardo oscuro y sus rótulos estaban en francés. El segundo en salir a la luz del sol de la tarde resplandecía con sus colores blanco y verde esmeralda. En el costado del remolque aparecía la palabra «TARA» en grandes caracteres verdes. Murphy exhaló despacio el aire de sus pulmones.

—Ahí está —susurró—. Ése es nuestro pequeño.

—¿Vamos ya? —preguntó Brendan, que podía ver muy poco sin gemelos y empezaba a aburrirse.

—No tenemos prisa —dijo Murphy—. Esperaremos a que salga del cobertizo.

El mecánico apretó la tuerca del paso del aceite y se volvió a Clarke.

—Ahí lo tiene —indicó—, listo para emprender la marcha. En cuanto a mi, voy a lavarme. Probablemente le adelantará en la carretera de Dublín.

Volvió a meter la lata de aceite y todas sus herramientas en la furgoneta, buscó un frasco de detergente líquido y se dirigió al lavabo. El otro camión de «Tara Transportation» llegó del muelle y entró en el cobertizo. Un aduanero le hizo señal de que se colocase junto a su compañero, y el conductor bajó de la cabina.

—¿Qué diablos te ha pasado, Liam? —preguntó. Clarke se lo explicó. Un aduanero se acercó a revisar los papeles del recién llegado.

—¿Puedo marcharme? —preguntó Clarke.

—Váyase de una vez —dijo el aduanero—. Ya ha ensuciado bastante este lugar.

Por segunda vez en veinticuatro horas, Clarke subió a la cabina, puso el motor en marcha y soltó el freno. Saludó con la mano a su colega, metió la marcha y salió del cobertizo a la luz del sol.

Murphy sujetó con más fuerza los gemelos al salir el camión por el lado de tierra del cobertizo.

—Ya le han despachado —dijo a Brendan—. Sin complicaciones. ¿Lo ves?

Pasó los gemelos a Brendan, que se deslizó hasta el borde de la elevación y miró hacia abajo. A una distancia de quinientas yardas, el camión iniciaba las curvas que le alejaban del muelle y le

llevaban a la carretera de la ciudad de Rosslare.

—Lo veo —dijo.

—Ahí van setecientas cincuenta cajas del mejor coñac francés —dijo Murphy—. Esto equivale a nueve mil botellas. Se vende a más de diez libras, la botella, al detall, y a mí me darán cuatro. ¿Qué te parece?

—Es mucho licor —repuso ansiosamente Brendan.

—Es mucho dinero ¡estúpido! —exclamó Murphy—. Bueno, vamos allá.

Los dos hombres se deslizaron de la altura y corrieron agachados hasta el sitio donde estaba aparcado su coche, en un arenoso camino inferior.

Cuando retrocedieron hasta el punto donde el camino confluía con la carretera del muelle a la población, sólo tuvieron que esperar unos segundos a que el camión de Clarke pasara zumbando por delante de ellos. Murphy sacó su «Ford Granada» negro, robado dos días antes y provisto de falsas placas de matrícula, y empezó a seguir al camión.

Éste no se detenía; Clarke quería llegar pronto a casa. Cuando cruzó el puente sobre el Slaney y, al salir de Wexford, se dirigió al Norte por la carretera de Dublín, Murphy resolvió que podía hacer su llamada telefónica.

Había visitado anteriormente la cabina y extraído el diafragma del auricular para asegurarse de que nadie lo estaría empleando cuando llegase él. Efectivamente, no había nadie. Pero alguien, enfurecido por la inutilidad del aparato, había arrancado el cable de su base. Murphy lanzó una maldición y reemprendió la marcha. Encontró otra cabina junto a una estafeta de correos, al norte de Enniscorthy. Al frenar, el camión que le precedía se perdió de vista.

La llamada iba dirigida a otra cabina de la carretera, al norte de Gorey, donde esperaban otros dos miembros de su pandilla.

—¿Dónde diablos te has metido? —preguntó Brady—. Hace más de una hora que espero aquí con Keogh.

—No te preocupes —dijo Murphy—. Está en camino, según el horario previsto. Tomad posiciones detrás de los matorrales de la zona de aparcamiento y esperad a que se detenga y baje del camión.

Colgó y arrancó de nuevo. Con su mayor velocidad, alcanzó al camión antes del pueblo de Ferns y le siguió al salir nuevamente a la carretera. Antes de llegar a Camolin, se volvió a Brendan.

—Ya es hora de que nos convirtamos en agentes de la ley y el orden —dijo.

Salió una vez más de la carretera y se introdujo en un camino vecinal que había estudiado en su anterior misión de reconocimiento. Estaba desierto.

Los dos hombres se apearon y sacaron una maleta del asiento de atrás. Se quitaron los blusones y sacaron dos guerreras de la maleta. Ambos llevaban ya zapatos, calcetines y pantalones negros. Al quitarse los blusones, resultó que llevaban también camisa azul y corbata negra, como es de reglamento en los policías. Las guerreras completaron el disfraz. Ambos llevaban la insignia de la Garda, la Policía irlandesa. Se calaron sendos gorros, que llevaban también en la maleta.

Lo último que contenía ésta eran dos rollos de tela adhesiva negra de plástico. Murphy los desenrolló, desprendió el revestimiento de paño y los extendió cuidadosamente con las manos, sobre cada una de las portezuelas delanteras del «Granada». El plástico negro se confundía con la pintura negra del automóvil. En cada uno de los trozos aparecía la palabra GARDA, en caracteres blancos. Cuando robaron el coche, Murphy escogió deliberadamente un «Granada» negro, porque era el tipo más corriente de coche patrulla de la Policía.

Brendan sacó del portaequipajes el último adminículo, un bloque triangular de 0,5 m. de longitud en la base. Esta base estaba provista de dos potentes imanes que sujetaron firmemente el bloque sobre el techo del automóvil. Delante y detrás del triángulo, aparecía también la palabra GARDA, impresa en las láminas de vidrio. No llevaba ninguna bombilla para iluminar el rótulo, pero, ¿quién repararía en ello a la luz del día?

Cuando los dos hombres subieron al coche e hicieron marcha atrás en el camino, cualquier

observador casual los habría tomado por un par de policías de tráfico. Ahora conducía Brendan, con el «sargento» Murphy sentado a su lado. Alcanzaron al camión cuando éste esperaba ante un semáforo, en la población de Gorey.

Al norte de Gorey, entre la antigua ciudad-mercado y Arkiow, hay un nuevo trecho de carretera con doble carril en ambas direcciones, y en su mitad, en dirección Norte, hay una zona de aparcamiento. Éste era el lugar que había elegido Murphy para su emboscada. En el momento en que la columna retenida por el camión entró en el trecho de doble carril, los otros conductores adelantaron alegremente al camión y Murphy consiguió lo que quería. Bajó el cristal de la ventanilla y dijo «Ahora» a Brendan.

El «Granada» avanzó suavemente hasta colocarse al lado de la cabina del camión y se mantuvo a su altura. Clarke miró hacia abajo y vio, a su lado, un coche de la Policía y un sargento que le hacía señas. Bajó el cristal de la ventanilla.

—Ha pinchado el neumático de atrás gritó Murphy, para hacerse oír a pesar del viento—. Deténgase en el aparcamiento.

Clarke miró hacia delante, vio el rótulo con una P grande en la orilla de la carretera, asintió con la cabeza y redujo la marcha. El coche de la Policía le adelantó, entró en la zona de aparcamiento y se detuvo. El camionero lo siguió y se detuvo detrás del «Granada». Clarke se apeó.

—Es la rueda de atrás —dijo Murphy—. Sígame.

Clarke le siguió, obediente, pasando por delante del morro del camión y junto al largo costado verde y blanco, hasta las ruedas de atrás. No vio ningún neumático deshinchado, pero apenas si tuvo tiempo de mirar. Se separaron los arbustos y Brady y Keogh saltaron de entre ellos, vestidos con monos y enmascarados. Una mano enguantada cerró la boca de Clarke, un brazo vigoroso le rodeó el pecho y otro par de brazos sujetó sus piernas. Le levantaron como un saco y lo llevaron detrás de los arbustos.

Al cabo de un minuto, le habían quitado el mono de la compañía, con la palabra «Tara» estampada en el bolsillo del pecho y en los puños; le habían maniatado y tapado la boca y los ojos con esparadrapo, y, resguardados por el camión de las miradas de los automovilistas que pasaban, le habían introducido en la parte posterior del coche de «Policía». Allí, una voz tosca le dijo que se echase en el suelo y se estuviese quieto. Y así lo hizo.

Dos minutos más tarde, Keogh salió de entre los arbustos vistiendo el mono de «Tara» y se reunió con Murphy junto a la portezuela de la cabina, donde el jefe de la banda examinaba el permiso de conducción del desdichado Clarke.

—Todo está en orden —dijo Murphy—. Ahora te llamas Liam Clarke. Y todo ese fajo de documentos debe de ser correcto, ya que, hace un par de horas, pasaron por la Aduana de Rosslare.

Keogh, que había sido conductor de camión antes de pasar una temporada en Mounjoy como invitado de la República, gruñó y subió a la cabina. Estudió los mandos.

—No hay problema —dijo, y colocó de nuevo el fajo de papeles sobre la visera del parabrisas.

—Nos veremos en la granja dentro de una hora —dijo Murphy.

Observó el camión secuestrado al salir éste del aparcamiento y adentrarse en la carretera de Dublín, en dirección al Norte.

Murphy volvió al coche de Policía. Brady estaba sentado en el asiento de atrás, con los pies sobre el tumbado y amordazado Clarke. Se había despojado del mono y de la máscara y llevaba ahora una chaqueta de tweed. Clarke podía haber visto la cara de Murphy, pero sólo durante unos segundos y tocado con un gorro de Policía. No veía las caras de los otros tres. De este modo, si un día llegaba a acusar a Murphy, los otros tres podrían dar a éste una coartada indestructible.

Murphy miró la carretera, arriba y abajo. En aquel momento no pasaba nadie. Miró a Brendan y asintió con la cabeza. Entre los dos, arrancaron los rótulos de GARDA de las portezuelas, los enrollaron y los arrojaron a la parte de atrás del automóvil. Otra mirada. Un coche pasó a toda velocidad, sin prestarles atención. Murphy quitó el triángulo del techo y lo arrojó a Brady. Una mirada más. Tampoco había tráfico. Los dos hombres se quitaron las guerreras, que fueron a reunirse con Brady en el asiento de atrás. Volvieron a ponerse los blusones. Cuando el «Granada» salió del aparcamiento,

volvía a ser un automóvil de turismo, ocupado por tres paisanos visibles.

Adelantaron al camión un poco al norte de Arklow. Murphy, que conducía de nuevo, tocó discretamente el claxon. Keogh levantó una mano al pasar el «Granada», con el pulgar alzado para indicar que todo iba bien.

Murphy siguió conduciendo hacia el Norte, hasta Kilmacanogue; entonces, siguió un camino llamado de Rocky Valley, en dirección a Calary Bog. Poca actividad había allí, pero había descubierto una granja abandonada, elevada sobre el marjal, que tenía la ventaja de poseer un granero lo bastante grande para alojar el camión durante unas horas y sin que nadie lo viese. Era cuanto necesitaba. Un camino fangoso conducía a la granja, y ésta quedaba oculta por un bosque de coníferas.

Llegaron poco antes del crepúsculo, quince minutos antes que el camión y dos horas antes de la fijada para el encuentro con los hombres del Norte y sus cuatro camionetas.

Murphy se dijo que podía sentirse orgulloso del trato que había hecho. No habría sido fácil desprenderse de 9.000 botellas de coñac en el Sur. Las cajas y las botellas estaban precintadas y numeradas, y, más pronto o más tarde, las habrían descubierto. En cambio, en el Ulster, en el Norte desgarrado por la guerra, la cosa era diferente. El país estaba lleno de *shebeens*, clubes ilegales de bebedores, que no poseían licencia y que, en todo caso, estaban fuera de la ley.

Los *shebeens* estaban estrictamente divididos en protestantes y católicos, pero todos ellos en manos de los bajos fondos, a su vez dominados desde hacía tiempo por los buenos patriotas. Murphy sabía muy bien que buena parte de los crímenes que se perpetraban para gloria de Irlanda tenían más que ver con los gánsters que con el patriotismo.

Por esto había hecho el trato con uno de los héroes más poderosos, primer abastecedor de toda una cadena de *shebeens* en los que podía introducirse el coñac sin que nadie hiciese preguntas. El hombre y sus conductores debían encontrarse con él en la granja, cargar el coñac en las cuatro camionetas, pagar al contado y en dinero efectivo, y llevarse la mercancía hacia el Norte al amanecer, por el laberinto de caminos vecinales que cruzaban la frontera entre los lagos, a lo largo de la línea Fermanagh-Monaghan.

Dijo a Brendan y a Brady que llevasen al infortunado conductor a la granja, donde Clarke fue arrojado sobre un montón de sacos, en un rincón de la arruinada cocina. Y los tres secuestradores se sentaron a esperar. A las siete, el camión verde y blanco llegó roncando por el camino, envuelto en la penumbra, con las luces apagadas, y los tres hombres corrieron al exterior. Alumbándose con unas linternas, abrieron las puertas del viejo granero. Keogh metió el camión en su interior, y los otros volvieron a cerrar las puertas. Keogh bajó de la cabina.

—Creo que me he ganado el sueldo —dijo—, y un trago.

—Te has portado bien —dijo Murphy—. No tendrás que volver a conducir el camión. Será descargado a medianoche y yo lo llevaré personalmente a un lugar situado a diez millas de aquí, donde lo abandonaré. ¿Qué quieres beber?

—No le vendría mal un trago de coñac —sugirió Brady, y todos se echaron a reír. Era un buen chiste.

—No voy a estropear una caja por unas cuantas copas —dijo Murphy—. Además, prefiero el whisky. ¿Os parece bien?

Sacó un frasco del bolsillo, y todos convinieron en que era lo mejor. A las ocho menos cuarto, era noche cerrada, y Murphy se dirigió a la entrada del camino, con una linterna eléctrica, para guiar a los hombres del Norte. Les había dado instrucciones exactas, pero aún cabía la posibilidad de que no viesen el camino. A las ocho y diez, regresó al frente de un convoy de cuatro camionetas. Cuando se detuvieron en el patio, un hombre corpulento, envuelto en un abrigo de pelo de camello, se apeó del primer vehículo, en el que viajaba como pasajero. Llevaba una cartera de mano y parecía desprovisto de sentido del humor.

—¿Murphy? —dijo, y al asentir Murphy con la cabeza, añadió—: ¿Ha traído la mercancía?

—Recién llegada de Francia en el ferry —dijo Murphy—. Está en el camión, en el granero.

—Si han abierto el camión, tendré que examinar todas las cajas —le amenazó el hombre.

Murphy tragó saliva. Ahora se alegraba de haber resistido la tentación de echar un vistazo al botín.

—Los sellos de la Aduana francesa están intactos —dijo—. Véalo usted mismo.

El hombre del Norte gruñó e hizo una seña a sus acólitos, los cuales abrieron las puertas del granero. Enfocaron las linternas eléctricas sobre los candados gemelos que mantenían cerradas las puertas del remolque y que estaban aún cubiertos por los sellos de la Aduana. El hombre del Ulster gruñó de nuevo y asintió, satisfecho. Uno de sus hombres tomó una herramienta y se acercó a los candados. El hombre del Norte alzó la cabeza.

—Vayamos adentro —dijo.

Murphy, con una linterna en la mano, le guió hasta lo que había sido cuarto de estar de la vieja granja. El norteño abrió la cartera de documentos, la colocó sobre la mesa y abrió la tapa. Murphy vio fajos de billetes de libras esterlinas. Nunca había visto tanto dinero junto.

—Nueve mil botellas, a cuatro libras cada una —dijo—. Deben ser treinta y seis mil libras, ¿no?

—Treinta y cinco —precisó el norteño, sonriendo—. Me gustan los números redondos.

Murphy no discutió. Tenía la impresión de que no era prudente hacerlo con aquel hombre. Y, de todos modos, estaba satisfecho. Pagando 3.000 libras a cada uno de sus hombres y deduciendo los gastos sufragados, le quedarían más de 20.000 libras limpias.

—De acuerdo —dijo.

Uno de los otros norteños apareció detrás de la rota ventana. Se dirigió a su jefe.

—Tendría que venir a echar un vistazo —fue todo lo que dijo.

Y desapareció. El hombrón cerró la cartera, agarró el asa y salió al exterior. Los cuatro hombres del Ulster, junto con Keogh, Brady y Brendan, estaban agrupados alrededor de las puertas abiertas del camión en el granero. Seis linternas eléctricas iluminaban el interior. En vez de cajas apiladas de coñac, con la famosa marca de su productor, había allí algo muy diferente.

Había hileras de sacos de plástico, cada uno de los cuales estaba marcado con el nombre de un conocido fabricante de artículos de jardinería, bajo el rótulo «Abono para Rosales». El hombre del Norte observó el cargamento sin cambiar de expresión.

—¿Qué diablos es eso?

Murphy tuvo que hacer un esfuerzo para levantar la mandíbula inferior, que había quedado colgando.

—No lo sé —gimió—. Juro que no lo sé. Y era verdad. Su información había sido impecable... y costosa. Sabía cuál era el barco y cuál era el medio de transporte. Sabía que, aquella tarde, sólo había llegado un camión de tales características en el *Sí. Patrick*.

—¿Dónde está el conductor? —ladró el hombrón.

—Dentro —respondió Murphy.

—Vamos allá —ordenó el hombrón. Murphy le precedió. El pobre Liam Clarke seguía atado como una morcilla sobre el montón de sacos.

—¿Qué diablos es ese cargamento que trajiste? —preguntó el hombrón, sin andarse con cumplidos.

Clarke farfulló furiosamente debajo de su mordaza. El hombrón hizo una seña a uno de sus cómplices, el cual se adelantó y arrancó bruscamente la tira de esparadrapo de la boca de Clarke. Otra cinta cubría aún sus ojos.

—Te he preguntado qué diablos llevas en el camión —repitió el hombre corpulento. Clarke tragó saliva.

—Abono para rosales —contestó—. La hoja de embarque lo dice bien claro.

El hombrón iluminó con su linterna el fajo de papeles que había tomado de manos de Murphy. Se

detuvo en la hoja de embarque y la plantó delante de las narices de Murphy.

—¿No miraste esto, imbécil? —le preguntó. Murphy, presa de pánico, trató de escudarse en el conductor.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó. Su indignación hizo que Clarke se mostrase audaz en presencia de sus invisibles perseguidores.

—Porque me pusiste esta maldita mordaza; ésta es la razón —gritó a su vez.

—Es verdad, Murphy —dijo Brendan, que veía las cosas como eran.

—Cállate —replicó Murphy, desesperadamente. Se inclinó sobre Clarke—. ¿No hay coñac debajo de los sacos? —preguntó.

El rostro de Clarke reflejó una absoluta ignorancia.

—¿Coñac? —repitió—. ¿Por qué tiene que haber coñac? En Bélgica no lo fabrican.

—¿Bélgica? —aulló Murphy—. Tú fuiste a El Havre desde la región de Cognac, en Francia.

—Yo no he estado nunca en Cognac —chilló Clarke—. Llevaba un cargamento de abono para rosales. Está hecho con musgo de pantano y boñiga seca de vaca. Lo exportamos de Irlanda a Bélgica. Llevé este cargamento la semana pasada. Lo abrieron en Amberes, lo examinaron y dijeron que era de mala calidad y que no podían aceptarlo. Mis jefes de Dublín me ordenaron que lo trajese de nuevo. Perdí tres días en Amberes arreglando los papeles. Todo debe constar en los documentos.

El hombre del Norte alumbró los documentos con la linterna. Confirmaban la explicación de Clarke. Los arrojó al suelo, con un gruñido de asco.

—Ven conmigo —dijo a Murphy.

Salió al exterior y Murphy le siguió, protestando de su inocencia.

En la oscuridad del patio, el hombrón atajó las protestas de Murphy. Soltó su cartera, se volvió, agarró a Murphy por la pechera de su blusón, lo levantó del suelo y lo lanzó contra la puerta del granero.

—Escúchame, católico bastardo —dijo el hombrón.

Murphy se había estado preguntando a qué bando del Ulster pertenecerían aquellos gángster. Ahora lo sabía.

—Tú —dijo el hombrón, en un susurro que heló la sangre de Murphy— has robado un cargamento de mierda, literalmente hablando. Has malgastado mi tiempo y el de mis hombres, y mi dinero...

—Le juro... —balbuceó Murphy, que se estaba quedando sin resuello— por la tumba de mi madre... que deberá llegar en el próximo barco, mañana a las dos. Puedo probar de nuevo...

—No para mí —silbó el hombrón—, porque ya no hay trato. Y te diré otra cosa: si intentas jugarme otra mala pasada, te enviaré a dos de mis muchachos para que te hagan picadillo. ¿Lo has entendido?

« ¡Dios mío! —pensó Murphy—, ¡qué bestias son esos nortehños! Prefiero los ingleses. » Pero sabía que su vida no valdría un camino si expresaba tales sentimientos. Asintió con la cabeza. Cinco minutos más tarde, el hombre del Norte y sus cuatro camionetas vacías se habían marchado.

En la granja, Murphy y su desconsolada banda apuraron el frasco de whisky.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Brady.

—Bueno —indicó Murphy—, tendremos que destruir las pruebas. No hemos ganado nada, pero tampoco hemos perdido nada, salvo yo.

—¿Y qué hay de nuestras tres mil del ala? —preguntó Keogh.

Murphy pensó. Después del susto que le había dado el hombre del Ulster, no quería recibir otra andanada de amenazas por parte de los suyos.

—Muchachos, tendréis que conformaros con mil quinientas cada uno —dijo—. Y tendréis que esperar un poco, hasta que pueda conseguirlas. La preparación de este golpe me ha dejado sin blanca.

Si no satisfechos, parecieron resignados.

—Brendan, tú, Brady y Geogh deberíais limpiar esto. Borrar todas las pruebas, todas las huellas de pies y de neumáticos en el barro. Cuando hayáis terminado, tomad el coche y dejad al conductor en algún lugar, fuera de la carretera, en calzoncillos. Atado y amordazado y con los ojos tapados. Así tardará algún tiempo en poder dar la alarma. Después, dirigios al Norte y volved a casa.

—Yo cumpliré mi palabra, Keogh. Me llevaré el camión y lo abandonaré en alguna parte del monte, en la dirección del Kippure. Volveré a pie y trataré de que alguien me recoja en la carretera principal y me lleve a Dublín. ¿De acuerdo?

Estuvieron de acuerdo. No tenían alternativa. Los hombres del Norte habían destrozado los candados de la puerta trasera del remolque; por consiguiente, buscaron clavijas de madera para sujetar las dos hojas de aquélla. Cerraron la puerta sobre la maldita carga. Después, Murphy se puso al volante, apartó el camión de la granja y torció a la izquierda, en dirección al bosque de Djouce y las colinas de Wicklow.

Eran poco más de las nueve y media, y Murphy había cruzado el bosque por el camino de Roundwood cuando se encontró con el tractor. No era de esperar que los agricultores saliesen al campo en tractores con un faro estropeado y el otro cubierto de barro, transportando diez toneladas de paja en el remolque, a tales horas. Pero éste lo había hecho.

Murphy pasaba zumbando entre dos paredes de piedra cuando observó el bulto imponente del tractor y el remolque avanzando en dirección contraria. Pisó el freno con bastante brusquedad.

Uno de los inconvenientes de los vehículos articulados es que, si bien pueden maniobrar en ángulos cerrados, cosa imposible para camiones de una pieza de la misma longitud, son el mismísimo diablo en lo tocante a los frenos. Si la cabina tractora y el remolque que lleva la carga no están casi en línea recta, tienden a desviarse. El pesado remolque alcanza a la sección de la cabina y la empuja hacia un lado. Esto fue lo que le ocurrió a Murphy.

Las paredes de piedra, tan frecuentes en las colinas de Wicklow, impidieron que volcase. El campesino impulsó su tractor hacia la puerta de una finca que allí había, dejando que las balas de paja del remolque recibiesen el impacto. La sección de la cabina de Murphy empezó a deslizarse al ser alcanzada por el remolque. El peso del abono transportado la empujó, a pesar de los frenos, contra las balas de paja, que cayeron alegremente sobre la cabina, casi enterrándola. La cola del remolque chocó contra una de las paredes, volvió al camino y rebotó contra la pared opuesta.

Cuando cesó el estruendo del metal contra la piedra, el remolque del campesino se mantenía en pie, pero se había desplazado 3 metros sobre el camino, rompiendo su enganche con el tractor. El choque había lanzado al agricultor de su asiento, y el hombre había ido a caer sobre un montón de estiércol. Ahora sostenía una animada conversación personal con su creador. Murphy seguía sentado en la penumbra de su cabina cubierta de balas de paja. Los golpes dados contra la piedra habían saltado las clavijas que sujetaban la puerta de atrás del remolque, y ésta se había abierto. Parte del cargamento de abono se había desparramado sobre el camino, detrás del camión. Murphy abrió la portezuela de la cabina y se apeó, abriéndose paso entre las balas de paja. Su instinto le decía que debía alejarse de allí lo más pronto posible y lo más de prisa que le fuese posible. El campesino no podría reconocerle en la oscuridad. Pero, mientras se apeaba, recordó que no había tenido tiempo de borrar sus huellas dactilares en el interior de la cabina.

El agricultor había salido del montón de estiércol y estaba plantado en el camino, al lado de la cabina de Murphy, despidiendo un olor que nada tenía que ver con la industria del perfume. Era evidente que quería hurtar a Murphy unos momentos de su tiempo. Murphy pensó de prisa. Apaciguaría al hombre y le ofrecería su ayuda para cargar de nuevo su remolque. A la primera oportunidad, borraría las huellas del interior de la cabina y, un segundo después, desaparecería en la noche.

Pero en aquel momento llegó un coche patrulla de la Policía. Es raro lo que ocurre con los coches de la Policía; cuando uno los necesita, abundan tan poco como las fresas en Groenlandia. Pero basta con que arranques unos milímetros de pintura de la carrocería del automóvil de otro para que aparezcan como brotados del suelo. Éste había escoltado a un ministro desde Dublín hasta su casa de

campo, cerca de Annamoe, y regresaba a la capital. Al ver Murphy los faros, pensó que no era más que otro automovilista; pero, cuando aquéllos se apagaron, comprendió lo que era en realidad. Llevaba el rótulo de Garda sobre el techo, y éste sí que se encendía.

Un sargento y un agente pasaron despacio por delante del inmovilizado tractor-remolque y observaron las balas de paja caídas. Murphy se dio cuenta de que lo único que podía hacer era capear el temporal. Dada la oscuridad, quizá podría salir del apuro.

—¿Suyo? —preguntó el sargento, señalando con la cabeza el camión.

—Sí —contestó Murphy.

—Se ha alejado mucho de la carretera principal

—dijo el sargento.

—Sí, y además es muy tarde —añadió Murphy—. El ferry llegó con retraso esta tarde a Rosslare, y quería entregar esa mercancía antes de volver a casa y acostarme en mi camita.

—Documentos —pidió el sargento. Murphy buscó en la cabina y le entregó el fajo de documentos de Liam Clarke.

—¿Liam Clarke? —preguntó el sargento. Murphy asintió con la cabeza. Los documentos estaban en regla. El agente había estado examinando el tractor y se acercó al sargento.

—Uno de los faros de ese hombre no funciona —dijo, señalando al campesino con la cabeza— y el otro está cubierto de barro. No se podría ver ese trasto a diez metros.

El sargento devolvió los documentos a Murphy y volvió su atención al agricultor. Éste, que se había mostrado exigente momentos antes, empezó a ponerse a la defensiva. Murphy cobró ánimos.

—No quisiera crear problemas —dijo—, pero el guardia tiene razón. El tractor y el remolque eran completamente invisibles.

—¿Tiene su licencia? —preguntó el sargento al campesino.

—La tengo en casa —respondió éste.

—Y también el seguro, ¿no? —dijo el sargento—. Confío en que estén en regla. Lo veremos dentro de poco. De momento, no puede circular con esos faros. Meta el tractor en el campo y quite las balas de paja del camino. Podrá recogerlo cuando sea de día. Le llevaremos a casa y, de paso, echaremos un vistazo a los documentos.

Murphy se animó aún más. Dentro de unos minutos, se habrían marchado. El agente empezó a examinar las luces del camión. Estaban en regla. Después, fue a mirar las luces de atrás.

—¿Qué carga lleva? —preguntó el sargento.

—Fertilizante —dijo Murphy—. Una mezcla de musgo de pantano y boñiga de vaca. Es muy bueno para los rosales.

El sargento se echó a reír. Se volvió al agricultor, que había sacado el remolque del camino y estaba arrojando las balas de paja junto a él. El camino estaba casi despejado.

—Ése lleva un cargamento de estiércol —dijo—, pero usted está de él hasta el cuello. Rió, satisfecho, su propia gracia. El agente volvió de la parte de atrás del camión.

—Se han abierto las puertas —dijo—. Algunos sacos han caído al camino y se han reventado. Creo que debería echarles una mirada, sargento.

Los tres pasaron del lado a la parte de atrás del camión.

Una docena de sacos habían caído al abrirse la puerta, y cuatro de ellos se habían reventado. La luz de la luna brillaba sobre los montones de fertilizantes, entre los sacos de plástico rotos. El agente sacó su linterna eléctrica y dirigió el haz luminoso sobre aquel revoltijo. Como dijo más tarde Murphy a su compañero de celda, hay días en que nada, absolutamente nada, sale bien.

A la luz de la luna y de la linterna, el gran buche del bazuka que apuntaba al cielo y los cañones de ametralladora que salían de los sacos rotos, eran inconfundibles. A Murphy le dio un vuelco el

estómago.

La Policía irlandesa no suele llevar armas de fuego; pero, cuando tiene que escoltar a un ministro, las lleva. El sargento apuntó con su pistola al estómago de Murphy.

Murphy suspiró. Era un día nefasto. No sólo había fracasado en el robo de 9.000 botellas de coñac, sino que se había visto metido en un asunto de contrabando de armas organizado por alguien, y le cabían pocas dudas sobre quién era ese «alguien». Pensó en varios lugares donde le gustaría estar en los próximos dos años, pero las calles de Dublín no figuraban entre los sitios más seguros de la lista.

Levantó las manos poco a poco.

—Tengo que hacer una pequeña confesión —dijo.

EMPLEADO COMO PRUEBA

«No está usted obligado a declarar, pero cuanto diga podrá ser empleado como prueba.»

Parte de la fórmula oficial usada en la Policía británica e irlandesa por un agente al dirigirse a un sospechoso.

El gran coche de Policía se detuvo junto al bordillo a unos quince metros del lugar donde el cordón cruzaba la calle para tener a raya a los mirones. El conductor no paró el motor y los limpiaparabrisas siguieron oscilando rítmicamente sobre el cristal para enjugar la insistente lluvia. Desde el asiento de atrás, el superintendente jefe William J. Hanley miró a través del cristal de la ventanilla al grupo de curiosos detrás del cordón y los indecisos agentes más allá del mismo.

—Espere aquí —dijo al conductor, y se dispuso a apearse.

El conductor se sintió complacido; se estaba cómodo y caliente dentro del coche, y no era una mañana adecuada para pasear arriba y abajo por una calle de los barrios bajos, con aquella lluvia. Asintió con la cabeza y paró el motor.

El jefe de Policía del distrito cerró de golpe la portezuela al apearse, se encogió dentro de su abrigo azul oscuro y echó a andar deliberadamente hacia la abertura donde un mojado agente vigilaba a los que entraban y salían de la zona acordonada. El agente, al ver a Hanley, saludó, se apartó y le dejó pasar.

Hacía veintisiete años que Big Hill Hanley era policía; había empezado rondando los empedrados callejones de las Liberties y ascendido, grado a grado, hasta su posición actual. Era de alta estatura, más de metro ochenta y cinco, y tenía la corpulencia de un roble. Treinta años antes, había sido considerado como el mejor delantero que había salido jamás de Athlone County; con el verde jersey irlandés, había formado parte del mejor equipo de rugby de su país de todos los tiempos, el equipo al que Kari Muller había llevado tres años seguidos a la victoria en la Triple Corona, batiéndose el cobre con los ingleses, los galeses, los escoceses y los franceses. Lo cual no había perjudicado en absoluto sus posibilidades de ascenso, cuando ingresó en el cuerpo.

Le gustaba el trabajo; le producía satisfacción, a pesar del menguado salario y de las largas horas. Pero todo oficio tiene obligaciones que no pueden complacer a nadie, y la de esta mañana era una de ellas. Un desahucio.

Desde hacía dos años, el concejo de la ciudad de Dublín había estado demoliendo la serie de pequeñas y apretadas casuchas de dos habitaciones, una arriba y otra abajo, que constituían la zona conocida por el nombre de Gloucester Diamond.

La razón de este nombre era un misterio. Carecía de la riqueza y de cualquier privilegio de la casa real inglesa de Gloucester, y no tenía el claro brillo de los diamantes. No era más que un barrio bajo industrial situado detrás de la zona portuaria de la orilla norte del Liffey. Ahora, había sido arrasado en su mayor parte y sus moradores alojados en cúbicos bloques de apartamentos municipales, cuyas moles deprimentes podían verse desde media milla de distancia a través de la llovizna.

Pero estaba en el corazón del distrito de Bill Hanley, y por esto le correspondía la tarea de aquella mañana, por mucho que le viniese cuesta arriba.

El escenario entre las dos barreras de policías que acordonaban el sector central de la que antaño había sido Mayo Road era tan triste aquella mañana como el tiempo de noviembre. Un lado de la calle no era más que un campo de cascotes, donde pronto actuarían las excavadoras para hacer sitio a los cimientos del nuevo complejo comercial. El otro lado constituía el centro de atención. En ambas direcciones, y en centenares de metros, no quedaba edificio alguno. Toda la zona era lisa como la palma de la mano; la lluvia brillaba sobre el negro asfalto del nuevo aparcamiento de 80 áreas destinado a albergar los vehículos de los que algún día trabajarían en el proyectado bloque de oficinas próximo. Estas 80 áreas estaban cercadas por una valla de cadenas de tres metros de altura; mejor dicho, casi la totalidad de las 80 áreas.

Precisamente en el centro, y de cara a Mayo Road, había una casita solitaria, como un viejo raigón en una encía limpia y lisa. Las casas de ambos lados habían sido demolidas, y la que quedaba estaba apuntalada en los costados por gruesas vigas de madera. Todas las otras casas que habían rodeado a la única superviviente habían desaparecido también y la ola de asfalto lamía la casa por tres costados, como batiría el mar un castillo de arena solitario sobre la playa. Esta casa y el asustado viejo que moraba en ella constituían el centro de la acción de aquella mañana, y motivo de entretenimiento de los expectantes grupos salidos de los bloques de apartamentos y que habían venido a presenciar el desahucio del último de sus anteriores vecinos.

Bill Hanley se acercó al sitio donde, frente a la entrada de la casa solitaria, estaba el grupo principal de funcionarios. Todos contemplaban la casucha, como si, llegado el momento definitivo, no supiesen cómo empezar. La casa no ofrecía muchos atractivos a la vista. Frente a la calzada, había un murete de ladrillos que separaba la calle de lo que debió ser jardín y había dejado de serlo, pues sólo había allí unos hierbajos enredados. La puerta principal estaba en uno de los lados de la casa, desconchada y mellada por las numerosas piedras que habían sido arrojadas contra ella. Hanley sabía que, detrás de la puerta, debía haber un recibidor de un metro cuadrado y una estrecha escalera que llevaba al piso de arriba. A la derecha del recibidor, estaría la puerta de) único cuarto de estar, cuyas rotas ventanas, con cartones sustituyendo los cristales, flanqueaban la puerta de la entrada. Después estaba el pasillo que conducía a la pequeña y sucia cocina y a la puerta que daba al patio y al retrete exterior. El cuartito de estar debía tener un pequeño hogar, pues la chimenea que se alzaba a un lado de la casa apuntaba aún al lacrimoso cielo. Detrás del edificio, Han ley había visto, al mirar desde un lado, un patio posterior de la misma anchura que la casa y de 5 m. de longitud. Este patio estaba rodeado por una valla de tablas de 2 m. de altura. Dentro del patio, según le habían dicho a Hanley los que habían atisbado por encima de la valla, la tierra estaba resbaladiza con los excrementos de cuatro gallinas que tenía el hombre en un pequeño cobertizo adosado a la valla del fondo. Y esto era todo.

El Ayuntamiento había hecho cuanto había podido por el viejo. Le había ofrecido alojamiento en uno de los nuevos, limpios y brillantes apartamentos propiedad del municipio, e incluso una casita propia en otro sitio. Le habían visitado asistentes sociales y pastores de la Iglesia. Habían tratado de convencerle con halagos, y ofrecido muchas soluciones. Él se había negado a trasladarse. La calle había sido asolada, a los lados y delante y detrás de él. Habían proseguido las obras; el parking había sido nivelado, pavimentado y vallado por tres lados, junto a su casa. Pero el viejo no había querido marcharse.

La Prensa local se había ocupado mucho del «Ermitaño de Mayo Road». Y lo propio habían hecho los chiquillos del lugar, que habían bombardeado la casa con piedras y pellas de barro, rompiendo casi todas las ventanas, mientras el viejo, con gran regocijo de ellos, les llenaba de insultos a través de los rotos cristales.

Por último, el concejo municipal había dictado la orden de desahucio, se había autorizado el lanzamiento del ocupante, y las fuerzas de la ciudad se habían plantado delante de la casa aquella lluviosa mañana de noviembre.

La primera autoridad saludó a Hanley.

—Un asunto desagradable —dijo—. Siempre es igual. Me disgustan los desahucios.

—Sí —dijo Hanley, observando el grupo. Estaban los dos alguaciles, que eran los que harían el trabajo; unos hombres altos y corpulentos, que parecían inquietos. Otros dos funcionarios municipales, dos policías de Hanley, alguien de Sanidad, un médico y varios funcionarios poco importantes. Barney Kelleher, fotógrafo veterano del periódico local, estaba también allí, seguido de un joven reportero barbilampiño. Hanley estaba en buenas relaciones con la Prensa local, y su actitud frente a sus más antiguos servidores era precavidamente amistosa. Cada cual hacía su trabajo, y no había que indisponerse por ello. Barney guiñó un ojo y Hanley le correspondió con un movimiento de cabeza. El jovencito lo interpretó como un signo de intimidad.

—¿Van a echarle por la fuerza? —preguntó. Barney Kelleher le lanzó una mirada envenenada. Hanley fijó sus ojos grises en el rapaz, sin pestañear, hasta que el joven se arrepintió de haber hablado.

—Actuaremos con la mayor suavidad posible —contestó gravemente Hanley.

El muchacho escribió furiosamente, más para hacer algo que para recordar una frase tan corta.

La diligencia estaba señalada para las nueve. Pasaban dos minutos de la hora. Hanley hizo una seña al funcionario encargado.

—Adelante —ordenó.

El funcionario municipal se acercó a la puerta y llamó con fuerza. Nadie le respondió.

—¿Está usted ahí, Mr. Larkin? —gritó. Silencio. El funcionario se volvió y miró a Hanley. Éste asintió con la cabeza. El funcionario carraspeó y leyó la orden de lanzamiento en voz lo bastante alta para que le oyesen desde dentro de la casa. No 'hubo respuesta. Volvió hacia el grupo que estaba en la calle.

—¿Le damos cinco minutos? —preguntó.

—Está bien —admitió Hanley.

Detrás del cordón policial, surgió un murmullo entre la creciente multitud de antiguos moradores de Gloucester Diamond. Por último, una voz más atrevida se destacó de las demás.

—Dejadle en paz —gritó la voz—. Es un pobre viejo.

Hanley se acercó tranquilamente al cordón. Observó sin prisa la hilera de caras, mirándoles fijamente a los ojos. La mayoría desviaron la mirada; todos guardaron silencio.

—¿Ahora le compadecéis? —preguntó suavemente Hanley—. ¿Fue por compasión que rompisteis todas sus ventanas el invierno pasado, haciendo que se helase ahí dentro? ¿Fue por compasión que le arrojasteis piedras y barro? —Se hizo un largo silencio—. Entonces, cerrad el pico —dijo Hanley, y volvió al grupo de delante de la puerta.

Todos callaron detrás del cordón. Hanley hizo una señal con la cabeza a los dos alguaciles que le miraban fijamente.

—Procedan —ordenó.

Ambos llevaban barras de hierro. Uno de ellos pasó junto al lado de la casa, deslizándose entre la valla y la esquina del edificio. Con la facilidad nacida de la práctica, desprendió tres tablas de la valla y entró en el patio de atrás. Se acercó a la puerta trasera y dio unos golpes con la barra. Cuando su colega oyó el ruido, golpeó a su vez la puerta principal. Ni el uno ni el otro obtuvieron respuesta. Entonces, el que estaba en la parte delantera de la casa introdujo el extremo biselado de la barra entre la puerta y la jamba, y la cerradura saltó inmediatamente. La puerta se abrió unos centímetros y quedó encallada. Había muebles amontonados detrás de ella. El alguacil sacudió tristemente la cabeza y, volviéndose al otro lado de la puerta, hizo saltar los goznes. Después alzó la puerta y la depositó en el jardín. Una a una, apartó las mesas y sillas amontonadas en el recibidor, hasta que la entrada quedó despejada. Por último, llamó:

—¿Mr. Larkin?

En la parte de atrás, se oyó un chasquido al romper su compañero la puerta y entrar en la cocina.

La calle estaba silenciosa mientras los dos hombres registraban la planta baja. Una cara pálida apareció en la ventana del dormitorio del piso alto. Los curiosos la vieron.

—¡Allí está! —gritaron tres o cuatro voces, como los ojeadores que descubren una liebre delante de los jinetes.

Uno de los alguaciles asomó la cabeza en la puerta principal. Hanley señaló con la cabeza hacia la ventana del dormitorio. Los dos hombres subieron la estrecha escalera. La cara desapareció de la ventana. No hubo lucha. Al cabo de un momento, los dos hombres bajaron de nuevo, llevando el primero al viejo en brazos. Al salir bajo la lluvia, miró indeciso a su alrededor. El asistente social se acercó corriendo, llevando una manta seca. El alguacil puso al viejo en pie, y le envolvieron con la manta. El viejo parecía desnutrido y ligeramente mareado, pero, sobre todo, muy espantado. Hanley tomó una resolución: fue hacia su coche e hizo una señal al chofer para que avanzase. El Ayuntamiento podría meterle después en el asilo de ancianos, pero lo primero que necesitaba aquel hombre era un buen desayuno y una taza de té caliente.

—Colóquelo en el asiento de atrás —le dijo al alguacil.

Cuando el hombre estuvo sentado en el cálido interior del automóvil, Hanley subió y se sentó a su lado.

—Salgamos de aquí —dijo Hanley al conductor—. Hay un café medio kilómetro más abajo, en la segunda calle a la izquierda. Vayamos allá.

Al cruzar el coche el cordón y pasar entre la curiosa multitud, Hanley echó una mirada a su extraño invitado. El hombre llevaba unos pantalones mugrientos y una delgada chaqueta sobre la camisa desabrochada. Se decía que llevaba años sin cuidar de sí mismo como era debido, y su cara estaba flaca y arrugada. Contemplaba en silencio el respaldo del asiento de delante y no correspondió a la mirada de Hanley.

—Esto tenía que ocurrir, más pronto o más tarde —dijo amablemente Hanley—. Usted lo sabía.

A pesar de su corpulencia y de que, cuando quería, hacía que los rufianes del puerto se measen en los pantalones al enfrentarse con él, Big Bill Hanley era mucho más amable de lo que hacían presumir su cara carnosa y su rota y aplastada nariz. El viejo se volvió despacio y le miró, pero no dijo nada.

—Me refiero al cambio de domicilio —dijo Hanley—. Le buscarán un sitio donde esté caliente en invierno y le den bien de comer. Ya lo verá.

El automóvil se detuvo ante el café. Hanley se apeó y se volvió al conductor.

—Tráigale adentro —dijo.

En el interior del caliente y nebuloso establecimiento, Hanley señaló con la cabeza una mesa desocupada en un rincón. El conductor llevó al viejo a aquel rincón y le hizo sentarse de espalda a la pared. El viejo no protestó ni dio las gracias. Hanley miró la lista clavada en la pared, detrás del mostrador. El dueño del café se enjugó las manos con un trapo húmedo y le miró, interrogador.

—Dos huevos con tocino, tomate, salchicha y patatas fritas —pidió Hanley—. A la mesa del rincón. Para aquel viejo. Y sírvale primero una taza de té.

—Dejó dos libras sobre el mostrador—. Ya me dará el cambio cuando vuelva —dijo.

El chofer se apartó de la mesa y se acercó al mostrador.

—Quédese aquí y no le pierda de vista —dijo Hanley—. Yo conduciré el coche.

El chofer pensó que era un buen día para él; primero, un automóvil con calefacción, y ahora, un café en el que se estaba caliente. Había llegado el momento de tomar una taza de té y fumar unos cigarrillos.

—¿Debo sentarme con él, señor? —preguntó—. Apesta un poco.

—Basta con que no le pierda de vista —repitió Hanley.

Y regresó al lugar de la demolición, en Mayo Road.

La brigada había empezado su trabajo y no perdía el tiempo. Varios hombres del contratista entraban y salían de la casa, sacando los pocos muebles y enseres de su antiguo ocupante, los cuales dejaban en la calle bajo la ahora más intensa lluvia. El funcionario del Ayuntamiento había abierto su paraguas y observaba la operación. En la zona de aparcamiento, dos máquinas demoledoras, sobre ruedas de caucho, esperaban para empezar su trabajo en la parte de atrás de la casa, el patio posterior y el retrete exterior. Detrás de ellas, esperaba una hilera de diez camiones volquetes, para llevarse los cascotes de la casa. El agua corriente, la electricidad y el gas habían sido cortados hacía meses, y la casa estaba sucia y húmeda. Allí no había albañal, y por esto se hallaba el retrete en el exterior, servido por un pozo muerto que pronto sería llenado y cubierto con cemento para siempre. El funcionario municipal se acercó a Hanley al apearse éste del coche. Señaló la puerta abierta de un camión del Ayuntamiento.

—He recogido lo que puede tener algún valor sentimental —explicó—. Viejas fotografías, monedas, algunas cintas de medallas, un poco de ropa, varios documentos personales en una caja de cigarros, en su mayoría mohosos. En cuanto a los muebles... —y señaló el montón de trastos bajo la lluvia— son nidos de insectos; el hombre de Sanidad aconseja que los quememos todos. No darían dos peniques por ellos.

—Ya —dijo Hanley.

El funcionario tenía razón, pero el problema era suyo. Sin embargo, parecía necesitar un apoyo moral.

—¿Le indemnizarán por eso? —preguntó Hanley.

—¡Oh, sí! —contestó seriamente el oficial, deseoso de explicar que su departamento no era una fiera despiadada—. Será indemnizado por la casa, que era de su propiedad, y se hará una justa valoración de los muebles, instalaciones y efectos personales que se hayan perdido, dañado o destruido. Además, se le otorgará una cantidad por las molestias del traslado..., aunque, francamente, ha costado mucho más al Ayuntamiento con su prolongada resistencia a abandonar la casa.

En aquel momento, uno de los hombres salió de detrás de la casa, trayendo un par de gallinas en cada mano.

—¿Qué diablos tengo que hacer con esto? —preguntó, a nadie en particular.

Uno de sus colegas se lo dijo. Barney Kelleher tomó una instantánea. Una buena foto, pensó. Los últimos amigos del Ermitaño de Mayo Road. Un buen título. Uno de los hombres del contratista dijo que él tenía también gallinas y que podría guardarlas en su pequeño gallinero. Buscaron una caja de cartón y metieron en ella a las mojadas aves, que fueron a parar al camión del Ayuntamiento hasta que aquel obrero pudiese llevárselas a su casa.

Al cabo de una hora, todo estaba a punto. La casita había sido vaciada. El robusto capataz, en su brillante impermeable amarillo, se acercó al funcionario municipal.

—¿Podemos empezar? —preguntó—. El jefe quiere terminar y vallar el aparcamiento cuanto antes. Si podemos echar hoy el cemento, podremos alquitrarlo mañana a primera hora.

El funcionario suspiró.

—Adelante —dijo.

El capataz se volvió e hizo señal a una grúa móvil de cuyo brazo pendía una bola de hierro de media tonelada. La grúa avanzó despacio hasta el lado de la casa, se detuvo y se elevó, silbando suavemente, sobre sus pies hidráulicos. La bola empezó a oscilar, ligeramente al principio y describiendo después arcos cada vez más amplios. La multitud observaba fascinada. Habían visto demoler sus propias casas de la misma manera, pero siempre era un espectáculo digno de verse. Por último, la bola golpeó el lado de la casa, no lejos de la chimenea, haciendo saltar una docena de ladrillos y abriendo dos grietas a lo largo de la pared. La muchedumbre lanzó un grave y largo «Aaaaahhh». No hay nada como una bonita demolición para animar a una multitud aburrída. Al cuarto golpe, las dos ventanas superiores saltaron de sus marcos y cayeron en el aparcamiento. Una esquina de la casa se desprendió del resto de ésta, dio media vuelta de vals y se derrumbó sobre el patio de atrás. Momentos después, el cañón de la chimenea, sólida columna de ladrillos, se rompió por la mitad, y la parte superior cayó a través del que fuera tejado y del piso alto, hasta el nivel del suelo. La vieja casa se estaba desintegrando. Y esto gustaba a la gente. El superintendente jefe Hanley volvió a su coche y regresó al café.

—¿Ha terminado ya? —preguntó.

—Está tardando mucho, señor —dijo el chófer—, y se traga el pan con mantequilla como si fuese agua.

Hanley observó cómo envolvía el viejo un trozo grasiento de comida en el blanco y blando pan, y seguía masticando.

—El pan es de primera —dijo el dueño del café—. Ya se ha comido tres raciones.

Hanley consultó su reloj. Eran más de las once. Suspiró y se sentó en un taburete.

—Una taza de té —pidió.

Había dicho al hombre de Sanidad que se reuniese con él dentro de media hora, para llevarse al viejo. Entonces podría él volver a su oficina y despachar algunos papeles. Se alegraría de acabar con este asunto.

Entraron Barney Kelleher y su joven reportero.

—Le ha invitado a desayunar, ¿eh? —preguntó Barney.

—Se lo cargaré en cuenta —repuso Hanley, y Kelleher supo que no lo haría—. ¿Ha tomado alguna foto?

Barney se encogió de hombros.

—No ha ido mal —dijo—. La de las gallinas es buena. Y la de la chimenea al derrumbarse. Y la del hombre al ser envuelto en la manta. Es el final de una era. Recuerdo los días en que diez mil personas vivían en el Diamond. Y todos trabajaban. Mal pagados, desde luego, pero trabajaban. Entonces se necesitaban cincuenta años para crear un suburbio. En la actualidad, pueden hacerlo en cinco.

Hanley lanzó un gruñido.

—Es el progreso —dijo.

Un segundo coche de la Policía se detuvo delante de la puerta. Uno de los jóvenes agentes que había estado en Mayo Road se apeó de un salto, vio a través del cristal que su jefe estaba con la Prensa y se detuvo, indeciso. El joven reportero no lo advirtió. Barney Kelleher fingió no darse cuenta. Hanley bajó del taburete y se dirigió a la puerta. Fuera, bajo la lluvia, le dijo el policía:

—Tendría usted que volver allí, señor. Han... han encontrado algo.

Hanley hizo una seña a su chofer y éste salió a la calle.

—Voy a volver allá —le dijo Hanley—. No pierda de vista al viejo —y se volvió, para echar una mirada al café.

En el rincón del fondo, el viejo había dejado de comer. Tenía el tenedor en una mano y un trozo de panecillo con media salchicha en la otra, y estaba completamente inmóvil, mientras observaba en silencio a los tres hombres uniformados de la calle.

En el lugar de la operación, se había interrumpido el trabajo. Los obreros, con sus impermeables y sus cascos, estaban agrupados en círculo alrededor de los cascotes del edificio. Los restantes policías se habían reunido con ellos. Hanley bajó de su coche y pasó entre los montones de ladrillos hasta el sitio donde el círculo de hombres estaba mirando hacia abajo. En el fondo, se oían los murmullos de los curiosos que no se habían marchado.

—Es el tesoro del viejo —dijo uno de ellos en voz alta, y hubo un murmullo de aprobación—. Tenía una fortuna enterrada ahí; por eso no quería irse.

Hanley llegó al centro del grupo y miró hacia el punto que atraía su atención. Unos dos metros de la base de la destrozada chimenea seguía en pie, rodeada de montones de cascotes. Debajo de ella, podía distinguirse todavía el viejo y negro hogar. A uno de los lados, restaban tres palmos de la pared exterior de la casa. Al pie de ella, dentro de la casa, había un montón de ladrillos caídos, del que sobresalía una pierna humana, seca y descarnada, pero todavía reconocible. Un jirón de lo que parecía una media seguía pegado bajo la rodilla.

—¿Quién encontró eso? —preguntó Hanley. El capataz se adelantó.

—Tommy estaba trabajando en la base de la chimenea con un pico. Apartó algunos ladrillos para moverse mejor. Entonces lo vio y me llamó.

Hanley reconocía a un buen testigo a primera vista.

—¿Estaba debajo de las tablas del suelo? —preguntó Hanley.

—No. Toda esta zona fue construida sobre terreno pantanoso. Los constructores cubrieron el suelo con cemento.

—Entonces, ¿dónde estaba?

El capataz se agachó y señaló el hogar.

—Vista desde dentro del cuarto de estar, la chimenea parecía adosada a la pared. En realidad, no lo estaba. En su origen, estaba separada de la pared. Alguien levantó un tabique entre la chimenea y el fondo de la habitación, formando una cavidad de 30 centímetros de profundidad, que llegaba hasta

el techo. Y otra al otro lado del hogar, por mor de la simetría. Pero esta otra estaba vacía. El cuerpo estaba en la cavidad entre el falso tabique y la pared de la casa. Y la habitación había sido empapelada de nuevo para disimular la obra. Mire, el papel de delante de la campana de la chimenea es igual que el del falso tabique.

Hanley siguió la dirección del dedo del otro; jirones del mismo papel mohoso permanecían adheridos a la campana de la chimenea, sobre la repisa, y en los ladrillos que rodeaban y cubrían en parte aquel cuerpo. Era un papel antiguo, con dibujos de capullos de rosas. Pero, en la parte interior de la que fue pared de la casa, junto a la chimenea, podía distinguirse un papel sucio y aún más viejo.

Hanley se incorporó.

—Está bien —dijo—. Por hoy, ha terminado su trabajo. Puede despedir a sus hombres. Nosotros nos encargaremos de esto.

Los hombres encasquetados se apartaron del montón de ladrillos. Hanley se volvió a sus dos agentes.

—Mantengan la zona acordonada —dijo—. Vendrá más gente y se reforzarán las barreras. No quiero que nadie se acerque a este sitio por ninguno de sus cuatro costados. Avisaré a los otros y al despacho del forense. No debe tocarse nada hasta nueva orden. ¿De acuerdo?

Los dos hombres saludaron. Hanley volvió a su coche y llamó a la jefatura del distrito. Dictó una serie de órdenes y, después, estableció comunicación con la sección técnica de la Oficina de Investigación. Tuvo suerte. El superintendente detective O'Keefe se puso al aparato; se conocían desde hacía muchos años. Hanley le dijo lo que habían encontrado y lo que necesitaba.

—Los enviaré ahí —cloqueó la voz de O'Keefe en el auricular—. ¿Quieres que intervenga la Brigada de Homicidios?

Hanley sorbió por la nariz.

—No, gracias. Creo que nos bastaremos para esto.

—Entonces, ¿tienes un sospechoso? —preguntó O'Keefe.

—¡Oh, sí! Lo tenemos —respondió Hanley. Se dispuso a volver al café, pasando junto a Barney Kalleher, que trataba en vano de romper el cordón de Policía. Esta vez, el guardia de servicio le prestó menos ayuda.

Ya en el café, Hanley encontró al chofer en el mostrador. En el fondo del salón, el viejo, que había terminado de comer, estaba sorbiendo una taza de té. Miró fijamente a Hanley, al acercarse a él el gigantesco policía.

—La hemos encontrado —dijo Hanley, inclinándose sobre la mesa y hablando bajo para que nadie más pudiese oírle—. Tenemos que salir de aquí, Mr. Larkin. Ir a la Comisaría, ¿sabe? Tenemos que hablar un poco.

El viejo le miró a su vez, sin decir palabra. Hanley se dio cuenta de que, hasta entonces, no había abierto la boca. Algo brilló en los ojos del viejo. ¿Miedo? ¿Alivio? Probablemente, miedo. No era de extrañar que hubiese estado aterrorizado durante todos aquellos años.

Se levantó sumisamente y Hanley le asió del codo y le llevó hasta el coche de la Policía. El conductor les siguió y se puso al volante. La lluvia había cesado, y un frío viento arrastraba papeles como hojas muertas por la calle desprovista de árboles. El automóvil se apartó del bordillo. El viejo permanecía encogido, mirando en silencio hacia delante.

—Volvamos a la Comisaría —dijo Hanley.

No hay país en el mundo en que una investigación de asesinato sea fuente de tan inspiradas elucubraciones como quiere hacernos creer la Televisión. En un 90 por ciento, son rutina vulgar, formalidades a cumplir, procedimientos a seguir. Y administración, mucha administración.

Big Bill Hanley hizo que instalasen al viejo en una celda, detrás de la sala de interrogatorios; el hombre no protestó, ni pidió los servicios de un abogado. Hanley no tenía intención de acusarle..., todavía. Podía retenerle al menos veinticuatro horas como sospechoso, y antes quería saber más cosas. Después se sentó a su mesa y cogió el teléfono.

«Sigue las normas, muchacho, sigue la normas. Nosotros no somos Sherlock Holmes», solía decirle, muchos años atrás, su viejo sargento. Era un buen consejo. Se habían perdido más cosas ante los tribunales por defectos de forma, que los que se habían ganado por brillantez intelectual.

Hanley informó oficialmente al instructor del hallazgo de un muerto, alcanzando al funcionario civil cuando éste se disponía a salir para almorzar. Después telefoneó al depósito de cadáveres de Store Street para decirles que tendría que efectuarse una autopsia por la tarde. Localizó al patólogo, profesor Tim McCarthy, que le escuchó en silencio desde un teléfono del vestíbulo del «Kildare Club», suspiró al pensar que iba a perderse una excelente pechuga de faisán que figuraba en el menú, y accedió a ir inmediatamente.

Había que disponer pantallas de lona protectoras y enviar hombres con picos y palas a Mayo Road. Llamó a los tres detectives que prestaban servicio en su distrito, interrumpiendo su almuerzo en la cantina y obligándoles a conformarse con dos bocadillos y un cuartillo de leche, mientras él seguía trabajando.

—Sé que tenéis mucho trabajo —les dijo—. Todos lo tenemos. Por esto quiero resolver de prisa este caso. No debería ser cuestión de mucho tiempo.

Encargó a su detective jefe la inspección del lugar del suceso y le envió a Mayo Road sin dilación. Los dos jóvenes sargentos trabajarían por separado. Uno de ellos comprobaría todo lo referente a la casa; el hombre del municipio había dicho que el viejo era propietario de ella, pero la oficina del catastro del Ayuntamiento tendría datos sobre su historia y sus anteriores propietarios. El registro de la propiedad proporcionaría los detalles definitivos.

El segundo sargento detective tenía que hacer el trabajo de piernas; localizar a todos los antiguos moradores de Mayo Road, la mayoría de los cuales vivían ahora en los bloques de apartamentos del municipio. Enterarse de las habladurías, encontrar los vecinos, los tenderos, los guardias que habían patrullado por Mayo Road en los quince años anteriores a su demolición, el cura del barrio..., todos los que hubiesen conocido Mayo Road y al viejo durante el mayor número posible de años. Y esto, recalcó Hanley, incluía a los que hubiesen conocido a la señora, mejor dicho, a la difunta Mrs. Larkin.

Envío a un sargento uniformado, con una camioneta, a recuperar todos los efectos de la casa destruida, que había visto por la mañana en el camión municipal, y traer los muebles abandonados, incluidas las pulgas, al patio de la comisaría de Policía.

Eran más de las dos de la tarde cuando al fin se levantó y se estiró. Dijo que trajesen al viejo a la sala de interrogatorios, apuró su leche y esperó cinco minutos. Cuando entró en aquella sala, el viejo estaba sentado delante de la mesa, con las manos cruzadas delante de él y mirando a la pared. Un policía montaba guardia junto a la puerta.

—¿Ha dicho algo? —murmuró Hanley al agente.

—No, señor. Ni una palabra. Hanley le hizo una seña para que se marchase. Cuando estuvieron solos, se sentó a la mesa, delante del viejo. Herbert James Larkin, según el registro civil.

—Bueno, Mr. Larkin —comenzó suavemente Hanley—, ¿no cree que lo más sensato sería que me hablase del asunto?

Sabía por experiencia que sería inútil tratar de apabullar al viejo. Éste no era un rufián de los bajos fondos. Hanley había tenido que habérselas con tres uxoricidas durante su carrera, y todos ellos eran hombrecillos débiles que pronto se habían sentido aliviados al revelar los horribles detalles de sus crímenes al simpático hombrón de detrás de la mesa. Pero el viejo le miró despacio, mantuvo unos momentos su mirada y volvió a bajarla sobre la mesa. Hanley sacó un paquete de cigarrillos y lo abrió.

—¿Fuma? —dijo. El viejo no se movió—. En realidad, yo tampoco fumo —dijo Hanley.

Pero dejó el paquete invitador sobre la mesa y una caja de cerillas a su lado.

—Fue toda una hazaña —confesó—. Mantenerse en la casa durante tantos meses. Pero el municipio tenía que ganar, más pronto o más tarde. Y usted lo sabía, ¿no? Saber que, antes o después, le enviarían los alguaciles, debió ser algo terrible.

Esperó un comentario, un indicio de comunicación por parte del hombre. No hubo ninguno. Pero él era paciente como un buey, cuando quería hacer hablar a un hombre. Y todos acababan por hablar.

En realidad, era un alivio. Descargar la conciencia. La Iglesia sabía el gran alivio que produce la confesión.

—¿Cuántos años, Mr. Larkin? ¿Cuántos años de ansiedad, de espera? ¡Cuántos meses, desde que los primeros bulldozers entraron en la zona! Debió pasarlo muy mal.

El viejo levantó la mirada a los ojos de Hanley, quizá buscando algo, otro ser humano después de años de voluntario aislamiento; quizás un poco de compasión. Hanley sintió que se acercaba el final. El viejo desvió la mirada y la fijó en la pared, por encima del hombro de Hanley.

—Ahora todo ha terminado, Mr. Larkin. Como tenía que terminar, más pronto o más tarde. Seguiremos estos años hacia atrás, poco a poco, y lo descubriremos todo. Usted lo sabe. Era Mrs. Larkin, ¿no? ¿Por qué? ¿Otro hombre? ¿O sólo fue una disputa? Quizá no fue más que un accidente, eh? Pero le entró pánico, y usted mismo se condenó a vivir como un ermitaño para siempre.

El viejo movió el labio inferior. Lo humedeció con la lengua.

«Estoy llegando al final —pensó Hanley—, Ya no tardará.»

—Debieron ser unos años muy malos —siguió diciendo—. Sentado allí, en completa soledad, sin amigos; sólo usted y el conocimiento de que ella estaba allí, muy cerca, emparedada junto a la chimenea.

Algo pasó por los ojos del viejo. ¿Desazón por el recuerdo? Tal vez un tratamiento brutal daría más resultado. El hombre pestañeó dos veces. «Me estoy acercando —pensó Hanley—; me estoy acercando.» Pero cuando el hombre volvió a mirarle, sus ojos eran de nuevo inexpresivos. Y no dijo nada.

—Como quiera —dijo Hanley, levantándose—. Volveré, y entonces hablaremos.

Cuando llegó a Mayo Road, el lugar era una colmena de actividad; había aún más gente que antes, pero podían ver mucho menos. Las ruinas de la casa estaban rodeadas por los cuatro costados por pantallas de lona, sacudidas por el viento, pero que impedían que los curiosos pudiesen ver lo que estaban haciendo allí dentro. En el interior de la zona cercada, que abarcaba parte de la calle, veinte esforzados policías, con pesadas botas y ropa de trabajo, quitaban a mano los cascotes. Cada ladrillo y trozo de pizarra, cada pedazo de madera de la escalera y de las barandas, cada teja y cada trozo de viga del techo, eran cuidadosamente levantados y examinados, por si contenían alguna indicación, desgraciadamente inexistente, y arrojados a la calle, donde el montón de cascotes crecía sin cesar. Se examinaba el contenido de las alacenas y se arrancaban éstas, para ver si había algo detrás de ellas. Y se golpeaban las paredes, para ver si había alguna cavidad antes de arrancar los ladrillos uno a uno y arrojarlos a la carretera.

Alrededor del hogar, dos hombres trabajaban con especial cuidado. Los cascotes que cubrían el cadáver fueron levantados cuidadosamente y retirados, hasta que sólo una capa de polvo cubrió el cuerpo. Éste estaba doblado en posición fetal y yacía de costado, aunque probablemente estuvo en posición sentada y de cara a un lado dentro de la cavidad. El profesor McCarthy observaba lo que quedaba de aquella pared de la casa y dirigía el trabajo de los dos hombres. Cuando éste quedó terminado a su satisfacción, entró en la cavidad y, con una brocha suave, empezó a quitar el polvo cremoso de mortero antiguo, como lo habría hecho una buena ama de casa.

Cuando hubo quitado la mayor parte del polvo, examinó el cadáver más de cerca, tocó parte del muslo descubierto y del brazo, y salió de la cavidad.

—Es una momia —observó a Hanley.

—¿Una momia?

—Exactamente. Sobre un suelo de ladrillo o de cemento, en un espacio cerrado por los seis lados, y con el calor del hogar a una distancia de pocos pies, se produjo la momificación. Deshidratación, pero conservación. Es posible que los órganos estén intactos, pero duros como la madera. Es imposible tratar de hacer la autopsia esta noche. Será preciso un baño de glicerina caliente. Y esto requerirá algún tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó Hanley.

—Doce horas, como mínimo. Tal vez más. Sé de casos que han requerido días. —El profesor

consultó su reloj—. Son casi las cuatro. La inmersión se efectuará a las cinco. Mañana por la mañana, a eso de las nueve, iré al depósito de cadáveres y veré si puedo empezar.

—¡Maldición! —exclamó Hanley—. Quería liquidar esto.

—Una expresión poco adecuada —repuso McCarthy—. Haré todo lo que pueda. En realidad, no creo que los órganos nos digan gran cosa. Por lo que veo, hay una atadura alrededor del cuello.

—Estrangulación, ¿eh?

—Posiblemente —afirmó McCarthy.

El empresario de Pompas Fúnebres utilizado por el municipio tenía su furgoneta aparcada más allá de las lonas. Bajo la supervisión del patólogo oficial, dos de sus hombres levantaron el rígido cadáver, lo colocaron, todavía de costado, sobre la camilla, cubrieron ésta con una manta grande y trasladaron la carga al fúnebre vehículo. Seguidos del profesor, se dirigieron a toda velocidad a Store Street y al depósito de cadáveres. Hanley se acercó al especialista en huellas dactilares de la sección técnica.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó. El hombre se encogió de hombros.

—Aquí no hay más que ladrillos y cascotes, señor. No hay una superficie limpia en todo el lugar.

—¿Y usted? —preguntó Hanley al fotógrafo de la misma sección.

—Necesitaré un poco más de tiempo, señor. Esperaré a que los muchachos hayan despejado el suelo y veré si hay algo en él. Si no hay nada, habré terminado por esta noche.

El capataz de la brigada de derribos se acercó. Hanley le había pedido que se quedara, como técnico experto, para el caso de que algo se derrumbase. El hombre sonrió.

—Han hecho ustedes un buen trabajo —dijo con marcado acento de Dublín—. Mis chicos tendrán ya poco que hacer.

Hanley señaló hacia la calle, donde estaba ahora la mayor parte de la casa, en un solo montón de cascotes y trozos de madera.

—Puede empezar a llevarse eso, si le parece. Nosotros hemos terminado —dijo.

El capataz miró su reloj en la creciente penumbra.

—Disponemos de una hora —observó—. Nos llevaremos la mayor parte. ¿Podremos empezar mañana con el resto de la casa? El jefe quiere que mañana quede terminado y vallado el aparcamiento.

—Llámemme mañana a las nueve —contestó Hanley—. Entonces le contestaré.

Antes de marcharse, llamó a su inspector detective jefe, que lo había organizado todo.

—Van a traer luces portátiles —dijo—. Haga que los muchachos derriben lo que queda hasta el nivel del suelo y observe la superficie de éste, por si hubiese señales de haberse hecho algo en él después de la obra primitiva.

El detective asintió con la cabeza.

—Hasta ahora, sólo se ha encontrado un escondite —dijo—. Pero seguiré observando hasta que todo quede limpio.

De nuevo en la Comisaría, Hanley tuvo la primera oportunidad de buscar algo que pudiese informarle sobre la persona del viejo que estaba en la celda. Sobre su mesa se hallaba el montón de papeles y otras cosas que los alguaciles habían sacado de la casa y depositado en la furgoneta municipal por la mañana. Examinó cuidadosamente cada documento, empleando una lupa para leer los viejos y borrosos caracteres.

Había un certificado de nacimiento, en el que constaban el nombre del viejo, su lugar de nacimiento, Dublín, y su edad. Había nacido en 1911. Había también varias cartas viejas, pero de personas que no significaban nada para Hanley; la mayoría eran muy antiguas y su contenido no parecía guardar relación con el caso. Pero dos cosas parecían de interés. Una de ellas era una fotografía desvaída, mohosa y arrugada, en un marco barato y sin cristal. Era de un soldado con

uniforme, al parecer, del Ejército británico, y que sonreía vagamente a la cámara. Hanley reconoció en ella una imagen mucho más joven del viejo que estaba en la celda. Daba el brazo a una joven rolliza con un ramillete de flores; no llevaba traje de novia, sino un vestido de dos piezas de color neutro, con los altos y cuadrados hombros de moda en la segunda mitad de los años cuarenta.

El otro objeto era una caja de cigarrillos. Ésta contenía más cartas, también indiferentes para el caso, tres cintas de medallas sujetas a un pasador, y un libro de paga del Ejército británico. Hanley cogió el teléfono. Eran las cinco y veinte, pero quizá tendría suerte. La tuvo. El agregado militar de la Embajada Británica en Sandyford estaba todavía en su despacho. Hanley le expuso su problema. El comandante Dawkins dijo que le complacería gustoso en lo que pudiese, desde luego oficiosamente. Por supuesto. Las peticiones oficiales tenían que ir por sus cauces.

Oficialmente, todos los contactos entre la Policía irlandesa y Gran Bretaña requerían los oportunos trámites. Oficiosamente, tales contactos eran mucho más estrechos de lo que cualquiera de ambas partes se habría avenido a confesar a los curiosos. El comandante Dawkins dijo que pasaría por la Comisaría al volver a casa, aunque para ello tendría que dar un gran rodeo.

Hacía rato que había anochecido cuando llegó el primero de los dos jóvenes detectives enviados por Hanley a realizar gestiones. Era el que había investigado en el catastro y en el registro de la propiedad. Sentado delante de la mesa de Hanley, abrió su libreta de notas y empezó su relato.

Según aparecía en el registro, la casa número 38 de Mayo Road había sido comprada por Herbert James Larkin en 1954 a los herederos de) anterior propietario, a la sazón fallecido. Había pagado por ella 400 libras, libres de gastos. No constaba ninguna hipoteca, señal de que tenía dinero disponible. El catastro mostraba que la casa había sido poseída desde entonces por el propio Mr. Herbert James Larkin y por Mrs. Violet Larkin. No figuraba la muerte ni la ausencia de la esposa; pero las listas del catastro no reflejaban el cambio de ocupantes, si el que continuaba en la ocupación no lo manifestaba por escrito, cosa que no había ocurrido en este caso. Pero una búsqueda en el registro civil, a partir de 1954, había revelado que no constaba la defunción de ninguna Violet Larkin, ni en aquella dirección ni en otra cualquiera.

Los archivos del Departamento de Sanidad y Bienestar mostraban que Larkin había cobrado una pensión del Estado durante los últimos dos años, que no había solicitado beneficios suplementarios y que, antes de su retiro, había sido, al parecer, guarda de almacén y vigilante nocturno. Un último detalle, dijo el sargento. Los impresos de PAGO revelaban una dirección en North London, Inglaterra, antes de 1954.

Hanley empujó la libreta de paga del Ejército encima de la mesa.

—Así pues, estuvo en el Ejército británico —dijo el sargento.

—No tiene nada de extraño —repuso Hanley—. Durante la Segunda Guerra Mundial, hubo cincuenta mil irlandeses en las Fuerzas Armadas británicas. Por lo visto, Larkin fue uno de ellos.

—Quizá su esposa era inglesa. Y él la trajo del norte de Londres a Dublín en 1954.

—Así parece —admitió Hanley, empujando la fotografía de boda—. Él se casó de uniforme.

Sonó el teléfono interior para informarle de que el agregado militar de la Embajada Británica acababa de llegar.

Hanley hizo una seña al sargento, y éste se marchó.

—Háganle pasar, por favor —dijo Hanley.

El comandante Dawkins fue el mejor hallazgo de Hanley aquel día. Cruzó elegantemente las piernas —llevaba un pantalón de rayas finas—, apuntando a Hanley con la reluciente puntera de un zapato, y escuchó en silencio. Después, estudió atentamente la fotografía durante un rato.

Por último, se levantó, dio vuelta a la mesa y se situó junto a Hanley, con la lupa en una mano y su lápiz de oro en la otra.

Con la punta del lápiz, tocó la insignia de la gorra de Larkin en la foto.

—Guardia de Dragones del Rey —dijo, rotundo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Hanley.

El comandante Dawkins pasó la lupa a Hanley.

—Por el águila bicéfala —dijo—. Es la insignia de la gorra de la Guardia de Dragones del Rey. Muy distintiva. Ninguna otra se le parece.

—¿Algo más? —preguntó Hanley. Dawkins señaló las tres medallas sobre el pecho del recién casado.

—La primera es la Estrella 1939-1945 —dijo—, y la tercera es la Medalla de la Victoria. Pero la de en medio es la Estrella de África con la que parece barra del Octavo Ejército. Esto tiene sentido. La Guardia de Dragones del Rey combatió contra Rommel en el norte de África. En realidad, en carros blindados.

Hanley sacó las tres cintas de medallas. Las de la fotografía eran de ceremonia; las que estaban sobre la mesa eran una versión más modesta —cintas pequeñas en un pasador— para ser llevada con uniforme no de gala.

—¡Ah, sí! —exclamó el comandante Dawkins, echándoles un vistazo—. Las mismas características. Y la barra del Octavo Ejército.

Con ayuda de la lupa, Hanley pudo comprobar que las cintas eran iguales. Pasó al comandante Dawkins la libreta de paga del servicio. Los ojos de Dawkins se animaron.

Hojeó las páginas.

—Se alistó voluntario en Liverpool, en octubre de 1940 —dijo—, probablemente en Burton's.

—¿Burton's? —preguntó Hanley.

—Burton, los sastres. Fue el centro de reclutamiento de Liverpool durante la guerra. Muchos voluntarios irlandeses llegaban a los muelles de Liverpool y eran enviados allí por los sargentos de reclutamiento. Desmovilizado en enero de 1946. Buena hoja de servicios. Es extraño.

—¿Qué? —preguntó Hanley.

—Ingresó como voluntario en 1940. Combatió con los carros blindados en el norte de África. Continuó en el servicio hasta 1946. Pero siempre fue soldado raso. Nunca lució un galón en el brazo. Ni siquiera llegó a cabo.

Tocó el brazo uniformado de la fotografía de boda.

—Quizá fue un mal soldado.

—Posiblemente.

—¿Podría darme más detalles sobre su historial de guerra? —preguntó Hanley.

—Mañana a primera hora —respondió Dawkins.

Tomó nota de la mayoría de los detalles de la libreta de pagas y se marchó.

Hanley cenó en la cantina y esperó a que llegase el segundo sargento detective.

Éste se presentó pasadas las diez y media, fatigado, pero con aire triunfal.

—He hablado con quince personas que conocieron a Larkin y a su esposa en Mayo Road —dijo—, y tres de ellas han resultado importantes. Mrs. Moran, que vivió en la casa de al lado durante treinta años y recuerda la llegada de los Larkin. El cartero, ahora jubilado, que sirvió en Mayo Road hasta el año pasado. Y el padre Byrne, también retirado y que vive ahora en un hogar de sacerdotes jubilados en Inchicore. Vengo de allí, y a esto se debe mi retraso.

Hanley se retrepó en su sillón, mientras el detective hojeaba su libreta de notas y empezaba su relato.

—Mrs. Moran recuerda que, en 1954, murió un viudo que vivía en el número 38, y que, poco después, pusieron en la casa un rótulo de «Se Vende». Sólo estuvo quince días allí, y lo quitaron. Quince días después, llegaron los Larkin. Larkin tenía entonces unos cuarenta y cinco años, y su esposa era mucho más joven. Era inglesa, de Londres, y dijo a Mrs. Moran que venían de allí, donde su esposo había estado empleado en un almacén. Un verano, Mrs. Larkin desapareció. Mrs. Moran dice

que fue en 1963.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó Hanley.

—Kennedy fue asesinado en noviembre —dijo el sargento detective—. La noticia llegó al salón del bar que había calle arriba y que tenía instalado un aparato de televisión. A los veinte minutos, todos los vecinos de Mayo Road se echaron a la calle para comentar el suceso. Mrs. Moran estaba tan excitada que irrumpió en la casa de su vecino Larkin, para informarle. No llamó a la puerta, sino que entró y se plantó en el cuarto de estar. Larkin estaba dormitando en un sillón. Se levantó de un salto, muy asustado, y procuró sacarla en seguida de su casa. En aquel entonces, Mrs. Larkin se había ya marchado. Pero estaba aún allí en la primavera y el verano; solía cuidar de los niños de los Moran los sábados por la noche; el segundo hijo de Mrs. Moran había nacido en enero de 1963. Por consiguiente, Mrs. Larkin desapareció a finales del verano del sesenta y tres.

—¿A qué se atribuyó la desaparición? —preguntó Hanley.

—A que ella le había abandonado —respondió sin vacilar el detective—. Nadie lo dudó. Él trabajaba duro, pero nunca salía por las noches, ni siquiera los sábados: por esto Mrs. Larkin podía hacer de canguro. Esto era fuente de disputas. Además, ella era un poco ligera, un poco coqueta. Cuando hizo los bártulos y se marchó, nadie se sorprendió demasiado. Algunas mujeres dijeron que él lo tenía bien merecido, por no tratarla mejor. Nadie sospechó nada.

«Después de aquello, Larkin se mostró aún más reservado. Apenas salía a la calle, y cuidaba poco de sí mismo y de su casa. Algunos se ofrecieron a ayudarle, como suele hacerse en las pequeñas comunidades, pero él rechazó todos los ofrecimientos. En definitiva, se desentendieron de él. Un par de años después, perdió su empleo en el almacén y empezó a trabajar de vigilante nocturno, saliendo de casa cuando había anochecido y regresando al salir e) sol. Tenía siempre la puerta cerrada con doble llave, de noche porque estaba fuera, y de día porque quería dormir. Al menos, así lo decía. También empezó a tener animalitos en casa. Primero, hurones, en un cobertizo del patio de atrás; pero éstos se escaparon. Después, palomas; pero huyeron también o fueron víctimas de algún cazador. Por último, gallinas, durante los últimos diez años.

El cura de la parroquia confirmó muchos de los recuerdos de Mrs. Moran. Mrs. Larkin era inglesa, pero católica, y asistía a la iglesia. Confesaba con regularidad. En agosto de 1963, se había marchado, muchos decían que con un amigo, y el padre Byrne no tenía razones para negarlo. Sin quebrantar el secreto de confesión, podía decir que no le cupo duda de ello. Había ido varias veces a la casa, pero Larkin no iba a la iglesia y rechazaba todo consuelo espiritual. Había dicho que su desaparecida esposa era un trasto.

—Todo concuerda —murmuró Hanley—. Quizás ella estaba a punto de fugarse cuando él se enteró y le pegó demasiado fuerte. Sabe Dios que esto ha ocurrido muchas veces.

El cartero había tenido poco más que añadir. Era un hombre del lugar y frecuentaba el bar local. A Mrs. Larkin le gustaba echar un trago los sábados por la noche, e incluso había trabajado de camarera un verano; pero su marido puso pronto fin a esto. Recordaba que ella era mucho más joven que Larkin, alegre y animada, y dada a coquetear un poco.

—¿Señas? —preguntó Hanley.

—Era bajita, de un metro sesenta. Más bien rolliza, con buenas curvas en todo caso. Cabellos negros y rizados. Reidora. Pechugona. El cartero recordaba que, cuando echaba un doble de cerveza con aquellas bombas que se empleaban entonces, era algo digno de verse. Pero Larkin se puso furioso cuando se enteró. Entró en el bar y se la llevó a casa. Y ella le abandonó, o desapareció, poco después.

Hanley se levantó y se estiró. Era casi medianoche. Dio una palmada en el hombro del joven detective.

—Es tarde. Váyase a casa. Escriba todo esto por la mañana.

El último visitante de Hanley, aquella noche, fue su inspector jefe, el que investigaba en el lugar del crimen.

—Todo está limpio —dijo a Hanley—. Se ha quitado hasta el último ladrillo, y no ha aparecido nada más que pueda ayudarnos.

—Entonces, tendrá que ser el cuerpo de la pobre mujer quien nos diga lo que nos falta por saber —dijo Hanley—. O el propio Larkin.

—¿Ha hablado ya? —preguntó el inspector jefe.

—Todavía no —contestó Hanley—, pero lo hará. Todos acaban por hablar.

El inspector jefe se marchó a su casa. Hanley telefoneó a su esposa y le dijo que pasaría la noche en la Comisaría. Poco después de medianoche, bajó a las celdas. El viejo estaba despierto, sentado en el borde de su camastro, contemplando la pared. Hanley hizo una señal con la cabeza al agente que estaba con él, y los tres pasaron a la sala de interrogatorios. El agente se sentó en un rincón, con la libreta de notas preparada. Hanley se enfrentó al viejo y pronunció la fórmula ritual:

—Herbert James Larkin, no está usted obligado a declarar. Pero todo lo que diga será anotado y podrá ser empleado como prueba contra usted.

Después, se sentó frente al viejo.

—Quince años, Mrs. Larkin. Es mucho tiempo para vivir en compañía de un cadáver. Fue en agosto de 1963, ¿verdad? Los vecinos lo recuerdan; el cura lo recuerda; incluso el cartero lo recuerda. Y ahora, ¿no quiere contármelo todo?

El viejo levantó los ojos, sostuvo la mirada de Hanley durante unos segundos y, después, volvió a bajarlos y se quedó mirando la mesa. No dijo nada. Hanley aguantó hasta casi el amanecer. Larkin no parecía fatigado, mientras que el policía del rincón bostezó repetidas veces. Larkin había sido vigilante nocturno durante años, recordó Hanley. Probablemente, estaba más despierto de noche que durante el día.

Cuando al fin se levantó Hanley, una luz gris se filtraba por el cristal mate de la ventana.

—Haga lo que quiera —dijo—. Puede guardar silencio, pero su Violet hablará. Extraño, ¿no? Hablará desde su tumba detrás de la pared, después de quince años. Pero le hablará al patólogo oficial dentro de pocas horas. Le dirá, en su laboratorio, lo que sucedió, cuándo sucedió y quizás, incluso, por qué sucedió. Entonces volveré y le acusaré.

Aunque le costaba enfadarse, el silencio del viejo empezaba a irritarle. No era que hablase poco, sino que no decía absolutamente nada. Se limitaba a mirar a Hanley, con aquella extraña expresión en los ojos. ¿Qué significaba aquella mirada?, se preguntó Hanley. ¿Nerviosismo? ¿Miedo de él, de Hanley? ¿Remordimiento? ¿Burla? No, no era burla. Esto no correspondía a su carácter.

Hanley pasó su manaza por la barbilla sin afeitarse y volvió a su despacho. Larkin fue llevado de nuevo a su celda.

Hanley durmió tres horas en su sillón, con la cabeza echada hacia atrás, estirados los pies, roncando fuertemente. A las ocho se incorporó, fue al lavabo. se afeitó y se lavó. Dos admirados y jóvenes policías le sorprendieron allí a las ocho y media, al entrar de servicio como dos ratoncillos con zapatillas de felpa. A las nueve, había desayunado y estaba revolviendo una montaña de papeles acumulados. A las nueve y media, el capataz del contratista de la obra de Mayo Road llamó por teléfono. Hanley consideró su petición.

—Está bien —dijo al fin—, puede vallar el lugar y echar el cemento.

Veinte minutos más tarde, llamó el profesor McCarthy.

—Hemos estirado los miembros —dijo alegremente—. Y la piel es lo bastante blanda para aceptar el bisturí. Ahora lo estamos secando. Empezaré dentro de una hora.

—¿Cuándo podrá darme un informe? —preguntó Hanley.

—Depende de lo que quiera usted decir —respondió por teléfono la voz—. Para el dictamen oficial, necesitaré dos o tres días. Oficiosamente, podré decirle algo después de la hora del almuerzo. Al menos la causa de la muerte. Hemos averiguado lo de la ligadura alrededor del cuello. Era una media, como sospeché ayer.

El patólogo se avino a ir al despacho de Hanley al salir del depósito de cadáveres de Store Street, distante una milla, a las dos y media.

Nadie más le interrumpió aquella mañana, salvo el comandante Dawkins, que le telefoneó al

mediodía.

—Ha habido suertecilla —dijo—. Encontré a un viejo amigo en el archivo del Ministerio de la Guerra. Me dio prioridad.

—Gracias, comandante —dijo Hanley—. Voy a tomar nota. ¡Adelante!

—No es gran cosa, pero confirma lo que pensamos.

«Lo que pensaste tú —dijo Hanley para sus adentros—. ¡Esa concienzuda cortesía inglesa...!»

—El soldado Herbert James Larkin llegó en el ferry de Dublín a Liverpool en octubre de 1940 y se inscribió como voluntario en el Ejército. Recibió instrucción básica en el campamento de Catterick, Yorkshire. Destinado a la Guardia de Dragones del Rey. Enviado en un barco de transporte de tropas en marzo de 1941, para incorporarse a su regimiento en Egipto. Y ahora llegamos a la razón de que nunca ascendiese a cabo.

—¿Y fue?

—Le capturaron. Fue hecho prisionero por los alemanes durante la ofensiva de Rommel en otoño de aquel año. Pasó el resto de la guerra en un campo de prisioneros de Silesia, en el extremo oriental del Tercer Reich. Liberado por los rusos en octubre de 1944. Repatriado en abril de 1945, a tiempo de presenciar la terminación de la guerra en Europa, en mayo.

—¿Algo acerca de su matrimonio? —preguntó Hanley.

—Se casó cuando era todavía soldado, y por esto consta el dato en el archivo del Ejército. Se casó en la iglesia católica de St. Mary Saviour, Edmonton, North London, el 14 de noviembre de 1945. La esposa, Violet Mary Smith, trabajaba de camarera en un hotel. Tenía a la sazón diecisiete años. Como usted sabe, él fue licenciado con honores en enero de 1946, y se quedó en Edmonton, trabajando como guardián de un almacén hasta 1954. Es la última dirección que consta de él en los archivos del Ejército.

Hanley dio las más expresivas gracias a Dawkins y colgó el teléfono. Larkin tenía treinta y cuatro años, casi treinta y cinco, cuando se había casado con una joven de diecisiete. Ella debía tener veintiséis cuando vinieron a vivir a Mayo Road, y él cuarenta y tres, menos airosos que los de ella. Cuando ella murió, en agosto de 1963, tendría treinta y cinco y seguiría siendo muy atractiva y, probablemente, un poco sexy, mientras que él estaría en los poco interesantes cincuenta y dos. Sí; esto debió ocasionar problemas. Esperó con impaciencia la visita del patólogo.

El patólogo era hombre de palabra y, a las dos y media, se sentó en el sillón frente a Hanley. Sacó su pipa del bolsillo y empezó a llenarla tranquilamente.

—En el laboratorio no puedo fumar —se disculpó—. Y a fin de cuentas, el humo del tabaco disimula el olor a formol. Creo que usted'lo preferirá así.

Y chupó la pipa, con satisfacción.

—Tengo lo que usted quería —dijo, sin más preámbulos, el profesor McCarthy—. Asesinato, sin género de duda. Estrangulación manual, con empleo de una media, y subsiguiente asfixia, además del shuck. El hueso hioides —y señaló un punto entre el mentón y la nuez— aparece fracturado en tres sitios. Antes de la muerte, sufrió un golpe en el cráneo, que produjo una contusión, pero no la muerte. Probablemente lo bastante fuerte para aturdir a la víctima y facilitar la estrangulación.

Hanley se echó atrás en su sillón.

—Magnífico —dijo—. ¿Puede decir algo sobre el año de la muerte?

—¡Oh! —exclamó el profesor, agarrando su cartera de documentos—. Tengo un regalito para usted.

Hurgó en la cartera y sacó una pequeña funda de politeno que contenía lo que parecía ser un trozo amarillento de periódico, de 15 x 10 cm.

—La herida del cráneo debió sangrar un poco. Para no manchar la alfombra, el asesino debió cubrir la zona lesionada del cráneo con un pedazo de periódico diario, en el que todavía se distingue la fecha.

Hanley tomó la funda de politeno y, con ayuda de la lámpara y de la lupa, estudió el fragmento impreso, a través del material transparente. Después, se incorporó vivamente.

—Desde luego —dijo—, es un trozo de periódico muy viejo.

—Efectivamente —convino McCarthy.

—Era un número atrasado, ya muy antiguo, cuando se empleó para cubrir la herida de la cabeza —insistió Hanley.

McCarthy se encogió de hombros.

—Puede que tenga razón —asintió—. Con un cadáver momificado como este, no se puede precisar con exactitud la fecha de la muerte. Pero sí con cierta aproximación.

Hanley se relajó.

—Es lo que quiero decir —declaró, aliviado—. Larkin debió coger una hoja de periódico que forraba un cajón o una alacena, y que debía llevar años allí. Por esto la fecha del periódico se remonta al 13 de marzo de 1943.

—Y también el cadáver —dijo McCarthy—. Yo calculo que la muerte se produjo entre 1941 y 1945. Probablemente poco después de la fecha que consta en el trozo de periódico.

Hanley le dirigió una larga y dura mirada.

—Mrs. Violet Mary Larkin murió en agosto de 1963 —dijo.

McCarthy le observó fijamente, aguantando la mirada del otro mientras volvía a encender su pipa.

—Creo —dijo amablemente— que no nos entendemos.

—Yo me refiero al cadáver que está en el depósito —repuso Hanley.

—También yo —asintió McCarthy.

—Larkin y su esposa llegaron de Londres en 1954 —dijo pausadamente Hanley—. Compraron la casa número 38 de Mayo Road, después de la muerte de su anterior propietario y ocupante. Se dijo que Mrs. Larkin se había fugado, abandonando a su marido, en agosto de 1963. Ayer encontramos su cuerpo en una cavidad, detrás de una pared falsa, mientras la casa era demolida.

—Usted no me dijo el tiempo que los Larkin habían vivido en aquella casa —observó, razonablemente, McCarthy—. Me pidió que hiciese un examen patológico de un cuerpo virtualmente momificado. Y ha sido lo que he hecho.

—Pero estaba momificado —insistió Hanley—. Seguramente, en estas condiciones, debe haber un margen de posibilidades muy amplio en lo tocante al año de la muerte.

—Pero no de veinte años —repuso serenamente McCarthy—. Es imposible que este cuerpo estuviese vivo después de 1954. Los análisis de los órganos internos dejan poco lugar a dudas. La media puede analizarse, desde luego. Y también el trozo de periódico. Como usted ha dicho, podían tener veinte años de antigüedad cuando fueron utilizados. Pero no así los cabellos, ni las uñas, ni los órganos. Es imposible.

Hanley sintió como si estuviera viviendo una pesadilla en estado de vigilia. Arremetía hacia la línea de meta, empleando toda su fuerza para abrirse paso entre los defensas ingleses en aquella última final de la Triple Corona en 1951. Estaba a punto de llegar cuando el balón empezó a resbalar entre sus manos. Por más que se esforzara, no podía sujetarlo...

Regresó a la realidad.

—Dejando aparte lo del tiempo, ¿que más hay? —preguntó—. ¿Era una mujer baja, de un metro sesenta aproximadamente?

McCarthy meneó la cabeza.

—Lo siento, pero la longitud de los huesos no sufre alteración, ni siquiera después de estar treinta y cinco años detrás de una pared de ladrillos. Medía metro setenta y cinco, y era huesuda y

angulosa.

—¿Tenía los cabellos negros y rizados? —preguntó Hanley.

—Completamente lisos y de color castaño oscuro. Todavía conserva algunos en la cabeza.

—¿Tenía unos treinta y cinco años cuando murió?

—No —contestó McCarthy—. Tenía más de cincuenta; había tenido hijos, dos, diría yo, y le practicaron una operación quirúrgica reparadora después del segundo parto.

—¿Quiere usted decir —preguntó Hanley— que, desde 1954, los dos, hasta que Violet se fugó, y Larkin solo, durante los últimos quince años, se sentaron en su cuarto de estar a dos metros de un cadáver emparedado?

—Así debió ser —dijo McCarthy—. Un cuerpo en estado de momificación, que debió producirse en poco tiempo en un medio tan caluroso, no emite olor. En 1954, presumiendo que fuese asesinada, como creo, en 1943, el cuerpo debía hallarse desde hacía tiempo en el mismo estado en que fue encontrado ayer. A propósito, ¿dónde estaba ese Larkin en 1943?

—En un campo de prisioneros de guerra, en Silesia —contestó Hanley.

—Entonces —dijo el profesor, levantándose—, él no mató y emparedó a esa mujer detrás de la chimenea. Y, siendo así, ¿quién lo hizo?

Hanley cogió el teléfono interior y llamó a la sala de detectives. El joven sargento se puso al aparato.

—¿Quién —preguntó deliberadamente Hanley— era el hombre que poseyó y ocupó la casa de Mayo Road antes de 1954 y que murió aquel año?

—No lo sé, señor —dijo el joven.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—No tomé nota de esto, señor. Pero recuerdo que el anterior ocupante había vivido allí treinta años. Era viudo.

—Vaya si lo era —gruñó Hanley—. ¿Cómo se llamaba?

Hubo una pausa.

—No se me ocurrió preguntarlo, señor.

El viejo fue puesto en libertad dos horas más tarde, por la puerta de atrás, no fuera caso de que alguien de la Prensa estuviese rondando la entrada principal. Esta vez, no hubo coche de Policía ni escolta. El hombre llevaba en el bolsillo la dirección de un albergue municipal. Sin decir palabra, echó a andar y se introdujo en las callejas del Diamond.

En Mayo Road, se había instalado el trozo de verja que faltaba, y toda la zona de aparcamiento había quedado cerrada. Dentro de ella, en el sitio donde habían estado la casa y el jardín, una capa de cemento acababa de secarse. En la creciente penumbra del crepúsculo, el capataz y sus dos obreros pateaban el cemento.

De vez en cuando, el capataz golpeaba la superficie con el tacón herrado de una bota.

—Sin duda está lo bastante seco —dijo—. El jefe quiere que esto quede terminado y alquitranado esta noche.

Al otro lado de la calle, en el campo de cascotes, ardía lo último que quedaba del montón de barandas, peldaños, riostras, vigas, alacenas, marcos de puertas y ventanas, restos de la valla de tablas y del retrete exterior y del gallinero.

Ni siquiera a la luz de la fogata advirtieron la presencia de un viejo que les observaba a través de la valla de cadenas.

El capataz acabó de revisar el rectángulo de cemento nuevo y llegó al extremo del solar donde había estado la antigua valla del fondo.

Miró a sus pies.

—¿Qué es esto? —preguntó—. Esto no es nuevo. Es viejo.

Señalaba una plancha de cemento de unos 2 x 0,60 metros.

—Era el suelo del antiguo gallinero —dijo el obrero que había extendido la capa de cemento por la mañana.

—¿No lo cubriste con una nueva capa? —preguntó el capataz.

—No. Habría elevado demasiado el nivel del suelo en este sitio. Y, al extender el alquitrán, habría quedado una protuberancia desastrosa.

—Si hay algún defecto, el patrón nos hará rehacer el trabajo y nos lo hará pagar —observó malhumorado, el capataz.

Se alejó unos pasos y volvió con una pesada barra de hierro puntiaguda. Levantándola sobre la cabeza, la dejó caer de punta sobre la vieja plancha de cemento. La barra rebotó.

El capataz lanzó un gruñido.

—Está bien, es bastante sólida —concluyó. Y, volviéndose hacia el bulldozer que esperaba, hizo una seña—. Llena esto, Michel.

La pala del bulldozer se hincó detrás del montón de humeante macadam y empujó la ardiente montaña, derramando el material como suave y húmedo azúcar, sobre el rectángulo de cemento. A los pocos minutos, el suelo gris se había convertido en negro, y el macadam quedó dispuesto para que el rodillo mecánico, que estaba detrás de los esparcidores, terminase el trabajo. Al extinguir la última luz del crepúsculo, el hombre se marchó a su casa y el aparcamiento quedó terminado al fin.

Detrás de la valla, el viejo dio media vuelta y se alejó renqueando. No dijo nada, nada en absoluto. Pero, por primera vez, sonrió, con una sonrisa larga y satisfecha, de puro alivio.

PRIVILEGIO

El teléfono sonó poco después de las ocho y media, y, como era una mañana de domingo, Bill Chadwick estaba aún en la cama. Trató de hacerse el distraído, pero el teléfono siguió sonando. Después de diez timbrazos, saltó de la cama y bajó al vestíbulo.

—¡Diga!

—Hola, Bill. Soy Henry.

Era Henry Carpenter, vecino de la misma calle, con el que tenía trato, pero no íntima amistad.

—Buenos días, Henry —saludó Chadwick—. ¿No se te pegan las sábanas los domingos por la mañana?

—Pues, no —contestó la voz—. En realidad, voy a hacer un poco de *jogging* en el parque.

Chadwick lanzó un gruñido. No era extraño, pensó. Era un tipo que nunca estaba ocioso. Bostezó.

—¿Y qué se te ofrece a hora tan temprana? —preguntó.

La voz del otro pareció apocada.

—¿Has visto los periódicos de esta mañana? —preguntó Carpenter.

Chadwick miró hacia la esterilla del vestíbulo, donde estaban sus dos periódicos sin abrir.

—No —dijo—. ¿Por qué?

—¿Recibes el *Sunday Courier*? —preguntó Carpenter.

—No —dijo Chadwick. Hubo una larga pausa.

—Creo que deberías echar un vistazo al de hoy —sugirió Carpenter—. Hay algo que se refiere a ti.

—¡Oh! —dijo Chadwick, con creciente interés—. ¿Qué dice?

Carpenter pareció aún más apocado. Su confusión se advertía en el tono de su voz. Sin duda había pensado que Chadwick habría leído el artículo y podría comentarlo con él.

—Bueno, será mejor que lo leas tú mismo, amigo —dijo Carpenter, y colgó el teléfono.

Chadwick contempló el zumbador aparato y colgó a su vez. Como cualquier persona que se entera de que ha sido mencionada en un artículo periodístico que no ha leído, sintió viva curiosidad.

Volvió a su dormitorio con el *Express* y el *Telegraph*, los dio a su esposa y empezó a ponerse los pantalones y un suéter de cuello alto sobre el pijama.

—¿Adonde vas? —preguntó su esposa.

—Sólo a comprar otro periódico. Henry Carpenter me ha dicho que trae algo acerca de mí.

—¡Oh! Por fin llegó la fama —dijo su mujer—. Prepararé el desayuno.

En la tienda de periódicos de la esquina quedaban dos ejemplares del *Sunday Courier*, un pesado y grueso periódico escrito, en opinión de Chadwick, por unos engreídos para los engreídos. Hacía frío en la calle, y por esto se abstuvo de hojear sus numerosas secciones y suplementos, prefiriendo dominar su curiosidad durante unos minutos más y hacerlo en la comodidad de su propia casa. Cuando entró de nuevo en ella, su esposa tenía preparados el zumo de naranjas y el café sobre la mesa de la cocina.

Al abrir el periódico, se dio cuenta de que Carpenter no le había dado el número de la página, por lo que empezó por la sección de noticias generales. Terminó con ella al tomar la segunda taza de café y se saltó las secciones de arte y cultura y de deportes. Quedaban el suplemento en colores y la sección comercial. Dado que él era un modesto empresario en las afueras de Londres, miró en esta sección.

En la tercera página, un nombre llamó su atención; no era el suyo, sino el de una compañía que había quebrado recientemente y con la que había sostenido una breve pero, en definitiva, costosa relación. El artículo figuraba en una columna que blasonaba de su seriedad investigadora.

Mientras leía el artículo, dejó su taza de café y se quedó boquiabierto.

—No puede decir esto de mí —murmuró—. No es verdad.

—¿Que pasa, querido? —preguntó su esposa. Saltaba a la vista que le inquietaba la expresión pasmada del semblante de su marido. Éste, sin decir palabra, le pasó el periódico, doblado de manera que pudiese ver inmediatamente el artículo. Ella lo leyó cuidadosamente y lanzó una sola y breve exclamación al llegar a la mitad.

—Es terrible —dijo, cuando hubo terminado—. Ese hombre da a entender que tuviste algo que ver con un fraude.

Bill Chadwick se había levantado y paseaba arriba y abajo de la cocina.

—No lo da a entender —dijo, dominado ahora por la ira—, sino que lo dice sin ambages. La conclusión es evidente. ¡Maldita sea! Fui víctima de esa gente, no un socio conocedor de lo que se traían entre manos. Vendí sus productos de buena fe. Y su quiebra me ha costado tanto como a los demás.

—¿Puede perjudicarte esto, querido? —preguntó su esposa, con semblante preocupado.

—¿Perjudicarme? Puede arruinarme. Y no es verdad. Ni siquiera he visto nunca al hombre que ha escrito eso. ¿Cómo se llama?

—Gaylord Brent —contestó su esposa, leyendo la firma del artículo.

—No le conozco. Y no se tomó el trabajo de entrevistarse conmigo para comprobar su información. No puede decir esas cosas de mí.

Esto fue lo mismo que le dijo a su abogado el lunes por la tarde. El abogado expresó el natural disgusto por lo que había leído y escuchó con simpatía la explicación de Chadwick sobre lo que había ocurrido realmente en su asociación con la ahora liquidada compañía mercantil.

—Partiendo de lo que usted dice, es indudable que este artículo contiene una difamación contra usted —dijo.

—Entonces, tendrán que retractarse y pedirme disculpas —observó acaloradamente Chadwick.

—En principio, sí —dijo el abogado—. Creo que, para empezar, lo mejor será que yo escriba al director del periódico en su nombre, expresándole nuestra opinión de que ha sido usted difamado por su colaborador y exigiéndole una reparación/en forma de retractación y disculpa, desde luego en lugar destacado.

Y esto fue lo que hizo. Durante dos semanas, no hubo contestación del director del *Sunday Courier*. Durante dos semanas, tuvo Chadwick que soportar las miradas de sus pocos empleados y evitar, cuando podía, los contactos con otros empresarios. Dos contratos que había esperado conseguir se le escaparon de las manos.

Por fin, el abogado recibió una carta del *Sunday Courier*. La firmaba un secretario, en nombre del director, y su tono era de cortés rechazo.

El director, decía la carta, había estudiado atentamente la carta del abogado en interés de Mr. Chadwick, y estaba dispuesto a *considerar* la publicación de una carta de Mr. Chadwick en la columna de correspondencia, siempre, naturalmente, previa autorización del propio director.

—En otras palabras, que la harían trizas —dijo Chadwick, sentado de nuevo ante su abogado—. Es un carpetazo, ¿no?

El abogado reflexionó un momento. Resolvió ser franco. Conocía a su cliente desde hacía muchos años.

—Sí —dijo—, lo es. Sólo una vez tuve que tratar con un periódico nacional sobre un asunto de esta clase, pero esta carta es una respuesta muy corriente. Aborrecen publicar retractaciones y, sobre todo, pedir disculpas.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —preguntó Chadwick.

El abogado hizo un ademán.

—Existe el Consejo de Prensa —respondió—. Puede presentarles una queja.

—¿Y qué harían?

—Poca cosa. Generalmente, sólo admiten alegaciones contra los periódicos cuando se puede demostrar que se ha causado un perjuicio innecesario, debido a negligencia del periódico o a un error patente por parte del reportero. También suelen rechazar las quejas por calumnia manifiesta, por ser de competencia de los tribunales. En cualquier caso, sólo pueden amonestar al periódico; nada más.

—¿No puede el Consejo obligar a una retractación y a una disculpa?

—No.

—Entonces, ¿qué nos queda? El abogado suspiró.

—Temo que sólo podemos ir a un pleito. Entablar una demanda ante el Tribunal, por difamación, y reclamando daños y perjuicios. Desde luego, si presentamos la demanda, es posible que el periódico resuelva no formular oposición y publicar la disculpa que usted exige.

—¿Lo haría?

—Tal vez sí, y tal vez no.

—Pero tendría que hacerlo. El caso está clarísimo.

—Permítame que le sea franco —dijo el abogado—. En cuestiones de difamación, no existen los casos claros. En primer lugar, no existe una ley sobre difamación. Mejor dicho, estos casos se rigen por el derecho común, por un montón de precedentes legales establecidos durante siglos. Estos precedentes se prestan a diferentes interpretaciones, y su caso, como cualquier otro, diferirá de los anteriores en pequeños matices o detalles.

»En segundo lugar, se discute en estos casos sobre un conocimiento, sobre un estado mental, sobre lo que pensaba un hombre en un momento dado y, por consiguiente, sobre su intencionalidad, como opuesta a la ignorancia y por ende a la intención. ¿Me sigue usted?

—Sí, creo que sí —dijo Chadwick—. Pero no tendré que demostrar mi inocencia, ¿verdad?

—Pues sí —contestó el abogado—. Usted sería el demandante, y el periódico, el director y Mr. Gaylor Brent, los demandados. Usted tendría que demostrar su absoluto desconocimiento de las intenciones fraudulentas de la ahora quebrada compañía, en la época en que estuvo asociado con ella; sólo así probaríamos que ha sido difamado por la sugerencia de su implicación en el caso.

—¿Me aconseja que no pleitee? —preguntó Chadwick—. ¿Sugiere realmente que me resigne a que un hombre que no se ha preocupado de comprobar los hechos antes de publicarlos vierta sobre mí un cúmulo de mentiras; que acepte incluso la ruina de mi negocio, sin defenderme?

—Mr. Chadwick, tengo que serle franco. A veces se dice que nosotros, los abogados, animamos a nuestros clientes a pleitear a diestro y siniestro, porque tales acciones nos permiten devengar cuantiosos honorarios. En realidad, suele ocurrir lo contrario. Son los amigos, la esposa, los colegas del litigante, quienes le impulsan a entablar el pleito. Ellos, desde luego, no tienen que pagar las costas. Para el profano, un buen pleito es una panacea. Nosotros, los profesionales, sabemos demasiado lo que cuestan los litigios.

Chadwick reflexionó sobre la cuestión del costo de la justicia, cosa en la que había pensado raras veces.

—¿Cuánto podría costar? —preguntó a continuación, en voz baja.

—Lo bastante para arruinarle —respondió el abogado.

—Yo pensaba que, en este país, todos los hombres podían ampararse en la ley —dijo Chadwick.

—En teoría, sí —admitió el abogado—. En la práctica, es muy diferente. ¿Es usted rico, Mr. Chadwick?

—No. Tengo un pequeño negocio. En estos tiempos, significa que mi liquidez es muy escasa. He trabajado de firme toda mi vida, y voy tirando. Soy dueño de mi casa, de mi coche y de mi ropa. Tengo concertado el subsidio de vejez como trabajador autónomo, una póliza de seguro de vida y unos ahorros de unos miles de libras. Soy un hombre corriente, oscuro.

—A esto iba —dijo el abogado—. En la actualidad, sólo los ricos pueden pleitear contra los ricos, y más en los casos de difamación en los que un litigante puede ganar el pleito y tener que pagar sus propias costas. Y éstas, si el pleito es largo, y aún sin hablar de la apelación, pueden ser diez veces superiores a la indemnización por daños y perjuicios.

»Los grandes periódicos, las grandes editoriales y otras empresas parecidas, tienen concertados seguros que cubren las indemnizaciones por difamación que puedan dictarse contra ellas. Pueden requerir los servicios de los abogados más eminentes del West End, los más costosos de Queen's Counsel. Por esto, cuando se enfrentan..., perdone la expresión..., con un hombre modesto, suelen rechazar todo arreglo. Con un poco de habilidad, un pleito puede alargarse cinco años o más, antes de que se dicte sentencia, y, durante este tiempo, las costas de ambas partes no paran de subir. Sólo la preparación del caso puede costar muchos miles. Y una vez ante el Tribunal, las costas se disparan como un cohete, al cobrar los abogados cuantiosos honorarios y «dietas». Entonces, el abogado puede también exigir la ayuda de un colaborador más joven.

—¿A cuánto pueden ascender las costas? —preguntó Chadwick.

—En un pleito largo, con años de preparación, y aún excluyendo una apelación posible, varias decenas de miles de libras —respondió el abogado—. Y aún hay más.

—¿Qué más debo saber? —preguntó Chadwick.

—Si usted gana y los demandados son condenados al pago de las costas, percibirá la indemnización de perjuicios limpia. Pero si el juez no hace condena de costas, cosa que sólo suelen hacer en los casos peores, tiene usted que pagar las suyas. Si pierde, el juez puede condenarle a pagar las costas de los demandados, además de las suyas propias. Incluso si usted gana, el periódico puede apelar a la sentencia. Lo cual significa doblar el importe de las costas. Y si gana usted la apelación, sin especial condena de costas, puede verse igualmente arruinado.

»Además, hay que contar con las salpicaduras. Después de dos años, la gente se ha olvidado ya del artículo publicado en el periódico. El juicio vuelve a ponerlo de actualidad, con profusión de nuevos materiales y alegaciones. Aunque usted sea el demandante, el abogado del periódico pondrá todo su empeño en destruir su reputación de honrado hombre de negocios, en interés de sus clientes. Échese cieno en cantidad bastante, y algo quedará de él. Ha habido hombres, demasiado numerosos para mencionarlos, que, después de ganar sus pleitos, han salido con su reputación manchada. Porque todas las alegaciones que se formulan ante los tribunales pueden ser publicadas aunque no tengan fundamento.

—¿Y qué me dice del beneficio de pobreza? —preguntó Chadwick.

Como la mayoría de las personas, había oído hablar de esto, pero nunca lo había investigado.

—Probablemente, no es lo que usted cree —dijo el abogado—. Para conseguirlo, hay que demostrar que se carece de bienes. Y éste no es su caso. Para lograr la defensa por pobre, tendría que hacer desaparecer su casa, su coche y sus ahorros.

—Así pues, es la ruina, se mire como se mire

—dijo Chadwick.

—Lo siento, lo siento de veras. Podría animarle a plantear un pleito largo y costoso, pero creo sinceramente que el mejor favor que puedo hacerle es mostrarle los escollos y los peligros como son en realidad. Hay muchas personas que se metieron ardorosamente en pleitos y tuvieron que lamentarlo amargamente durante toda su vida. Algunos no se recobraron nunca de los años de tensión y de apuros económicos.

Chadwick se levantó.

—Ha sido usted muy sincero, y se lo agradezco —dijo.

Más tarde, desde la mesa de su despacho, telefoneó al *Sunday Courier* y pidió hablar con el

director. Una secretaria se puso al aparato y le preguntó su nombre. Él se lo dijo.

—¿Y de qué desea hablar con Mr. Buxton? —preguntó ella.

—Quisiera que me diese día y hora para hablar con él personalmente —dijo Chadwick.

Hubo una pausa en la línea y oyó que hablaban por un teléfono interior. Después, la secretaria dijo:

—¿De qué asunto desea usted hablar con Mr. Buxton?

Chadwick le explicó brevemente que quería ver al director para exponerle su versión de los hechos que le había atribuido Gaylord Brent en un artículo, hacía dos semanas.

—Lamento decirle que Mr. Buxton no recibe visitas en su despacho —dijo la secretaria—. Si tiene usted la bondad de escribirle una carta, él la tomará en consideración.

Colgó el teléfono. A la mañana siguiente, Chadwick tomó el Metro de Central London y se presentó en la recepción de «Courier House».

Ante un corpulento conserje uniformado, llenó un impreso, consignando su nombre, su dirección, la persona con quien deseaba hablar y el objeto de su visita. Le dijeron que se sentara, y esperó.

Al cabo de media hora, se abrió la puerta del ascensor y apareció un joven esbelto y elegante, envuelto en una nube de perfume de loción para después del afeitado. Levantó una ceja, mirando al conserje, y éste señaló a Bill Chadwick. El joven se acercó. Chadwick se puso en pie.

—Soy Adrián St. Claire —dijo el joven, pronunciando Sinclair—, secretario particular de Mr. Buxton. ¿En qué puedo servirle?

Chadwick le expuso lo del artículo firmado por Gaylord Brent y le dijo que deseaba explicar personalmente a Mr. Buxton que lo que aquél había escrito sobre él no sólo era falso, sino que podía representar la ruina de su negocio. St. Claire se mostró comprensivo pero indiferente.

—Sí, desde luego, comprendo su preocupación, Mr. Chadwick. Pero lamento decirle que una entrevista personal con Mr. Buxton es simplemente imposible. Está muy ocupado, ya sabe. Yo..., bueno..., creo que un abogado escribió ya en su nombre al director.

—Escribió una carta —dijo Chadwick—. La contestó un secretario. Decía que *podrían* tomar en consideración una carta dirigida a la columna de correspondencia. Ahora pido que él escuche al menos mi versión del asunto.

St. Claire sonrió brevemente.

—Ya le he dicho que esto es imposible —dijo—. Una carta al director es lo único que podemos aceptar.

—Entonces, ¿podría ver a Mr. Gaylord Brent? —preguntó Chadwick.

—No creo que le sirviese de mucho —repuso St. Claire—. Desde luego, si usted o su abogado desean escribir de nuevo, estoy seguro de que la carta será estudiada por nuestra asesoría jurídica, como de costumbre. Fuera de esto, lamento no poder complacerle.

El conserje acompañó a Chadwick hasta la puerta giratoria.

Chadwick almorzó un bocadillo en un café próximo a Fleet Street, y el tiempo que tardó en comerlo lo pasó sumido en honda reflexión. A primera hora de la tarde, se sentó en una de esas bibliotecas de referencias que se encuentran en Central London, especializadas en archivos contemporáneos de datos y recortes de periódicos. Un repaso de los recientes pleitos por difamación le mostró que su abogado no había exagerado.

Uno de los casos le llenó de espanto. Un hombre de edad madura había sido gravemente difamado en un libro de un autor de moda. Le había demandado, había ganado el pleito y la sentencia había fijado una indemnización de 30.000 libras y condenado al editor al pago de las costas. Pero el editor había apelado, y el Tribunal de Apelación había dejado sin efecto la indemnización por perjuicios y declarado que cada parte tenía que pagar sus costas. Viéndose económicamente arruinado, después de cuatro años de litigio, el demandante había llevado el caso a los Lores. Sus Señorías habían revocado la sentencia del Tribunal de Apelación, restableciendo la primitiva condena de daños y

perjuicios, pero sin hacer pronunciamiento especial sobre las costas. El hombre había ganado su indemnización de 30.000 libras, pero, en aquellos cinco años, las costas a su cargo habían ascendido a 45.000 libras. El editor, entre indemnización y costas, había perdido 75.000 libras, pero la mayor parte de esta suma estaba cubierta por el seguro. El demandante había ganado el pleito, pero se había arruinado. Las fotografías mostraban que, durante el primer año de litigio, era un hombre enérgico de sesenta años. Cinco años después, era una desgracia humana, agotado por la continua tensión y por las crecientes deudas. Había muerto en la miseria, pero salvado su reputación.

Bill Chadwick resolvió que no le ocurriría nada semejante y se dirigió a la Biblioteca Pública de Westminster. Se sentó en el salón de lectura, con un ejemplar de *Leyes de Inglaterra*, de Haisbury.

Como había dicho su abogado, no había ninguna ley especial sobre difamación, a la manera de la Ley de Circulación por Carretera; pero sí había una ley de 1888 en la que se contenía la definición generalmente aceptada de difamación, en estos términos:

La difamación es una declaración que tiende a rebajar a una persona en la estima de los miembros bien pensantes de la sociedad en general, o que hace que sea desdeñada o evitada, o que la expone al odio, al desprecio o al ridículo, o que entraña una imputación deshonrosa o injuriosa en su trabajo, profesión, vocación, empleo o negocio.

«Bueno, al menos la última parte es aplicable a mi caso», pensó Chadwick.

Algo que había dicho su abogado en el curso de su disertación acudió a su memoria: «...todas las alegaciones que se formulan ante los tribunales pueden ser publicadas aunque no tengan fundamento.» Había dicho esto, ¿no?

Sí, y tenía razón. La misma ley de 1888 lo establecía claramente. Todo lo que se dijese durante las vistas ante los tribunales podía ser publicado, sin que él reportero, el director, el impresor o el editor, pudiesen ser demandados por difamación, siempre que el relato fuese «fiel, verídico y exacto».

Esto, pensó Chadwick, debía ser para que los jueces, magistrados, testigos, policías, abogados e incluso el demandante, no temiesen declarar lo que consideraban ser verdad, con independencia del resultado del pleito.

Este amparo contra toda acción por parte de la persona insultada, calumniada o difamada, siempre que la declaración se hiciese en el curso de una vista ante el tribunal, y la ausencia de responsabilidad para quienes transcribiesen, imprimiesen y publicasen exactamente lo que se había dicho, recibía el nombre de «privilegio absoluto».

Mientras volvía en el Metro a su barrio suburbano, una idea empezó a germinar en la mente de Bill Chadwick.

Después de cuatro días de pesquisas, Chadwick descubrió que Gaylord Brent vivía en una empinada calleja de Hampstead, y allí se dirigió el domingo siguiente por la mañana. Pensaba que ningún redactor de un periódico dominiguero trabajaría en domingo, y confió en que la familia Brent no se hubiese marchado al campo para el fin de semana. Subió los peldaños de la entrada, y llamó.

Al cabo de dos minutos, una mujer de unos treinta y cinco años y de aspecto agradable abrió la puerta.

—¿Está Mr. Brent? —preguntó Chadwick, y añadió después de una pausa—: Es acerca de su artículo en el *Courier*.

No era una mentira, pero sirvió para convencer a Mrs. Brent de que el visitante procedía de la oficina de Fleet Street. Ella sonrió, se volvió, gritó «Gaylord» en el pasillo y se volvió de nuevo a Chadwick.

—Estará aquí dentro de un minuto —dijo, y se retiró, atraída por el ruido de unos niños pequeños dentro de la casa, y dejando la puerta abierta.

Chadwick esperó.

Un minuto después, apareció el propio Gaylord Brent, hombre elegante, de unos cuarenta y pico

de años, luciendo unos pantalones de color pastel y una camisa de color de rosa.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Mr. Gaylord Brent? —preguntó Chadwick.

—Sí.

Chadwick desplegó el recorte de periódico que llevaba en la mano y se lo mostró.

—Es por este artículo que publicó usted en el *Sunfay Courier*.

Gaylord Brent miró unos segundos el recorte, sin tocarlo. Su expresión era de perplejidad, con un matiz de petulancia.

—Esto es de casi cuatro semanas atrás —dijo—. ¿Y bien?

—Siento molestarle en domingo —explicó Chadwick—, pero es un riesgo que todos debemos correr. Mire, en este artículo, usted me difamó gravemente. Me ha causado considerables perjuicios en mi negocio y en mi vida social.

La perplejidad permaneció en el semblante de Brent, pero se combinó ahora con una creciente irritación.

—¿Y quién diablos es usted? —preguntó.

—¡Oh! Discúlpeme. Me llamo William Chadwick. Gaylord Brent comprendió al fin, al oír el nombre, y la irritación se adueñó completamente de él.

—Escuche —dijo—, no puede usted venir a mi casa con lamentaciones. Hay otros procedimientos más adecuados. Pidale a su abogado que escriba una...

—Ya lo hice —replicó Chadwick—, pero no sirvió de nada. También traté de ver al director, pero no quiso recibirme. Por eso he acudido a usted.

—Pero esto es inaudito —protestó Gaylord Brent, disponiéndose a cerrar la puerta.

—Bueno, es que tengo algo para usted —dijo suavemente Chadwick, y la mano de Brent se detuvo en la jamba de la puerta.

—¿Qué?

—Esto —dijo Chadwick.

Mientras pronunciaba esta palabra, levantó y cerró la mano derecha y largó un puñetazo a Gaylord Brent en la punta de la nariz. Un puñetazo fuerte, pero no lo bastante para romperle el hueso, ni siquiera el cartílago. Gaylord Brent dio un paso atrás, lanzó un fuerte «¡Ooooooh!» y se llevó una mano a la nariz. Sus ojos se llenaron de lágrimas y el hombre sorbió por la nariz las primeras gotas de sangre. Miró fijamente a Chadwick durante un segundo, como si se enfrentase con un loco, y cerró la puerta de golpe. Chadwick le oyó correr por el pasillo.

Encontró al agente de Policía uniformado en la esquina de Heath Street. Era un joven que disfrutaba de la paz de la fresca mañana, pero que parecía estar un poco aburrido.

—Agente —dijo Chadwick, acercándose a él—, será mejor que venga conmigo. Se ha cometido una agresión contra un vecino.

El joven policía se irguió.

—¿Una agresión, señor? —inquirió—. ¿Dónde?

—Sólo a dos calles de aquí —dijo Chadwick—. Tenga la bondad de acompañarme.

Sin esperar a que le hiciesen más preguntas, llamó con el dedo índice al policía, se volvió y empezó a desandar su camino a paso vivo. Detrás de él, oyó que el guardia decía algo a través del micrófono prendido en su solapa y escuchó las pisadas de sus botas de servicio.

El agente de la ley alcanzó a Chadwick en la esquina de la calle donde vivía la familia Brent. Para evitar más preguntas, Chadwick mantuvo su paso vivo y dijo al policía:

—Es ahí, agente; en el número treinta y dos.

Cuando llegaron, la puerta seguía cerrada. Chadwick la señaló.

—Es ésa —dijo.

Después de una pausa y de una mirada recelosa a Chadwick, el agente subió la escalera de la entrada y pulsó el timbre. Chadwick se reunió con él en el peldaño superior. La puerta se abrió despacio, y apareció Mrs. Brent, que abrió mucho los ojos al ver a Chadwick. Antes de que el policía hablase, Chadwick tomó la palabra.

—Mrs. Brent, ¿podría este agente hablar con su marido?

Mrs. Brent asintió con la cabeza y se dirigió corriendo al interior de la casa. Los dos visitantes pudieron oír una conversación en voz baja. Las palabras «policía» y «aquel hombre» fueron claramente perceptibles. Un minuto después, Brent apareció en la puerta. Con la mano izquierda, sujetaba una toalla húmeda sobre su nariz. Sorbió repetidas veces.

—¿Y bien? —dijo.

—Ése es Mr. Gaylord Brent —dijo Chadwick.

—¿Es usted Mr. Gaylord Brent? —preguntó el agente.

—Sí —respondió Gaylord Brent.

—Hace unos minutos —explicó Chadwick—, Mr. Brent fue deliberadamente agredido con un puñetazo en la nariz.

—¿Es verdad esto? —preguntó el policía a Brent.

—Sí —admitió Brent, asintiendo con la cabeza y mirando fijamente a Chadwick por encima de la toalla.

—Comprendo —dijo el agente, que en realidad no comprendía nada—. ¿Y quién se lo hizo?

—Yo —contestó Chadwick.

El policía se volvió, con aire de incredulidad.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Que lo hice yo. Yo le golpeé en la nariz. Y esto es una agresión, ¿verdad?

—¿Es cierto esto? —preguntó el policía a Brent. Éste asintió con la cabeza.

—¿Puedo preguntarle por qué lo hizo? —dijo el policía a Chadwick.

—En cuanto a esto —respondió Chadwick—, sólo lo explicaré cuando preste declaración en la Comisaría.

El policía parecía desconcertado. Al fin, dijo:

—Muy bien, señor; en tal caso, debo pedirle que me acompañe.

Entretanto, había llegado a Heath Street un automóvil «Panda», llamado por el agente cinco minutos antes. Éste sostuvo una breve conversación con los dos policías uniformados del coche, y se sentó con Chadwick en los asientos de atrás. El automóvil les llevó en dos minutos a la Comisaría local. Chadwick fue conducido a presencia del sargento de guardia. Guardó silencio mientras el joven guardia explicaba al sargento lo ocurrido. El sargento, viejo veterano cargado de paciencia, contempló a Chadwick con cierto interés.

—¿Quién es el hombre a quien pegó? —preguntó al fin.

—Mr. Gaylord Brent —contestó Chadwick.

—No le es a usted simpático, ¿verdad? —preguntó el sargento.

—No mucho —admitió Chadwick.

—¿Por qué llamó al agente y le dijo que usted lo había hecho? —preguntó el sargento. Chadwick se encogió de hombros.

—Es la ley, ¿no? Se ha vulnerado la ley. Había que informar a la Policía.

—Una idea digna de encomio —reconoció el sargento. Se volvió al agente—. ¿Es grave la lesión de Mr. Brent?

—No lo creo —dijo el joven policía—. Parecía más bien un golpecito en la jeta. El sargento suspiró.

—Dirección —pidió—. El agente se la dio—. Esperen aquí —dijo el sargento.

Se retiró a una habitación interior. El número de teléfono de Gaylord Brent no figuraba en la guía, pero el sargento lo obtuvo del servicio de Información. Llamó. Volvió al cabo de un rato.

—Mr. Gaylord Brent no parece deseoso de llevar el asunto adelante —dijo.

—No se trata de esto —dijo Chadwick—. Mr. Brent no es nadie para entorpecer la acción de la justicia. No estamos en Norteamérica. Lo cierto es que se ha cometido una agresión, vulnerando las leyes del país, y corresponde a la Policía decidir si hay que proceder contra el autor del hecho.

El sargento le miró con disgusto.

—Sabe algo de leyes, ¿eh, señor?

—He leído un poco —afirmó Chadwick.

—Como todos —suspiró el sargento—. Pero la Policía podría decidir no mantener la acusación.

—Si es así, no tengo más remedio que decirle que, si no la mantiene, volveré allí y repetiré la agresión —dijo Chadwick.

El sargento tomó lentamente un pliego de impresos para denuncias.

—Entonces, no hay más que hablar —dijo—. ¿Nombre?

Bill Chadwick dio su nombre y su dirección y fue conducido a la sala de interrogatorios. Allí, se negó a prestar declaración y dijo solamente que deseaba explicar su acción al magistrado, a su debido tiempo. Lo escribieron a máquina en una hoja, y él firmó ésta. Entonces fue formalmente acusado; el sargento le señaló una fianza de 100 libras y le citó para comparecer ante el tribunal de North London a la mañana siguiente. Después de lo cual, le dejaron marchar.

El día siguiente compareció a la vista preliminar. Ésta sólo duró dos minutos. Chadwick rehusó hacer alegaciones, sabiendo que esta negativa tenía que ser interpretada por el tribunal como indicación de que, llegado el momento, podía declararse inocente. Fue citado para dos semanas después y se aumentó la fianza en otras 100 libras. Como sólo era una vista preliminar, Mr. Gaylord Brent no estuvo presente en la sala. Como era un caso de agresión vulgar, la noticia sólo ocupó unas líneas en el periódico local. Y, como nadie del distrito donde vivía Bill Chadwick leía aquel periódico, la noticia pasó inadvertida.

Pero, en la semana anterior al juicio, los directores de la sección de noticias de los principales periódicos de la tarde y del domingo de Fleet Street y sus alrededores, recibieron sendas llamadas telefónicas.

En todos los casos, el informador anónimo comunicó al director que el eminente investigador del *Courier*, Gaylord Brent, comparecería ante el tribunal de North London el lunes próximo, en una causa por agresión seguida de oficio contra *William Chadwick*, y que recomendaba al director, en su propio interés, que enviase a uno de sus reporteros, en vez de limitarse a recoger la información de la «Press Association».

La mayoría de los directores comprobaron la lista de juicios señalados por el tribunal para aquel día, confirmaron que el nombre de Chadwick figuraba en ella, y enviaron un reportero. Nadie sabía de qué se trataba exactamente, pero todos esperaban que fuese algo interesante. A semejanza de lo que ocurre en el movimiento sindical, la teoría de la camaradería en Fleet Street dista bastante de la solidaridad en la práctica.

Bill Chadwick compareció a las 10 en punto de la mañana, y le dijeron que esperase a que le llamasen para el juicio. Esto ocurrió a las once y cuarto. Cuando entró en la sala, una rápida mirada a los bancos de la Prensa confirmó su presunción de que estarían llenos a rebosar. No había advertido que Gaylord Brent, citado como testigo, estaba sentado fuera de la sala, en uno de los bancos del vestíbulo principal. Según la ley inglesa, ningún testigo puede entrar en la sala del tribunal antes de

que le llamen para prestar declaración. Sólo después de haber declarado puede sentarse en el fondo de la sala y presenciar el resto del juicio. Esto sumió a Chadwick en una momentánea perplejidad. Resolvió el problema declarándose inocente.

Rehusó el magnánimo ofrecimiento del juez de suspender nuevamente el juicio para que pudiese nombrar un abogado defensor, y explicó que deseaba defenderse él mismo. El juez se encogió de hombros, pero accedió.

El fiscal expuso los hechos, o al menos lo que sabía de ellos, e hizo que algunos arquearan las cejas cuando dijo que el propio Chadwick había acudido al agente Clarke aquella mañana, en Hampstead, para denunciar la agresión. Sin más preámbulos, llamó al agente Clarke a prestar declaración.

El joven policía prestó juramento y refirió la detención. El juez preguntó a Chadwick si quería repreguntar al testigo. Chadwick rehusó hacerlo. El juez repitió su pregunta, y él rehusó de nuevo. El agente Clarke bajó del estrado y fue a sentarse en el fondo de la sala. Entonces llamaron a Gaylord Brent. Éste subió al estrado y prestó juramento. Chadwick se levantó.

—Señoría —dijo al juez, con voz clara—, he estado reflexionando y deseo cambiar mi primera manifestación. Me declaro culpable.

El juez le miró fijamente. El fiscal, que se había levantado para interrogar al testigo, se sentó. Gaylord Brent, en el sillón de los testigos, guardó silencio.

—Bueno —dijo el juez—. ¿Está usted seguro, Mr. Chadwick?

—Sí, Señoría; Completamente seguro.

—Mr. Cargill, ¿tiene usted algo que oponer? —preguntó el juez al fiscal.

—Nada, Señoría —contestó Cargill—. Debo presumir que el acusado reconoce los hechos tal como los he expuesto.

—Los reconozco —asintió Chadwick, desde el banquillo—. Reflejan exactamente lo ocurrido. El juez se volvió a Gaylord Brent.

—Siento que le hayamos molestado, Mr. Brent —dijo—, pero creo que ya no le necesitaremos como testigo. Puede abandonar la sala o sentarse en los bancos de atrás.

Gaylord Brent asintió con la cabeza y bajó del estrado. Saludó con otro movimiento de cabeza a los bancos de 'a Prensa y fue a sentarse junto a) agente de Policía que había prestado declaración. El juez se dirigió a Chadwick.

—Mr. Chadwick, usted se ha confesado culpable. Esto quiere decir que reconoce haber agredido a Mr. Brent. ¿Quiere llamar a algún testigo en su defensa?

—No, Señoría.

—Si quiere, puede aportar testigos de buena conducta, o declarar usted mismo, si hay alguna circunstancia atenuante.

—No deseo aportar ningún testigo. Señoría —dijo Chadwick—. En cuanto a las circunstancias atenuantes, quisiera hacer una declaración.

—Está en su derecho —dijo el juez.

—Señoría, hace seis semanas, Mr. Gaylord Brent publicó este artículo —dijo Chadwick, levantándose y sacando del bolsillo un recorte de periódico— en el *Sunday Courier*, que es el periódico para el que trabaja. Ruego a Su Señoría que lo lea.

Un ujier se adelantó, tomó el recorte y se acercó al juez.

—¿Tiene esto algo que ver con la causa que se está debatiendo? —preguntó el magistrado.

—Sí, señor. Tiene mucho que ver.

—Muy bien —dijo el juez, que tomó el recorte de manos del ujier y lo leyó rápidamente. Cuando hubo terminado, lo dejó y dijo—: Visto.

—En ese artículo —explicó Chadwick— Gaylord Brent me hizo víctima de una cruel difamación que me causó un enorme perjuicio. Su Señoría habrá observado que el artículo se refiere a una compañía que mercantilizó un producto y después quebró, defraudando a numerosas personas en sus inversiones. Desgraciadamente, yo fui uno de los comerciantes que, como otros muchos, creí que se trataba de una compañía sólida y con un producto de confianza, y me vi defraudado por ella. La verdad es que mi error también me costó dinero; pero no fue más que un error. En ese artículo, nacido de la nada, se me acusó sin fundamento de una mal establecida complicidad en el asunto, y, lo que es peor, fui acusado por un descuidado, perezoso e incompetente chupatintas que ni siquiera pudo molestarse en hacer debidamente su trabajo.

Hubo un rumor en la sala y, después, una pausa. Después de ésta, los lápices empezaron a moverse frenéticamente sobre las hojas de papel pautado, en los bancos de la Prensa.

El fiscal se levantó.

—¿Cree Su Señoría que esto tiene algo que ver con las circunstancias atenuantes? —preguntó, en tono gemebundo.

—Puedo asegurar a Su Señoría —terció Chadwick— que sólo estoy tratando de explicar los antecedentes del caso. Creo, sencillamente, que Su Señoría podrá juzgar mejor la infracción si conoce sus motivos.

El juez observó unos momentos a Chadwick.

—El acusado está en su derecho —dijo—. Prosiga.

—Gracias, Señoría —dijo Chadwick—. Bueno, si ese caballero que se hace llamar periodista se hubiese tomado la molestia de ponerse al habla conmigo antes de escribir ese montón de basura, yo habría podido mostrarle mis archivos, mis cuentas y mis documentos bancarios, para demostrarle, sin lugar a dudas, que había sido tan engañado como los compradores. Y que había perdido grandes cantidades en la operación. Pero él no podía molestarse en ponerse en contacto conmigo, a pesar de que mi teléfono figura en la sección alfabética de la guía telefónica y en las páginas amarillas. Por lo visto, detrás de su pantalla de orgullosa competencia, ese intrépido investigador prefiere escuchar los chismes de café a comprobar los hechos...

Gaylord Brent, rojo de ira, se levantó en el fondo de la sala.

—¡Eh! Escuche... —gritó.

—*¡Silencio!* —rugió el ujier, poniéndose también en pie—. *¡Silencio en la Sala!*

—Comprendo su irritación, Mr. Chadwick —terció el juez—, pero todavía me pregunto qué tiene esto que ver con las circunstancias atenuantes.

—Señoría —dijo humildemente Chadwick—, sólo apelo a su sentido de la justicia. Cuando un hombre que siempre ha llevado una vida pacífica y observado la ley golpea de pronto a otro ser humano, creo que deben conocerse los motivos de una acción tan anómala. Pienso que éstos deben influir en el juicio del hombre encargado de dictar sentencia.

—Está bien —admitió el juez—, explique sus motivos. Pero, por favor, modere su lenguaje.

—Lo haré —dijo Chadwick—. Después de la publicación de ese fárrago de embustes, disfrazados de periodismo serio, mi negocio se vio gravemente afectado. Resultó que algunos de mis asociados, ignorantes de que los datos expuestos por Mr. Gaylord Brent no eran fruto de una investigación a fondo, sino del fondo de una botella de whisky, estaban dispuestos a creer todas aquellas falsedades.

En el fondo de la sala, Gaylord Brent estaba fuera de sí.

Dio un codazo al policía sentado a su lado.

—No puede continuar así, ¿verdad?

—Cállese —dijo el policía. Brent se levantó.

—Señor juez —gritó—, quisiera decir...

—*¡Silencio!* —gritó el ujier.

—Si hay más interrupciones por parte del público, mandaré expulsar al responsable —dijo el magistrado.

—Por esto, señor —prosiguió Chadwick—, empecé a reflexionar. Me pregunté con qué derecho podía un payaso mal informado, demasiado perezoso para comprobar sus afirmaciones, ocultarse detrás de los procedimientos legales y de los recursos financieros de que dispone un periódico importante, y desde este ventajoso punto, arruinar a un hombre modesto al que ni siquiera se tomó el trabajo de conocer; un hombre que ha trabajado de firme toda su vida y tan honradamente como ha podido.

—Hay otros recursos contra una presunta difamación —observó el juez.

—Ciertamente, Señoría —dijo Chadwick—, pero Su Señoría debe saber, como hombre de leyes que es, que pocas personas pueden hoy en día cargar con los enormes gastos necesarios para luchar contra el poder de un periódico nacional. Por consiguiente, traté de ver al director para explicarle, con hechos y documentos, que su empleado había estado completamente equivocado y ni siquiera se había esforzado en ser veraz. Pero él se negó en redondo a recibirme. Entonces quise ver personalmente a Gaylord Brent, y, dado que en su oficina no me lo permitieron, fui a visitarle a su casa.

—¿Para pegarle en la nariz? —inquirió el magistrado—. Pudo ser usted gravemente difamado, pero esto no excusa la violencia.

—¡Oh, no, señor! —exclamó Chadwick, sorprendido—. No fui con la intención de pegarle, sino de discutir con él. Fui a pedirle que estudiase las pruebas y se convenciese de que lo que había escrito era falso.

—¡Ah! —exclamó el juez, con interés—. Por fin salió el motivo. ¿Fue a su casa a pedirle una rectificación?

—Exactamente, Señoría —dijo Chadwick. Sabía, igual que el fiscal, que, al no estar declarando bajo juramento, no podía ser repreguntado.

—¿Y por qué no discutió con él? —preguntó el juez.

Chadwick encogió los hombros.

—Lo intenté —dijo—. Pero él me trató con el mismo desdén que me habían tratado en las oficinas del periódico. Sabía que yo era un hombre modesto, vulgar; que no podía luchar contra el poderoso *Courier*.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó el juez.

—Confieso que algo explotó dentro de mí —respondió Chadwick—. Hice una cosa imperdonable. Le di un puñetazo en la nariz. Por única vez en mi vida, perdí el control.

Dicho lo cual, se sentó. El juez contempló la sala desde el estrado.

«Si tú perdiste el control, amigo mío —pensó—, el "Concorde" vuela impulsado por un tirachinas.» Sin embargo, no pudo dejar de recordar un incidente acaecido años atrás, cuando fue baqueteado por la Prensa con motivo de una sentencia dictada por él en otro tribunal; su furor había sido compensado al demostrarse más tarde que había tenido razón. En voz alta, dijo:

—El caso es grave. El tribunal puede aceptar que usted se sintió vilipendiado, e incluso que, cuando fue aquella mañana a Hampstead, no albergaba intenciones violentas. Sin embargo, pegó a Mr. Brent, y lo hizo en la puerta de su casa. En nuestra sociedad, no podemos permitir que un ciudadano particular se crea autorizado a pegarles en las narices a los distinguidos periodistas del país. Por consiguiente, se le impone una multa de cien libras, con otras cincuenta libras en concepto de costas.

Bill Chadwick extendió un cheque, mientras se vaciaban los bancos de la Prensa y los reporteros se disputaban los teléfonos y los taxis. Cuando bajaba la escalinata del edificio del tribunal, sintió que alguien le agarraba de un brazo.

Se volvió y se encontró frente a Gaylord Brent, pálido de ira y temblando de excitación.

—¡Bastardo! —exclamó el periodista—. No podrá salir tan bien librado después de lo que ha

dicho ahí.

—Vaya si podré —dijo Chadwick—. Habida cuenta de que lo he dicho en el curso de un juicio. Es el llamado «privilegio absoluto».

—Pero yo no soy lo que usted ha dicho —dijo Brent—. No puede difamar a un hombre de este modo.

—¿Por qué no? —dijo tranquilamente—. Usted lo hizo.

EN CUMPLIMIENTO DEL DEBER ¹

El motor del coche había estado tosiendo durante más de dos millas y, cuando pareció a punto de exhalar el último suspiro nos hallábamos en una empinada y serpentina cuesta. Recé a todos mis santos irlandeses para que no nos encontrásemos atascados en aquel punto y perdidos en la salvaje belleza del campo francés.

A mi lado, Bemadette me dirigía miradas asustadas al inclinarme yo sobre el volante y pisar el acelerador, tratando de aprovechar las últimas fuerzas de la agonizante máquina. Era evidente que algo andaba mal debajo del capó, y yo era sin duda el hombre más ignorante del mundo en tales misterios tecnológicos.

El viejo «Triumph Mayflower» subió a duras penas el trecho final de la cuesta y se paró al llegar a la cima. Cerré el contacto, eché el freno de mano y me apeé. Bernadette hizo lo propio, y ambos contemplamos el otro lado del monte, donde la carretera de tercer orden descendía en dirección al valle.

Aquella tarde de verano, de principios de los años cincuenta, era innegablemente hermosa. En aquellos tiempos, la región de la Dordoña estaba aún «por descubrir», al menos por la gente elegante. Era una zona de la Francia rural que había cambiado poco en el curso de los siglos. No había chimeneas de fábricas ni postes de electricidad apuntando al cielo;

ni grandes carreteras trazando cicatrices en el valle verdeante. Las casas de campo estaban como acurrucadas junto a estrechos caminos, viviendo de los campos aledaños, cuyas cosechas eran transportadas por chirriantes carretas tiradas por yuntas de bueyes. Bernadette y yo habíamos decidido explorar esta región en nuestro viejo turismo aquel verano de nuestras primeras vacaciones en el extranjero; quiero decir, más allá de Inglaterra e Irlanda.

Saqué mi mapa de carreteras del coche, lo estudié y señalé un punto en la linde norte del valle de Dordoña.

—Estamos por aquí..., creo yo —señalé. Bernadette estaba observando la carretera, delante de nosotros.

—Allá abajo hay un pueblo —dijo. Seguí su mirada.

—Tienes razón.

Podía verse el campanario de una iglesia entre los árboles, y también un trocito del tejado de un henil. Contemplé recelosamente el coche y la carretera.

—Podríamos ir hasta allí con el motor parado —dije—, pero no más lejos.

—Siempre será mejor que pasar aquí toda la noche —convino mi cara mitad.

Volvimos a montar en el coche. Puse punto muerto y solté el freno de mano. El «Mayflower» empezó a rodar suavemente hacia delante y adquirió velocidad. Envueltos en un fantástico silencio, rodamos cuesta abajo en dirección al lejano campanario.

¹ Se me ha indicado que este cuento no corresponde al género de los otros que forman esta colección y no se adapta a ninguna categoría real. Es pura idiosincrasia por mi parte, pero he resuelto incluirlo de todos modos. Me lo contó un amigo irlandés, que me juró que era absolutamente verídico y que le había ocurrido a él. Por esta razón, a diferencia de todos los demás cuentos, he preferido contarlo en primera persona. **F. F.**

La fuerza de la gravedad nos llevó hasta las afueras de la que resultó ser una pequeña aldea de una docena de casas, y la inercia del automóvil nos empujó hasta el centro de la calle del pueblecito. Entonces, el coche se detuvo. Nos apeamos de nuevo. Empezaba el crepúsculo.

La calle parecía absolutamente desierta. Junto a la pared de un gran henil de ladrillos, picoteaba un pollo solitario. Dos carretas de heno, con las varas sobre el polvo, estaban junto al borde de la calle, pero sus dueños se hallaban evidentemente en otra parte. Yo había resuelto llamar a una de las casas cerradas y, a pesar de mi completa ignorancia del idioma francés, tratar de explicar el apuro en que me hallaba, cuando una figura solitaria salió de detrás de la iglesia, a unos cien metros de distancia, y vino hacia nosotros.

Al acercarse, vi que él era el cura de la aldea. En aquellos tiempos, llevaban todavía larga sotana negra, faja y sombrero de ala ancha. Traté de recordar una palabra francesa para dirigirme a él. Fue inútil. Cuando llegó a nuestra altura, llamé:

—Padre.

Fue suficiente. Se detuvo, se acercó más y me dirigió una sonrisa interrogadora. Señalé mi coche. Él se inclinó y asintió con la cabeza, como diciendo:

«Bonito automóvil.» ¿Cómo explicarle que yo no era un orgulloso propietario que quería presumir de coche, sino un turista que acababa de sufrir una avería?

El latín, pensé. El cura era viejo, pero seguramente recordaría algo de latín de sus días escolares. Sin embargo, y esto era lo más importante, ¿lo recordaría yo? Los hermanos de la Doctrina Cristiana habían pasado años tratando de inculcarme algo de latín, pero, aparte de las oraciones de la misa, no había vuelto a emplearlo desde entonces, y los misales no contienen ninguna referencia a los problemas de un «Triumph» averiado.

Señalé el capó del automóvil.

—*Carrus meus fractus est* —le dije.

En realidad, esto quería decir «Mi carro está roto»; pero pareció surtir efecto. Una expresión comprensiva inundó su cara redonda.

—*Ah, est fractus carrus teus, filius meus?* —repitió.

—*In veritate, Pater meus* —le dije.

Él pensó un rato y después me hizo seña de que le esperásemos. Echó a andar a paso vivo calle arriba y entró en una casa que, por lo que vi más tarde al pasar por delante de ella, era el café del pueblo y sin duda su centro vital. Habría tenido que pensar en esto.

El cura salió unos minutos después, acompañado de un hombrón con los pantalones azules y la camisa típicos del campesino francés. Sus alpargatas de esparto rozaban el polvo al caminar hacia nosotros en compañía del cura. Al llegar a nuestra altura, el sacerdote empezó a hablar rápidamente en francés, gesticulando y señalando arriba y abajo de la carretera. Tuve la impresión de que decía a su feligrés que el coche no podía quedarse bloqueando la carretera toda la noche. Sin decir palabra, el campesino asintió con la cabeza y echó a andar de nuevo. Por consiguiente, el cura, Bernadette y yo nos quedamos de nuevo solos junto al coche. Bernadette se apartó y se sentó junto a la cuneta.

Los que no han tenido nunca que esperar a que ocurra algo desconocido, en presencia de alguien con quien no puede cambiar una palabra, sabrán lo que esto significa. Moví la cabeza y sonreí. Él hizo lo mismo. En definitiva, él rompió el silencio.

—*Anglais?* —preguntó, señalándonos a Bernadette y a mí.

Negué resignadamente con la cabeza. Uno de los males de los irlandeses es que, a lo largo de la Historia, hemos sido siempre confundidos con los ingleses.

—*Irlandais* —dije, esperando que lo habría pronunciado bien.

Su rostro se iluminó.

—*Ah, Hollandais* —dijo.

Volví a menear la cabeza, le así del brazo y le llevé a la parte de atrás del coche. Le mostré el

rótulo en letras mayúsculas, en blanco y negro: IRL. Él sonrió, como en presencia de un niño impertinente.

—*Irlandais?* —Asentí y sonreí—. *Irlande?* —Más sonrisas y cabezadas—. *Partie d'Angleterre* —dijo él.

Suspiré. Hay guerras que no pueden ganarse, y no era el momento ni el lugar adecuados para explicarle al buen cura que Irlanda, en parte gracias a los sacrificios del padre y del tío de Bernadette, no era parte de Inglaterra.

Llegados a este punto, el campesino salió de un estrecho callejón entre dos heniles de ladrillos y lastras, montado en un viejo y ruidoso tractor. En un mundo de carretas tiradas por caballos o bueyes, debía ser el único tractor del pueblo, y su motor sonaba sólo un poco mejor que el del «Mayflower» momentos antes de pararse. Pero bajó por la calle y se detuvo exactamente delante de mi automóvil.

El campesino vestido de azul sujetó mi coche con una gruesa cuerda al gancho de su tractor, y el cura me indicó que debía subir al automóvil. De esta manera, con el cura caminando a nuestro lado, nos remolcaron carretera abajo, doblamos una esquina y entramos en un patio.

A la penumbra del crepúsculo, descubrí un desconchado tablón sobre lo que parecía otro henil de ladrillos. Leíase en él el rótulo «*Garage*», y por lo visto, estaba cerrado. El campesino desenganchó mi coche y empezó a enrollar su cuerda. El sacerdote señaló su reloj y el garaje cerrado. Me indicó que lo abrirían a las siete de la mañana, y que, entonces, el ausente mecánico vería lo que le pasaba a mi automóvil.

—¿Qué vamos a hacer hasta entonces? —murmuró Bernadette.

Llamé la atención del cura, puse ambas manos juntas a un lado de mi cara e incliné la cabeza en el ademán internacional de la persona que quiere dormir. El cura comprendió.

Hubo otra rápida conversación entre el sacerdote y el campesino. No entendí nada, pero el campesino levantó un brazo y señaló a alguna parte. Capté la palabra «*Preece*», que nada significaba para mí, pero vi que el sacerdote asentía con la cabeza. Entonces, éste se volvió a mí y me indicó que debíamos tomar una maleta del coche y subir al estribo de atrás del tractor, sujetándonos con fuerza.

Así lo hicimos, y el tractor salió del patio hacia la carretera. El amable sacerdote nos despidió con la mano, y no volvimos a verle. Sintiéndonos muy tontos, subimos al estribo del tractor, sosteniendo yo con una mano la maleta que contenía nuestra ropa de dormir, y arrancamos.

Nuestro silencioso chofer siguió la carretera hasta el otro extremo de la aldea, cruzó un riachuelo y subió una cuesta. Cerca de la cima, se metió en el patio de una granja cuyo suelo era una mezcla de polvo de verano y boñiga de vaca. Se detuvo cerca de la puerta de la granja y nos indicó que nos apeásemos. El motor seguía en marcha y armaba un buen ruido.

El campesino se acercó a la puerta de la granja y llamó. Un minuto después apareció una mujer bajita, madura, con delantal, a la luz de una lámpara de parafina que había detrás de ella. El conductor del tractor le habló y nos señaló. Ella asintió con la cabeza. El conductor, satisfecho, volvió a su tractor y nos indicó la puerta abierta. Después, se alejó.

Mientras hablaban los dos, yo había echado un vistazo al patio, a la poca luz que quedaba del día. Era como muchos de los que había visto hasta entonces: el patio de una granja pequeña, que tenía un poco de todo. Había un establo para vacas, un corral para el caballo y los bueyes, una artesa de madera junto a una bomba de mano, y un gran montón de estiércol en el que picoteaban unas cuantas gallinas. Todo parecía marchito y blanqueado por el sol; nada moderno, nada eficaz; pero la clase de pequeña propiedad tradicional francesa con la que cientos de miles de personas forjaban la espina dorsal de la economía agraria.

Procedente de algún lugar que no podía ver, llegaban a mis oídos los golpes rítmicos de un hacha al morder la leña y el chasquido de los troncos al partirse. Alguien estaba preparando zoquetes para la lumbre en el venidero invierno. La señora de la puerta nos invitó a entrar.

Debía de haber un cuarto de estar, una estancia, un salón —llámenlo ustedes como quieran—, pero la mujer nos condujo a la cocina, que era por lo visto el centro de la vida familiar; una pieza embaldosada, con una mesa para comer, un fregadero y dos poltronas delante del fuego. Otra bomba de mano, cerca del fregadero de piedra, indicaba que el agua procedía del pozo. La iluminación era a

base de lámparas de parafina. Di por terminado mi examen.

Nuestra patrona resultó ser muy amable; rolliza, con mejillas de manzana y cabellos grises recogidos en un moño, manos curtidas por el trabajo, vestido largo y gris, delantal blanco, y una vivaracha sonrisa de bienvenida. Se presentó como Madame Preece, y nosotros le dijimos nuestros nombres, para ella totalmente impronunciables. Era evidente que la conversación se limitaría a más sonrisas y movimientos de cabeza, pero yo me alegré de tener un lugar donde alojarnos, teniendo en cuenta nuestros apuros de hacía una hora en el monte.

Madame Preece indicó que Bemadette desearía ver la habitación y lavarse un poco, cortesía de la que, por lo visto, no era yo merecedor. Las dos mujeres desaparecieron escalera arriba con la maleta. Yo me acerqué a la ventana, que estaba abierta al tibio aire del anochecer. Daba a otro patio, en la parte de atrás de la casa, y había una carreta entre los matojos, cerca de un cobertizo de madera. Partiendo del cobertizo, había una corta valla de unos 2 metros de altura y, por encima de ella, veíase subir y bajar una enorme hacha, mientras proseguía el ruido de sus golpes sobre los leños.

Bemadette bajó al cabo de diez minutos más fresca después de haberse lavado en una jofaina de porcelana con el agua fría de un cubo de piedra. El agua que había caído al patio por delante de la ventana abierta debía ser la razón de un extraño chasquido que había oído. Arqueé las cejas.

—Es una pequeña y linda habitación —comentó Bernadette.

Madame Preece, que la estaba observando, hizo una reverencia, comprendiendo únicamente el tono de aprobación de las palabras.

—Confío —dijo Bernadette, sin abandonar su brillante sonrisa— en que no habrá bichitos.

Yo temí que los hubiese. Mi esposa ha sido siempre muy sensible a las picaduras de las pulgas y de los mosquitos, que levantan grandes ampollas en su blanca piel céltica. Madame Preece nos indicó que nos sentásemos en los desvencijados sillones, y así lo hicimos; y ella siguió parlotando mientras se atareaba en la negra cocina de hierro emplazada en el otro extremo de la habitación. Se estaba cocinando algo que olía muy bien, y el olor despertó mi apetito.

Diez minutos después, nos invitó a sentarnos a la mesa y colocó delante de nosotros sendos tazones de porcelana, cucharas soperas y dos largas rebanadas de pan blanco y esponjoso. Por último, depositó en el centro una gran soperas de la que sobresalía un mango de acero, y nos indicó que nos sirviéramos.

Serví a Bernadette una ración de lo que resultó ser un espeso y nutritivo puré de verduras, donde dominaban las patatas, y que llenaba bien el estómago; tanto mejor. Constituía la comida de la noche, pero estaba tan buena que ambos repetimos dos veces. Ofrecí servir a Madame Preece, pero ésta no me lo permitió. Por lo visto, no era costumbre en el lugar.

—*Servez-vous, Monsieur, servez vous* —repetía, logrando que yo llenase mi tazón hasta el borde.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando cesó el ruido de los hachazos, y, unos segundos más tarde, se abrió la puerta de atrás y entró el granjero para cenar. Me levanté para saludarle, mientras Madame le explicaba la razón de nuestra presencia; pero el hombre no mostró el menor interés por los dos desconocidos instalados en su mesa. Por consiguiente, volví a sentarme.

Era un hombre corpulento que casi tocaba el techo con la cabeza. Andaba pesadamente y daba la impresión —que después resultó acertada— de una enorme fuerza y una roma inteligencia.

Tendría, más o menos, unos sesenta años, y llevaba sus cabellos grises cortados muy cortos. Advertí que sus orejas eran muy pequeñas y que sus ojos, al mirarnos sin la menor señal de bienvenida, eran azules, inocentes, inexpresivos e infantiles.

El gigantón se sentó en su silla acostumbrada sin decir palabra, y su esposa le sirvió al momento un tazón de sopa hasta los bordes. Sus manos estaban negras de tierra y, según presumí, de otras sustancias, pero no hizo el menor intento de lavárselas. Madame Preece se sentó de nuevo, nos obsequió con otra brillante sonrisa y otro movimiento de su cabeza de pajarito, y seguimos comiendo. Por el rabllo del ojo, vi que el granjero engullía su puré, acompañándolo con grandes trozos de pan que arrancaba sin cumplidos de su hogaza.

No había conversación alguna entre marido y mujer, pero advertí que ella le dirigía miradas

afectuosas e indulgentes de vez en cuando, aunque él no parecía darse cuenta.

Bernadette y yo tratamos de hablar, al menos entre nosotros. Era más para romper el enojoso silencio que para transmitirnos información.

—Espero que el coche pueda quedar reparado por la mañana —dije—. Si es algo grave, tendré que ir a la ciudad más próxima en busca de la pieza de recambio o de una grúa.

Me estremecí al pensar en las consecuencias que ello podría tener para nuestro menguado presupuesto de turistas de posguerra.

—¿Cuál es la ciudad más próxima? —preguntó Bernadette, entre dos cucharas de sopa. Traté de recordar el mapa.

—Bergerac, si no recuerdo mal.

—¿A qué distancia está? —preguntó ella.

—Pues, unos sesenta kilómetros —le respondí. No había mucho más que decir, y de nuevo reinó el silencio. Y éste continuó durante más de un minuto, hasta que una voz, venida no sabía yo de dónde, dijo de pronto en inglés:

—Cuarenta y cuatro.

Ambos teníamos la cabeza gacha en aquel momento, y Bernadette la levantó para mirarme. Yo estaba tan intrigado como ella. Miré a Madame Preece. Ésta sonrió encantada y siguió comiendo. Bernadette hizo un imperceptible movimiento de cabeza en la dirección del granjero. Éste seguía devorando su sopa y su pan.

—¿Decía usted...? —le pregunté.

No dio señales de haberme oído, y varias cucharadas más de sopa, acompañadas de más trozos de pan, cayeron en su buche. Después, a los veinte segundos de mi pregunta, dijo claramente en inglés:

—Cuarenta y cuatro. A Bergerac. Kilómetros. Cuarenta y cuatro.

No nos miró, sino que siguió comiendo. Yo miré a Madame Preece. Ésta sonrió feliz, como diciendo:

«¡Oh, sí! Mi marido tiene talento para los idiomas.» Bernadette y yo dejamos las cucharas, asombrados.

—¿Habla usted inglés? —preguntó el granjero. Transcurrieron más segundos. Al fin, asintió con la cabeza.

—¿Nació usted en Inglaterra? —le pregunté. El silencio se prolongó sin que llegase la respuesta. Ésta tardó cincuenta segundos.

—En Gales —contestó el hombre, y se llenó la boca con otro pedazo de pan.

Aquí debo explicar que, si no acelerase un poco el diálogo al referir esta historia, el lector se moriría de cansancio. Pero entonces no se desarrolló así. La conversación que transcurrió lentamente entre los dos tardó siglos en llegar a su fin, debido a las exageradas pausas entre mis preguntas y sus respuestas.

Al principio, pensé que él debía ser duro de oído. Pero no era esto. Oía bastante bien. Después, pensé que tal vez era un hombre sumamente receloso, astuto, que consideraba las implicaciones de sus respuestas, como piensa un jugador de ajedrez en las consecuencias de sus movimientos. Tampoco era esto. Era, sencillamente, que sus procesos mentales eran tan lentos que necesitaba muchos segundos, incluso un minuto entero, para captar la pregunta, descubrir su significado, elaborar la respuesta y formularla.

Tal vez no hubiese debido sentirme tan interesado como para mantener una fatigosa conversación que duró dos horas, pero el hecho de que un hombre de Gales estuviese haciendo de granjero en un remoto campo francés, había despertado mi curiosidad. Poco a poco, a retazos, se puso de manifiesto la razón, y ésta fue lo bastante fascinante para encantarnos a Bernadette y a mí.

El hombre no se llamaba Preece, sino Price, que en francés se pronunciaba Preece. Evan Price. Procedía de Rhondda Valley, en el sur de Gales. Hacía casi cuarenta años que había sido soldado raso en un regimiento galés, durante la Primera Guerra Mundial.

Como tal, había participado en la segunda gran batalla del Mame que precedió al final de la guerra. Había resultado gravemente herido y pasado semanas en un hospital del Ejército británico al firmarse el Armisticio. Dado que su condición no le permitía volver a casa con las tropas británicas, había sido trasladado a un hospital francés.

Allí había sido cuidado por una joven enfermera, que se enamoró de él mientras él yacía en el lecho del dolor. Se habían casado y trasladado al Sur, a la pequeña granja de los padres de ella en Dordoña. No habían vuelto nunca a Gales. Al morir los padres de su esposa, ésta, como hija única, había heredado la granja donde se encontraban ahora.

Madame Preece había escuchado la lentísima narración, captando de vez en cuando una palabra conocida y sonriendo satisfecha en tales casos. Yo trataba de imaginar cómo habría sido en 1918, esbelta y vivaracha como un pajarillo, de ojos negros, pulcra y activa en su trabajo.

Bernadette estaba también conmovida por la imagen de la pequeña enfermera francesa cuidando y enamorándose de aquel niño enorme, desvalido y sencillo, en el hospital de Flandes. Se inclinó y tocó con la mano un brazo de Price.

—Es una linda historia, Mr. Price —dijo. Él no mostró el menor interés.

—Nosotros somos de Irlanda —dije yo, como para corresponderle con alguna información.

Él guardó silencio, mientras su esposa le servía el tercer plato de sopa.

—¿Ha estado alguna vez en Irlanda? —le preguntó Bernadette.

Transcurrieron más segundos. El hombre gruñó y asintió con la cabeza. Bernadette y yo nos miramos, agradablemente sorprendidos.

—¿Trabajó usted allí?

—No.

—¿Cuánto tiempo estuvo?

—Dos años.

—¿Y cuándo fue? —preguntó Bernadette.

—De mil novecientos quince... a mil novecientos diecisiete.

—¿Qué hacía allí? Transcurrió otro rato.

—Estaba en el Ejército.

Claro, debí suponerlo. No había ingresado en 1917, sino antes, y había sido destinado a Flandes en 1917. Antes de esto, había estado en la guarnición del Ejército británico en Irlanda.

Un ligero nerviosismo se reflejó en los modales de Bernadette. Ésta procede de una familia furiosamente republicana. Quizá yo hubiese debido dejar las cosas como estaban; no insistir. Pero mi instinto de periodista me obligó a seguir preguntando.

—¿Dónde estaba acuartelado?

—En Dublín.

—¡Ah! Nosotros venimos de allí. ¿Le gusta Dublín?

—No.

—¡Oh! Lo siento.

Los dublineses solemos estar bastante orgullosos de nuestra capital. Nos gusta que los extranjeros, incluidas las tropas de guarnición, aprecien las cualidades de la ciudad. La primera parte de la carrera del ex soldado Price se desarrolló con la misma lentitud que la segunda. Había nacido en Rhondda en 1897, de padres muy pobres. La vida había sido dura y yerma para él. En 1914, cuando

tenía diecisiete años, había ingresado en el Ejército, más para asegurarse el condumio, la ropa y un lugar donde alojarse, que por fervor patriótico. Nunca había pasado de soldado raso.

Durante doce meses, había estado en campos de instrucción, mientras otros eran enviados al frente de Flandes, y en un almacén de intendencia en Gales. A finales de 1915 había sido destinado a las fuerzas de guarnición en Irlanda y acuartelado en los helados barracones de Islandbridge, en la ribera sur del río Liffey, en Dublín.

Supuse que la vida debió ser, para él, lo bastante aburrida para hacerle decir que no le gustaba Dublín. Los desnudos dormitorios de los cuarteles, la mezquina paga de aquellos tiempos, y la labor interminable y tonta de dar brillo a los botones, de lustrar zapatos y de hacer la cama; servicio de guardia en las heladas noches y rondas por las calles bajo la fuerte lluvia. En cuanto a los ratos de ocio..., poco podía hacerse con la paga de soldado. Alguna cerveza en la cantina, y poco o ningún contacto con una población que era católica. Probablemente se había alegrado cuando le habían sacado de allí al cabo de dos años. ¿O era capaz de alegrarse o de afligirse por algo aquel pesado y lento hombrón?

—¿No le ocurrió nunca algo interesante? —le pregunté al fin, bastante desilusionado.

—Sólo una vez —respondió al cabo de un rato.

—¿Y qué fue?

—Una ejecución —respondió, sorbiendo la sopa. Bernadette dejó su cuchara y se irguió en su silla. Sentimos pasar una ráfaga fría en el aire. Sólo Madame, que no entendía una palabra, y su marido, que era demasiado insensible, no lo advirtieron. Decididamente, yo no hubiese debido insistir.

A fin de cuentas, eran muchos los ejecutados en aquella época. Los asesinos eran ahorcados en Mountjoy. Pero ahorcados. Por verdugos de la cárcel. ¿Necesitaban a los soldados para esto? Y soldados británicos eran también ejecutados, por homicidio y por violación, en Consejo de Guerra y según las leyes militares. ¿Eran ahorcados o fusilados? Yo lo ignoraba.

—¿Recuerda cuándo fue esa ejecución? —le pregunté.

Bernadette estaba como petrificada. Mr. Price me miró con sus claros ojos azules. Después, sacudió la cabeza.

—Hace mucho tiempo —respondió. Pensé que estaba fingiendo; pero no era así. Sencillamente, lo había olvidado.

—¿Estaba usted en el pelotón de fusilamiento? —le pregunté.

Estuvo pensando durante el tiempo acostumbrado. Después, asintió con la cabeza.

Me pregunté qué debían sentir los miembros de los pelotones de ejecución; apuntar un fusil contra otro ser humano, atado a un poste a 20 metros de distancia; hacer coincidir el punto de mira con la señal blanca sobre el corazón y mantener la vista fija sobre aquel hombre vivo; y, a la voz de mando, apretar el gatillo, oír la detonación, sentir el golpe del retroceso; ver como la figura de pálido semblante se dobla sobre las cuerdas. Después, volver al cuartel, limpiar el fusil y tomar el desayuno. Gracias a Dios, nunca me había encontrado ni me encontraría nunca en semejante trance.

—Trate de recordar cuándo fue —insistí. Se esforzó en recordar. De veras. Casi podía sentirse su esfuerzo. Al fin, dijo:

—Mil novecientos dieciséis. Creo que fue en verano.

Me incliné hacia delante y le toqué el antebrazo. Levantó los ojos y me miró. No había malicia en ellos; sólo una paciente interrogación.

—Recuerde... trate de recordar... ¿Quién era el hombre al que fusilaron?

Pero esto era demasiado. Por mucho que se esforzase, no podía recordarlo. Al fin meneó la cabeza.

—Hace mucho tiempo —dijo.

Bernadette se levantó bruscamente. Dirigió una sonrisa forzada y cortés a Madame.

—Voy a acostarme —me dijo—. No tardes.

Subí veinte minutos más tarde. Mr. Price estaba en su sillón delante del fuego, sin fumar, sin leer. J Contemplando las llamas. Muy satisfecho.

La habitación estaba a oscuras y no quise encender la lámpara de parafina. Me desnudé a la luz de la luna que se filtraba por la ventana y me metí en la cama.

Bernadette yacía inmóvil, pero yo sabía que estaba despierta. Y en qué pensaba. En lo mismo que yo. En aquella espléndida primavera de 1916 en que, el domingo de Pascua, un grupo de partidarios de la entonces impopular idea de que Irlanda debía ser independiente de Gran Bretaña habían asaltado la oficina de Correos y otros importantes edificios.

En los cientos de soldados enviados para sofocar el motín con fuego de fusil y de artillería..., pero no el soldado Price, que debió permanecer en su aburrido cuartel de Islandbridge, pues no había mencionado el incidente. En el humo y el ruido, y los cascotes en las calles y los muertos y los moribundos, irlandeses e ingleses. Y en los rebeldes que al fin fueron sacados de la oficina de Correos, vencidos y desprestigiados. En la extraña bandera tricolor verde, naranja y blanco que habían izado en lo alto del edificio y que fue vergonzosamente arriada y sustituida de nuevo por la Unión Jack británica.

Desde luego, ahora no lo enseñan en los colegios, pues no forma parte de los mitos necesarios, pero sigue siendo un hecho; cuando los rebeldes fueron llevados encadenados a los muelles de Dublín, para embarcar a la cárcel de Liverpool, los dublineses y entre ellos muchos católicos, les repudiaron y maldijeron por causar trastornos a Dublín.

Probablemente la cosa habría terminado allí, de no haber sido por la estúpida y loca decisión de las autoridades británicas de ejecutar a los dieciséis líderes del levantamiento entre el 3 y el 12 de mayo, en la cárcel de Kilmainham. En el término de un año, cambió todo el ambiente; en las elecciones de 1918, el partido de los independentistas triunfó en todo el país. Y después de dos años de guerra de guerrillas, se logró al fin la independencia.

Bernadette se agitó a mi lado. Estaba rígida, presa de sus pensamientos. Yo sabía cuáles eran éstos. Recuerdos de aquellas mañanas de mayo en que las botas claveteadas de los pelotones de ejecución resonaban al marchar desde el cuartel hasta la cárcel en la oscuridad que precede al amanecer. De los soldados que esperaban pacientemente en el patio gris de la cárcel a que el preso fuese conducido al poste levantado delante del paredón del fondo.

Y de su tío. Debía de estar pensado en él, en la noche tibia. El hermano mayor de su padre, adorado aunque muerto antes de nacer ella, negándose a hablar en inglés con los carceleros, hablando sólo en irlandés ante el Consejo de Guerra, erguida la cabeza, levantando el mentón, mirando los cañones de los fusiles al asomar el sol en el horizonte. Y de todos los otros... O'Connell, Clarke, MacDonocugh, y Padraig Pearse. Sí, Pearse.

Gruñí, irritado por mi propia tontería. Era una estupidez. En aquellos tiempos, hubo muchos otros, violadores, saqueadores, asesinos, desertores del Ejército británico, que habían sido fusilados después de un Consejo de Guerra. Había muchos delitos sancionados obligatoriamente con la pena de muerte. Y había guerra, con lo que aumentaban las penas capitales.

«En el verano», había dicho Price. Era un largo período. Desde mayo hasta finales de setiembre. Y los acontecimientos de la primavera de 1916 fueron grandes sucesos en la historia de una pequeña nación. Los soldados rasos no tienen arte ni parte en los grandes sucesos. Rechacé los recuerdos y me dormí.

Nos despertamos temprano, porque el sol entró a raudales por la ventana poco después del amanecer y las gallinas armaron un ruido capaz de despertar a los muertos. Nos lavamos, y yo me afeité lo mejor que pude, con el agua del aguamanil, y después arrojamos ésta por la ventana al patio. Así humedecería la tierra calcinada. Nos vestimos con la misma ropa del día anterior y bajamos.

Madame Price dispuso tazones de humeante café con leche sobre la mesa, y también pan untado con mantequilla, que despachamos de buen grado. No había señales de su marido. Apenas había terminado mi café cuando Madame Price me hizo señas para que la siguiese a la puerta de la granja. En el patio pisoteado por las vacas, junto a la carretera, estaban mi «Triumph» y un hombre que resultó ser el dueño del taller mecánico. Pensé que Mr. Price podría servirme de intérprete, pero no

pude verle en parte alguna.

El mecánico me dio muchas explicaciones, de las que entendí una sola palabra: «*Carborateur.*» La repitió varias veces e hizo además de soplar en un tubo como para quitar una partícula de polvo. Conque era esto..., una cosa muy sencilla. Me prometí seguir un curso de mecánica elemental. Me pidió mil francos, que, antes de que De Gaulle inventase el nuevo franco, equivalía más o menos a una libra esterlina. Me dio las llaves del coche y se despidió.

Pague otros mil francos a Madame Price (en aquellos días, uno podía tomarse unas vacaciones en el extranjero por muy poco dinero) y llamé a Bernadette. Cargamos la maleta y montamos en el coche. El motor arrancó inmediatamente. Madame nos dirigió un último saludo y entró en la casa. Puse marcha atrás, giré y me dirigí a la carretera.

Acababa de llegar a ésta cuando me detuvo un fuerte grito. A través de la ventanilla abierta, vi a Mr. Price cruzando el patio en nuestra dirección y blandiendo su hacha como si fuese un mondadientes.

Me quedé boquiabierto, porque pensé que iba a atacarnos. Si hubiese querido, habría podido partir el coche en pedazos. Entonces vi una expresión de júbilo en su semblante. El grito y el movimiento del hacha habían sido solamente para llamar nuestra atención antes de que nos alejásemos.

Llegó jadeando y su cara de luna apareció junto a la ventanilla.

—Lo he recordado —dijo—. Lo he recordado. Me quedé pasmado. Estaba contento como un chiquillo que ha hecho algo especial para agradar a sus padres.

—¿Recordado? —inquirí. Asintió con la cabeza.

—El nombre del hombre a quien matamos aquella mañana. Era un poeta llamado Pearse.

Bernadette y yo nos quedamos aturcidos, inmóviles, inexpresivos, mirándole sin reaccionar. El júbilo se desvaneció en su semblante. Se había esforzado mucho en complacernos, y había fracasado. Había tomado muy en serio mi pregunta y había estrujado su pobre cerebro durante toda la noche, buscando una información que, para él, era completamente baladí. La había encontrado hacía diez segundos, después de tantos esfuerzos. Con el tiempo justo para dárnosla. Y nosotros sólo le mirábamos, sin decir ni expresar nada.

Sus hombros se encogieron. Después, se irguió, se volvió y regresó a sus pedazos de leña detrás del cobertizo. Poco después, escuché el ritmo de sus hachazos.

Bernadette estaba mirando fijamente hacia delante, a través del parabrisas. Estaba blanca como la cera y tenía los labios apretados. En mi mente se pintó la imagen de un muchacho corpulento y torpón de Rhondda Vallcy, tomando un fusil y una sola bala de manos del comisario ordenador, en su cuartel de Islandbridge, hacía muchos años. Bernadette habló:

—Un monstruo —dijo.

Yo miré a través del patio hacia el lugar donde un hacha subía y bajaba, manejada por un hombre que, con un solo disparo, había desencadenado una guerra y lanzado a una nación por el camino de su independencia.

—No, querida mía —dije—; no es ningún monstruo. Sólo es un soldado que cumplió con su deber.

Metí la marcha y arrancamos en dirección a Bergerac.

UN HOMBRE PRECAVIDO

Timothy Hanson enfocaba los problemas de la vida con paso tranquilo y pausado. Se enorgullecía de su acostumbrado sistema de análisis sereno, seguido de la elección de la alternativa más favorable y de una resuelta puesta en práctica, todo lo cual le había llevado, en los comienzos de su edad madura, a la riqueza y a la posición de que ahora disfrutaba.

Aquella fresca mañana de abril, se quedó plantado en el peldaño superior de la escalinata de la casa de Devonshire Street, corazón de la *élite* médica de Londres, y se examinó, mientras la reluciente puerta negra se cerraba respetuosamente detrás de él.

El doctor, viejo amigo que era su médico de cabecera desde hacía muchos años, se habría sentido preocupado y afligido incluso con un extraño. Tratándose de un amigo, la cosa había resultado aún más dura para él. Había mostrado una angustia mayor que la de su paciente.

—Timothy, sólo tres veces en mi carrera he tenido que dar una noticia como ésta —había dicho, apoyando las manos sobre los dictámenes y las radiografías que tenía delante—. Debes creerme si te digo que es la experiencia más triste en la vida de un médico.

Hanson le había dicho que le creía.

—Si fueses diferente de como sé que eres —había dicho el médico—, me habría sentido tentado a mentirte.

Hanson le había dado las gracias por el cumplido y por su sinceridad.

El doctor le había acompañado personalmente hasta la puerta del consultorio.

—Si puedo hacer algo... Sé que parece una tontería..., pero ya sabes lo que quiero decir..., cualquier cosa...

Hanson había dado un apretón al brazo del médico y sonreído a su amigo. Había sido suficiente.

La recepcionista en bata blanca le había abierto la puerta de la calle. Hanson estaba ahora plantado allí, y respiró profundamente. El aire era fresco y limpio. El viento del nordeste había barrido la ciudad durante la noche. Desde el peldaño superior, contempló la calle de casas discretas y elegantes, casi todas ellas oficinas de asesores financieros, bufetes de abogados caros y consultorios de médicos particulares.

Una joven con tacones altos pasó vivamente por la acera, en dirección a Maryiebone High Street. Era bonita y lozana, de ojos vivarachos y mejillas sonrosadas. Hanson la miró y, cediendo a un impulso, le dirigió una sonrisa e inclinó su cabeza gris. Ella pareció sorprendida y en seguida se dio cuenta de que no le conocía, ni él la conocía a ella. Era un ademán de galantería, no un saludo. Le devolvió la sonrisa y siguió su camino, acentuando un poquitín la ondulación de sus caderas. Richards, el chofer, fingió no advertirlo, pero lo había visto y aprobado. Estaba de pie junto al «Rolls», esperando.

Hanson bajó la escalinata y Richards abrió la portezuela. Hanson subió al automóvil y se arrellanó en su cálido interior. Se quitó el abrigo, lo dobló cuidadosamente, lo colocó sobre el asiento a su lado y depositó el negro sombrero sobre él. Richards ocupó su sitio detrás del volante.

—¿A la oficina, Mr. Hanson? —preguntó.

—A Kent —dijo Hanson.

El «Silver Wraith» había girado hacia el Sur y entrado en Great Portiand Street, en dirección al río, cuando Richards se atrevió a preguntar.

—¿Le ocurre algo a la bomba, señor?

—No —dijo Hanson—. Sigue funcionando. Ciertamente, nada le pasaba a su corazón. En este sentido, era fuerte como un toro. Y no era momento de comentar con su chofer las furiosas e insaciables células que roían su intestino. El «Rolls» pasó por delante de la estatua de Eros, en Piccadilly Circus y entró en la corriente de tráfico que bajaba por Haymarket.

Hanson se echó atrás y contempló la tapicería del techo. Seis meses parecen una eternidad, murmuró para sí, cuando es todo lo que le queda de vida, no parece un período tan largo. No, no lo parece.

Desde luego, tendría que hospitalizarse durante el último mes, le había dicho el médico. Cuando la cosa se pusiese mal. Y se pondría. Pero había calmantes, nuevas drogas, muy poderosas...

El automóvil torció a la izquierda en Westminster Bridge Road y entró en el puente. Por encima del Támesis, Hanson observó la mole cremosa de County Hall moviéndose en su dirección.

Era, pensó, un hombre de fortuna considerable, a pesar de los gravosos índices de impuestos establecidos por el nuevo régimen socialista. Tenía su negocio de monedas raras y preciosas; gozaba de prestigio y de respeto en el ramo, y era dueño de la casa donde aquél se hallaba establecido. Y él era el único amo, sin socios ni participantes.

El «Rolls» había tomado el desvío de Elephant y Castie y se dirigía a la Old Kent Road. La estudiada elegancia de Maryiebone había quedado muy atrás, así como la riqueza comercial de Oxford Street y las sedes gemelas de poder de Whitehall y County Hall, a horcajadas sobre el río en Westminster Bridge. Desde el Elephant hacia delante, el escenario era más pobre, modesto, parte de la faja de zonas urbanas conflictivas, entre la riqueza y el poder del centro y la pulida complacencia de los suburbios residenciales.

Hanson observó los viejos y cansados edificios, ovillado en su automóvil de 50.000 libras, que rodaba por una autopista de 1.000.000 de libras la milla. Pensó con cariño en la adorable casa solariega de Kent a la que se dirigía, levantada en medio de un cuidado parque de 600 áreas, salpicado de robles, hayas y limas. Se preguntó qué sería de ella. Además, tenía el gran apartamento de Mayfair, donde pasaba ocasionalmente noches de entre semana, en vez de viajar a Kent, y donde podía recibir a compradores extranjeros en un ambiente menos formal que el de un hotel y generalmente más adecuado para la campechanía y, por ende, para hacer buenos negocios.

Aparte de la empresa y de los dos inmuebles de su propiedad, tenía su colección de monedas particular, reunida con amoroso cuidado durante muchos años, y la cartera de acciones y obligaciones, por no hablar de las cuentas corrientes en diferentes Bancos y del automóvil en que ahora viajaba.

Éste se detuvo en seco en un paso de peatones de uno de los sectores más pobres de la Old Kent Road. Richards emitió un gruñido de irritación. Hanson miró por la ventanilla. Una hilera de niños cruzaba la calle bajo la dirección de cuatro monjas. Dos de éstas iban en cabeza, y las otras dos cerraban la retaguardia. Al final de la cola, un niño pequeñito se había detenido en mitad del paso y contemplaba el «Rolls Royce» con no disimulado interés.

Tenía una cara redonda y agresiva, y chata la nariz. Sus cabellos despeinados estaban cubiertos por un gorro torcido y con las iniciales Tt. B; uno de sus calcetines estaba caído, arrugado sobre el tobillo, sin duda porque la liga desempeñaba una función más importante en otro sitio, como parte vital de un tirachinas. Levantó la mirada y vio la distinguida cabeza de plata que le miraba desde detrás del cristal de la ventanilla. Sin vacilar, el rapazuelo hizo una mueca, se llevó el pulgar de la mano derecha a la nariz y movió los otros dedos, en ademán desafiador.

Sin cambiar de expresión, Timothy Hanson colocó también el pulgar de su mano derecha sobre la punta de la nariz y correspondió al chaval con un ademán idéntico al suyo. El chico pareció pasmado. Bajó la mano y, después, sonrió de oreja a oreja. Un segundo más tarde, fue empujado fuera del paso de peatones por una atribulada y joven monja. La cola se había formado de nuevo y marchaba en dirección a un gran edificio gris apartado de la calzada, detrás de la barandilla. Libre del impertinente obstáculo, el «Rolls» arrancó de nuevo hacia Kent.

Treinta minutos más tarde, habían dejado atrás los extensos suburbios, y se abrió ante ellos la larga cinta de la autopista M20. Los North Downs quedaron también atrás, y el automóvil entró en el paisaje de onduladas colinas y valles del jardín de Inglaterra. Hanson pensó ahora en su esposa, muerta hacía diez años. Su matrimonio había sido feliz; sí, muy feliz, aunque no habían tenido hijos. Quizás hubiesen debido adoptar uno; habían pensado bastante en ello. Ella era hija única, y sus padres habían muerto hacía tiempo. En cuanto a él, solo le quedaba una hermana, por la que sentía verdadera antipatía, sólo igualada por la que le inspiraban su aborrecible marido y su igualmente desagradable hijo.

Al sur de Maidstone, se acabó la autopista y, unas millas más adelante, en Harrietsham, Richards

salió de la carretera principal y torció hacia el Sur, en dirección a ese estuche de huertos pulquérrimos, campos, bosques y alegres jardines, al que llaman el Weald. Era en este delicioso sector rural donde Timothy Hanson tenía su casa de campo.

Tenía que contar también con el ministro de Hacienda, pensó Hanson. Reclamaría su parte, y no sería grano de anís. Porque la suerte estaba echada. Después de demorarlo años y años, por una u otra razón, tenía ahora que hacer testamento.

—Mr. Pound le recibirá en seguida, señor —dijo la secretaria.

Timothy Hanson se levantó y entró en el despacho de Martin Pound, socio más antiguo de la firma de abogados «Pound y Gogarty».

Como muchos hombres ricos y maduros, Hanson había contraído amistad personal con sus cuatro consejeros más valiosos: el abogado, el agente de cambio y Bolsa, el asesor mercantil y el medico, y estaba en inmejorables relaciones con todos ellos. Los dos hombres se sentaron,

—¿En qué puedo servirte? —preguntó Pound.

—Desde hace tiempo, Martin, me has aconsejado que haga testamento —dijo Hanson.

—Cierto —respondió el abogado—. Es una precaución muy necesaria y que se olvida muchas veces.

Hanson hurgó en su cartera y sacó un abultado sobre de papel manila, sellado con lacre rojo. Lo alargó sobre la mesa al sorprendido abogado.

—Aquí está —dijo.

Pound tomó el sobre con un gesto de perplejidad en su rostro siempre tranquilo.

—Espero, Timothy, que... En el caso de un caudal tan importante como el tuyo...

—No te preocupes —repuso Hanson—. Ha sido redactado por un abogado. Debidamente firmado por mí y por los testigos. No hay ninguna ambigüedad, nada que pueda dar pie a impugnarlo.

—Comprendo —dijo Paúl.

—No lo tomes a mal, viejo amigo. Sé que te estás preguntando por qué no te encargué su redacción y acudí a un abogado provinciano. Tuve mis razones. Por favor, confía en mí.

—Desde luego —dijo apresuradamente Pound—. No hables más de ello. ¿Deseas que lo guarde en lugar seguro?

—Sí. Pero hay otra cosa. En él te designo como único albacea. Sé que preferirías haberlo visto. Pero te doy mi palabra de que no hay nada, en las funciones del albacea, que pueda turbar tu conciencia, tanto profesional como personalmente. ¿Aceptas?

Pound sopesó el grueso sobre con las manos.

—Sí —dijo—, puedes contar con ello. En todo caso, estoy seguro de que hablamos de un futuro remoto. Tienes un aspecto magnífico. Viendo las cosas como son, es probable que vivas más que yo. ¿Qué harás entonces?

Hanson aceptó la lisonja por la buena intención que la había provocado. Diez minutos más tarde, salió al claro sol de mayo, en Gray's Inn Road.

Hasta mediados de setiembre, Timothy Hanson se mostró tan activo como siempre. Hizo varios viajes al Continente y frecuentó aún más la City de Londres. Pocos hombres que mueren antes de hora tienen oportunidad de poner en orden sus muchos y complicados asuntos, y Hanson quería estar seguro de que los suyos quedarían exactamente arreglados como él pretendía.

El 15 de setiembre, llamó a Richards. El chofer y hombre-para-todo que, con su esposa, cuidaba de Hanson desde hacía doce años, encontró a su patrono en la biblioteca.

—Tengo que darle una noticia —Hanson—. A final de año, pienso retirarme.

Richards se sorprendió, pero no dio señales de ello. Pensó que habría algo más.

—También pienso emigrar —dijo Hanson— y pasar mi retiro en una residencia mucho más pequeña, en algún lugar donde luzca el sol.

Conque era esto, pensó Richards. De todos modos, el viejo se mostraba considerado al avisarle con tres meses de anticipación. Pero, tal como estaba el mercado de trabajo, tendría que empezar a buscar en seguida. Y no era sólo el trabajo, sino la linda y pequeña vivienda de que disfrutaba ahora.

Hanson tomó un grueso sobre de encima de la repisa de la chimenea. Lo tendió a Richards, que lo tomó sin comprender.

—Temo —dijo Hanson— que, a menos que los futuros ocupantes de la casa quieran seguir contando con sus servicios y con los de Mrs. Richards, tendrá que buscar otro empleo.

—Sí, señor —dijo Richards.

—Desde luego, le dejaré las mejores referencias antes de marcharme —repuso Hanson—. Sin embargo, por razones de negocio, le estimaré que no mencione esto en el pueblo, ni lo diga a nadie hasta que sea necesario. También le agradecería que no buscara otro empleo hasta, digamos, el primero de noviembre. Dicho en pocas palabras, no quisiera que se supiese de momento la noticia de mi próxima partida.

—Muy bien, señor —contestó Richards, que sostenía aún el grueso sobre.

—Esto me lleva —dijo Hanson— a la última cuestión. Ese sobre. Usted y Mrs. Richards me han servido bien y fielmente durante los pasados doce años. Quiero que sepa que lo aprecio. Siempre lo he apreciado.

—Gracias, señor.

—Les agradecería mucho que siguiesen igualmente fieles a mi memoria cuando me haya ido. Sé que pedirle que no busque empleo durante las próximas seis semanas puede ser duro para usted. Aparte de esto, quisiera ayudarle de algún modo en su vida futura. Este sobre contiene diez mil libras, en billetes usados de veinte libras.

Richards perdió al fin su aplomo. Arqueó las cejas.

—Gracias, señor —dijo.

—Por favor, no me lo agradezca —dijo Hanson—. Se lo doy en la desacostumbrada forma de dinero efectivo, porque, como casi todo el mundo, me fastidia que el fisco se lleve una buena tajada del dinero que he ganado con mi trabajo.

—Tiene usted razón —dijo, calurosamente, Richards.

Podía palpar los gruesos fajos de billetes a través del sobre.

—Una cantidad como esta devengaría un fuerte impuesto, que usted tendría que pagar. Yo le aconsejaría que no lo ingresase en el Banco, sino que lo guardase en lugar seguro. Y que no gastara cantidades importantes que pudiesen llamar la atención. Está únicamente destinado a ayudarle en su nueva vida, dentro de unos meses.

—No se preocupe, señor —dijo Richards—. Conozco el paño. Todos hacen lo mismo, hoy en día. Y muchísimas gracias, en nombre de los dos.

Richards cruzó el patio enarenado para seguir limpiando el flamante «Rolls Royce». Se sentía optimista. Su salario había sido siempre generoso, y, teniendo habitación de balde, había podido ahorrar bastante. Con esta nueva ganga, quizá no tendría necesidad de volver a la cada vez más agotada bolsa de trabajo. Había una pequeña casa de huéspedes en Porthcawl, en su Gales natal, que él y Megan habían descubierto aquel mismo verano...

El 1 de octubre por la mañana, Timothy Hanson bajó de su dormitorio antes de que el sol se hubiese elevado sobre el horizonte. Mrs. Richards tardaría aún una hora en llegar para prepararle el desayuno y empezar la limpieza.

Había sido otra noche terrible, y las píldoras que guardaba en el cajón cerrado de su mesita de noche iban perdiendo la batalla contra las punzadas de dolor que le desgarraban el bajo vientre. Estaba pálido y macilento, más viejo de lo que correspondía a su edad. Se dio cuenta de que ya no había nada que hacer. Había llegado su hora. Pasó diez minutos escribiendo una breve nota a

Richards, pidiéndole disculpas por su inofensiva mentira de quince días atrás y diciéndole que telefonease a Martin Pound para que viniese inmediatamente. Dejó la carta sobre el suelo, en lugar visible junto a la puerta de la biblioteca, destacando contra el oscuro entarimado. Después telefoneó a Richards y dijo al hombre adormilado que le contestó que no necesitaría que Mrs. Richards le sirviese temprano el desayuno, pero que, en cambio, necesitaría al chofer en la biblioteca, dentro de treinta minutos.

Cuando hubo terminado, sacó de su mesa escritorio la escopeta cuyos cañones había recortado unos 25 cm. para hacerla más manejable. La cargó con dos cartuchos de grueso calibre y se retiró a la biblioteca.

Meticuloso hasta el fin, cubrió su sillón de orejas predilecto con una gruesa manta, consciente de que pronto pertenecería a otra persona. Se sentó en el sillón, acariciando el arma. Echó una última mirada a los libros que tanto apreciaba y a las vitrinas que habían albergado su tan querida colección de monedas raras. Después, dirigió los cañones contra su pecho, apoyó el dedo en los gatillos, aspiró profundamente y disparó sobre su corazón.

Mr. Martin Pound cerró la puerta de la sala de juntas contigua a su despacho y ocupó su sitio en la cabecera de la larga mesa. En la mitad de ésta, a la derecha, hallábase sentada Mrs. Armitage, hermana de su cliente y amigo, y a la que conocía por referencias. Su marido se sentaba a su lado. Ambos vestían de negro. Al otro lado de la mesa, con aire aburrido e indolente, estaba sentado su hijo. Tarquín, joven de poco más de veinte años y que parecía sentir un interés desordenado por el contenido de su desmesurada nariz. Mr. Pound se caló las gafas y se dirigió al trío.

—Deben saber que el difunto Timothy Hanson me pidió que actuase como único albacea en su sucesión. En circunstancias normales, y en mi expresada condición, habría abierto el testamento inmediatamente después de su muerte, para el caso de que hubiese alguna instrucción inmediata, referente, por ejemplo, a la forma del entierro.

—Entonces, ¿no lo redactó usted? —preguntó Armitage, padre.

—No, no lo redacté —respondió Pound.

—¿Y no sabe el contenido? —preguntó Armitage, hijo.

—No; lo desconozco —dijo Pound—. En realidad, el difunto Mr. Hanson impidió la apertura del testamento, al dejarme una carta personal sobre la repisa de la chimenea de la habitación donde murió. En ella ponía en claro varias cosas, que ahora estoy en condiciones de comunicarles a ustedes.

—Vayamos al testamento —dijo el joven Armitage.

Mr. Pound le miró fríamente y no le respondió.

—Cállate, Tarquín —dijo suavemente Mrs. Armitage.

Pound siguió diciendo:

—En primer lugar, Timothy Hanson no se suicidó en un estado de desequilibrio mental. En realidad, estaba en la última fase de un cáncer incurable, y conocía su enfermedad desde el mes de abril último.

—Pobre infeliz —dijo Armitage, padre.

—Yo mostré después esta carta al instructor del Condado de Kent, y el hecho fue confirmado por el médico forense en la autopsia. Esto permitió que las formalidades del certificado de defunción y la encuesta se cumplieran en sólo quince días. En segundo lugar, decía claramente que no quería que se abriese y leyese el testamento hasta que hubiesen terminado aquellas formalidades. Por último, declaraba su deseo de que se procediese a una lectura formal del testamento, con abstención de toda comunicación por correo, en presencia de su única pariente superviviente, su hermana Mrs. Armitage, y el marido y el hijo de ésta.

Los otros tres miraron a su alrededor con creciente y no precisamente dolorida sorpresa.

—Pero sólo estamos nosotros tres aquí —dijo Armitage, hijo.

—Exacto —dijo Pound.

—Entonces, debemos ser los únicos beneficiarios

—dijo Armitage, padre.

—No necesariamente —repuso Pound—. Si les he convocado hoy aquí, ha sido sólo atendiendo a la carta de mi difunto cliente.

—Si pretendió gastarnos una broma... —dijo hoscamente Mrs. Armitage.

Apretó los labios, con facilidad nacida de una larga práctica.

—¿Puedo proceder a la lectura del testamento?

—preguntó el señor Pound.

—Adelante —dijo el joven Armitage. Martín Pound tomó un fino cortapapeles y abrió cuidadosamente el grueso sobre que tenía en la mano. Sacó de el otro sobre abultado y un documento de tres páginas, con los márgenes de la izquierda sujetos con una cinta verde. Pound dejó a un lado el voluminoso sobre y abrió el pliego de papeles. Empezó a leer.

—«Esta es la última voluntad de Timothy John Hanson, natural de...»

—Sabemos todo esto —interrumpió Armitage, padre.

—Vaya al grano —dijo Mrs. Armitage. Pound les miró con disgusto por encima de las gafas. Prosiguió:

—«Declaro que este mi testamento debe ser protocolizado de acuerdo con la ley inglesa. Segundo: revoco todos mis anteriores testamentos y actos de última voluntad...»

Armitage, hijo, lanzó un ruidoso suspiro, como si estuviese acabando la paciencia.

—«Tercero: nombro albacea a Martín Pound, de Pound y Gogarty, abogado, y le encargo que administre mi herencia, pague todas mis deudas legítimas y cumpla la cláusula de este mi testamento. Cuarto: pido a mi albacea que, al llegar a este punto de la lectura, abra el sobre adjunto, en el que encontrará el dinero para los gastos de mi entierro, el pago de sus honorarios profesionales y cualesquiera otros desembolsos que tuviese que hacer para el cumplimiento de mi voluntad. En el caso de que sobrase algún dinero, le ruego que lo destine a una obra de caridad de su propia parroquia.»

Mr. Pound dejó el testamento y asió de nuevo el cortapapeles. Sacó del sobre cinco fajos de billetes de 20 libras, todos nuevos y sujetos con una cinta de color castaño en la que se indicaba que cada fajo contenía la suma de 1.000 libras. Se hizo el silencio en la sala. Armitage, hijo, dejó de explorar una de sus cavidades nasales y contempló fijamente el montón de dinero, con la indiferencia de un sátiro observando a una virgen. Martín Pound volvió a tomar el testamento.

—«Quinto: pido a mi único albacea que, en consideración a nuestra larga amistad, asuma sus funciones el día siguiente a mi entierro.»

Martin Pound volvió a mirar por encima de las gafas.

—En circunstancias normales —dijo—, habría ya inspeccionado el negocio de Mr. Hanson en la ciudad y sus otros bienes conocidos, para asegurarme de que eran administrados bien y fielmente, al objeto de que los beneficiarios no sufriesen perjuicios por negligencias en la gestión. Sin embargo, sólo en este instante he sido encargado oficialmente del albaceazgo, y antes de ahora no podía hacerlo. Además, resulta que no puedo empezar hasta el día siguiente al del entierro.

—Oiga —dijo Armitage, padre—, si hubiese negligencia, podría reducirse el valor de la herencia, ¿no?

—No puedo decirlo —respondió Pound—. Pero dudo de que se produzca tal cosa. Mr. Hanson tenía unos auxiliares excelentes en su negocio de la City, y sé de fijo que confiaba en su lealtad y en su competencia.

—Sin embargo, ¿no sería mejor que usted hiciese algo? —sugirió Armitage.

—El día después del entierro —dijo Pound.

—Entonces, que el entierro se celebre lo antes posible —intervino Mrs. Armitage.

—Como usted quiera —dijo Pound—. Usted es *su* más próxima pariente. «Sexto: de todo el resto de mis bienes, instituyo...»

Aquí, Martin Pound hizo una pausa y pestañeó, como si no pudiese dar crédito a lo que leía. Tragó saliva y prosiguió:

—«...instituyo heredera a mi querida hermana, en la confianza de que compartirá su buena fortuna con su querido esposo Norman y con su simpático hijo Tarquín. Ello sujeto a la condición establecida en el párrafo séptimo.»

Hubo un silencio de pasmo. Mrs. Armitage se llevó delicadamente el pañuelo a los ojos, no para enjugar una lágrima, sino para disimular la sonrisa que torcía las comisuras de sus labios. Cuando apartó el pañuelo, miró a su esposo y a su hijo con el aire de una gallina vieja que, al levantar el trasero, se ha encontrado con un huevo de oro macizo. Los dos Armitage varones permanecieron sentados, con la boca abierta.

—¿A cuánto asciende su caudal? —preguntó al fin el padre.

—Realmente, no lo sé —dijo Pound.

—Vamos, tiene usted que saberlo —insistió el hijo—. Aproximadamente. Usted llevaba todos sus asuntos.

Pound pensó en el abogado desconocido que había redactado el testamento que tenía en la mano.

—Casi todos... —dijo.

—¿Y bien...?

Pound cedió. Por muy desagradable que le resultasen los Armitage, eran los únicos beneficiarios del testamento de su difunto amigo.

—Yo diría, dados los precios actuales en el mercado, y suponiendo que se realizasen todos los bienes, entre dos millones y medio y tres millones de libras.

—¡Diablos! —exclamó el viejo Armitage, y empezó a hacer un cálculo mental—. ¿A cuánto ascenderá el impuesto de sucesiones?

—Temo que a un suma muy importante.

—¿Cuánto?

—Siendo una herencia tan cuantiosa, aplicarán a buena parte de ella el mayor índice, que es del setenta y cinco por ciento. Sobre el total, calculo que será aproximadamente el sesenta y cinco por ciento.

—¿Quedando un millón limpio? —preguntó el hijo.

—Es una estimación muy vaga, compréndalo —respondió Pound, desatentadamente.

Pensó en cómo había sido su amigo Hanson: educado, caprichoso minucioso. Por el amor de Dios, Timothy, ¿por qué, por qué lo has hecho?

—Queda el párrafo séptimo —observó.

—¿Qué dice? —preguntó Mrs. Armitage, saliendo de su ensueño referente a un auge social. Pound reanudó la lectura.

—«Durante toda mi vida, me ha horrorizado que un día pueda ser comido bajo tierra por los gusanos y otros parásitos —leyó—. Por consiguiente, hice construir un ataúd forrado de plomo, que se encuentra depositado en la empresa de pompas fúnebres "Bennet y Gaines", en la población de Ashford. Quiero ser llevado en él a mi última morada. En segundo lugar, nunca he querido que un día pudiese desenterrarme una excavadora o algo por el estilo. En consecuencia, ordeno que arrojen mi cadáver al mar, concretamente a veinte millas al sur de la costa de Devon, donde antaño serví como oficial de Marina. Por último, quiero que sean mi hermana y mi cuñado quienes, por el amor que me profesaron durante toda su vida, se encarguen de lanzar mi ataúd al océano. Y digo a mi albacea que, si no se cumpliese cualquiera de estas disposiciones, o mis beneficiarios pusiesen cualquiera

impedimento, quedará nulo y sin efecto todo lo anteriormente establecido, y la totalidad de mi herencia pasarán a la Hacienda.»

Martin Pound levantó la mirada. En su fuero interno, le sorprendían los temores y caprichos de su amigo, pero no dio la menor señal de ello.

—Ahora, Mrs. Armitage, tengo que preguntarle formalmente: ¿tiene usted que formular alguna objeción a los deseos expresados por su difunto hermano en el párrafo séptimo?

—Realmente, un entierro en el mar es una estupidez —dijo ella—. Y no creía que estuviese permitido.

—Es sumamente raro, pero no ilegal —respondió Pound—. Conozco otros casos.

—Será muy caro —dijo el hijo—. Mucho más que en un cementerio. ¿Por qué no una cremación?

—El costo del entierro no afectará a la herencia —dijo seriamente Pound—. Los gastos saldrán de aquí —Tocó las 5.000 libras que tenía junto al codo—. Y ahora, ¿alguna objeción?

—Bueno, no sé...

—Tengo que advertirles que, si se oponen, el testamento quedará nulo y sin valor en lo tocante a ustedes.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Que todo pasaría al Estado —gruñó su marido.

—Exactamente —dijo Pound.

—Entonces, no me opongo —dijo Mrs. Armitage—. Aunque pienso que es una ridiculez.

—Si es así, ¿debo entender que me autoriza para tomar las disposiciones necesarias? —preguntó Pound.

Mrs. Armitage asintió bruscamente con la cabeza.

—Cuanto antes mejor —dijo su marido—. Así podremos proceder a la protocolización del testamento y al cobro de la herencia.

Martin Pound se levantó rápidamente. Estaba harto.

—No hay más cláusulas en el testamento. Todas sus páginas están firmadas por el testador y los testigos. Por consiguiente, creo que no hay más que discutir. Haré las gestiones necesarias y me pondré en contacto con ustedes para fijar el día y el lugar, Buenos días.

No es muy agradable encontrarse en medio del Canal de la Mancha a mediados de octubre, salvo para los entusiastas. Mr. y Mrs. Armitage dejaron bien claro, antes de salir del puerto, que a ellos no les entusiasma en absoluto.

Mr. Pound suspiró, mientras aguantaba los embates del viento en la popa de la embarcación, para no tener que estar con ellos en la cabina. Había tardado una semana en hacer las gestiones y había contratado una barca de arrastre en Brixham, Devon. Los tres marineros que la tripulaban habían aceptado el desacostumbrado trabajo, después de fijar un precio adecuado y de asegurarse de que no quebrantarían ninguna ley. En aquella época, la pesca en el Canal rendía poco.

Se había necesitado una polea para subir el ataúd de media tonelada a la camioneta, en el patio de atrás de la empresa de pompas fúnebres kentiana. Después, la camioneta había arrancado y el automóvil negro la había seguido hasta la costa del Sudoeste. Los Armitage no habían parado de quejarse en todo el trayecto. En Brixham, la camioneta se había arrimado al muelle, y el ataúd había sido depositado en la barca. Ahora estaba atravesado sobre dos tablones en la amplia cubierta de popa, brillando su encerada madera de roble y sus pulidas guarniciones de metal bajo el cielo de la mañana de otoño.

Tarquin Armitage había acompañado al grupo en el automóvil hasta Brixham, pero, después de echar una mirada al mar, había preferido quedarse en el caldeo interior de una hostería de la población. En todo caso, su presencia en la ceremonia fúnebre era innecesaria. El capellán retirado de

la Marina Real, a quien había localizado Pound a través del correspondiente departamento del Almirantazgo, había aceptado con satisfacción un generoso estipendio por sus servicios y se hallaba ahora sentado en la pequeña cabina con los demás, cubierto su sobrepelliz con un grueso gabán.

El patrón de la barca de arrastre anduvo sobre la cubierta y se acercó a Pound. Sacó una carta marina, que fue agitada por la brisa, y señaló con el dedo índice un punto a veinte millas al sur del puerto de partida. Arqueó una ceja. Pound asintió con un movimiento de cabeza.

—Aguas profundas —dijo el patrón. Señaló el ataúd con la cabeza—. ¿Le conocía usted?

—Mucho —dijo Pound.

El patrón lanzó un gruñido. Tripulaba la pequeña barca de arrastre con su hermano y un primo; casi todos aquellos pescadores eran parientes. Estos tres eran rudos devonianos, de cara y manos tostadas por el sol, de la madera de sus antepasados, que habían pescado en aquellas turbulentas aguas desde los tiempos en que Drake aprendía la diferencia entre el palo mayor y el de mesana.

—Llegaremos dentro de una hora —dijo, y volvió tambaleándose a la proa.

Cuando llegaron al lugar señalado, el patrón situó la barca de proa al viento y la mantuvo inmóvil con el motor casi parado. El primo tomó una larga pieza de madera, tres tablas fijadas con travesanos por su parte inferior, de una anchura total de un metro, y la apoyó en la borda, con la cara lisa hacia arriba y de manera que la barandilla quedase casi en la mitad del plano en declive, a la manera del eje de un columpio. Así, la mitad de la rampa se apoyaba en la cubierta, y la otra mitad sobresalía sobre el encrespado mar. Mientras el hermano del patrón manejaba el motor de la cabria, su primo prendía unos ganchos en las cuatro asas metálicas del ataúd.

Zumbó el motor y se tensaron los cables. El gran ataúd se alzó de la cubierta. El hombre de la cabria lo mantuvo a una altura de un metro y el primo empujó el féretro de roble sobre las tablas. Lo situó de cara al mar y asintió con la cabeza. El de la cabria lo bajó hasta apoyarlo justamente sobre la barandilla. Aflojó los cables y el ataúd, con un chasquido, quedó en la debida posición, medio fuera y medio dentro de la barca. Mientras el primo lo mantenía fijo, el de la cabria bajó, quitó los ganchos y ayudó a levantar el borde de las tablas hasta dejarlas en sentido horizontal. Ahora el ataúd pesaba poco, porque estaba equilibrado. Uno de los hombres miró a Pound y éste llamó al capellán y a los Armitage para que saliesen de su refugio.

Los seis permanecieron en silencio bajo las nubes bajas, salpicados ocasionalmente por la cresta de una ola al pasar y esforzándose en mantener el equilibrio en aquel mar embravecido y sobre la oscilante cubierta. En honor del capellán, hay que decir que fue lo más breve posible, dentro de la dignidad, agitados sus blancos cabellos y el sobrepelliz por las ráfagas del viento. Norman Armitage estaba también descubierto, y parecía mareado como el loro del cuento y helado hasta los huesos. Lo que pensaba de su difunto pariente, que yacía ahora tan cerca de él, envuelto en capas de alcanfor, plomo y roble, puede presumirse fácilmente. En cuanto a Mrs. Armitage, con su abrigo de pieles, su sombrero y una bufanda de lana, sólo se le podía ver la afilada y helada nariz.

Martin Pound contempló el cielo mientras seguía el sacerdote con su rezo. Una gaviota solitaria daba vueltas en el viento, insensible a la humedad, al frío y al mareo, sin saber nada de impuestos y testamentos y parientes, autosuficiente en su perfección aerodinámica, independiente, libre. El abogado volvió a mirar el ataúd y, después, el océano. No estaba mal, pensó, si uno se dejaba llevar por el sentimentalismo. Personalmente, nunca se había preocupado de lo que sería de él después de muerto, y no sabía que a Hanson le hubiese importado tanto esta cuestión. Pero, si a uno le importaban estas cosas, no era un mal lugar de descanso. Vio la madera de roble salpicada de espuma que nunca podría penetrar en ella. «Bueno, nadie te molestará ahí, viejo amigo», pensó.

—...encomendamos a Tu eterna clemencia a nuestro hermano Timothy John Hanson, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Pound advirtió, de pronto, que el sacerdote había terminado. Éste le miraba, interrogador. Pound hizo una seña a los Armitage. Éstos se situaron junto a los pescadores y apoyaron una mano en la parte de atrás del ataúd. Pound asintió con la cabeza, en dirección a los hombres, que levantaron poco a poco el extremo de las tablas. El otro extremo se hundió en el agua. Por fin se movió el ataúd. Los dos Armitage empujaron. Se oyó un chirrido y el féretro se deslizó rápidamente. La barca osciló. El ataúd golpeó el lado de una ola, con un ruido sordo, más que un chasquido. Y desapareció. Instantáneamente. Pound miró al patrón, que estaba arriba, en la caseta del timón. El hombre levantó

una mano y señaló en dirección al sitio de donde habían venido. Pound asintió de nuevo con la cabeza. Aumentó el zumbido del motor. Las tablas habían sido retiradas y guardadas. Los Armitage y el capellán corrían a guarecerse. Aumentaba la fuerza del viento.

Era casi de noche cuando doblaron la punta del malecón de Brixham; las primeras luces brillaban en las casas de allende el muelle. El capellán tenía su cochecito aparcado cerca de allí, y se marchó rápidamente. Pound pagó al patrón, satisfecho de ganar en una tarde tanto como en una semana pescando caballas. Los de la empresa de Pompas Fúnebres esperaban con el automóvil y el aburrido Tarquín Armitage. Pound les cedió el automóvil para ellos solos. Prefería volver a Londres en tren, sin compañía.

—Espero que calculará usted inmediatamente el valor del caudal —dijo Mrs. Armitage, con voz estridente—. Y que hará protocolizar el testamento. No queremos más comedias.

—Tengan la seguridad de que no perderé tiempo —dijo friamente Pound—. Tendrán mis noticias.

Saludó y se dirigió a la estación. Presumía que el asunto no sería largo. Tenía ya todos los detalles de la herencia de Hanson. Y todo estaría en orden. Hanson era un hombre tan precavido...

Hasta mediados de noviembre no pudo Mr. Pound comunicar de nuevo con los Armitage. Aunque sólo invitó a Mrs. Armitage, como única beneficiaria, a visitar su bufete de Gray's Inn Road, ella se presentó con su marido y su hijo.

—En cierto modo, me encuentro un poco perplejo —dijo el abogado.

—¿Sobre qué?

—Sobre el caudal de su difunto hermano, Mrs. Armitage. Permita que le explique. Como abogado de Mr. Hanson, sabía ya cuáles eran las diversas partidas que componían su herencia; por consiguiente, pude examinarlas una a una sin pérdida de tiempo.

—¿Y qué son? —preguntó ella, bruscamente. Pound no permitió que le apremiasen.

—Tenía, en efecto, siete partidas importantes en su caudal. En conjunto, representan el noventa y nueve por ciento de sus bienes. En primer lugar, estaba el negocio de monedas raras y preciosas que tenía en la City. Debe usted saber que era una empresa privada de su exclusiva propiedad. La fundó y la desarrolló él mismo. También poseía, a través de la empresa, el edificio en que se halla emplazada. Lo compró, con una hipoteca, poco después de la guerra, cuando los precios eran bajos. La hipoteca fue cancelada hace tiempo; la empresa poseía el edificio libre de cargas, y él poseía la empresa.

—¿Qué valor tiene todo esto? —preguntó Armitage, padre.

—Aquí no hay problema —dijo Pound—. Con el edificio, las mercaderías en existencia, la clientela y los alquileres pendientes de las otras tres compañías ocupantes del inmueble, exactamente un millón doscientas cincuenta mil libras.

El joven Armitage silbó entre dientes e hizo un guiño.

—¿Cómo lo sabe con tanta exactitud? —preguntó Armitage.

—Porque lo vendió por esa suma.

—¿Qué...?

—Tres meses antes de morir, después de unas breves negociaciones, vendió la empresa, con todo su activo, a un rico comerciante holandés que deseaba comprarla desde hacía años. La suma pagada es la que acabo de mencionar.

—Pero él trabajó allí hasta casi el día de su muerte —objetó Mrs. Armitage—. ¿Quién más sabía esto?

—Nadie —dijo Pound—. Ni siquiera el personal. La escritura de venta del edificio fue redactada por un abogado modesto, el cual, cumpliendo su deber, no dijo una palabra acerca de ello. El resto de la venta se hizo constar en contrato privado entre él y el comprador holandés. Pero se establecían condiciones. Sus cinco empleados debían conservar sus puestos, y él seguiría como único gerente

hasta final de este año o hasta su muerte, si se producía, como así fue, antes de aquella fecha. Desde luego, el comprador pensó que esto no era más que una formalidad.

—¿Ha visto usted a ese hombre? —preguntó Mrs. Armitage.

—¿Al señor de Jong? Sí. Es un acreditado comerciante en monedas de Amsterdam. He visto los documentos. Todos están perfectamente en regla; son absolutamente legales.

—¿Y qué hizo él con el dinero? —preguntó el viejo Armitage.

—Lo ingresó en el Banco.

—Entonces, no hay problema —dijo el hijo.

—La segunda partida era su casa solariega de Kent, una propiedad magnífica, con 60 áreas de parque. En junio pasado, hipotecó esta propiedad por el noventa y cinco por ciento de su valor. En el momento de su muerte, sólo había pagado un trimestre de intereses. Al morir el la sociedad constructora se convirtió en primer acreedor, y ahora, ha tomado posesión de los títulos de propiedad. También esto es perfectamente legal.

—¿Cuánto le dieron por la finca? —preguntó Mrs. Armitage.

—Doscientas diez mil libras —dijo Pound.

—¿Y también las ingresó en el Banco?

—Sí. Después, estaba su apartamento de Mayfair. Lo vendió por contrato privado aproximadamente al mismo tiempo, valiéndose de otro abogado para el contrato de venta, y por el precio de ciento cincuenta mil libras. Esta suma fue también ingresada en el Banco.

—Y van tres. ¿Qué más? —preguntó el hijo.

—Aparte de estas tres propiedades, tenía una valiosa colección de monedas. Ésta fue vendida por partes, a través de la empresa, por poco más de medio millón de libras, en un periodo de varios meses. Pero las facturas se guardaron por separado y fueron encontradas en su caja de caudales de la casa de campo. Perfectamente legales y cuidadosamente anotadas. Ingresó en el Banco los precios de cada una de las ventas. Su agente de Cambio y Bolsa, por orden suya, vendió toda su cartera de valores antes del primero de agosto. En penúltimo lugar, estaba su «Rolls Royce». Lo vendió por cuarenta y ocho mil libras, y alquiló otro coche. Por último, tenía cuenta corriente en diversos Bancos. La herencia total, por lo que he podido averiguar, y estoy convencido de no haberme dejado nada, importa poco más de tres millones de libras.

—¿Quiere usted decir —dijo Armitage, padre— que, antes de morir, él realizó todos los bienes que poseía, los convirtió en dinero efectivo e ingresó éste en el Banco, sin decirlo a nadie ni levantar la menor sospecha en sus conocidos y en los que trabajaban para él?

—Ni yo habría podido expresarlo mejor —confesó Pound.

—Bueno, a nosotros no nos habría interesado toda esa chatarra —dijo el joven Armitage—. Le habríamos encargado que la vendiese. Por consiguiente, él le ahorró este trabajo en los últimos meses. Ahora, sólo hace falta que pague las deudas, liquide el impuesto y nos dé el dinero.

—Siento no poder hacerlo —dijo Mr. Pound.

—¿Por qué no? —preguntó Mrs. Armitage, en tono ligeramente irritado.

—El dinero que depositó, por todas aquellas ventas...

—¿Qué?

—Lo retiró.

—¿Qué...?

—Lo ingresó, y después lo retiró. De muchos Bancos, en cantidades parciales, en un período de muchas semanas. Pero lo retiró todo. En dinero efectivo.

—No se pueden retirar tres millones de libras en efectivo —dijo el viejo Armitage, con incredulidad.

—¡Oh, sí que se puede! —replicó mansamente Pound—. No de una sola vez, desde luego; pero sí en cantidades de cincuenta mil libras, de los Bancos importantes y con previo aviso. Muchos negocios operan con grandes sumas en efectivo. Por ejemplo, los casinos o los corredores de apuestas. Y los traficantes en artículos de segunda mano...

Le interrumpió un creciente vocerío. Mrs. Armitage golpeaba la mesa con su puño rollizo; su hijo se había puesto en pie y agitaba el dedo índice sobre la mesa; su marido trataba de adoptar la actitud de un juez disponiéndose a dictar una grave sentencia. Y todos gritaban a la vez.

—No pudo llevarse el dinero... Tuvo que meterlo en alguna parte... Usted tenía que encontrarlo... Los dos se habían puesto de acuerdo para esto...

Esta última observación agotó la paciencia de Martin Pound.

—¡Silencio...! —rugió.

Su exabrupto fue tan inesperado que todos se callaron.

Apuntó con un dedo al joven Armitage.

—Usted, señor, retirará inmediatamente sus últimas palabras. ¿Lo ha entendido?

El joven Armitage rebulló en su asiento. Miró a sus padres, que le observaban con ceño.

—Disculpe —dijo.

—Bueno —siguió diciendo Pound—, este truco especial ha sido empleado otras veces, generalmente para eludir el pago de impuestos. Pero me sorprende en Timothy Hanson. Raras veces da resultado. Se puede retirar una importante cantidad de dinero, pero disponer de él es algo muy distinto. Pudo depositarlo en un Banco extranjero; pero, sabiendo que iba a morir, habría sido una insensatez. Él no podía desear favorecer a unos banqueros que son ya bastante ricos. No; debió ponerlo en alguna parte, o comprar algo con él. Puede que tardemos algún tiempo, pero llegaremos al final. Si el dinero fue depositado, lo encontraremos. Si adquirió con él otros bienes, también lo descubriremos. Aparte de todo lo demás, existen los impuestos de plusvalía y de transmisión de bienes y sobre el propio capital. Por consiguiente, tendrán que tener alguna información.

—¿Que puede hacer usted personalmente? —preguntó al fin el viejo Armitage.

—Hasta ahora, y gracias a los poderes que me otorga el testamento, me he puesto en contacto con todos los Bancos importantes y de negocios del Reino Unido. Hoy en día, todo está regulado por computadoras. Pero, hasta ahora, no ha aparecido ningún depósito a nombre de Hanson. También he publicado anuncios en los periódicos más importantes de la nación, pero no he obtenido ninguna respuesta. He visitado a su antiguo chófer y criado, Mr. Richards, ahora retirado en el sur de Gales; pero nada ha podido aclararme. Él no vio nunca grandes cantidades de billetes, y pueden creerme si les digo que debían abultar *mucho*. Y ahora, mi pregunta es: ¿qué quieren que haga?

Hubo un silencio mientras los tres consideraban la pregunta.

En su fuero interno, Martín Pound lamentaba lo que su amigo había tratado de hacer. «¿Cómo pudiste pensar que te saldrías con la tuya? —preguntó al espíritu ausente—. ¿Tan poco respeto sentías por el fisco? No tenías que temer a estas personas ambiciosas y vanas, Timothy. Pero sí a los de los impuestos. Son inexorables, incansables. No se paran nunca. Nunca acaban los fondos. Por muy bien escondido que esté el caudal, seguirán buscando hasta que nos cansemos. Mientras no sepan dónde está, proseguirán la caza sin cesar. Sólo cuando lo sepan, y aunque esté fuera de Gran Bretaña y de su jurisdicción, cerrarán el expediente.»

—¿No se propone seguir buscando? —preguntó el viejo Armitage, con un poco más de cortesía que la mostrada hasta entonces.

—Un poco más, sí —convino Pound—. Aunque he hecho ya cuanto he podido. Y tengo que atender a mi clientela. No puedo dedicar todo mi tiempo a esta investigación.

—Entonces, ¿qué aconseja usted? —preguntó Armitage.

—Siempre nos queda el Fisco —dijo suavemente Pound—. Más pronto o más tarde, y seguramente más pronto que tarde, tendré que informarles de lo ocurrido.

—¿Y piensa que ellos lo descubrirán? —preguntó afanosamente Mrs. Armitage—. A fin de

cuentas, ellos son también beneficiarios, en cierto sentido.

—Estoy seguro de que lo harán —dijo Pound—. Querrán su tajada. Y tienen todos los recursos del Estado a su disposición.

—¿Cuánto tardarían? —preguntó Armitage.

—¡Ah! —dijo Pound—. Esto es otra cuestión. A juzgar por mi experiencia, no suelen tener prisa. Las cosas de palacio van despacio.

—¿Meses? —preguntó el joven Armitage.

—Probablemente años. No renunciarán a la búsqueda. Pero tampoco se apresurarán.

—No podemos esperar tanto tiempo —chilló Mrs. Armitage, cuya ascensión social parecía retrasarse demasiado—. Tiene que haber un camino más rápido.

—¿Qué le parecería un detective privado? —sugirió Armitage, hijo.

—¿Podría contratar a un detective privado? —preguntó Mrs. Armitage.

—Ellos prefieren el término agente privado de investigación —contestó Pound—. Sí, podría hacerlo. En el pasado, tuve ocasión de emplear uno de estos agentes, hombre de gran competencia, en el descubrimiento de unos herederos ignorados. En nuestro caso, los herederos están presentes y lo que se ha extraviado es el caudal. Sin embargo...

—Entonces, acuda a él —saltó Mrs. Armitage—. Dígame que tiene que descubrir dónde puso todo su dinero aquel desgraciado.

«Codicia —pensó Pound—. Si Hanson hubiese sospechado lo codiciosos que podían llegar a ser...»

—Muy bien. Pero está la cuestión de sus honorarios. Tengo que decirles que, de las cinco mil libras que me fueron confiadas para gastos, queda un saldo muy pequeño. Los desembolsos han sido más importantes que de costumbre... Y el investigador cobrará bastante. Sin embargo, es lo mejor que...

Mrs. Armitage miró a su marido.

—¿Norman?

El viejo Armitage tragó saliva. Veía esfumarse su automóvil y sus proyectadas vacaciones de verano. Asintió con la cabeza.

—Yo... bueno... me haré cargo de los honorarios cuando se haya agotado el saldo de las cinco mil libras —dijo.

—Muy bien —admitió Pound, levantándose—. Contrataré los servicios de Mr. Eustace Miller, exclusivamente. No me cabe duda de que descubrirá el paradero de la fortuna desaparecida. Hasta ahora, nunca me ha fallado.

Dicho lo cual, les despidió y se encerró en su despacho para telefonear a Eustace Miller, investigador privado.

Durante cuatro semanas, Mr. Miller guardó silencio; no así los Armitage, que acribillaban a Martin Pound con sus incesantes exigencias de una rápida localización de la desaparecida fortuna que les correspondía. Por fin, Miller informó a Martin Pound de que había llegado a un punto crucial en su investigación y pensaba que debía explicar sus progresos hasta la fecha.

Pound sentía casi tanta curiosidad como los Armitage, y convocó una reunión en su despacho.

Si la familia Armitage había esperado enfrentarse con un personaje al estilo de Philip Marlowe o de la imagen popular del sagaz detective privado, debió sentirse desilusionada. Eustace Miller era bajito, redondo y de aspecto bonachón, con mechones de cabellos blancos alrededor de su, por lo demás, calva cabeza, y gafas en media luna. Vestía seriamente, llevaba una cadena de reloj, de oro, cruzada sobre el chaleco, y se levantó sobre sus cortas piernas para emitir su informe.

—Empecé esta investigación —dijo, mirándoles sucesivamente a todos por encima de las gafas— partiendo de tres presunciones. Primera: el difunto Mr. Hanson había realizado sus extrañas actuaciones en los meses anteriores a su muerte, con un propósito deliberado y firme. Segunda: creí, y sigo creyendo, que la intención de Mr. Hanson fue privar a sus presuntos herederos y a los agentes del Fisco de toda participación en su fortuna después de su muerte...

—¡El viejo bastardo! —saltó el joven Armitage.

—No estaba obligado a dejarles nada —terció suavemente Pound—. Prosiga, Mr. Miller.

—Gracias. Presumí que Mr. Hanson no había quemado el dinero, ni había corrido el enorme riesgo de llevarlo al extranjero, habida cuenta del gran volumen que hubiese tenido una cantidad tan importante en dinero efectivo. Dicho en pocas palabras, llegué a la conclusión de que había comprado algo con él.

—¿Oro? ¿Diamantes? —preguntó Armitage, padre.

—No. Examiné todas estas posibilidades, pero las descarté después de intensas investigaciones. Entonces pensé en otro artículo de gran valor y volumen relativamente pequeño. Consulté a la empresa «Johnson Matthey», dedicada al comercio de metales preciosos. Y lo encontré.

—¿El dinero? —preguntaron a coro los tres Armitage.

—La solución —replicó Miller, y, muy satisfecho, sacó un fajo de papeles de su cartera de mano—. Éstos son los documentos de la compra de Mr. Hanson a «Johnson Matthey» de doscientos cincuenta lingotes, de cincuenta onzas, de platino de una pureza del 99,95 por ciento.

Se hizo un pasmado silencio alrededor de la mesa.

—Francamente, no fue un ardid muy hábil —añadió Mr. Miller, con cierto desencanto—. El comprador pudo destruir todos sus papeles referentes a la compra, pero, naturalmente, el vendedor no destruyó los *suyos*. Y aquí están.

—¿Por que platino? —preguntó débilmente Pound.

—Esto es interesante. En el actual régimen laborista, se necesita permiso para comprar y almacenar oro. Los diamantes son inmediatamente identificables dentro del ramo y mucho menos fáciles de realizar de lo que dan a entender algunas novelas policíacas mal informadas. En cambio, el platino no requiere permiso para su compra, tiene aproximadamente el mismo valor que el oro y, aparte del rodio, es uno de los metales más apreciados del mundo. Cuando él lo compró, pagó el precio establecido en el mercado libre; o sea, quinientos dólares americanos la onza.

—¿Cuánto gastó? —preguntó Mrs. Armitage.

—Aproximadamente los tres millones de libras que obtuvo de la realización de sus bienes —contestó Miller—. En dólares USA, y este mercado calcula siempre en dólares USA, seis millones doscientos cincuenta mil dólares. Correspondientes, como dije, a doscientos cincuenta lingotes de cincuenta onzas de peso.

—¿Adonde los llevó? —preguntó el viejo Armitage.

—A su casa solariega de Kent —respondió Miller. Estaba disfrutando del momento y su aire satisfecho daba a entender que aún tenía más que revelar.

—Pero yo estuve allí —protestó Pound.

—Con ojos de abogado —dijo Miller—. Los míos son de investigador. Y sabía lo que buscaba. Por consiguiente, no empecé en la casa, sino en los edificios exteriores. ¿Saben ustedes que Mr. Hanson tenía un taller de carpintería magníficamente equipado en un granero, detrás de la caballeriza?

—Sí —dijo Pound—. Era su *hobby*.

—Exacto —asintió Miller—. Y allí concentré mis esfuerzos. El lugar había sido escrupulosamente limpiado; con un aspirador eléctrico.

—Posiblemente por Richards, el chófer y hombre para todo —dijo Pound.

—Es posible, pero no probable. A pesar de la limpieza, observé unas manchas en las tablas del

suelo e hice analizar algunas astillas. Las manchas eran de fuel. Siguiendo una idea, pensé en alguna clase de máquina, tal vez un motor. Como este mercado es bastante reducido, encontré la respuesta al cabo de una semana. En mayo último, Mr. Hanson compró un potente generador eléctrico alimentado con fuel y lo instaló en su taller. Poco antes de morir lo vendió como chatarra.

—Lo debió utilizar para sus máquinas de carpintería —dijo Pound.

—No; su fuerza mecánica era suficiente para esto. Lo compró para otra cosa. Para algo que requería una enorme potencia. También descubrí esto, en otra semana. Era un horno pequeño, moderno y muy eficaz. También éste desapareció hace tiempo, y estoy seguro de que fue arrojado, con los guantes de amianto y las tenazas, en lo más profundo de algún lago o río. Pero creo que puedo decir que fui incluso más minucioso que Mr. Hanson. Entre dos tablas, cubierto por una compacta capa de aserrín, sin duda en el sitio donde había caído durante su operación, encontré esto.

Era su *pièce de résistance*, y el momento de su triunfo. Sacó de su cartera un paquetito de tejido blanco y lo desenvolvió despacio. Extrajo de él una laminilla de metal que brilló bajo la luz, una pizca de metal que debió gotear de un cucharón y solidificarse. Miller esperó, mientras todos lo miraban.

—Desde luego, lo hice analizar. Es platino de alta calidad, un 99,95 por ciento puro.

—¿Ha encontrado el resto? —murmuró Mrs. Armitage.

—Todavía no, señora, pero lo encontraré. No tema. Mr. Hanson cometió un gran error al elegir el platino. Éste tiene una propiedad que él debió menospreciar, pero que es única. Su peso. Ahora, sabemos al menos lo que buscamos. Un recipiente de madera de alguna clase, aparentemente insignificante, pero que..., y esto es lo importante..., debe pesar casi media tonelada...

Mrs. Armitage echó la cabeza atrás y lanzó un grito extraño y ronco, como el aullido de un animal herido. Miller se sobresaltó. Mr. Armitage hundió la cabeza entre las manos. Tarquín Armitage se puso en pie, rojo el semblante de furor, y gritó:

—¡Maldito bastardo!

Martin Pound miró con incredulidad al sorprendido investigador privado.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Qué barbaridad! Se lo llevó consigo.

Dos días más tarde, Mr. Pound informó al Fisco de todas las circunstancias del caso. Una vez comprobados los hechos, resolvieron, aunque de mala gana, dar por fallido el crédito.

Barney Smee se dirigió alegremente y con paso vivo a su Banco, confiando en que llegaría antes de que cerrasen para las vacaciones de Navidad. La razón de su regocijo estaba en el bolsillo de su chaqueta: un cheque por una suma muy importante, pero que era el último de una serie que, durante los últimos meses, le habían asegurado unos ingresos 'muy superiores a los que jamás había conseguido en veinte años de dedicarse al arriesgado negocio de metales de desecho para la industria de joyería.

Ahora se felicitaba de haber corrido el riesgo, que no había sido pequeño. Sin embargo, todo el mundo se dedicaba hoy en día a defraudar al Fisco, ¿y quién era él para condenar al que había sido causa de su buena fortuna, simplemente porque el hombre sólo había querido negociar en dinero efectivo? Barney Smee comprendía perfectamente al inversor de blancos cabellos que decía llamarse Richards y que tenía un permiso de conducción para demostrarlo. Por lo visto, el hombre había comprado sus lingotes de 50 onzas hacía años, cuando eran baratos. Si los hubiese vendido en el mercado libre, a través de «Johnson Matthey», sin duda habría obtenido un precio más alto, pero, ¿cuánto le habría costado en impuestos? Él debía saberlo muy bien, y Barney Smee no iba a llevarle la contraria.

En todo caso, las operaciones en dinero efectivo eran el pan de cada día en el negocio. Los lingotes eran auténticos; incluso llevaban la marca original de «Johnson Matthey», empresa de la que procedían en su origen. Sólo el número de serie había sido borrado. Esto le había costado un buen pico al viejo, porque, sin número de serie, Smee no podía ofrecerle un precio que se acercase al corriente en el mercado. Sólo podía ofrecerle un precio de saldo, o de mayorista, unos 440 dólares USA la onza. Pero los números de serie habrían delatado al propietario a efectos fiscales, por lo que, a fin de cuentas, el viejo debía saber lo que llevaba entre manos.

Barney Smee había liquidado sus cincuenta lingotes y había ganado diez dólares limpios por onza. El cheque que llevaba en el bolsillo era el precio de la venta de los dos últimos lingotes. Lo que no sabía era que, en otros lugares de Gran Bretaña, otros cuatro traficantes como él habían pasado el otoño introduciendo en el mercado, cada uno de ellos, cincuenta lingotes de 50 onzas, en operaciones de segunda mano y pagando en dinero efectivo al vendedor de blancos cabellos. Salió de una calle lateral y entró en Oid Kent Road. Al hacerlo, tropezó con un hombre que se apeaba de un taxi. Los dos se disculparon y se desearon Feliz Navidad. Barney Smee siguió alegremente su camino.

El otro, un abogado de Guernsey, miró el edificio ante el que se había apeado, se ajustó el sombrero y se dirigió a la entrada. Diez minutos más tarde, celebraba una conferencia privada con la un tanto desconcertada madre superiora.

—¿Puedo preguntarle, madre superiora, si el Orfanato de Saint Benedict está registrado como institución caritativa, según la Ley de Beneficencia?

—Si —dijo la madre superiora—. Así es.

—Bien —dijo el abogado—. Entonces, no existe infracción alguna y no podrán aplicarle el impuesto sobre transmisión de capital.

—¿Oué? —inquirió ella.

—Es el llamado vulgarmente «impuesto sobre donaciones» —dijo, sonriendo, el abogado—. Me complace decirle que un donante cuya identidad no puedo revelar, por ser secreto profesional, resolvió donar una suma importante a este establecimiento.

Esperó una reacción, pero la vieja monja de cabellos grises no hizo más que mirarle como pasmada.

—Mi cliente, cuyo nombre no sabrá usted nunca, me encargó concretamente que me presentase a usted, precisamente en este día, víspera de Navidad, y le entregase este sobre.

Sacó un sobre de grueso papel de la cartera y lo tendió a la madre superiora. Ésta lo tomó, pero no hizo nada por abrirlo.

—Tengo entendido que contiene un talón bancario conformado por un acreditado Banco mercantil de Guernsey, librado a cargo del mismo y a favor del Orfanato de Saint Benedict. No he visto el contenido, y me limito a seguir las instrucciones.

—¿Libre de impuestos? —preguntó ella, sosteniendo el sobre y con aire indeciso.

Los donativos de caridad eran pocos y espaciados, a pesar de las muchas solicitudes.

—En las Islas del Canal tenemos un sistema fiscal distinto del general del Reino Unido —dijo pacientemente el abogado—. Nosotros no tenemos el impuesto de transferencia de capital. Y también practicamos el secreto bancario. Un donativo dentro de Guernsey o de las Islas no devenga impuesto. Si el beneficiario está domiciliado o reside en el Reino Unido, fuera de las Islas, puede verse afectado por su sistema fiscal. A menos que esté exceptuado. Como, por ejemplo, por la Ley de Beneficencia. Y ahora, si tiene la bondad de firmarme recibo de un sobre de contenido ignorado, daré por cumplida mi misión. Mis honorarios fueron liquidados en su día, y tengo deseos de volver a casa para reunirme con mi familia.

Dos minutos más tarde, la madre superiora se quedó sola. Poco a poco, abrió el sobre con un cortapapeles y extrajo su contenido. Era un solo talón bancario, conformado. Cuando vio la cifra, sacó el rosario del bolsillo y empezó a pasar rápidamente las cuentas. Cuando hubo recobrado parte de su aplomo, se acercó al reclinatorio que había junto a la pared, se arrodilló en él y estuvo media hora rezando.

De nuevo en su mesa escritorio, y sintiendo que aún le temblaban las rodillas, volvió a contemplar el cheque, que importaba algo más de dos millones y medio de libras. ¿Quién había tenido nunca tanto dinero en el mundo? Trató de pensar lo que haría con él. Una fundación, pensó. O un fondo en depósito. Con aquello había suficiente para sostener por siempre el orfanato. Y, desde luego, para ver cumplida la ambición de toda su vida: sacar el orfanato de los barrios bajos de Londres y establecerlo en el campo, al aire libre. Podría doblar el número de niños. Podría...

Demasiadas ideas afluían a su mente, y una pugnaba por abrirse paso. ¿Cuál era? ¡Ah, sí! El

periódico del último domingo. Algo había llamado su atención y hecho sentir un fuerte deseo. Sí; irían allí. Tenía dinero bastante para comprarlo y sostenerlo indefinidamente: Era un sueño hecho realidad. Había visto un anuncio en la sección de fincas. En venta: una casa solariega en Kent, con sesenta áreas de parque...

EL FULLERO

El juez Comyn se acomodó en el asiento del rincón del compartimiento de primera clase, desplegó el *Irish Times* del día, miró los titulares y lo dejó sobre su regazo.

Ya tendría tiempo de leerlo durante el largo viaje de cuatro horas hasta Tralee. Observó perezosamente a través de la ventanilla el bullicio de la estación de Kingsbridge en los minutos que precedían a la salida del tren de Dublin a Tralee, que le llevaría descansadamente a su destino en la ciudad principal de Country Kerry. Confió vagamente en que tendría el compartimiento para él solo y podría dedicarse a repasar sus papeles.

Pero no fue así. Apenas había cruzado esta idea por su cabeza cuando se abrió la puerta del compartimiento y alguien entró en el mismo. El juez se abstuvo de mirar. La puerta se cerró y el recién llegado arrojó una maleta sobre la rejilla. Después, el hombre se sentó frente al juez, al otro lado de la lustrosa mesita de nogal.

El juez Comyn le echó una mirada. Su compañero era un hombre bajito, insignificante, de cabellos rubios erizados y revueltos y con los ojos castaños más tímidos y tristes que pudiera imaginarse. Llevaba un traje grueso y peludo, con chaleco haciendo juego y corbata de punto. El juez pensó que debía tener algo que ver con los caballos, aunque quizá no fuera más que un oficinista, y volvió a mirar por la ventanilla.

Oyó la llamada del empleado de la estación al conductor de la vieja locomotora que resoplaba en algún lugar, sobre la vía, y después el estridente ruido de su silbato. Pero, cuando la máquina bufó con fuerza y el vagón empezó a moverse hacia delante, un hombre gordo y enteramente vestido de negro pasó corriendo por delante de la ventanilla. El juez oyó el crujido de la puerta del vagón al abrirse a pocos pasos de distancia, y el ruido de un cuerpo al saltar sobre el pasillo. Segundos después, con gran acompañamiento de jadeos y bufidos, el negro personaje apareció en la puerta del compartimiento y se dejó caer, aliviado, sobre el asiento del rincón más lejano.

El juez Comyn miró de nuevo. El recién llegado era un cura de rostro colorado. El juez volvió a mirar por la ventanilla; habiendo sido educado en Inglaterra, no deseaba entablar conversación.

—¡Por todos los santos! Lo ha pillado por los pelos, padre —oyó que decía el pequeñajo.

Hubo más resoplidos por parte del de la sotana.

—Me llevé un buen susto, hijo mío —respondió el cura.

Por fortuna, guardaron silencio después de esto. El juez Comyn observó cómo se perdía de vista la estación y era sustituida por las desagradables hileras de casas tiznadas de humo que, en aquellos tiempos, constituían los suburbios occidentales de Dublín. La locomotora de la «Great Southern Railway Company» adquirió velocidad, y se aceleró el compás del golpeteo de las ruedas sobre los raíles. El juez Comyn levantó su periódico. El titular y el artículo de fondo se referían al Primer Ministro, Eamon de Valera, que el día anterior había prestado pleno apoyo a su ministro de Agricultura en la cuestión del precio de las patatas. Al pie de la página, una breve noticia daba cuenta de que un tal señor Hitler se había apoderado de Austria. El director, pensó el juez Comyn, tenía un concepto definido de las prioridades. Poco más había de interés en el periódico y, al cabo de cinco minutos, lo dobló, sacó un fajo de documentos legales de su cartera y empezó a hojearlos. Los verdes campos de Kildare desfilaron al otro lado de las ventanillas al alejarse el tren de la ciudad de Dublín.

—Señor —dijo una voz tímida delante de él.

«¡Vaya! —pensó—, ahora tiene ganas de hablar.» Su mirada se encontró con los ojos perrunos y suplicantes del hombre que tenía enfrente.

—¿Le importaría que usase una parte de la mesa? —preguntó el hombre.

—En absoluto —dijo el juez.

—Gracias, señor —contestó el hombre, con perceptible acento del sur del país.

El juez volvió al estudio de los papeles relativos a un complicado pleito civil que tenía que fallar en Dublín a su regreso de Tralee. Confiaba en que la visita a Kerry, que realizaba para presidir, como

juez transeúnte, las vistas trimestrales, no ofrecería tantas complicaciones. Sabía, por experiencia, que los pleitos rurales eran muy simples, aunque los jurados locales dictaban casi siempre unos veredictos asombrosamente faltos de lógica.

No se molestó en mirar cuando el hombrecillo sacó una baraja de naipes no demasiado limpios y dispuso algunos de ellos en columnas para hacer un solitario. Sólo un poco después le llamó la atención una especie de cloqueo. Levantó de nuevo la mirada.

El hombrecillo se mordía la lengua, como sumido en honda concentración —y esto era lo que había producido aquel ruido—, y contemplaba fijamente las cartas descubiertas al pie de cada columna. El juez Comyn observó en seguida que un nueve rojo no había sido colocado sobre un diez negro, a pesar de que ambas cartas estaban a la vista. El hombrecillo, que no había advertido la coincidencia, sacó tres cartas más. El juez Comyn contuvo su irritación y volvió a sus papeles. No cuentas conmigo, dijo para sus adentros.

Pero hay algo hipnótico en los solitarios, sobre todo cuando el que los hace juega mal. Al cabo de cinco minutos, el juez había perdido todo su interés por el pleito civil y miraba fijamente las cartas descubiertas. Por último, no pudo aguantarse más. Había una columna vacía a la derecha y, en la columna tercera, un rey descubierto que hubiese debido pasar al espacio libre. Tosió. El hombrecillo le miró, alarmado.

—El rey —dijo amablemente el juez—. Debería ponerlo en el espacio libre.

El jugador de cartas bajó la mirada, vio la oportunidad y movió el rey. La carta que volvió después resultó ser una reina, y la puso sobre el rey. Antes de terminar, había hecho siete movimientos. La columna que había empezado con el rey terminaba ahora con un diez.

—Y el nueve rojo —dijo el juez—. Puede ponerlo encima.

El nueve rojo y sus seis cartas siguientes pasaron sobre el diez. Ahora podía descubrirse otra carta; salió un as, que fue colocado en su sitio.

—Me parece que lo va a sacar —dijo el juez.

—Oh, no, señor —repuso el hombrecillo, sacudiendo la cabeza de ojos tristes de sabueso—. Todavía no he sacado uno en mi vida.

—Siga jugando, siga jugando —dijo el juez Comyn con creciente interés.

Y, con su ayuda, el hombrecillo sacó el juego y se quedó mirando con asombro el problema solucionado.

—Ya lo ve; lo ha sacado —dijo el juez.

—Gracias a la ayuda de Su Señoría —contestó el hombre de ojos tristes—. Es usted muy hábil con las cartas, señor.

El juez Comyn se preguntó si el hombre de los naipes podía saber que él era juez, pero en seguida pensó que sólo había usado un tratamiento común en aquellos tiempos en Irlanda, cuando alguien se dirigía a una persona merecedora de cierto respeto.

Incluso el sacerdote había dejado a un lado su libro de sermones del difunto y gran cardenal Newman, y estaba mirando las cartas.

—¡Oh! —exclamó el juez, que jugaba un poco al bridge y al póquer con sus compañeros del «Kildare Street Club»—. No soy buen jugador.

En su fuero interno, sostenía la teoría de que teniendo una buena mentalidad jurídica, con dotes de observación y deducción, y buena memoria, siempre se podía jugar bien a las cartas.

El hombrecillo dejó de jugar y repartió distraídamente manos de cinco cartas, las cuales examinó antes de recogerlas. Por último, dejó la baraja y suspiró.

—Es un largo viaje hasta Tralee —dijo, reflexivamente.

Más tarde, el juez Comyn no pudo recordar quién había pronunciado exactamente la palabra póquer, pero sospechaba que había sido él mismo. Sea como fuere, tomó la baraja y se dio unas cuantas manos, advirtiendo, con satisfacción, que una de ellas era un ful de sotas y dieces.

Con una media sonrisa, como asombrado de su propio atrevimiento, el hombrecillo se dio cinco cartas y las sostuvo delante de él.

—Le apuesto, señor, un penique imaginario a que no coge usted una mano mejor que ésta.

—De acuerdo —dijo el juez, tomando cinco cartas y mirándolas.

No era un ful, sino una pareja de nueves.

—Veámoslo —dijo el juez Comyn. El hombrecillo asintió con la cabeza. Descubrieron las cartas. El hombrecillo tenía tres cincos.

—¡Ah! —exclamó el juez—. Pero yo no he pedido cartas, como podía haber hecho. Probemos otra vez, amigo.

Volvieron a dar. Esta vez, el hombrecillo pidió tres cartas, y el juez, dos. Ganó el juez.

—He recobrado mi penique imaginario —dijo.

—En efecto, señor —convino el otro—. Tenía un buen juego. Tiene usted buena mano para los naipes, cosa que no puedo decir de mí. Lo vi en seguida.

—Sólo se trata de razonar un poco y de calcular el riesgo —le corrigió el juez.

Llegados a este punto, se presentaron, declarando sólo el apellido, como solía hacerse en aquellos tiempos. El juez omitió su título, presentándose sólo como Comyn, y el otro dijo que se llamaba O'Connor. Cinco minutos más tarde, entre Sallins y Kildare, iniciaron un póquer amistoso. Cinco cartas cubiertas parecía el sistema más adecuado, y así se acordó tácitamente. Desde luego, no jugaban con dinero.

—Lo malo es —dijo O'Connor después de la tercera mano— que nunca recuerdo lo que ha apostado cada cual. Su Señoría tiene buena memoria.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo el juez, sacando de la cartera de mano una caja grande de cerillas.

Le gustaba fumar un cigarro después del desayuno y otro después de comer, y por nada del mundo habría usado un encendedor de gasolina para un cigarro habano de cuatro peniques.

—Una magnífica idea —dijo O'Connor, maravillado, mientras el juez repartía veinte cerillas para cada uno.

Jugaron una docena de manos, bastante interesantes, y quedaron más o menos empatados. Pero es aburrido jugar al póquer entre dos, pues, si uno tiene una mano pobre y quiere «pasar», el otro no puede hacer nada. Justo al salir de Kildare, O'Connor preguntó al cura:

—Padre, ¿no quiere usted jugar con nosotros?

—¡Oh, no! —respondió, riendo, el rubicundo sacerdote—. Soy muy malo para las cartas. Aunque —añadió—, he jugado un poco al whist con los muchachos, en el seminario.

—Es el mismo principio, padre —dijo el juez—. Una vez aprendido, ya no se olvida. Cada cual recibe una mano de cinco cartas; si no le satisfacen las que tiene, puede pedir otras nuevas hasta cinco. Entonces, hace su apuesta, según la calidad de sus naipes. Si tiene un buen juego, puede aumentar la apuesta de los otros; si no, puede pasar y tirar las cartas.

—No me gusta apostar —dijo, vacilando, el cura.

—Sólo son cerillas, padre —repuso O'Connor.

—¿Y hay que hacer bazas?—preguntó el sacerdote.

O'Connor arqueó las cejas. El juez Comyn sonrió, con aire protector:

—No se recogen bazas —dijo—. La mano que usted tiene se aprecia según una escala fija de valores. Mire...

Hurgó en su cartera y sacó una hoja de papel en blanco. Después sacó del bolsillo interior un lápiz de oro y con muelle. Empezó a escribir en la hoja. El cura se endino para mirar.

—Lo más valioso es la escalera real —explicó el juez—. Esto quiere decir tener cinco cartas seguidas del mismo palo y encabezadas por el as. Como deben ser seguidas, esto significa que las otras cartas deben ser el rey, la dama, la sota y el diez.

—Sí, claro —dijo cansadamente el cura.

—Después viene el póquer, o sea, cuatro cartas del mismo valor —dijo el juez, escribiendo la palabra debajo de la escalera real—. Esto quiere decir cuatro ases, cuatro reyes, cuatro damas, cuatro sotas y así sucesivamente hasta cuatro doces. La quinta carta no importa. Y, desde luego, cuatro ases son mejores que cuatro reyes y que cualquier otro cuarteto. ¿Entendido?

El cura asintió con la cabeza.

—Entonces viene el ful —dijo O'Connor.

—No exactamente —le corrigió el juez Comyn—. Entonces viene la escalera de color, amigo mío.

O'Connor se golpeó la frente, como reconociendo su propia estupidez.

—Es verdad —dijo—. Mire, padre, la escalera de color es como la real, salvo que no está encabezada por el as. Pero las cinco cartas deben ser del mismo palo y seguidas.

El juez anotó la descripción bajo la palabra «póquer».

—Ahora viene el ful que decía Mr. O'Connor. Se compone de tres cartas del mismo valor, y dos de otro valor, o sea cinco en total. Si hay tres dieces y dos damas, se llama ful de dieces y damas.

El sacerdote asintió de nuevo.

El juez continuó la lista, explicando cada combinación: «color», «escalera», «trío», «doble pareja», «pareja» o el «as» como carta más alta.

—Ahora bien —dijo, cuando hubo terminado—, es evidente que una pareja o sólo un as, o una mano de cartas que no ligen entre sí, son juegos tan pobres que no hay que apostar con ellos.

El padre miró la lista.

—¿Puedo guiarme por esto? —preguntó.

—Desde luego —dijo el juez Comyn—. Guárdese la lista, padre.

—Bueno, ya que sólo jugamos con cerillas... —dijo al sacerdote, preparándose a jugar.

A fin de cuentas, los juegos de azar amistosos no son pecado. Sobre todo, jugando con cerillas. Repartieron éstas en tres montoncitos iguales y empezó el Juego.

En las dos primeras manos, el cura pasó en seguida y observó las puestas de los otros. El juez ganó cuatro cerillas. En la tercera mano, el semblante del cura se iluminó.

—Esto es bueno, ¿verdad? —preguntó, mostrando su mano a los otros dos.

Y *era* bueno: un ful de sotas y reyes. El juez tiró sus cartas con disgusto.

—Sí, es un juego muy bueno, padre —dijo pacientemente O'Connor—, pero no debe mostrarlo, ¿sabe? Pues, si sabemos lo que usted tiene, no apostaremos nada con una mano de menos valor que la suya. El juego debe ser..., bueno, como el confesionario.

El cura comprendió.

—Como el confesionario —repitió—. Sí, ya lo entiendo. No hay que decir una palabra a nadie, ¿no es así?

Se disculpó, y empezaron de nuevo. Durante sesenta minutos, hasta llegar a Thurles, jugaron quince manos, y el montón de cerillas del juez fue subiendo. El sacerdote estaba casi en las últimas, y al triste O'Connor sólo le quedaba la mitad del montón. Cometía demasiados errores; el buen padre parecía completamente despistado; sólo el juez jugaba un póquer reflexivo, calculando las probabilidades y los riesgos con su adiestrada mente de jurista. El juego era una demostración de su teoría de que la inteligencia vence a la suerte. Poco después de Thurles, O'Connor pareció distraído. El juez tuvo que llamarle la atención en dos ocasiones.

—Creo que no es muy interesante jugar con cerillas —confesó, después de la segunda advertencia—. ¿No será mejor que lo dejemos?

—¡Oh!, confieso que me estaba divirtiendo —dijo el juez, porque los que ganan suelen divertirse.

—O podríamos hacerlo más interesante —sugirió O'Connor, en tono de disculpa—. Por naturaleza, no soy jugador; pero unos pocos chelines no perjudican a nadie.

—Como usted quiera —dijo el juez—, aunque observo que ha perdido bastantes cerillas.

—¡Ah, señor! Puede que mi suerte esté a punto de cambiar —repuso O'Connor, con su sonrisa de enanito.

—Entonces, yo debo retirarme —dijo rotundamente el cura—. Pues temo que sólo llevo tres libras en mi bolsa, y tienen que durarme para todas las vacaciones con mi madre en Dingle.

—Pero, padre —dijo O'Connor—, sin usted no podemos jugar. Y unos pocos chelines...

—Incluso unos pocos chelines son mucho para mí, hijo mío —dijo el cura—. La Santa Madre Iglesia no es lugar adecuado para los hombres que blasonan de llevar mucho dinero en el bolsillo.

—Espere —dijo el juez—. Tengo una idea. Usted y yo, O'Connor, nos repartiremos las cerillas por partes iguales. Entonces, cada uno de los dos prestará al padre una cantidad igual de cerillas, que ahora tendrán un valor. Si él pierde, no le reclamaremos la deuda. Si gana, nos devolverá las cerillas que le prestamos y se quedará la diferencia.

—Es usted un genio, señor —dijo O'Connor, con asombro.

—Pero yo no puedo jugar por dinero —protestó el sacerdote.

Reinó un triste silencio durante un rato.

—¿Y si sus ganancias las destinase a una obra caritativa de la Iglesia? —sugirió O'Connor—. Seguro que el Señor no se lo reprocharía.

—Pero me lo reprocharía el obispo —replicó el cura—, y es probable que me encuentre antes con éste que con Aquél. Sin embargo..., *está* el orfanato de Dingle. Mi madre prepara allí las comidas, y los pobres asilados pasan mucho frío en invierno, con el precio a que se ha puesto el combustible...

—¡Un donativo! —exclamó el juez, con aire triunfal. Se volvió a sus pasmados compañeros—. Todo lo que gane el padre, por encima de la cantidad que le prestemos, lo donaremos los dos al orfanato. ¿Qué les parece?

—Supongo que ni siquiera nuestro obispo podría rechazar un donativo al orfanato... —dijo el cura.

—Y el donativo será un obsequio nuestro, a cambio de su colaboración en una partida de cartas —dijo O'Connor—. Es perfecto.

El sacerdote accedió y empezaron de nuevo. El juez y O'Connor dividieron las cerillas en dos montones. O'Connor señaló que, con menos de cincuenta cerillas, alguien podría acabarlas pronto. El juez Comyn resolvió también este problema. Partieron las cerillas por la mitad; las mitades con la cabeza de azufre valdrían el doble de las otras.

O'Connor declaró que llevaba encima algo más de 30 libras, para sus días de fiesta, y sólo jugaría hasta ese límite. En cuanto a Comyn, los dos aceptarían un cheque si perdía; saltaba a la vista que era un caballero.

Entonces prestaron al cura diez cerillas con cabeza y cuatro sin ella, por mitad entre los dos.

—Y ahora —dijo el juez Comyn, barajando las cartas—, ¿en cuánto fijamos la puesta? O'Connor levantó media cerilla sin cabeza.

—¿Diez chelines? —sugirió.

Esto impresionó un poco al juez. Las cuarenta cerillas que había sacado de la caja se habían convertido en ochenta mitades y representaba 60 libras esterlinas, cantidad apreciable en 1938. El cura tenía, pues, 12 libras delante de él, y los otros, 24 libras cada uno. Oyó que el cura suspiraba.

—Quien juega un penique, juega una libra. Y que el Señor me ayude —dijo el sacerdote. El juez asintió bruscamente con la cabeza. No hubiese debido preocuparse. Ganó las dos primeras manos y, con ellas, casi 10 libras. En la tercera mano, O'Connor pasó en seguida, perdiendo su puesta de 10 chelines. El juez Comyn miró sus cartas; tenía ful de sotas y sietes. Tenía que envidiar. Al cura sólo le quedaban 7 libras.

—Veo sus cuatro libras, padre —dijo, empujando las cerillas hacia el centro—, y subo cinco más.

—¡Oh! —exclamó el cura—. Estoy casi arruinado. ¿Qué puedo hacer?

—Sólo una cosa —dijo O'Connor—, si no quiere que Mr. Comyn suba de nuevo a una cantidad que usted no puede igualar. Poner cinco libras y pedir que se vean las cartas.

—Veré las cartas —dijo el cura, como recitando un ritual, mientras empujaba cinco cerillas con cabeza hasta el centro de la mesa.

El juez mostró su ful y esperó. El cura tenía cuatro dieces. Recobró sus 9 libras, más las 9 del juez y los 30 chelines de las apuestas iniciales. Con las 2 libras que le quedaban, tenía ahora veintiuna y diez chelines.

De esta manera llegaron al empalme de Limerick, que, como es de rigor en el sistema ferroviario irlandés, no estaba cerca de Limerick, sino muy próximo a Tipperary. El tren dejó atrás el andén principal y después retrocedió, porque no podía arrimarse a él en la dirección que llevaba. Unas cuantas personas bajaron o subieron, pero nadie interrumpió la partida ni entró en el compartimiento de nuestros hombres.

En Charleville, el cura le había ganado 10 libras a O'Connor, el cual parecía preocupado, y el juego se hizo más lento. O'Connor tendía ahora a pasar, y muchas manos terminaron con otro jugador pasando igualmente. Poco antes de llegar a Mallow, y por mutuo acuerdo, eliminaron todos los naipes pequeños, conservando de los sietes para arriba, con lo que la baraja sólo tuvo treinta y dos cartas. Entonces, el juego volvió a animarse.

En Headford, el pobre O'Connor había perdido 12 libras, y el juez, 20, en beneficio del cura.

—¿No sería una buena idea que les devolviese ahora las doce libras con que empecé? —preguntó el sacerdote.

Los otros dos convinieron en ello y recobraron sus 6 libras cada uno. Al cura le quedaban todavía 32 para seguir jugando. O'Connor continuó jugando con precaución, y sólo una vez envidó fuerte y recuperó 10 libras con un ful que ganó. a una doble pareja y a un color. Los lagos de Killamey desfilaron más allá de la ventanilla, sin que nadie tos admirase.

Al salir de Farranfore, el juez vio que al fin tenía la mano que había estado esperando. Después de pedir tres cartas, observó, entusiasmado, que tenía cuatro damas y el siete de tréboles. O'Connor debió pensar que tenía también buen juego, pues siguió cuando el juez cubrió las 5 libras del cura y subió 5 más. Pero, cuando el cura cubrió las 5 libras y subió otras 10, O'Connor se rajó y tiró las cartas. De nuevo estaba perdiendo 12 libras.

El juez se mordió el dedo pulgar. Después, aumentó en 10 libras la puesta del cura.

—Cinco minutos para Tralee —dijo el revisor, asomando la cabeza en la puerta del compartimiento.

El sacerdote observó el montón de cerillas en el centro de la mesa y su propio montoncito, equivalente a 12 libras.

—No sé —dijo—. ¡Oh, Dios mío! No sé qué tengo que hacer.

—Padre —dijo O'Connor—, no puede subir más; tendrá que cubrir la apuesta y ver las cartas.

—Supongo que sí —dijo el cura, empujando 10 libras en cerillas hasta el centro de la mesa y quedándose sólo con 2—. Con lo bien que me iba. Hubiese tenido que guardar las treinta y dos libras para el orfanato cuando aún las tenía. Ahora sólo podré darles dos.

—Yo las completaré hasta cinco, padre —dijo el juez Comyn—. Mire. Tengo cuatro damas.

O'Connor silbó. El cura miró las cartas extendidas y, después, su propio juego.

—¿No valen más los reyes que las damas? —preguntó, confuso.

—Así es, si tiene usted cuatro —dijo el juez. El sacerdote volvió las cartas sobre la mesa.

—Pues los tengo —dijo. Y era verdad—. ¡Válgame Dios! —jadeó—. Me imaginaba que había perdido. Suponía que debía usted tener esa escalera real.

Recogieron los naipes y las cerillas al entrar en Tralee. O'Connor se guardó las cartas. El juez tiró las cerillas rotas en el cenicero. O'Connor contó doce billetes de una libra y los dio al cura.

—Que Dios se lo pague, hijo mío —dijo el sacerdote.

El juez Comyn sacó a regañadientes su talonario de cheques.

—Creo que son cincuenta libras exactas, padre —dijo.

—Lo que usted diga —respondió el sacerdote—. Yo no recuerdo siquiera con qué cantidad empecé.

—Le aseguro que debo cincuenta libras al orfanato —dijo el juez. Se dispuso a escribir—. ¿Dijo usted el Orfanato de Dingle? ¿Debo poner este nombre?

El sacerdote pareció perplejo.

—No creo que tengan cuenta en el Banco, ¿sabe? Es una institución tan modesta... —explicó el padre.

—Entonces lo extenderé a su favor —dijo el juez, esperando que le diese su nombre.

—Yo tampoco tengo cuenta en el Banco —dijo, aturrullado, el cura—. Nunca manejo dinero.

—No se preocupe por esto —dijo cortésmente el juez. Escribió rápidamente, arrancó el talón y lo dio al sacerdote—. Lo he extendido al portador. El Banco de Irlanda en Tralee se lo hará efectivo, y llegará con tiempo justo. Cierran dentro de media hora.

—¿Quiere decir que, con esto, me darán el dinero en el Banco? —preguntó el cura, sosteniendo cuidadosamente el talón.

—Desde luego —dijo el juez—. Pero no lo pierda. Es pagadero al portador, y cualquiera que lo encontrase podría cobrarlo. Bueno, O'Connor, padre, ha sido un viaje interesante, aunque un poco caro para mí. Les deseo buenos días.

—Y para mí —dijo tristemente O'Connor—. El Señor debió darle las cartas, padre. Nunca había visto tanta suerte. Pero habrá sido una buena lección. Nunca volveré a jugar a las cartas en el tren, y menos con la Iglesia.

—Cuidaré de que el dinero esté en el orfanato, que bien lo merece, antes de ponerse el sol —dijo el sacerdote.

Se despidieron en el andén de la estación de Tralee, y el juez Comyn se dirigió a su hotel. Deseaba acostarse temprano, teniendo en cuenta los juicios de mañana.

Los dos primeros juicios de la mañana fueron muy sencillos, pues los acusados de delitos menos graves se declararon culpables, y les impuso una multa en ambos casos. Los miembros del jurado de Tralee permanecían sentados, en forzosa ociosidad.

El juez Comyn tenía la cabeza inclinada sobre sus papeles cuando llamaron al tercer acusado. Los asistentes sólo podían ver la parte de arriba de la peluca del juez.

—Hagan pasar a Ronan Quirk O'Connor —tronó el secretario del tribunal.

Hubo un ruido de pisadas. El juez siguió escribiendo.

—¿Es usted Ronan Quirk O'Connor? —preguntó el secretario al acusado.

—Sí —dijo una voz.

—Roñan Quirk O'Connor —dijo el secretario—, se le acusa de hacer trampas en el juego, incurriendo en el delito previsto en la sección 17 de la Ley sobre el Juego de 1845. Según la acusación, usted, Ronan Quirk O'Connor, el día 13 de mayo de este año, se apropió en su propio beneficio de una cantidad de dinero de Mr. Lurgan Keane, en el Condado de Kerry, haciendo trampas en el juego o empleando una baraja marcada. Con lo que defraudó al susodicho Lurgan Keane. ¿Se declara usted culpable, o inocente?

Durante esta perorata, el juez Comyn dejó su pluma con desacostumbrado cuidado, contempló fijamente sus papeles, como deseando continuar el juicio de este modo, y por fin levantó los ojos.

El hombrecillo de ojos perrunos le miró con aturdido asombro. El juez Comyn miró al acusado con igual espanto.

—Inocente —murmuró O'Connor.

—Un momento —dijo el juez.

Toda la sala guardó silencio, mirándole fijamente, mientras él seguía sentado, impasible, detrás de su mesa. Ocultos tras la máscara de su semblante, sus pensamientos giraban en torbellino. Hubiese podido suspender la vista, alegando que conocía al acusado.

Después se le ocurrió pensar que esto significaría un nuevo juicio, con mayores gastos para el contribuyente. Todo se reducía, se dijo, a una cuestión. ¿Podría celebrar el juicio honradamente y bien, e instruir lealmente al jurado? Resolvió que podía hacerlo.

—Que el jurado preste juramento, por favor —dijo.

El secretario tomó juramento al jurado y, después, preguntó a O'Connor si tenía abogado que le defendiese. O'Connor dijo que no, y que deseaba defenderse él mismo. El juez Comyn maldijo para sus adentros. La justicia exigía que se pusiese de parte del acusado contra las alegaciones del fiscal.

Éste se levantó para exponer los hechos, que, a su decir, eran muy sencillos. El 13 de mayo último, un abacero de Tralee, llamado Lurgan Keane, había tomado el tren de Dublín a Tralee para volver a casa. Se daba la circunstancia de que llevaba encima una cantidad de dinero importante, unas 71 libras.

Durante el viaje, y para pasar el rato, había jugado a las cartas con el acusado y otra persona, empleando una baraja que sacó el propio acusado. Sus pérdidas habían sido tan considerables que empezó a sospechar. En Farnford, la estación antes de Tralee, se apeó del tren con una excusa, se dirigió a un empleado de la compañía del ferrocarril y le pidió que requiriese la presencia de la Policía de Tralee en el andén de esta población.

El primer testigo fue un sargento de Policía de Tralee, hombre alto y vigoroso, que explicó la detención. Declaró, bajo juramento, que, debido a una información recibida, se presentó en la estación de Tralee el 13 de mayo último, a la llegada del tren de Dublín. Allí se le había acercado un hombre, que más tarde supo que era Mr. Lurgan Keane, el cual le había señalado al acusado.

Había pedido al acusado que le acompañase a la comisaría de Policía de Tralee, y así lo había hecho el hombre. Allí le pidieron que vaciara sus bolsillos. Entre su contenido, había una baraja de naipes que Mr. Keane identificó como la que había sido empleada en la partida de póquer en el tren.

Las cartas, dijo, habían sido enviadas a Dublín para su examen y, una vez recibido el dictamen, O'Connor había sido acusado del delito.

Hasta ahora, la cosa estaba clara. El siguiente testigo era miembro de la brigada de fraudes de la Garda de Dublín. «Sin duda estaba ayer en el tren —pensó el juez—, aunque en tercera clase.»

El detective declaró que, después de un examen minucioso, se había establecido que los naipes estaban marcados. El fiscal le mostró una baraja, y el detective las identificó por las señales que en ellas había puesto. Entonces, el fiscal le preguntó cómo se marcaban las cartas.

—Dé dos maneras, señor —explicó el detective, dirigiéndose al juez—. Por «sombreado» y por «recorte». Cada uno de los cuatro palos se indica en el reverso de los naipes recortando los bordes en diferentes sitios, pero en ambos extremos, de manera que no importa que la carta esté colocada hacia arriba o hacia abajo. El recorte hace que la franja blanca entre el borde del dibujo y el borde del naipe

varíe en anchura. Esta diferencia, aunque muy ligera, puede observarse desde el otro lado de la mesa, indicando así al estafador los palos que tiene su adversario. ¿Está claro?

—Muy ingenioso —dijo el juez Comyn, mirando fijamente a O'Connor.

—Las cartas altas, desde el as hasta el diez, se distinguen entre sí por un sombreado, el cual se consigue empleando un preparado químico que oscurece o aclara ciertas zonas del dibujo del reverso de las cartas. Las zonas así alteradas son sumamente pequeñas, a veces no mayores que la punta de una espira del dibujo. Pero es suficiente para que el fullero lo distinga desde el otro lado de la mesa, porque éste sabe exactamente lo que busca.

—¿Es también necesario que el fullero haga trampa al repartir las cartas? —preguntó el fiscal.

Se daba cuenta de la atención del jurado. Esto era muy diferente del robo de caballos.

—Puede hacerse trampa al dar las cartas —reconoció el detective—, pero no es absolutamente necesario.

—¿Puede ganarse contra un jugador de esta clase? —preguntó el fiscal.

—Es completamente imposible, señor —respondió el testigo, mirando al juez—. El fullero se limita a no apostar cuando sabe que su oponente tiene una mano mejor, y a jugar fuerte cuando sabe que es mejor la suya.

—No tengo más que preguntar —dijo el fiscal. Por segunda vez, O'Connor se abstuvo de repreguntar al testigo.

—Tiene derecho a hacer al testigo las preguntas que desee, con referencia a su declaración —dijo el juez Comyn al acusado.

—Gracias, señor —dijo O'Connor, pero siguió en su actitud.

El tercer y último testigo de la acusación era el abacero de Tralee, Lurgan Keane, el cual entró en el compartimiento de los testigos como un toro en la plaza, y miró a O'Connor echando chispas por los ojos.

A preguntas del fiscal, refirió su historia. Había realizado un negocio en Dublín aquel día, y esto explicaba la cantidad de dinero que llevaba encima. En el tren, había sido engatusado a jugar una partida de póquer, juego en el que se considera experto, y, antes de llegar a Farranfore, le habían birlado 62 libras. Había recelado, porque, por muy prometedor que fuese su mano, siempre había otra mejor y acababa perdiendo.

En Farranfore, se había apeado del tren, convencido de que le habían estafado, y había pedido la intervención de la Policía de Tralee.

—Y no me equivoqué —gritó, dirigiéndose al jurado—. Ese hombre jugaba con cartas marcadas.

Los doce miembros del jurado asintieron solemnemente con la cabeza.

Esta vez, O'Connor se levantó, pareciendo más triste que nunca y tan inofensivo como un corderillo, para repreguntar al testigo. Mr. Keane le dirigió una mirada furibunda.

—¿Ha dicho usted que yo saqué la baraja? —preguntó, como excusándose.

—Sí, y lo hizo —dijo Keane.

—¿Cómo? —preguntó O'Connor. Keane pareció desorientado.

—La sacó del bolsillo —respondió.

—Sí, del bolsillo —convino O'Connor—. Pero, ¿qué hice con las cartas? Keane pensó un momento.

—Empezó a hacer solitarios —dijo.

El juez Comyn, que casi había empezado a creer en una ley de coincidencias notables, experimentó de nuevo este turbador sentimiento.

—¿Fui yo el primero en hablarle —preguntó el acusado— o fue usted quien me habló primero? El corpulento abacero pareció alicaído.

—Yo le hablé —dijo, y, volviéndose al jurado, añadió—: pero el acusado jugaba tan mal que no pude evitarlo. Tenía cartas rojas que podía poner sobre las negras, o negras que podía poner sobre las rojas, y no lo veía. Por esto le hice un par de indicaciones.

—Pero, pasando a lo del póquer —insistió O'Connor—, ¿fui yo o fue usted quien sugirió una partida amistosa?

—Fue usted —dijo acaloradamente Keane—, y también fue usted quien sugirió que lo hiciésemos más interesante jugando un poco de dinero. Pero sesenta y dos libras son mucho dinero.

Los del jurado volvieron a asentir con la cabeza. Desde luego, era mucho dinero. Casi lo bastante para que un obrero pudiese subsistir durante un año.

—Yo afirmo —dijo O'Connor a Keane— que fue *usted* quien sugirió el póquer, y que fue *usted* quien propuso jugar con dinero. ¿No es verdad que empezamos jugando con cerillas?

El abacero pensó profundamente. La honradez se reflejaba en su semblante. Algo rebulló en su memoria. No mentiría.

—Es posible que fuese yo —admitió, pero se le ocurrió otra cosa y se volvió al jurado—. Pero en esto consiste su habilidad. ¿No es esto lo que hacen los fulleros? *Engatusan* a su víctima para que juegue.

Por lo visto le gustaba la palabra «engatusar», que no figuraba en el vocabulario del juez. Los miembros del jurado asintieron con la cabeza. Era evidente que tampoco a ellos les gustaba que les engatusaran.

—Una última cuestión —dijo tristemente O'Connor—. Cuando pasamos las cuentas, ¿cuánto dinero me pagó?

—Sesenta y dos libras —respondió furiosamente Keane—. ¡Con lo que me había costado ganarlas!

—No —dijo O'Connor desde el banquillo—. ¿Cuánto me pagó, personalmente, *a mí*?

El abacero de Tralee pensó furiosamente. Después, palideció.

—A usted no le pagué nada —dijo—. Fue aquel granjero quien ganó.

—¿Y le gané algo a él? —preguntó O'Connor, que parecía a punto de llorar.

—No —contestó el testigo—. Usted perdió unas ocho libras.

—No haré más preguntas —dijo O'Connor. Mr. Keane se disponía a bajar del estrado cuando le detuvo la voz del juez.

—Un momento, Mr. Keane. Ha dicho usted que había ganado «aquel granjero». ¿Quién era exactamente este granjero?

—El otro hombre que viajaba en el compartimiento, señor. Era un granjero de Wexford. No jugaba bien, pero tenía la suerte de cara.

—¿Consiguió averiguar su nombre? —preguntó el juez Comyn.

Mr. Keane pareció perplejo.

—No lo intenté —dijo—. Era el acusado quien tenía las cartas. En todo caso, trataba de estafarme.

Terminadas las pruebas de la acusación, O'Connor subió al estrado para declarar en su propio interés. El secretario le tomó juramento. Su declaración fue tan sencilla como quejumbrosa. Se ganaba la vida comprando y vendiendo caballos, lo cual no era un delito. Le gustaba jugar a las cartas con los amigos, aunque era bastante torpe con ellas. Una semana antes de su viaje en tren del 13 de mayo, estaba tomando una cerveza en un *pub* de Dublín cuando sintió un bulto en el banco de madera, debajo de su muslo.

Era una baraja, sin duda abandonada por un anterior ocupante del banco, y, ciertamente, no era nueva. Pensó en entregarla al hombre del bar, pero se dio cuenta de que una baraja tan usada no tenía ningún valor. Por esto la guardó, para distraerse haciendo solitarios en sus largos viajes en

busca de un potro o una yegua para sus clientes.

Si las cartas estaban marcadas, él lo ignoraba en absoluto. No sabía nada de los sombreados y de los recortes de que había hablado el detective. Ni siquiera habría sabido qué buscar en el reverso de unos naipes encontrados en un banco de un *pub*.

En cuanto a hacer trampas, ¿no ganaban los tramposos?, preguntó al jurado. Él había perdido 8 libras y 10 chelines durante aquel viaje, en beneficio de un desconocido. Se había portado como un imbécil, pues el desconocido tenía la suerte de cara. Si Mr. Keane había apostado y perdido más que él, quizá se debió a que Mr. Keane era aún más atrevido que él. Negaba en absoluto haber hecho trampa, o no habría perdido un dinero ganado a costa de muchos sudores.

Al interrogarle, el fiscal trató de destruir su historia. Pero el hombrecillo se aferró a ella con cortés y modesta tenacidad. Por último, el fiscal tuvo que sentarse sin obtener mayores resultados.

O'Connor volvió al banquillo y esperó. El juez Comyn le miró desde el estrado. «Eres un pobre diablo, O'Connor —pensó—. O lo que has dicho es verdad, en cuyo caso tienes mala suerte con las cartas: o no lo es, y en ese caso eres el fullero más incompetente del mundo. Sea como fuere, has perdido dos veces, con tus propias cartas, en provecho de dos viajeros desconocidos.»

Sin embargo, al resumir el debate, no podía plantear aquel dilema. Señaló al jurado que el acusado sostenía que había encontrado la baraja en un *pub* de Dublín y que ignoraba que los naipes estuviesen marcados. Él jurado podía creerlo o no creerlo; pero lo cierto era que la acusación no había podido probar lo contrario y, según la ley irlandesa, la prueba incumbía a la acusación.

En segundo lugar, el acusado había dicho que había sido Mr. Keane, y no él, quien había sugerido la partida de póquer y jugar con dinero, y Mr. Keane había reconocido que esto podía ser verdad.

Pero, más importante aún, la acusación sostenía que el acusado había ganado dinero al testigo Lurgan Keane haciendo trampas en el juego. Tanto si hubo como si no hubo trampas, el testigo Keane había reconocido bajo juramento que el acusado no había recibido dinero alguno de él. Tanto el testigo como el acusado habían perdido, aunque en muy diferentes cantidades. Considerando esta cuestión, la acusación no podía prosperar. Su deber era recomendar al jurado que absolviese al inculpado. Y, como conocía a su gente, señaló también que sólo faltaban quince minutos para la hora del almuerzo.

Tiene que ser un caso muy grave para que un jurado de Kent retrase la hora del almuerzo; por consiguiente, los doce hombres buenos volvieron al cabo de diez minutos, con un veredicto de inocencia. O'Connor fue absuelto y se alejó del banquillo.

El juez Comyn se quitó la toga en el vestuario del tribunal, colgó la peluca en una percha y salió del edificio, en busca de su propio almuerzo. Sin toga y sin peluca, cruzó la acera de delante del tribunal sin que nadie le reconociese.

Y a punto estaba de cruzar la calzada, en dirección al principal hotel de la población, donde le esperaba un succulento salmón del «Shannon», cuando vio que salía del patio del hotel un hermoso y resplandeciente automóvil de buena marca. O'Connor iba al volante.

—¿Ve usted aquel hombre? —preguntó una voz asombrada junto a él.

El juez se volvió y se encontró con que el abacero de Tralee estaba a su lado.

—Sí —dijo.

El automóvil salió del patio del hotel. Sentado junto a O'Connor, había un pasajero vestido de negro.

—¿Y ve al que está sentado a su lado? —preguntó Keane, aún más asombrado.

El coche avanzó en su dirección. El clérigo protector de los huérfanos de Dingle sonrió con benevolencia a los dos hombres de la acera y levantó dos dedos rígidos. Después, el automóvil se alejó calle abajo.

—¿Ha sido una bendición clerical? —preguntó el abacero.

—Puede que sí —dijo el juez Comyn—, aunque lo dudo.

—¿Y por qué va vestido de esa manera? —preguntó Lurgan Keane.

—Porque es un sacerdote católico —dijo el juez.

—¡Qué va a ser! —exclamó acaloradamente el abacero—. Es un granjero de Wexford.

FIN

INDICE

EL EMPERADOR.....	3
NO HAY SERPIENTES EN IRLANDA	24
HAY DÍAS NEFASTOS	38
EMPLEADO COMO PRUEBA.....	49
PRIVILEGIO	67
EN CUMPLIMIENTO DEL DEBER	80
UN HOMBRE PRECAVIDO	89
EL FULLERO.....	106